

CAPITULO 16

El libro era bueno, ¿vale? El libro era excelente.

Me daba miedo cambiar de habitación, y mucho más empacar la máquina de escribir y mi delgado, recién empezado manuscrito e irme con ellos a Derry. Hubiera sido tan peligroso como sacar a un recién nacido a una tormenta. Así que me quedé, reservándome el derecho de marcharme si los acontecimientos se volvían demasiado alarmantes (así como los fumadores se reservan el derecho a dejar el hábito si su tos se vuelve demasiado insistente), y pasó una semana. Durante ese período pasaron cosas, pero hasta que me topé con Max Devore en la Calle el viernes siguiente –17 de julio– lo más importante que había ocurrido era que continuaba trabajando en la novela que, si la acababa, se titularía *Mi amigo de la infancia*. Tal vez siempre pensemos que lo que hemos perdido es lo mejor... o que podría haber sido lo mejor. No lo sé a ciencia cierta; lo que sí sé es que mi vida real esa semana giró en torno a Andy Drake, John Shackelford y una figura sombría que se vislumbraba en el fondo: Raymond Garraty, el amigo de la infancia de John. Un hombre que a veces llevaba una gorra de béisbol.

Durante esa semana hubo otras manifestaciones en la casa, pero menos impresionantes; nada parecido al grito que me había helado la sangre. A veces sonaba la campanilla de Bunter y a veces los imanes de frutas y verduras volvían a formar un círculo. Sin embargo nunca con palabras en el centro; esa semana no. Una mañana me levanté y encontré el azucarero volcado, lo que me hizo recordar la anécdota de Mattie sobre la harina. En el azúcar derramada no había nada escrito, pero había un garabato... como si alguien hubiera tratado de escribir algo y no lo hubiera conseguido.

En tal caso, simpatizaba con él. Yo sabía lo que era eso.

Mi declaración ante el temible Elmer Durgin había tenido lugar el viernes 10. El martes siguiente, caminé por la Calle en dirección al campo de softball de Warrington's, con la esperanza de ver a Max Devore. Eran las seis de la tarde cuando comencé a oír los gritos, los aplausos y el sonido de los bates al golpear las pelotas. Un sendero marcado con señales rústicas (uves dobles marcadas a fuego dentro de flechas de roble) conducía a una caseta de baño abandonada, un par de cobertizos y un pequeño mirador semioculto detrás de plantas trepadoras. Finalmente llegué a una cuesta que se alzaba sobre el centro del campo. Las bolsas de patatas fritas, las envolturas de chocolatinas y las latas de cerveza que cubrían el suelo sugerían que algunas personas miraban el partido desde allí. No pude evitar pensar en Jo y en su amigo misterioso, el tipo de la chaqueta marrón, el individuo corpulento que le había rodeado la cintura con un brazo y había abandonado el campo de juego con ella, riendo, en dirección a la Calle. Durante el fin de semana, un par de veces había sentido la tentación de llamar a Bonnie Amudson, con la esperanza de que ella conociera a ese hombre y me dijera su nombre, pero no lo había hecho. No remuevas el avispero, me había dicho. No remuevas el avispero, Michael.

Esa tarde tenía todo el descampado para mí solo, y me pareció que estaba a la distancia perfecta de la base meta, habida cuenta de que el hombre que solía aparcar su silla de ruedas al otro lado de la valla me había llamado mentiroso y que yo le había sugerido que se metiera mi número de teléfono allí donde no brilla el sol.

No debería haberme preocupado, pues ni Devore ni la encantadora Rogette habían acudido a ver el partido.

Sin embargo, vi a Mattie detrás de la valla, junto a la primera base. John Storrow estaba con ella, vestido con tejanos, un polo y una gorra de los Mets que cubría la mayor parte de su melena roja. Antes de percatarse de mi presencia, siguieron mirando el partido y conversando como viejos amigos durante unos instantes, el tiempo suficiente para que yo envidiara la situación de John y me sintiera un poco celoso.

En ese momento alguien lanzó una pelota en arco hacia el centro, allí donde la única valla era el bosque. El centrocampista retrocedió, pero era obvio que la pelota iba a pasar muy por encima de su cabeza. Se dirigía hacia donde estaba yo, aunque bastante más a la derecha. Corrí en esa dirección sin pensar, abriéndome paso entre los arbustos que había entre el césped del campo y los árboles, con la esperanza de no estar corriendo entre ortigas. Cogí la pelota con la mano izquierda y reí cuando algunos de los espectadores me vitorearon. El centrocampista me aplaudió golpeando el guante con la mano derecha. Entretanto, el bateador recorrió las bases con serenidad, consciente de que había conseguido un *home run* con todas las de la ley.

Le devolví la pelota al centrocampista, y mientras regresaba a mi puesto original entre los envoltorios de chocolatinas y las latas de cerveza, eché otro vistazo al campo y vi que Mattie y John me miraban. Si algo confirma la idea de que los seres humanos somos sólo otra especie animal –una con un cerebro algo más desarrollado y con una idea mucho más jactanciosa de

nuestra importancia en el mundo— es nuestra habilidad para comunicarnos con gestos cuando es necesario. Mattie cruzó las manos sobre el pecho, inclinó la cabeza a la izquierda, enarcó las cejas: "Mi héroe." Yo levanté las manos hasta los hombros y luego las palmas hacia el cielo: "Tonterías, señora, no ha sido nada." John agachó la cabeza y puso los dedos en la frente, como si le doliera:

"Eres un cabrón con suerte". Después de estos comentarios, señalé hacia la red y formulé una muda pregunta encogiéndome de hombros. Mattie y John me respondieron con otro encogimiento de hombros. Un segundo después un niño que parecía una peca gigante en explosión, vestido con un jersey Michael Jordan que le llegaba a las pantorrillas como si fuera un vestido, corrió a mi encuentro.

—Un hombre me ha dado cincuenta centavos para que le diga que más tarde lo llame a su hotel —dijo señalando a John—. Dijo que usted me daría cincuenta centavos si había respuesta.

—Dile que lo llamaré a eso de las nueve y media —respondí—. Pero no tengo cambio. ¿Aceptas un dólar?

—Claro. —Lo cogió, se volvió para marcharse, pero en el último momento dio media vuelta. Me sonrió, enseñándome unos dientes con un intervalo entre el primero y el segundo acto. Con los jugadores de softball al fondo, parecía un dibujo de Norman Rockwell—. El hombre también dijo que ha atajado la pelota por pura chiripa.

—Dile que la gente decía lo mismo de Willie Mays. — ¿Willie qué?

Ah, la juventud. Ah, las tradiciones.

—Tú límitate a decírselo, amiguito. Él lo entenderá. Permanecí allí otro rato, pero puesto que el partido empezaba a desmadrarse y que Devore no aparecía, regresé por donde había venido. Vi a un pescador subido a una roca y a dos jóvenes que paseaban cogidos de la mano por la Calle en dirección a Warrington's. Me saludaron y yo les respondí.

Me sentía solo y contento al mismo tiempo. Supongo que es una clase rara de felicidad.

La gente comprueba si hay mensajes en el contestador automático cuando regresa a casa; ese verano, yo comprobaba si había mensajes en la puerta del frigorífico. Como solía decir Bullwinkle Moose: ini—mini—chili—vini, los espíritus van a hablar. Esa noche no lo hicieron, aunque los imanes de frutas y verduras habían cambiado de posición para trazar una línea sinuosa, como una serpiente o quizá la letra S durmiendo la siesta:

Poco después llamé a John, le pregunté dónde había estado Devore y él me dijo en palabras lo que ya me había dicho, más económicamente, con gestos:

—Es el primer partido que se pierde desde que volvió. Mattie trató de interrogar a algunas personas para averiguar si estaba bien y le dijeron que, que ellos supieran, sí.

— ¿Qué has querido decir con que "trató" de interrogar a algunas personas?

—Que varias se negaron a hablar con ella. "Le hicieron el vacío", como diría alguien de la generación de mis padres.

—Cuidado, amiguito, la generación de tus padres está a un paso de la mía, pensé pero no lo dije—. Finalmente, una de sus antiguas amigas le habló, pero parece haber una hostilidad general hacia Mattie. Ese tal Osgood será muy mal vendedor, pero como distribuidor de la pasta de Devore está haciendo un excelente trabajo para separar a Mattie de los demás habitantes del pueblo. ¿Es un pueblo, Mike?

No acabo de entenderlo.

—Sólo es el TR —respondí—. No hay otra forma de definirlo. ¿De verdad crees que Devore está sobornando a todo el mundo? Eso no coincide con la tradicional idea de la inocencia y la bondad de los habitantes de las zonas rurales, ¿no?

—Está regalando dinero y usando a Osgood, quizá también a Footman, para hacer circular rumores. Y la gente de por aquí parece tan honesta como los políticos honestos.

— ¿Los que son fieles al que les paga bien?

—Sí. Ah, he visto a uno de los principales testigos de Devore en el caso de la niña fugitiva. Royce Merrill. Estaba con algunos amigos junto a la caseta del campo donde se guarda el equipo. ¿No lo viste? —Respondí que no—. Ese tipo debe de tener ciento treinta años —prosiguió John—, lleva un bastón con un puño de oro del tamaño del culo de un elefante.

–Es el bastón del Boston Post. Se lo dan a la persona más vieja de la región.

–Pues no me cabe duda de que el tipo lo merece. Si los abogados de Devore lo llevan al estrado lo haré picadillo.

La alegre confianza de John me producía cierta inquietud.

–Estoy seguro –dije–. ¿Cómo se tomó Mattie el hecho de que sus amigos le hicieran el vacío?

Recordé que me había contado que detestaba las noches de los martes, que odiaba pensar en que los partidos continuaban como siempre en el campo donde ella había conocido a su marido.

–Se lo tomó bien –respondió John–. Creo que de todos modos ya los daba por perdidos. –

Yo tenía mis dudas al respecto (recordaba que a los veintiún años uno se empeña en luchar por las causas perdidas), pero no dije nada–. Mattie se ha sentido sola y asustada, hasta creo que en el fondo había empezado a hacerse a la idea de que tendría que renunciar a Kyra, pero ahora ha recuperado la fe. Sobre todo gracias a ti. Conocerme ha sido un golpe de suerte para ella.

Quizá fuera así, pero recordé que Frank, el hermano de Jo, una vez me había dicho que la suerte no existía; sólo existían el destino y las decisiones sabias. Luego evoqué la imagen del TR cruzado por cables invisibles, conexiones que aunque no se vieran eran fuertes como el acero.

John, después de hacer mi declaración olvidé hacerte la pregunta más importante. ¿Ya se ha fijado una fecha para la vista por la custodia?

–Buena pregunta. Bissonette y yo hemos hecho averiguaciones. A menos que Devore y sus abogados estén tramando una jugada astuta, como presentar el caso en otro distrito, aún no se ha fijado ninguna fecha.

– ¿Pueden presentar el caso en otro distrito?

–Es posible, pero no sin que nosotros lo averigüemos.

– ¿Y eso qué significa?

–Que Devore está a punto de darse por vencido –se apresuró a responder John–. Por el momento, no veo otra explicación. Mañana por la mañana regresaré a Nueva York, pero me mantendré en contacto. Si pasa algo por aquí, llámame.

Le prometí que lo haría y luego me fui a la cama. Ninguna visitante femenina compartió mis sueños. Fue un alivio.

A última hora de la mañana del miércoles, cuando bajé a servirme otro vaso de té helado, Brenda Meserve estaba tendiendo la ropa en la terraza. Lo hacía como seguramente le había enseñado su madre: los pantalones y las camisas en la parte de fuera, y la ropa interior en la de dentro, de modo que cualquiera que pasara junto a la casa no se enterara de lo que uno llevaba más cerca de la piel.

–Recoja la ropa a eso de las cuatro –dijo mientras se preparaba para marcharse. Me miró con la expresión sabihonda y cínica de una mujer que ha estado "cuidando" de hombres ricos durante toda su vida–. No vaya a olvidarse y a dejarla fuera toda la noche; la ropa mojada por el rocío no parece limpia hasta que vuelve a lavarse.

Le respondí con docilidad que me acordaría de recoger la colada. Luego le pregunté –sintiéndome como un espía que pretende sonsacar información a un miembro de una embajada– si le parecía que todo marchaba bien en la casa.

– ¿Qué quiere decir? –preguntó enarcando las cejas en un gesto de asombro.

–Bueno, he oído ruidos raros un par de veces. Por la noche.

–Es una casa de troncos, ¿no? Cogida con alfileres, como quien dice. Un ala se apoya sobre la otra. Seguramente eso es lo que ha oído.

– ¿O sea que no hay fantasmas? –pregunté como si estuviera desilusionado.

–Yo nunca he visto ninguno –respondió con el escepticismo de un contable–, pero mi madre decía que por aquí había muchos. Decía que el lago entero estaba encantado, habitado por los micmacs que vivían aquí hasta que el general Wing los desterró, por los fantasmas de todos los hombres que murieron en la guerra civil. De esta zona salieron más de seiscientos, señor Noonan, y regresaron menos de ciento cincuenta... por lo menos vivos. Mi madre decía que en esta parte del Dark Sobre también vivía el fantasma del niño negro que murió aquí. El pobrecillo era uno de los Red-Tops, ya sabe.

—No, no lo sé. He oído hablar de Sara y los Red-Tops, pero no de esto. —Hice una pausa y añadí—: ¿Se ahogó?

—No; cayó en la trampa de un animal. Estuvo atrapado casi todo un día, pidiendo ayuda a gritos. Finalmente lo encontraron. Le salvaron el pie, pero no deberían haberlo hecho, porque la infección le llegó a la sangre y el niño murió. Ocurrió en el verano de 1901, y supongo que por eso se marcharon, estaban demasiado tristes para quedarse. Pero mi madre decía que el niño se había quedado, que seguía en el TR.

Me pregunté qué diría la señora Meserve si le contaba que el niño me había recibido al llegar de Derry y que desde entonces había reaparecido en varias ocasiones.

—Después pasó lo del padre de Kenny Auster —prosiguió—. Conoce esa historia, ¿no? Es una historia terrible.

La mujer parecía contenta, o bien de conocer una historia tan terrible o de tener la oportunidad de contarla.

—No —respondí—. Sin embargo, conozco a Kenny. Es el dueño del galgo irlandés llamado Arándano.

—Sí. Hace chapuzas y trabajos de carpintería, igual que su padre. Normal Auster trabajó como encargado de mantenimiento de muchas de las casas de la zona, y poco después de que terminara la Segunda Guerra Mundial, ahogó al hermano pequeño de Kenny en el jardín trasero. En esa época vivían en Wasp Hill, justo donde se bifurca el camino y una parte va hacia el antiguo amarradero y la otra hacia la dársena. Pero no ahogó al crío en el lago. Lo arrojó al suelo, debajo de la bomba de agua, y lo dejó bajo el chorro hasta que el niño murió.

Me quedé mirándola, mientras a nuestras espaldas la ropa se agitaba en el tendedero.

Pensé que el sabor mineral que en dos ocasiones había sentido en la boca y en la garganta podría haber sido tanto de agua del pozo como de agua del lago; al fin y al cabo, toda procedía del mismo sitio. Recordé el mensaje del frigorífico: "me ahgo".

—Dejó al bebé bajo el chorro de la bomba de agua. Tenía un Chevrolet nuevo y vino con él hasta el camino Cuarenta y dos. También trajo un rifle.

— ¿No irá a decirme que el padre de Kenny Auster se suicidó en mi casa?

Ella negó con la cabeza.

—No. Lo hizo en la terraza de los Bricker. Se sentó en la hamaca y se voló los sesos de su maldita cabeza de infanticida. — ¿Los Bricker? No los...

—No los conoce. No ha habido ningún Bricker en el lago desde los años sesenta. Eran de Delaware. Gente muy fina. Vivían en la casa que después ocuparon los Washburn, aunque éstos también se han ido. La casa está vacía. De vez en cuando, el imbécil de Osgood trae a alguien a verla, pero nunca la venderá al precio que pide. Recuerde lo que le digo.

Yo había conocido a los Washburn; había jugado al bridge con ellos un par de veces.

Eran personas simpáticas, aunque probablemente la señora Meserve, con su extraño esnobismo provinciano, no las habría calificado de "finas". Su casa estaba a poco más de un kilómetro al norte de la mía subiendo por la Calle. Pasado ese punto, no hay mucho más: la cuesta hacia el lago es muy empinada y el bosque se convierte en una jungla de malezas y moreras. La Calle llega hasta la punta de la bahía Halo, en la orilla norte del lago Dark Score, pero una vez que el camino Cuarenta y dos gira otra vez hacia la carretera sólo la usan las personas que van a recoger moras en el verano y los cazadores en el otoño.

Normal, pensé. Buen nombre para un tipo que había ahogado a un bebé bajo el chorro de la bomba del jardín trasero. — ¿Dejó alguna nota? ¿Alguna explicación?

—No, pero la gente dice que su fantasma también está en el lago. Supongo que en todos los pueblos pequeños hay fantasmas, pero yo nunca he visto ninguno; puede que no sea lo bastante sensible. Lo único que sé sobre su casa, señor Noonan, es que huele a humedad por mucho que la ventile. Supongo que es por los troncos. Las construcciones de troncos no van bien con los lagos. La madera absorbe la humedad.

La señora Meserve había dejado el bolso en el suelo y ahora se agachó para recogerlo.

Era el bolso de una mujer de campo, negro, sin adornos (salvo por las arandelas doradas que sujetaban las asas) y utilitario. Si hubiera querido, podría haber llevado allí una buena selección de cacharros de cocina.

—Aunque me gustaría, no puedo quedarme aquí charlando todo el día. Todavía tengo que ir a otra casa antes de terminar la jornada de trabajo. Ya sabe que en esta parte del mundo, el verano es la época de cosecha. Acuérdesse de descolgar la ropa antes de que anochezca, señor Noonan. No deje que se moje con el rocío.

—Lo recordaré.

Lo recordé, pero cuando salí a descolgarla, vestido con mi bañador y empapado en sudor después de varias horas de trabajar en un horno (tenía que hacer reparar el aire acondicionado, tenía que hacerlo), vi que algo había cambiado. Mis tejanos y camisas colgaban alrededor de los postes. La ropa interior y los calcetines, que la señora Meserve había ocultado decorosamente antes de marcharse en su viejo Ford, ahora estaban en la parte exterior del tendedero. Era como si mi huésped invisible —o uno de mis huéspedes invisibles— me dijera ja, ja, ja.

Al día siguiente fui a la biblioteca y antes que nada renové mi carnet. La propia Lindy Briggs cogió mis cuatro pavos e introdujo mi nombre en el ordenador, no sin antes decirme cuánto había lamentado la muerte de Jo. Tal como me había ocurrido con Bill, noté un dejo de reproche en su voz, como si yo fuera el culpable del indecoroso retraso con que debían darme las condolencias. Y supongo que lo era.

— ¿Tienen alguna historia del pueblo, Lindy? —pregunté cuando ella dejó de hablar de mi esposa.

—Tenemos dos —respondió y se inclinó hacia mí sobre el mostrador; una mujer menuda con un vestido de estampado chillón, el pelo gris recogido en un moño y los ojos brillantes danzando detrás de las bifocales. Luego añadió con tono confidencial Ninguna de las dos es buena.

— ¿Cuál es mejor? —pregunté imitando su tono.

—Tal vez la de Edward Osteen. Solía venir por aquí en verano a mediados de los cincuenta y se quedó a vivir permanentemente cuando se retiró. Escribió *Dark Score Days* en el sesenta y cinco o el sesenta y seis. Lo hizo imprimir él mismo, porque ninguna editorial se lo aceptaba. Ni siquiera las de la zona. —Suspiró—. Los lugareños compraron el libro, pero no debe de haber vendido muchos ejemplares, ¿no?

—Supongo que no —respondí.

—No era un buen escritor y tampoco un buen fotógrafo. Las pequeñas fotografías en blanco y negro que ilustran el libro lastiman los ojos. Sin embargo, cuenta algunas anécdotas entretenidas.

Sobre las luchas contra los micmacs, el caballo adiestrado del general Wing, el tornado de 1880, los incendios de los años treinta...

— ¿Menciona a Sara y a los Red-Tops?

Lindy asintió con una sonrisa.

—Ha decidido investigar la historia de su casa, ¿no? Me alegro mucho. Osteen encontró una vieja foto de la banda y la puso en el libro. Calculaba que se había tomado en la Feria de Fryeburg, en 1900. Ed decía que le hubiera encantado oír un disco de la banda.

—Y a mí también, pero no grabaron ninguno. —De repente recordé unos versos del poeta griego George Seferis: "¿Son las voces de nuestros amigos muertos / o es sólo el gramófono?". ¿Qué ocurrió con el señor Osteen? Su nombre no me suena.

—Murió un par de años antes de que usted y Jo compraran la casa del lago —respondió—. De cáncer.

— ¿Ha dicho que había dos historias?

—La otra seguramente la conoce. Es La historia del condado de Castle y de Castle Rock.

Se publicó para el centenario del condado y es muy aburrida. El libro de Osteen no está muy bien escrito pero no es aburrido. Hay que reconocerle ese mérito. Encontrará los dos ejemplares allí. — Señaló unos estantes con un cartel de "Historia de Maine"—. No están en préstamo. —Su expresión se animó—. Pero estaremos encantados de recibir las monedas que desee echar en la máquina de fotocopias.

Mattie estaba sentada en el otro extremo del mostrador, junto a un niño que llevaba una gorra de béisbol con la visera hacia atrás. Le enseñaba a usar el lector de microfichas.

Me miró, sonrió y esbozó con los labios las palabras "buena jugada". Supuse que se refería al golpe de suerte que había tenido en Warrington's, cuando había atajado la pelota. Me encogí de hombros modestamente y me dirigí a los estantes de Historia de Maine. Ella tenía razón, de chiripa o no, había sido una buena jugada.

– ¿Qué buscas?

Yo estaba tan absorto en las dos historias, que la voz de Mattie me sobresaltó. Me volví y le sonreí y entonces me di cuenta de dos cosas: primero, que el perfume de Mattie era suave y agradable; segundo, que Lindy Briggs nos miraba desde el mostrador y que ya no sonreía.

– Información sobre la zona donde vivo –respondí–. Anécdotas del pasado. El encargado de mantenimiento ha despertado mi interés. –Luego añadí en voz más baja–: La maestra nos mira. No te vuelvas.

Mattie pareció sorprendida y también algo preocupada. Más tarde descubriríamos que tenía razones para preocuparse. Con voz grave pero lo bastante alta para que llegara al mostrador me preguntó si podía guardar alguno de los dos libros. Le devolví los dos, y mientras lo hacía, me susurró con voz de conspiradora: –El abogado que te representó el viernes ha contratado a un detective privado para John. Dice que han descubierto algo interesante sobre el tutor ad litem.

La seguí a los estantes de Historia de Maine, esperando no meterla en líos, y le pregunté si tenía idea de qué era eso interesante que habían descubierto. Negó con la cabeza, me obsequió con una sonrisita profesional de bibliotecaria y se marchó.

En el camino de regreso a la casa pensé en lo que había leído, pero no era mucho.

Osteen era mal escritor y mal fotógrafo, y aunque sus historias eran pintorescas no me habían proporcionado mucha información. Mencionaba a Sara y a los Red-Tops, pero se refería a ellos como el "octeto de dixieland", y hasta yo sabía que eso no era cierto.

Aunque los Red-Tops tocaran dixieland, eran principalmente un grupo de blues (los miércoles y sábados por la noche) y un grupo de gospel (los domingos por la mañana y por la tarde). En su resumen de dos páginas sobre la estancia de los Red-Tops en el TR, Osteen dejaba claro que nunca había oído las canciones de Sara interpretadas por otro cantante.

Su historia confirmaba que un niño había muerto de septicemia después de caer en una trampa, una anécdota similar a la que me había contado Brenda Meserve; pero ¿por qué no iba a ser así?: con toda seguridad Osteen la había oído de labios del padre o del abuelo de la señora Meserve. Él también decía que el niño era el único hijo de Son Tidwell y que el verdadero nombre del guitarrista era Reginald. Al parecer, los Tidwell procedían del barrio de los prostíbulos de Nueva Orleans, las legendarias calles llenas de burdeles y tabernas que a principios de siglo se conocían con el nombre de Storyville.

En la historia del condado de Castle, mucho más académica, no se mencionaba a Sara y a los Red-Tops, y en ninguno de los dos libros se hablaba del hermano de Kenny Auster, que supuestamente había muerto ahogado. Poco antes de que Mattie se acercara a hablar conmigo, a mí se me había ocurrido una idea descabellada: que Son Tidwell y Sara Tidwell eran marido y mujer y que el niño (a quien Osteen no mencionaba) había sido hijo de la pareja. Encontré la fotografía de la que me había hablado Lindy y la estudié con atención. En ella había por lo menos una docena de negros posando rígidamente en grupo delante de lo que parecía una exhibición de ganado. En el fondo había una anticuada noria. Era muy probable que la foto hubiera sido tomada en la Feria de Fryeburg, y a pesar de que estaba vieja y descolorida, tenía una fuerza primitiva, elemental, que todas las demás fotos de Osteen juntas no alcanzaban a igualar.

Seguramente habréis visto fotografías de los bandidos del Oeste en la época de la Depresión que tengan el mismo aspecto de espectral verosimilitud: caras serias sobre corbatas y cuellos apretados, ojos que no están del todo ocultos entre las sombras del ala de los antiguos sombreros.

Sara estaba en el centro y en primera fila con un vestido negro y una guitarra. No sonreía, pero sus ojos se veían risueños, y pensé que, al igual que los ojos de algunos retratos, parecían seguirte allí donde te movieras. Estudié la fotografía y recordé su voz maliciosa en mi sueño: "¿Qué quieres saber, cielo?" Supongo que yo quería información sobre ella y los demás: quiénes habían sido, qué relación mantenían cuando no estaban cantando o tocando, por qué se habían marchado y adónde. Las manos de Sara se veían con claridad, una en las cuerdas de la guitarra, la otra en los trastes, donde ese día de feria del año 1900 tocaba un acorde de do. No llevaba ningún anillo en sus largos dedos de artista. Eso no significaba necesariamente que ella y Son Tidwell no estuvieran casados, desde luego, e incluso si no lo hubieran estado, el niño que había caído en la trampa podría haber sido hijo ilegítimo de la pareja. Sin embargo, Son Tidwell tenía la misma mirada risueña. El parecido entre ambos era asombroso, lo que me indujo a pensar que habían sido hermanos y no pareja.

De camino a casa pensé en todas estas cosas y en los cables que podía percibir aunque no fueran visibles, pero sobre todo pensé en Lindy Briggs: en la forma que me había sonreído y en cómo,

poco después, no había sonreído a la brillante y joven bibliotecaria con su certificado de bachillerato obtenido por correo. Eso me preocupaba.

Pero una vez que llegué a la casa, mi única preocupación volvió a ser mi novela y sus personajes: sacos de huesos a los que día a día les iba creciendo carne.

Michael Noonan, Max Devore y Rogette Whitmore interpretaron su pavorosa escena de comedia la tarde del viernes. Pero antes, sucedieron dos cosas que merecen contarse.

La primera fue una llamada de John Storrow el jueves por la noche. Yo estaba sentado delante del televisor mirando un partido de béisbol sin sonido (el botón para quitar el sonido que en la actualidad tienen casi todos los mandos a distancia es probablemente el mejor invento del siglo XX). Pensaba en Sara, Son y el pequeño Tidwell. Pensaba en Storyville, un nombre que sin duda fascinaría a todos los escritores. Y en lo más profundo de mi mente pensaba en mi esposa que había muerto embarazada.

– ¿Diga?

–Mike, tengo excelentes noticias –dijo John, a punto de estallar de alegría–. Romeo Bissonette es un nombre ridículo, pero el detective que me consiguió no tiene nada de ridículo y se llama George Kennedy, como el actor. Es eficaz y rápido. Hasta podría trabajar en Nueva York.

–Si ése es el mejor cumplido que se te ocurre, deberías salir de la ciudad más a menudo.

Él prosiguió como si no me hubiera oído:

–Kennedy trabaja oficialmente para una empresa de seguridad; las otras tareas las hace en secreto. Es una pena, créeme. Obtuvo la mayor parte de la información por teléfono.

No me lo puedo creer.

– ¿Qué no puedes creer?

–Nuestra suerte. –Una vez más usó ese tono de satisfacción perversa que a mí me resultaba a un tiempo inquietante y reconfortante–. Elmer Durgin ha hecho las siguientes cosas desde fines del mes de mayo pasado: terminó de pagar su coche, terminó de pagar una casa en los Rangeli Lakes; saldó una deuda de por lo menos noventa años de pensión alimenticia...

–Nadie paga una pensión alimenticia durante noventa años. Eso es imposible.

–No lo es si tienes siete hijos –respondió John y soltó una carcajada. Recordé a Durgin, con su regordeta cara de autosatisfacción, su boca con forma de arco de cupido, sus lustrosas uñas de remilgado.

–No tiene siete hijos –dije.

–Los tiene –respondió él sin dejar de reír. Parecía un maníaco–. ¡De veras! ¡Siete hijos de edades comprendidas entre tre-tres y ca-ca-torce! ¡Qué ocu-ocupada tie-tiene a su po-polla! –más carcajadas y ahora yo reía con él; me había contagiado como si se tratara de las paperas–. Kennedy va a e–enviarme fo-fotos por fax de toda la fa-familia.

A estas alturas estábamos desternillándonos, riendo juntos a larga distancia. Imaginé a John Storrow sentado solo en su despacho de Park Avenue, asustando con sus chillidos a las señoras de la limpieza.

–Pero eso no tiene importancia–dijo cuando consiguió volver a hablar con coherencia–.

Ya te has dado cuenta de lo más importante, ¿no?

–Sí –respondí–. ¿Cómo ha podido ser tan imbécil?

Me refería a Durgin, pero también a Devore. Creo que John me entendió, que ambos hablábamos de los dos.

–Elmer Durgin es un picapleitos de un pueblo de mala muerte perdido en los grandes bosques del oeste de Maine, eso es todo.

¿Cómo iba a saber que aparecería un ángel guardián con recursos suficientes para desenmascararlo? A propósito, también se ha comprado una lancha hace dos semanas.

Una fuera de borda. Todo ha terminado, Mike. El equipo local marca nueve carreras en la novena etapa y el premio es nuestro.

–Si tú lo dices... –Pero mi mano, como si tuviera vida propia, hizo una pequeña expedición, se cerró en un puño y golpeó con suavidad la madera maciza de la mesa de centro.

–Además, el partido de softball no fue una pérdida de tiempo. John seguía soltando risitas como si fueran globos de helio.

– ¿No?

–Ella me gusta.

– ¿Ella?

–Mattie –dijo pacientemente–. Luego–: ¿Mike? ¿Sigues ahí?

–Sí –respondí–. Se me había resbalado el teléfono. Lo siento. El teléfono no se había resbalado ni un centímetro, pero creo que mentí con bastante naturalidad. Y si no lo había hecho, ¿qué? Tratándose de Mattie, yo (por lo menos para John) estaba fuera de toda sospecha. Como los criados en las novelas de Agatha Christie. Él tenía veintiocho años, tal vez treinta. La idea de que un hombre doce años mayor pudiera sentirse sexualmente atraído por Mattie no debía de haberse cruzado por la cabeza, aunque quizá lo hiciera durante un par de segundos antes de que él la descartara como ridícula.

Igual que Mattie había descartado la idea de que Jo pudiera estar liada con el hombre de la chaqueta marrón.

–No puedo tirarle los tejos mientras esté representándola –prosiguió John–, no sería ético. Y tampoco prudente. Pero después... quién sabe.

–Sí –oí decir a mi voz como ocurre cuando nos pillan completamente abstraídos y tenemos la impresión de que el que habla es otro. Alguien en la radio o en un tocadiscos. ¿Son las voces de nuestros amigos muertos, o sólo el gramófono? Pensé en las manos de John, con dedos largos, delgados y sin anillos. Como las manos de Sara en la vieja fotografía–. Quién sabe.

Nos despedimos y yo seguí mirando el partido de fútbol sin Mattie Devore. –Una pausa y sonido. Pensé en levantarme a buscar una cerveza, pero tenía la sensación de que el frigorífico estaba demasiado lejos; de hecho, sería como hacer un safari. Sentía una especie de dolor sordo, pero le siguió una emoción mejor: supongo que podría definirse de melancólico alivio. ¿John era demasiado mayor para ella? No, no lo creía. Tenía la edad perfecta. El príncipe azul número dos, esta vez vestido con un traje de tres piezas.

Era probable que la suerte de Mattie con los hombres estuviera cambiando, y en tal caso yo debería alegrarme. Me alegraría. Y también debía sentirme aliviado, porque tenía que escribir un libro en vez de pensar en sus zapatillas blancas destellando bajo el vestido rojo en la penumbra o en la brasa de su cigarrillo danzando en la oscuridad.

Sin embargo, me sentí verdaderamente solo por primera vez desde que había visto a Kyra caminando por la línea blanca de la carretera 68, vestida con su bañador y sus chanclas.

–"Patético hombrecillo, dijo Strickland" –le dije a la habitación vacía.

Las palabras salieron de mi boca involuntariamente, y cuando lo hicieron, la televisión cambió de canal. Pasó del partido de béisbol a una reposición de *Todo queda en la familia* y luego a Ren & Stimpy. Miré el mando a distancia, que seguía en la mesa de centro donde yo lo había dejado. La televisión cambió de canal otra vez y en esta ocasión me encontré mirando a Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. En el fondo había un avión y no necesité coger el mando y subir el volumen para saber que Humphrey le decía a Ingrid que debía subirse a él. La película favorita de mi esposa, que indefectiblemente lloraba al final.

– ¿Jo? –pregunté–. ¿Estás ahí?

La campanilla de Bunter sonó una vez; muy débilmente. Había habido varias presencias en la casa, no me cabía duda... pero esa noche, por primera vez, estaba completamente seguro de que Jo estaba conmigo.

– ¿Quién era él, cariño? –pregunté–. ¿Quién era el tipo de la chaqueta marrón?

La campanilla de Bunter no se movió. Pero ella estaba en la habitación. Lo intuía; era algo así como una respiración contenida. Recordé el mensaje desagradable y burlón que había encontrado en el frigorífico después de cenar con Mattie y Ki: "Mentiroso de las rosas azules ja ja."

– ¿Quién era él? –Mi voz sonaba quebrada, al borde de las lágrimas–. ¿Qué hacías aquí con otro hombre? ¿Estabas...? Pero no me atrevía a preguntarle si me había mentido, si me había engañado. Era incapaz de preguntarlo, aun sabiendo que la presencia que intuía tal vez existiera –afrontémoslo– sólo en mi cabeza.

La tele dejó de emitir Casablanca y allí estaba ahora el abogado favorito de todos, Perry Mason. El enemigo de Perry, Hamilton Burger, interrogaba a una mujer aparentemente desolada. De repente se subió el sonido, sobresaltándome.

– ¡No soy una mentirosa! –gritó una antigua actriz de televisión. Por un instante me miró directamente a los ojos y me quedé sin aliento al reconocer los ojos de Jo en la cara en blanco y negro–. ¡Jamás he mentado, señor Burger! ¡Jamás!

– ¡Yo afirmo que lo ha hecho! –replicó Burger–. Yo afirmo que usted...

El televisor se apagó. La campanilla de Bunter dio una única y vigorosa sacudida y quienquiera que estuviera allí se marchó. Pero yo me sentía mejor. "No soy una mentirosa... Jamás he mentado, jamás."

Si quería, podía creerle. Si quería.

Me fui a la cama y esa noche no soñé.

Me había tomado la costumbre de empezar a trabajar temprano, antes de que el calor en el estudio se hiciera insoportable. Desayunaba un zumo de naranja y una tostada y luego me sentaba ante la IBM hasta el mediodía, mirando cómo la bola de caracteres Courier giraba y bailaba mientras las páginas se deslizaban por el rodillo y salían escritas. La vieja magia, tan extraña y maravillosa. Aunque lo llamaba "trabajo", nunca lo había sentido como tal; más bien era como saltar en un extraño trampolín mental. Y esos saltos me liberaban durante un tiempo del peso del mundo.

A mediodía hacía un alto, iba al emporio de la grasa de Buddy Jellison a comer algo poco saludable, y regresaba al trabajo durante una hora más.

Después nadaba un rato y dormía una larga siesta sin sueños en el dormitorio del ala norte. Apenas si había entrado en el ala sur de la casa; si a la señora Meserve le extrañaba, nunca dijo nada.

El viernes 17 me detuve frente a la tienda Lakeview para poner gasolina. También hay surtidores en el taller de Brooks, donde el litro costaba un par de centavos menos, pero allí había malas vibraciones. Ese viernes, mientras ponía gasolina con la manguera programada en el sistema automático, mirando hacia las montañas, el Dodge de Bill Dean se detuvo al otro lado del pasillo central. Bill se apeó y me sonrió.

– ¿Qué tal va todo, Mike?

–Muy bien.

–Brenda me ha contado que está escribiendo como un poseso.

–Así es –respondí.

Tenía intención de preguntarle cuándo iban a reparar el aire acondicionado, pero la pregunta se quedó donde estaba: en la punta de la lengua. Todavía me sentía demasiado ansioso ante mi recién redescubierta capacidad para atreverme a hacer cambios en el sitio donde trabajaba. Tal vez sea una estupidez, pero a veces las cosas marchan bien sólo porque uno cree que marchan bien. Es una definición de la fe tan acertada como cualquiera.

–Bueno, me alegro. Me alegro mucho.

Aunque sus palabras sonaron sinceras, por alguna razón se me antojó que no era el Bill de siempre. Al menos no era el Bill que me había dado una calurosa bienvenida poco tiempo antes.

–He estado investigando un poco sobre la historia de mi zona del lago –comenté.

– ¿Sara y los Red-Tops? Recuerdo que siempre sintió curiosidad por ellos.

–Sí, pero no sólo por ellos. Me interesan también otras historias. El otro día la señora Meserve me habló de Normal Auster, el padre de Kenny...

Bill siguió sonriendo, y apenas si se detuvo un instante en el acto de desenroscar la tapa del tanque de gasolina, pero aun así tuve la clara impresión de que se había quedado paralizado por dentro.

–No escribiré sobre ese asunto, ¿no, Mike? Porque aquí hay mucha gente a la que no le gustaría y se lo tomaría mal. Le dije lo mismo a Jo.

– ¿A Jo? –Sentí el impulso de ponerme entre los dos surtidores y cruzar el pasillo central para cogerlo del brazo–. ¿Qué tiene que ver Jo con esto?

Me miró largamente y con cautela. – ¿No se lo dijo?

– ¿De qué habla?

—Iba a escribir algo sobre Sara y los Red-Tops para uno de los periódicos locales.

Bill escogía las palabras con cuidado. Recuerdo perfectamente ese detalle, tan bien como el ardiente calor del sol en mi cuello y nuestras sombras perfectamente claras en el asfalto. Bill comenzó a poner gasolina y el ruido del surtidor también era perfectamente claro.

—Creo que mencionó que lo publicarían en la revista Yankee. Es posible que me equivoque sobre ese punto, pero no lo creo.

Yo me había quedado sin habla. ¿Por qué no me había contado que tenía intención de escribir sobre la historia local? ¿Por qué había pensado que de ese modo invadiría mi territorio? Eso era ridículo. Me conocía bien... ¿O no?

—¿Cuándo tuvieron esa conversación, Bill? ¿Lo recuerda? —Por supuesto —respondió—. El mismo día que vino a recoger los búhos de plástico. Yo saqué el tema porque la gente me había contado que Jo iba por ahí interrogando a los vecinos.

—¿Fisgando?

—Yo no he dicho eso —dijo con sequedad—. Lo ha dicho usted.

Era verdad, pero estaba seguro de que lo había querido decir. —Continúe.

—No tengo mucho más que añadir. Le dije que en el lago y en el TR hay gente quisquillosa, como en todas partes, y le aconsejé que no les buscara las cosquillas. Me respondió que lo entendía. Puede que lo hiciera y puede que no. Lo único que sé es que siguió haciendo preguntas. Escuchando historias de viejos tontos, con más años que sentido común.

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—En el otoño del noventa y tres, y en el invierno y la primavera del noventa y cuatro. Se paseó por todo el pueblo; hasta fue a ver a Motton y a Harlow con un cuaderno y un pequeño magnetófono. Eso es todo lo que sé.

Me percaté de algo sorprendente: Bill mentía. Si alguien me lo hubiera dicho antes de ese día, yo habría reído y respondido que Bill Dean era incapaz de mentir. Y supongo que no lo hacía por costumbre, porque se le daba muy mal.

Sentí la tentación de desenmascararlo, pero ¿de qué hubiera servido? Necesitaba pensar, y no podía hacerlo allí: mi mente era un torbellino. Si le daba tiempo, el torbellino se detendría y yo comprendería que no era nada importante, pero necesitaba ese tiempo.

Cuando descubres información inesperada sobre un ser querido que lleva muerto algún tiempo, sientes como si la tierra se abriera bajo tus pies. Creedme, es así.

Bill había desviado la vista, pero luego volvió a mirarme. Parecía a la vez ansioso y —podría haberlo jurado— asustado. —Hizo preguntas sobre el pequeño Kenny Auster y a eso me refería cuando hablé de buscarle las cosquillas a la gente. No es un buen tema para un artículo en una revista o en un periódico. Normal se volvió loco, eso es todo.

Nadie sabe por qué. Fue una tragedia horrible, sin sentido, y todavía puede afectar a algunas personas. En los pueblos pequeños, las cosas están como conectadas bajo la superficie.

Sí, con cables invisibles.

—Y el pasado muere más lentamente. Lo de Sara y su grupo es diferente. Sólo eran... vagabundos... venidos de muy lejos. Si Jo se hubiera limitado a hablar de ellos, no habría habido ningún problema. Bueno, que yo sepa, no lo hubo. Porque nunca vi nada de lo que escribió. Si es que finalmente lo hizo.

Tuve la impresión de que esta vez decía la verdad. Pero supe algo más, lo supe con la misma seguridad con que había sabido que Mattie tenía puestos unos pantalones cortos blancos cuando me había llamado en su día libre: Bill había dicho que Sara y los demás eran vagabundos, venidos de muy lejos, pero había dudado en mitad de la frase y usado la palabra "vagabundos" en lugar de la primera que se le había ocurrido: la palabra que no había dicho era "negros". "Sara y los demás eran negros venidos de muy lejos."

En ese momento recordé un antiguo cuento de Ray Bradbury; "La tercera expedición", de Crónicas marcianas. Los primeros viajeros espaciales que llegan a Marte descubren que están en Green Town, Illinois, y encuentran allí a sus amigos y familiares más queridos. Pero de hecho esos amigos y familiares son monstruos, y por la noche —cuando los viajeros creen estar durmiendo en la cama de sus familiares muertos mucho tiempo antes, en un lugar que podría ser el paraíso— los matan a todos.

– ¿Está seguro de que Jo estuvo aquí fuera de temporada, Bill? –Sí. Y varias veces. Una docena o más. Llegaba y se marchaba en el mismo día, ¿sabe?

– ¿Alguna vez la vio acompañada por un hombre? ¿Un tipo corpulento y moreno?

Bill reflexionó unos instantes, y yo traté de disimular que contenía el aliento.

Finalmente negó con la cabeza.

–Las veces que la vi estaba sola. Pero no la vi en todas sus visitas. A veces me enteraba de que había estado aquí después de que se hubiera marchado. La vi en julio de 1994; iba en el coche en dirección a la bahía Halo. Nos saludamos con la mano. Esa noche fui a la casa para ver si necesitaba algo, pero se había ido. No volví a verla. Cuando nos enteramos de que había muerto poco después, ese mismo verano, Yvette y yo nos quedamos de piedra.

Fuera lo que fuese lo que investigaba, pensé, no debió de escribir nada al respecto, o yo habría encontrado el manuscrito. ¿Sería realmente así? Había hecho muchos viajes al lago sin molestarse en tratar de pasar inadvertida, y en uno de ellos incluso acompañada por un extraño. Sin embargo, yo me había enterado de esas visitas por pura casualidad.

–Éste es un tema espinoso –dijo Bill–. Pero ya que hemos empezado a hablar de él, será mejor que lleguemos hasta el final. Vivir en el TR es como dormir con cuatro o cinco personas en la misma cama porque hace mucho frío. Si todo el mundo se queda quieto, no hay ningún problema. Pero si alguien no deja de moverse o de girarse, nadie duerme en paz. En estos momentos, usted es esa persona inquieta.

Esperó mi respuesta. Cuando pasaron unos veinte segundos sin que yo dijera palabra (Harold Oblowski habría estado orgulloso de mí), movió los pies con inquietud y continuó.

–Por ejemplo, en el pueblo hay gente que está preocupada por su interés por Mattie Devore. No quiero decir que haya algo entre ustedes, aunque algunos aseguran que sí, pero si quiere quedarse en el TR, usted mismo se está complicando las cosas.

– ¿Porqué?

–Ya se lo dije hace poco más de una semana. Esa chica es un problema.

–Si no recuerdo mal, Bill, me dijo que la chica tenía problemas. Y yo sólo quiero ayudarla a resolverlos. Y eso es lo único que hay entre nosotros.

–Pues yo recuerdo que le dije que Max Devore está chalado –prosiguió–. Si lo hace enfadar, todos pagaremos por ello. –El surtidor se cerró con un ruidito seco y Bill sacó la manguera. Luego suspiró, levantó las manos y volvió a bajarlas.

– ¿Cree que me resulta fácil decirle estas cosas?

– ¿Cree que me resulta fácil escucharlas?

–De acuerdo, estamos empatados. Pero Mattie Devore no es la única habitante del TR que pasa apuros económicos, ¿sabe? Hay muchos otros. ¿Lo entiende?

Supongo que vio que yo lo entendía perfectamente, porque encorvó los hombros.

–Si me pide que me haga a un lado, que no presente batalla y permita que Max Devore le quite la niña a Mattie, olvídalo –dije–. Y espero que no sea eso lo que pretende.

Porque yo no puedo admitir que un hombre le pida eso a otro.

–De cualquier modo no se lo pediría –replicó él con un dejo casi desdeñoso–. Sería demasiado tarde, ¿no? –De repente pareció ablandarse–. Por favor, hombre, estoy preocupado por usted. Me da igual lo que piensen los demás, ¿vale? –Mentía otra vez, pero en esta ocasión no me importó porque advertí que se mentía a sí mismo–. Pero tenga cuidado. Cuando dije que Devore estaba loco, no hablaba en sentido figurado.

¿Cree que aceptará lo que digan en los tribunales si no es lo que él quiere? En los incendios de 1933 murieron tres hombres, todos buena gente.

Uno era pariente mío. Se quemó medio condado, y Max Devore empezó el incendio.

Fue su regalo de despedida del TR. Nunca lo probaron ni lo probarán, pero fue él. En ese entonces era joven, pobre como una rata y no tenía a la ley en el bolsillo. ¿Qué cree que es capaz de hacer ahora?

Me dirigió una mirada inquisitiva, pero yo no respondí. Sin embargo, Bill asintió como si lo hubiera hecho.

–Piénselo. Y recuerde una cosa, Mike: si no le apreciara, no le hablaría con tanta sinceridad.

– ¿Ha sido sincero de verdad, Bill?

Fui vagamente consciente de que un turista que había bajado de un Volvo y se dirigía a la tienda nos miraba con curiosidad. Más tarde, cuando repetí mentalmente la escena, comprendí que debíamos parecer dos hombres a punto de pelearse a puñetazos.

Recuerdo que me dieron ganas de llorar, que sentí tristeza, asombro y la clara sensación de haber sido traicionado. Pero también recuerdo que estaba furioso con ese viejo desgarrado de camisa immaculada y dentadura postiza. Así que es probable que estuviéramos en un tris de pelearnos a puñetazos y que en su momento yo no me percatara de ello.

–Todo lo sincero que he podido –respondió, dio media vuelta y se dirigió a la tienda para pagar la gasolina.

–Mi casa está encantada –dije.

Se detuvo en seco, de espaldas a mí y con los hombros encorvados como para eludir un golpe. Luego se volvió lentamente. –Sara Risa siempre ha estado encantada, Mike.

Usted ha inquietado a los fantasmas. Tal vez debería volver a Derry para permitir que vuelvan a tranquilizarse. Quizá sería lo mejor. –Hizo una pausa, como si se repitiera mentalmente sus últimas palabras para averiguar si de verdad las pensaba–. Sí. Creo que sería lo mejor.

Cuando regresé a Sara llamé a Ward Hankins. Luego me atreví por fin a telefonar a Bonnie Amudson. Una parte de mí deseaba que no estuviera en la agencia de viajes de Augusta de la que era copropietaria, pero estaba. Mientras hablaba con ella, el fax empezó a imprimir copias de las páginas del calendario de mesa de Jo. En la primera, Ward había escrito a mano: "Espero que te sirvan de algo."

No había ensayado lo que iba a decirle a Bonnie, pues supuse que hacerlo sería como una invitación al desastre. Le dije que antes de morir, Jo estaba escribiendo algo –quizá un artículo o varios– sobre el lugar donde teníamos nuestra casa de campo y que a algunos lugareños les había molestado su curiosidad. Algunos de ellos seguían enfadados. ¿Había hablado del tema con Bonnie? ¿Le había enseñado algún borrador?

–No –respondió Bonnie, sinceramente sorprendida–. Solía enseñarme las fotos que hacía y más muestras de hierbas de las que a mí me apetecía ver, pero nunca me enseñó nada escrito por ella. De hecho, recuerdo que una vez dijo que dejaría la literatura para ti y que ella...

–Se dedicaría a picotear un poco aquí y allí, ¿no?

–Sí.

Era un buen momento para terminar la conversación, pero, por lo visto, los muchachos del sótano no estaban de acuerdo. – ¿Jo se veía con alguien, Bonnie?

Silencio al otro lado. Con una mano que me pareció que estaba a por lo menos seis kilómetros de mi hombro, cogí las páginas de la cesta del fax. Había diez: de noviembre de 1993 a agosto de 1994. Con anotaciones por todas partes hechas con la letra clara de Jo. ¿Teníamos fax antes de que ella muriera? Ni siquiera lo recordaba. Eran tantas las cosas que no recordaba.

– ¿Bonnie? Si sabes algo, dímelo, por favor. Jo está muerta, pero yo no. Si hay algo que deba perdonarle, lo haré, pero no puedo perdonar lo que no entien...

–Lo siento –interrumpió ella con una risita nerviosa–. Es que no te había entendido.

"Verse con otro" suena como algo tan impropio de Jo, de la Jo que conocí, que al principio creí que te referías a un psicólogo o algo así. Pero no es así, ¿verdad? ¿Me preguntas si estaba liada con alguien? ¿Si tenía un amante?

–Sí, me refería a eso.

Estaba revisando las páginas de fax, y aunque mi mano todavía no estaba a la distancia normal de mis ojos, se aproximaba más, se aproximaba más.

Yo sentí el alivio en el honesto desconcierto de la voz de Bonnie, pero no tanto como esperaba. Porque lo sabía. Después de todo era de Jo de quien estábamos hablando.

JO

–Mike, –estaba diciendo Bonnie, muy suavemente, como si yo estuviera loco –ella te amaba, te amaba.

– Si, supongo que sí.

Las páginas del calendario de mesa mostraban lo ocupada que había estado mi esposa. Que productiva. C-B de Maine...

...los Comedores de Beneficencia. Una red de condado a condado de Refugios para Mujeres maltratadas. Refugios para Adolescentes. Amigos de las Bibliotecas de Maine. Había tenido dos o tres reuniones por mes –dos o tres semanales algunas veces –y yo apenas lo había notado. Había estado muy ocupado con mis *Mujeres en peligro*.

–La amé mucho, Bonnie, pero ella estaba en algo en los últimos diez meses de su vida. – ¿No te dio ninguna pista de lo que puede haber sido cuando ustedes estaban en las reuniones de junta de los Comedores de Beneficencia o de los Amigos de las Bibliotecas de Maine?

Silencio en el otro extremo.

– ¿Bonnie?

Retiré el teléfono de mi oreja para ver si la luz roja de BATERIA BAJA se había encendido y graznó mi nombre. Volví a escuchar.

– ¿Qué pasa Bonnie?

– No hubo campañas en esos nueve o diez meses pasados. Hablamos por teléfono y recuerdo una vez que almorzamos en Waterville, pero no hubo campañas. Se detuvo.

Hojeé otra vez las hojas de fax. Reuniones por todas partes con la ordenada escritura de Jo, Comedores de Beneficencia de Maine entre ellas.

–No entiendo. – ¿Ella abandonó la junta de los Comedores de Maine?

Otra pausa de silencio. Entonces habló cuidadosamente:

–No Mike. Ella los abandonó todos. –Acabó con los Refugios de la Mujer y los Refugios de los Adolescentes a finales del 93.

–Los otros dos, Comedores de Beneficencia y Amigos de las Bibliotecas de Maine... ella renunció en Octubre o Noviembre de 1993. –

Notas de reuniones en todas las hojas que Ward me había enviado. Docenas de ellas.

Reuniones en 1993, reuniones en 1994. Reuniones de juntas a las cuales ella ya no pertenecía.

Ella había estado aquí. En todos esos días de supuestas reuniones, Jo había estado en el TR. Habría apostado mi vida a ello.

– ¿Pero por qué?

CAPITULO 17

Devore estaba loco, desde luego, como una regadera, y no podría haberme cogido en un momento peor, pues yo me sentía más débil y asustado que nunca. Creo que a partir de ese momento todo sucedió siguiendo un orden divino. Desde ese momento hasta la terrible tormenta de la que todavía se habla en esta parte del mundo, los hechos se precipitaron como una avalancha.

Me sentí bien durante el resto de la tarde del viernes –mi conversación con Bonnie había dejado muchas preguntas sin respuesta, pero de todos modos me había producido el efecto de un estimulante–. Me preparé unas verduras salteadas –para redimirme de mi último atracón de grasas en el Village Cafe– y las comí mientras veía las noticias de la tarde. Al otro lado del lago, el sol descendía hacia las montañas e inundaba el salón con sus reflejos dorados. Cuando Tom Brokaw se despidió de los espectadores, decidí dar un paseo por la Calle, en dirección norte. Llegaría lo más lejos posible, aunque asegurándome que regresaría a casa antes de que anoheciera, y en el camino pensaría en las cosas que me habían dicho Bill Dean y Bonnie Amudson. Pensaría como solía hacerlo cuando me encontraba con un obstáculo en el argumento de alguna de mis novelas.

Bajé la escalinata de traviesas, todavía sintiéndome bien (confundido, pero bien), torcí por la Calle e hice una pausa para mirar a la Dama Verde. Aunque el sol del ocaso caía directamente sobre ella, era difícil verla como lo que era: un abedul y un pino marchito detrás, este último con una rama extendida como un brazo que señala algo. Era como si la Dama Verde me dijera: "Ve al norte, joven, ve al norte." Bueno, yo no era muy joven que digamos, pero podía ir hacia el norte. Al menos durante un rato.

Sin embargo, me demoré un momento, estudié con inquietud la cara que veía entre los arbustos y no me gustó nada la forma en que la brisa hacía sonreír con malicia a la parte que parecía una boca. Quizá comenzara a sentirme mal entonces, pero estaba demasiado abstraído para notarlo. Eché a andar hacia el norte, preguntándome qué había escrito Jo, ya que a esas alturas comenzaba a creer que, en efecto, había escrito algo. ¿Por qué, si no, había encontrado mi vieja máquina de escribir en su estudio? Decidí que registraría esa habitación, que la registraría a conciencia y... "Socorro, me ahogo."

La voz procedía del bosque, del agua, de mí mismo. Me asaltó una súbita oleada de vértigo, que levantó y esparció mis pensamientos como hace el viento con las hojas secas. Me detuve. No me había sentido tan mal, tan marchito, en toda mi vida. Sentía una opresión en el pecho. Mi estómago se cerró como una flor en una helada. Los ojos se me llenaron de un agua fría que no se parecía en nada a las lágrimas, e intuí lo que iba a pasar a continuación. "No", quise decir, pero la palabra se negó a salir de mis labios.

En cambio, sentí el sabor del agua del lago, con todos sus misteriosos minerales, y de súbito los árboles temblaron ante mis ojos como si los viera a través de un líquido cristalino. Entretanto, la opresión del pecho se había localizado, tomando la forma de unas aterradoras manos. Me empujaban hacia abajo. – ¿Nunca dejará de hacer eso? –preguntó, casi gritó, alguien. En la Calle no había nadie más que yo, pero oí esa voz con absoluta claridad–. ¿Nunca dejará de hacer eso?

Lo que oí a continuación no fue una voz, sino unos pensamientos extraños en mi cabeza. Golpeaban contra las paredes de mi cráneo, como mariposas nocturnas atrapadas en la pantalla de una lámpara... o dentro de un farolillo de papel.

socorro me ahogo socorro me ahogo socorro me ahogo el hombre de la gorra azul me golpeó el hombre de la gorra azul no me deja escapar socorro me ahogo perdí las moras en el camino me sujeta su cara brilla y es mala Oh Jesús déjame déjame déjame escapar déjame libre déjame libre POR FAVOR DÉJAME LIBRE para ya DÉJAME LIBRE ella grita mi nombre grita muy FUERTE

Preso del pánico, me doblé, abrí la boca y de ella salió un chorro frío de...

Nada en absoluto.

El horror pasó y al mismo tiempo no pasó. Todavía sentía náuseas, como si hubiera comido algo que hubiera agredido violentamente mi cuerpo, como veneno para hormigas o una seta venenosa de las que en los libros de Jo aparecían recuadradas en rojo. Di una docena de pasos tambaleantes, haciendo arcadas secas con una garganta que todavía se sentía húmeda. Allí donde la cuesta descendía a la orilla había otro abedul que arqueaba su vientre blanco con elegancia hacia el agua, como si quisiera ver su reflejo a la favorecedora luz del ocaso. Me agarré al árbol como un borracho a una farola.

La opresión de mi pecho comenzó a aliviarse, pero me dejó un dolor tan real como la lluvia. Permanecí sujeto al árbol, con el corazón desbocado, y entonces tomé conciencia de que algo

apestaba, de que algo producía un inmundó olor a podrido, peor que el de un pozo séptico que hubiera hervido todo el verano al sol. Al mismo tiempo, intuí la proximidad de la presencia que despedía ese hedor, alguien que debía de estar muerto pero no lo estaba. "Ay, para ya, déjame libre", traté de decir, pero las palabras no salieron. Luego el olor desapareció. Ya no olía nada más que el aroma habitual del lago y el bosque. Pero veía algo: un niño en el lago, un pequeño ahogado tendido boca arriba. Tenía los carrillos inflados y la boca laxa, abierta. Tenía los ojos en blanco, como los de una estatua.

Una vez más mi boca se llenó del implacable sabor a hierro del lago. "Socorro, déjame ir, socorro me ahogo." Grité mentalmente, grité a la cara muerta, y entonces comprendí que me miraba a mí mismo desde abajo, que miraba hacia arriba a través de los destellos rosados del agua del ocaso a un hombre blanco con tejanos y un polo amarillo, agarrado a un abedul tembloroso e intentando gritar, con su cara líquida en movimiento y sus ojos momentáneamente cubiertos por una perca que persigue a un gusano apetecible; yo era al mismo tiempo el niño negro y el hombre blanco, ahogado en el agua y ahogándose en el aire, ¿es eso?, ¿es eso lo que pasa?, golpea una vez para sí, dos veces para no.

No escupí nada más que un hilo de saliva y, aunque parezca increíble, un pez saltó y se arrojó sobre el escupitajo. Saltaban sobre cualquier cosa al atardecer; la luz mortecina debía de volverlos locos. El pez volvió a caer al agua a unos dos metros de la orilla, formando un remolino plateado, y todo desapareció: el sabor de mi boca, el olor nauseabundo, la cara ahogada del niño negro; un negro –porque así debía de llamarse a sí mismo– que con toda seguridad se había apellidado Tidwell.

Miré a la derecha y vi una frente gris de roca proyectándose sobre un montículo de estiércol y paja. Pensé: Ahí, ahí mismo, y a modo de confirmación el nauseabundo olor a podrido me asaltó otra vez, aparentemente desde la tierra.

Cerré los ojos sin soltarme del árbol; me sentía débil y enfermo. Fue entonces cuando oí la voz de Max Devore, el loco, a mi espalda.

–Eh, chulo, ¿dónde está tu puta?

Me volví y ahí estaba él, con Rogette Whitmore a su lado. Fue la única vez que lo vi, pero me bastó. Creedme, una vez fue más que suficiente.

Su silla de ruedas no parecía una silla de ruedas. Más bien parecía un híbrido de sidecar y cápsula espacial. Tenía media docena de ruedas cromadas a ambos lados y otras ruedas más grandes (creo que cuatro) en la parte posterior. No parecían estar al mismo nivel y advertí que cada una de ellas tenía sus propios muelles de suspensión. Devore podría viajar con comodidad incluso en un terreno mucho más escarpado que el de la Calle. El compartimiento que contenía el motor estaba encima de las ruedas traseras.

Las piernas de Devore estaban ocultas tras un morro de fibra de vidrio, negro con rayas rojas, que no habría estado fuera de lugar en un coche de carreras. Encima de esta estructura había un artilugio parecido a mi antena parabólica, que debía de ser un dispositivo informático antichoques. O acaso un piloto automático. Los reposabrazos eran anchos y estaban llenos de mandos. Acoplado al lateral izquierdo de la silla había un tanque de oxígeno verde de aproximadamente un metro de largo. Una manguera conectaba con un fuelle, y el fuelle con una mascarilla que estaba en el regazo de Devore y que me recordó a la Stenomask del viejo piloto de caza.

Esa tarde la mujer que había visto en la puerta del bar Sunset de Warrington's llevaba una blusa blanca de manga larga y unos pantalones negros tan ceñidos que sus piernas parecían espadas envainadas. Su cara estrecha y sus mejillas hundidas acentuaban su semejanza con la mujer de El grito de Edward Munch. Su pelo blanco colgaba alrededor de la cara como una capucha holgada. Tenía los labios pintados de un rojo tan brillante que parecía sangrar por la boca.

Era vieja y fea, pero una maravilla comparada con el suegro de Mattie. Esquelético, con los labios morados y la piel de alrededor de los ojos y las comisuras de los labios de un color púrpura oscuro, Devore parecía lo que un arqueólogo podría encontrar en la cámara funeraria de una pirámide, rodeado de sus mujeres y animales disecados, adornado con sus joyas favoritas. Unas hebras de pelo blanco colgaban todavía de su cuero cabelludo descamado; pequeñas matas sobresalían de sus orejas enormes, que parecían haberse derretido como esculturas de seda dejadas al sol. Llevaba pantalones de algodón blanco y una ondulante camisa azul. Si hubiera añadido a ese atuendo una boina negra, habría tenido el aspecto de un pintor francés del siglo XIX al final de su larga vida. Sobre su regazo había un bastón de madera negra con el extremo cubierto con la funda roja de un manillar de bicicleta. Los dedos que lo cogían parecían fuertes, pero se estaban poniendo tan

negros como el bastón. Era obvio que tenía problemas circulatorios, y no quise ni imaginar el aspecto que tendrían sus pies y sus pantorrillas.

–La puta se ha marchado y lo ha dejado, ¿no?

Quise contestar, pero de mi boca salió un gemido ronco, nada más. Todavía estaba agarrado al abedul. Me solté y traté de enderezarme, pero mis piernas seguían débiles y tuve que sujetarme otra vez.

Devore empujó un interruptor de palanca y la silla se acercó unos tres metros, reduciendo a la mitad la distancia que nos separaba. Al avanzar, la silla apenas emitía un suave murmullo; mirarla era como mirar una maligna alfombra mágica. Sus múltiples ruedas subían y bajaban independientemente y destellaban a la luz mortecina del sol, que empezaba a adquirir una tonalidad rojiza. Cuando el viejo se aproximó, me produjo una sensación extraña. Su cuerpo se estaba pudriendo, pero lo rodeaba una fuerza ineludible e intimidante, como la de una tormenta eléctrica. La mujer caminaba a su lado, mirándome en silencio con expresión divertida. Sus ojos tenían una tonalidad rosada. En ese momento supuse que eran grises y que habían captado la luz del ocaso, pero ahora creo que la mujer era albina.

–Siempre me han gustado las putas –dijo–. ¿Verdad, Rogette? –Sí, señor –respondió ella–. Cuando están en su lugar.

– ¡A veces su lugar era en mi cara! –exclamó con una firmeza desproporcionada, como si ella le hubiera llevado la contraria–. ¿Dónde está ella, joven? Me pregunto sobre qué cara está sentada en estos momentos. ¿En la de ese abogado listillo que le buscó usted?

Lo sé todo sobre él, hasta el insuficiente en conducta que sacó en tercer curso de la primaria. Yo me aseguro de informarme bien; es el secreto de mi éxito.

Me erguí con un esfuerzo sobrehumano. – ¿Qué hace aquí?

–Dar un paseo, igual que usted. No hay ninguna ley que lo prohíba, ¿no? La Calle pertenece a cualquiera que quiera usarla. Usted no lleva mucho tiempo aquí, joven chulo, pero sí lo suficiente para saberlo. Es nuestra versión del parque del pueblo, donde los cachorros buenos y los perros malos pueden caminar lado a lado.

Devore cogió la mascarilla de oxígeno con la mano libre, inspiró profundamente y la dejó caer sobre su regazo. Sonrió; una indescriptible sonrisa de complicidad que dejó al descubierto unas encías del color del yodo.

– ¿Tiene un buen polvo? Me refiero a esa putita suya. Debe de ser buena para haber tenido a mi hijo prisionero en esa piojosa caravana donde vive. Y entonces aparece usted, antes de que los gusanos hayan terminado con los ojos de mi hijo. ¿Le apesta el coño?

–Cállese.

Rogette Whitmore echó la cabeza atrás y soltó una carcajada. La risa sonó como el chillido de un conejo que ha caído en las garras de un búho, y me puso la carne de gallina. Por lo visto, ella estaba tan loca como él. Gracias a Dios que eran viejos.

–Ha herido su sensibilidad, Max–dijo la mujer.

– ¿Qué quiere?

Respiré hondo y volví a sentir un sabor pútrido. Hice arcadas. Traté de evitarlo, pero no pude.

Devore se irguió en su silla y respiró hondo, como si quisiera imitarme. En ese momento parecía Robert Duvall en Apocalipsis, caminando por la playa y diciéndole a todo el mundo cuánto le gustaba el olor al napalm por la mañana. Su sonrisa se ensanchó. –Un lugar muy bonito, ¿no le parece? Un buen sitio donde detenerse a reflexionar, ¿verdad? –Miró alrededor–. Sí, fue aquí donde ocurrió.

–Donde se ahogó el niño.

Me pareció que la sonrisa de Rogette Whitmore temblaba momentáneamente, pero la de Devore no lo hizo. Cogió la mascarilla transparente de oxígeno con su mano ancha y unos dedos que, más que agarrar, tanteaban. Vi pequeñas burbujas de mucosidad pegadas en el interior de la mascarilla. El viejo volvió a inhalar y se la quitó.

–En este lago se han ahogado más de treinta personas y eso que seguramente no estamos informados de todos –dijo–. ¿Qué importancia tiene un niño más o menos?

–No lo entiendo. ¿Aquí murieron dos niños Tidwell? El crío al que se le infectó la herida y el otro...

– ¿Le preocupa su alma, señor Noonan? ¿Su alma inmortal? ¿La mariposa de Dios atrapada en un capullo de carne que pronto apestará como el mío?

No respondí. Ya no estaba tan sorprendido por lo que acababa de pasarme. La sorpresa dejó paso al increíble magnetismo personal de Devore. Jamás en mi vida había percibido la proximidad de una fuerza tan poderosa. No tenía nada de sobrenatural, y poderosa es la palabra precisa. Estoy seguro de que en otras circunstancias yo habría echado a correr. Si permanecí allí no fue por valentía; sino porque todavía sentía las piernas débiles y tenía miedo de caerme.

–Voy a darle una oportunidad para salvar su alma –dijo Devore y levantó un dedo huesudo para ilustrar el concepto de "una"–. Márchese, chulo. Márchese ahora mismo con lo puesto. No se moleste en hacer el equipaje, no se detenga ni siquiera para asegurarse de que ha apagado los fuegos de la cocina. Márchese. Abandone a la puta y a la hijita de la puta.

–Quiere que las deje en sus manos.

–Sí. Yo haré lo que deba hacer. Las almas son para los que se dedican a las humanidades, Noonan. Yo era ingeniero.

–Váyase a tomar por culo.

Rogette Whitmore volvió a emitir el chillido de conejo.

El viejo, que estaba sentado con la cabeza encorvada, me sonrió con la expresión de una criatura escapada del reino de los muertos.

– ¿Está seguro de que quiere ser usted, Noonan? A ella no le importa, ¿sabe? A ella le da igual usted que yo.

–No sé de qué habla. –Volví a respirar hondo y esta vez el aire tenía el sabor normal. Me aparté unos pasos del abedul, y me pareció que mis piernas también habían vuelto a la normalidad–. Y no me importa. No conseguiré quedarse con Kyra en el resto de su asquerosa vida. No permitiré que lo haga.

–Permitirá muchas cosas, amigo –replicó Devore sonriendo y enseñándome sus encías yodadas–. Antes de que termine el mes de julio verá tantas cosas que deseará haberse arrancado los ojos en junio.

–Me voy a mi casa. Déjeme pasar.

–Váyase, ¿cómo iba a detenerlo? –preguntó–. La Calle es de todos.

Cogió la mascarilla de oxígeno y volvió a inhalar. Luego la dejó caer sobre su regazo y apoyó el brazo izquierdo en el reposabrazos de la silla de ruedas que podría haber pertenecido a Buck Rogers.

Di un paso hacia él, y antes de que me enterara de lo que estaba pasando, el viejo me salió al encuentro con la silla de ruedas. Podría haberme atropellado y haberme hecho mucho daño –no me cabe duda de que me habría roto una o las dos piernas–, pero se detuvo unos milímetros antes de llegar a mí. Yo di un salto hacia atrás, pero sólo porque él me lo permitió. Rogette Whitmore reía otra vez.

– ¿Qué le pasa, Noonan?

–Salga de mi camino. Se lo advierto.

–La puta lo ha puesto nervioso, ¿no?

Di un paso hacia la izquierda con la intención de sortearlo, pero en menos de un segundo, él giró la silla y me cerró el paso. –Lárguese del TR, Noonan. Es un buen conse...

Corrí hacia la derecha, esta vez del lado del lago, y lo habría eludido con facilidad de no ser por el puño pequeño y duro que me golpeó en la mejilla izquierda. La zorra de pelo blanco llevaba un anillo, y la piedra me hizo un corte debajo de la oreja. Sentí el escozor y el calor de la sangre. Me giré y la empujé con las dos manos. Ella cayó sobre el sendero cubierto de agujas de pino lanzando un chillido de furia y sorpresa. Un segundo después, algo me golpeó en la nuca. Por un instante lo vi todo anaranjado. Me tambaleé hacia atrás, sacudiendo los brazos como en cámara lenta, y volví a ver a Devore. Se había girado en la silla y tenía la cabeza echada hacia adelante y el bastón con el que me había golpeado todavía en alto. Si hubiera sido diez años más joven, me habría fracturado el cráneo en lugar de limitarse a crear un momentáneo resplandor anaranjado.

Me topé con mi viejo amigo el abedul. Me llevé una mano a la oreja y miré con incredulidad la sangre que cubría las yemas de mis dedos. Me dolía la cabeza en el sitio donde acababa de pegarme.

Rogette Whitmore se levantó con esfuerzo, se sacudió las agujas de pino de los pantalones y me miró con una sonrisa furiosa. Sus mejillas se habían teñido de rubor y sus labios excesivamente rojos trazaban una mueca tensa que permitía ver sus dientes pequeños. A la luz del sol del ocaso sus ojos parecían arder.

—Fuera de mi camino —dije, pero mi voz sonó pequeña y débil. —No —respondió Devore mientras dejaba su bastón sobre el morro de la silla. Entonces vi en él al niño al que no le había importado lastimarse las manos para conseguir el trineo que quería. Lo vi con claridad—. No, cobardica. No pienso salir de su camino.

Volvió a empujar la palanca plateada y la silla de ruedas avanzó silenciosamente hacia mí. Si me hubiera quedado donde estaba, me habría atravesado con su bastón igual que los duques perversos eran atravesados por la espada en los cuentos de Alejandro Dumas. Probablemente se habría fracturado los frágiles huesos de la mano derecha y se habría dislocado el brazo derecho en la colisión, pero a ese hombre nunca le habían preocupado esos detalles; él dejaba las pequeñeces para la gente insignificante. Si la sorpresa o la incredulidad me hubieran hecho vacilar, el viejo me habría matado, estoy seguro. Pero di un salto a la izquierda. Mis zapatillas resbalaron sobre la cuesta cubierta de agujas de pino, luego perdí el contacto con la tierra y empecé a caer.

Caí al agua en una postura poco conveniente y demasiado cerca de la orilla. Mi pie izquierdo dio contra una raíz sumergida y se torció. El dolor fue impresionante, fuerte como el rugido de un trueno. Abrí la boca para gritar y se llenó con el agua del lago; esta vez el sabor frío y metálico era real. Escupí, tosí y me alejé nadando del sitio donde había caído mientras pensaba el niño, el niño está muerto aquí abajo; ¿y si extiende un brazo y me coge?

Me volví de espaldas sin dejar de manotear y de toser, consciente de que los tejanos se me adherían a las piernas y a la entrepierna, pensando absurdamente en mi cartera. No me preocupaban las tarjetas de crédito ni el carnet de conducir, pero tenía dos buenas fotografías de Jo, y se estropearían.

Devore había estado en un tris de caer por la cuesta, y por un instante pensé que todavía corría ese riesgo. El morro de la silla sobresalía en el mismo sitio donde yo había caído (vi las huellas de mis zapatillas a la izquierda de las raíces parcialmente descubiertas del abedul), y aunque las ruedas traseras seguían en el suelo, la tierra quebradiza caía desde detrás de ellas en pequeñas avalanchas secas que rodaban por la cuesta hasta llegar al agua, creando pequeños remolinos entrelazados.

Rogette Whitmore sujetaba el respaldo de la silla, tiraba de él, pero era demasiado pesado para ella; si Devore quería salvarse, tendría que hacerlo solo. De pie en el lago, con el agua hasta la cintura y la ropa flotando a mí alrededor, deseé que se cayera.

Después de varias intentonas, los dedos morados de su mano izquierda se asieron a la palanca plateada. Un dedo tiró de ella hacia atrás y la silla retrocedió con una última lluvia de piedras y polvo. Rogette Whitmore saltó hacia un lado para que no le pillara los pies con la silla. Devore manoteó otro mando, giró la silla para mirar hacia donde yo estaba, a unos dos metros del abedul arqueado, y condujo la silla hasta llegar al borde de la Calle pero a una distancia prudencial de la cuesta. Rogette Whitmore nos daba la espalda; estaba inclinada con el trasero apuntando en mi dirección. Si pensé en ella —y no recuerdo que lo hiciera—, seguramente supuse que estaba recuperando el aliento.

Devore parecía estar en mejor estado que nosotros dos, pues ni siquiera se llevó la mascarilla de oxígeno a la boca. La luz del atardecer le iluminaba la cara, dándole el aspecto de una calabaza de Halloween que había sido empapada en gasolina e incendiada.

—¿Le gusta nadar? —preguntó y rió.

Miré alrededor, esperando ver alguna pareja de paseo o quizá a un pescador que buscara un sitio donde arrojar el sedal por última vez antes de que anocheciera... y al mismo tiempo no deseaba ver a nadie. Me sentía furioso, humillado y aterrorizado, pero, por encima de todo, avergonzado. Me había arrojado al lago un viejo de ochenta y cinco años... un hombre que ahora parecía decidido a quedarse y continuar burlándose de mí.

Eché a andar en el lago hacia la derecha, en dirección a mi casa. El agua me llegaba a la cintura, estaba fría y resultaba casi refrescante ahora que me había acostumbrado a ella.

Mis zapatillas chapoteaban sobre las piedras y las ramas de árboles sumergidas.

Todavía me dolía el tobillo que me había torcido, pero a pesar de todo soportaba mi peso, aunque no podía estar seguro de que continuara haciéndolo cuando saliera del lago.

Devore jugó una vez más con los mandos de la silla, que giró en redondo y se deslizó suavemente por la Calle, siguiéndome el paso con facilidad.

—No le he presentado formalmente a Rogette, ¿no? —dijo—. Cuando estaba en la universidad, era una excelente atleta, ¿sabe? El softball y el hockey eran sus especialidades, y todavía conserva su destreza. Rogette, demuéstrole tus habilidades a este joven caballero.

Rogette Whitmore adelantó a la silla de ruedas por la izquierda y por un instante quedó oculta tras ella. Cuando volví a verla, vi también lo que tenía en la mano. No se había agachado para recuperar el aliento. Sonriente, caminó hasta el borde de la cuesta con el brazo izquierdo flexionado sobre el estómago, aguantando las piedras que había cogido del borde del camino. Escogió una del tamaño aproximado de una pelota de golf, levantó la mano y me la arrojó. Con fuerza. La piedra zumbó junto a mi sien izquierda y cayó en el agua a mi espalda.

— ¡Eh! —grité más sorprendido que asustado. A pesar de todo lo que había precedido a este incidente, no terminaba de creérmelo. — ¿Qué te pasa, Rogette? —preguntó Devore con tono burlón—. Antes no lanzabas como una chica. ¡Asegúrate de dar en el blanco! La segunda piedra pasó cuatro centímetros por encima de mi cabeza. La tercera podría haberme partido los dientes. La atajé con un grito de furia y miedo, y sólo más tarde me di cuenta de que me había magullado la palma de la mano. En ese momento sólo era consciente de la cara perversa y risueña de Rogette, la cara de una mujer que se ha gastado dos dólares en la caseta de tiro al blanco de un parque de atracciones y está empeñada en ganar el oso de peluche más grande aunque tenga que pasarse la noche entera intentándolo.

Y lanzaba con rapidez. Las piedras caían como granizo a mí alrededor y algunas creaban pequeños géiseres en el agua rojiza a mi derecha o a mi izquierda. Comencé a retroceder andando, pues tenía miedo de volverme y nadar, miedo de que me arrojara una piedra muy grande a la nuca en cuanto le diera la espalda. Sin embargo, tenía que salir fuera de su alcance. Entretanto, Devore emitía una ronca sonrisa de viejo con su horrible cara contraída como la maliciosa cara de una muñeca hecha con una manzana.

Una de las piedras me alcanzó en la clavícula y rebotó en el aire. Yo grité y ella también:

— ¡Jai! —Como un karateca que acaba de dar una buena patada. Era obvio que debía batirme en retirada. Me volví, nadé hacia aguas más profundas y la muy puta estuvo a punto de desnucarme. Las dos primeras piedras que arrojó después de que yo empezara a nadar pasaron de largo, como si la mujer estuviera afinando la puntería. Durante unos instantes, tuve tiempo de pensar lo estoy consiguiendo, estoy fuera de su área de... entonces sentí un golpe en la coronilla. Lo sentí y lo oí al mismo tiempo: hizo ¡clonc!, como en los tebeos de Batman.

La superficie del lago pasó del naranja intenso al rojo intenso y luego al rojo escarlata.

Oí el sonido lejano del grito de aprobación de Devore y la extraña risa chillona de Rogette Whitmore. Tragué otra bocanada de agua con sabor a hierro y estaba tan aturdido que tuve que recordarme que debía escupirla. Sentía los pies demasiado pesados para nadar; las malditas zapatillas pesaban una tonelada. Bajé las piernas y no encontré el fondo; ya no hacía pie. Miré hacia la costa y vi que tenía un aspecto maravilloso, brillando bajo el sol del ocaso como un escenario iluminado con focos anaranjados y rojos. Debía de estar a unos seis metros de la orilla. Devore y Rogette Whitmore estaban junto al borde de la Calle, mirándome. Parecían papá y mamá en un cuadro de Grant Wood. Devore se había puesto la mascarilla otra vez, pero vi que sonreía tras ella. Rogette Whitmore también sonreía.

Me entró más agua en la boca y escupí la mayor parte, pero la que tragué bastó para provocarme tos y arcadas. Comenzaba a hundirme y luché para salir a la superficie, no nadando sino chapoteando histéricamente, gastando nueve veces la energía necesaria para mantenerme a flote. El pánico hizo su aparición, corroyendo mi perplejidad con sus pequeños y afilados dientes de rata. Tomé conciencia de un silbido agudo en mis oídos. ¿Cuántos golpes había recibido mi pobre cabeza? Uno del puño de Rogette... uno del bastón de Devore... una piedra... ¿o habían sido dos? Dios, ya no lo recordaba.

Contrólate, por el amor de Dios. No permitirás que te venza de este modo, ¿no? No dejarás que te ahogue como se ahogó el niño.

No, si podía evitarlo. Pataleé y me llevé la mano izquierda a la cabeza. A unos centímetros de la nuca, palpé un chichón que todavía seguía hinchándose. Al apretarlo, tuve la sensación de que iba a desmayarme y a vomitar al mismo tiempo. Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Cuando me miré los dedos, apenas si vi rastros de sangre, pero es difícil precisar el estado de una herida cuando uno está en el agua.

– ¡Parece una marmota a la que ha sorprendido la lluvia, Noonan!

Ahora la voz de Devore parecía muy lejana.

– ¡Hijo de puta! –grité–. ¡Haré que le encierren por esto!

El viejo miró a Rogette, ella le devolvió la mirada con una expresión idéntica, y ambos comenzaron a reír a carcajadas. Si en ese momento alguien me hubiera puesto una ametralladora en las manos, los habría matado sin vacilar y habría pedido un segundo cargador para ametrallar los cadáveres. Pero puesto que no tenía ninguna ametralladora a mano, comencé a nadar como un perro hacia el sur, en dirección a mi casa. Ellos me siguieron andando por la Calle; él en su silenciosa silla de ruedas, ella andando a su lado, solemne como una monja, y deteniéndose de vez en cuando para coger una piedra.

Yo no había nadado lo suficiente para sentirme cansado, pero lo estaba, supongo que por culpa del miedo. Finalmente respiré en el momento equivocado, tragué más agua y me dejé atrapar por el pánico. Comencé a nadar hacia la orilla, empeñado en llegar a un sitio donde pudiera ponerme en pie. De inmediato, Rogette Whitmore empezó a arrojarme más piedras; primero aquellas que sujetaba entre el brazo izquierdo y el estómago, luego las que había apilado sobre el regazo de Devore. Ya había hecho sus ejercicios de calentamiento y no lanzaba como una chica; su puntería era mortal. Las piedras salpicaban a mí alrededor. Esquivé otra –lo bastante grande para abrirme la frente si me hubiera alcanzado–, pero la siguiente me dio en el bíceps produciendo un largo arañazo.

Ya era suficiente. Me volví y una vez más nadé hacia el interior del lago, respirando agitadamente y esforzándome por mantener la cabeza fuera del agua a pesar del creciente dolor en la nuca.

Cuando estuve fuera de su alcance me volví a mirarlos. Rogette se había acercado al borde de la cuesta, decidida a ganar cada palmo de distancia. Demonios, cada centímetro. Devore había aparcado su silla de ruedas detrás de ella. Los dos sonreían y tenían la cara tan roja como la de los diablillos del infierno. En veinte minutos más oscurecería. ¿Conseguiría mantener la cabeza fuera del agua durante otros veinte minutos? Suponía que sí si no volvía a dejarme llevar por el pánico, pero no resistiría mucho más. Me imaginé ahogándome en la oscuridad, alzando la vista y viendo a Venus poco antes de sumergirme por última vez, y la rata–pánico volvió a hincarme los dientes. La rata–pánico era peor que Rogette y sus piedras, mucho peor.

Aunque quizá no fuera peor que Devore.

Recorrí la orilla con la vista, tratando de ver si había alguien en la Calle, allí donde ésta salía del cobijo de los árboles doce palmos o doce metros. Ya no me sentía avergonzado, pero no vi a nadie. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Habían ido a Mountain Wiew, en Fryeburg, a comerse una pizza, o al Village Café a tomar un batido?

– ¿Qué pretende? –le grité al viejo–. ¿Quiere que le diga que no me meteré en sus asuntos? ¡De acuerdo, no lo haré!

Devore rió.

– ¿Tengo cara de haber nacido ayer, Noonan?

Bueno, en realidad no esperaba que mi táctica funcionara. Aunque yo hubiera sido sincero, él no me habría creído.

–Sólo queremos averiguar hasta dónde es capaz de nadar –dijo Whitmore y me lanzó otra piedra, que trazó un largo y lento arco en el aire y cayó a un metro y medio de donde yo estaba.

Quieren matarme, pensé. Están decididos a hacerlo.

Sí. Y lo peor era que podían hacerlo impunemente. En ese momento, se me ocurrió una idea descabellada, viable e inviable al mismo tiempo. Imaginé a Rogette Whitmore pinchando una nota en el tablón de anuncios que estaba en la puerta de la tienda Lakeview:

¡SALUDOS A LOS MARCIANOS DE TR–90!

El señor WILLIAM DEVORE, el marciano favorito de todos, dará a cada residente del TR CIEN DÓLARES si no usan la Calle el VIERNES POR LA TARDE, 17 de JULIO, entre las SIETE y las NUEVE. ¡Mantened alejados también a nuestros "AMIGOS VERANEANTES"! y recordad: ¡LOS BUENOS MARCIANOS son como LOS TRES MONOS: no VEN nada, no ESCUCHAN nada y no DICEN nada!

No podía creérmelo, ni siquiera en la situación en que me encontraba... y sin embargo, casi lo creía. Por lo menos debía reconocer que tenía la suerte de un demonio.

Estaba cansado y mis zapatillas pesaban más que nunca. Traté de quitarme una de ellas y sólo conseguí tragar más agua. La pareja seguía observándome desde la Calle, donde de vez en cuando Devore cogía la mascarilla de su regazo y hacía una inspiración revitalizadora.

No podía esperar hasta que oscureciera. El sol se pone temprano en el oeste de Maine –y supongo que en todas las zonas montañosas–, pero el crepúsculo es largo. Cuando en el oeste oscureciera lo suficiente para moverme sin que me vieran, la luna ya habría salido en el este.

Imaginé mi esquila en el New York Times: POPULAR NOVELISTA DE SUSPENSE ROMÁNTICO SE AHOGA EN MAZNE. Debra Winstock les proporcionaría una foto del autor tomada de *La promesa de Helen*, de inminente publicación. Harold Oblowski haría todos los comentarios de rigor, y también se acordaría de poner una modesta (aunque no minúscula) esquila en Publishers Weekly. La pagarían a medias con Putnam y...

Me hundí, tragué más agua y escupí. Comencé a dar puñetazos en el lago otra vez y me obligué a parar. Oía la risa aguda de Rogette Whitmore en la orilla. Puta, pensé. Maldita puta esquelé... "Mike", dijo Jo.

Su voz estaba en mi cabeza, pero no era la misma que me invento cuando imagino su parte en un diálogo imaginario o cuando simplemente la echo de menos y necesito hablar con ella durante un rato. En ese momento, algo cayó a mi derecha con mucha fuerza. Cuando miré en esa dirección no vi nada, ni un pez, ni siquiera una ondulación en el agua. Lo que vi en su lugar fue la plataforma flotante, anclada a unos cien metros de distancia en el agua del color del ocaso.

–No puedo nadar tan lejos, cariño –gemí.

– ¿Ha dicho algo, Noonan? –gritó Devore desde la orilla. Con gesto burlón, se llevó una mano a una de sus enormes orejas que parecían hechas con grumos de cera–. ¡Casi no se le oye! ¡Parece agitado!

Más risas chillonas de Rogette Whitmore. Él era Johnny Carson; ella, Ed McMahon.

"Puedes conseguirlo. Te ayudaré."

Comprendí que la plataforma era mi única posibilidad: no había otra a ese lado de la orilla, y estaba por lo menos diez metros más allá del mejor tiro –hasta el momento– de Rogette Whitmore. Comencé a nadar a lo perro en esa dirección, sintiendo ahora los brazos tan pesados como los pies. Cada vez que advertía que mi cabeza estaba a punto de sumergirse, hacía una pausa, tijeleteaba con las piernas en el agua, me decía que debía tranquilizarme, que estaba en buena forma física y que lo hacía muy bien; me decía que si no me asustaba, todo iría perfectamente. La vieja puta y el viejo cabrón reanudaron la marcha, pero cuando vieron hacia dónde me dirigía las risas y las provocaciones cesaron. Durante mucho, mucho tiempo, la plataforma flotante no me pareció más cercana. Me dije que era porque la luz se estaba desvaneciendo –el color del agua pasaba del rojo al púrpura y a un gris oscuro, casi negro, parecido al de las encías de Devore–, pero esta idea me resultaba cada vez menos convincente a medida que me quedaba sin aire y que mis brazos se volvían más pesados. Cuando todavía estaba a unos treinta metros de la plataforma, me dio un calambre en la pierna izquierda. Caí hacia un lado como un velero empantanado, y traté de cogerme el músculo agarrotado, pero me entró más agua en la boca. Traté de escupirla, hice una arcada y me hundí mientras mi estómago seguía tratando de arrojar el agua y mis dedos de llegar a la zona acalambrada, que estaba encima de la rodilla.

Me ahogo, pensé con sorprendente calma ahora que estaba ocurriendo. Así es como sucede; así.

Entonces una mano me cogió por la nuca, y el dolor producido por el tirón de pelos alrededor de la laceración en el cuero cabelludo, donde Rogette Whitmore me había alcanzado con su mejor lanzamiento, me devolvió a la realidad en un instante; fue mejor que una inyección de epinefrina. Otra mano me atenazó la pierna izquierda y sentí una breve pero agradable oleada de calor. El calambre desapareció y salí a la superficie nadando –nadando de verdad, no a lo perro– y en cuestión de segundos llegué a la escalera de la plataforma flotante. Aspiré grandes bocanadas de aire mientras me preguntaba si ya estaría a salvo o si mi corazón iba a estallarme en el pecho como una granada. Finalmente mis pulmones comenzaron a cobrarme la deuda de oxígeno, y me tranquilicé. Esperé un par de minutos y subí a la plataforma y a lo que ahora parecía las cenizas del ocaso. Estuve un rato de cara al oeste, inclinado con las manos en las rodillas, chorreando sobre las tablas. Luego me volví, dispuesto a insultar a los dos viejos. Pero allí no había nadie para oír mis insultos. La Calle estaba vacía. Devore y Rogette Whitmore se habían ido.

Quizá se hubieran ido. Me convenía recordar que no alcanzaba a ver gran parte de la Calle.

Me quedé sentado con las piernas cruzadas en la plataforma hasta que salió la luna, esperando y vigilando cualquier movimiento. Creo que estuve allí media hora, o tal vez cuarenta y cinco

minutos. Consulté el reloj, pero no me sirvió de nada: le había entrado agua y se había parado a las siete y media. A las deudas que Devore tenía conmigo, ahora debía añadir el precio de un Timex Indiglo: son veintinueve dólares con noventa y cinco, cabrón, suéltalos.

Finalmente bajé por la escalerilla, me zambullí y nadé hacia la orilla haciendo el menor ruido posible. Estaba descansado, había dejado de dolerme la cabeza (aunque el huevo que tenía sobre la nuca todavía palpitaba con regularidad) y ya no me sentía confundido ni incrédulo. En cierto sentido, ésa había sido la peor parte: tratar de asimilar no sólo la aparición del niño ahogado, de las piedras voladoras y del lago, sino también la insistente sensación de que nada de lo que ocurría era posible, de que los prósperos magnates de la informática no atentaban contra la vida de los novelistas que se cruzaban por casualidad en su camino.

Pero ¿la aventura de esa noche había sido casual? ¿Mi encuentro con Devore había sido una coincidencia y nada más? La forma en que había aparecido súbitamente a mi espalda me indujo a pensar que esa idea era bastante ingenua. Era más probable que me tuviera vigilado desde el Cuatro de julio... quizá desde la otra orilla del lago, con un potente equipo óptico. Tonterías paranoicas, habría dicho Jo... o al menos lo habría dicho antes de que los dos estuvieran a punto de hundirme en el lago Dark Score como a un barquito de papel en un charco.

Decidí que no me importaba que me estuvieran vigilando desde el otro lado del lago.

Tampoco me preocupaba la posibilidad de que me esperaran ocultos entre los árboles de la Calle. Nadé hasta que sentí el cosquilleo de las algas en los tobillos y vi la media luna de mi playa. Entonces me puse en pie y di un respingo al sentir el aire frío en mi piel.

Fui cojeando hasta la playa con una mano levantada para protegerme de la lluvia de piedras, pero no hubo lluvia de piedras. Permanecí un momento en la Calle, con los tejanos y el polo chorreando, y miré primero hacia un lado y luego hacia otro. Por lo visto, estaba solo en esa pequeña parte del mundo. Por fin volví a mirar hacia el agua, donde la tenue luz de la luna trazaba un sendero desde la playa hasta la plataforma flotante.

—Gracias, Jo —dije mientras comenzaba a subir los peldaños de traviesas en dirección a la casa.

Cuando estaba a mitad de camino, tuve que detenerme y sentarme. No me había sentido tan agotado en toda mi vida.

CAPITULO 18

En lugar de dirigirme a la puerta principal, subí por la escalera que conducía a la terraza; todavía me movía despacio y me maravillaba de que mis piernas parecieran el doble de pesadas de lo habitual. Cuando entré en el salón, miré alrededor con el asombro de alguien que ha estado fuera una década y que al regresar encuentra todo tal como lo dejó: el alce Bunter en la pared, el Boston Globe en el sofá, una colección de crucigramas en la mesita auxiliar, un plato con restos de verduras salteadas sobre la barra que había entre el salón y la cocina. Esas pequeñas cosas me hicieron tomar plena conciencia de lo que acababa de suceder: había salido a dar un paseo, dejando tras de mí un desorden normal, y había estado a punto de morir. A punto de ser asesinado.

Comencé a temblar. Fui al baño del ala norte, me saqué la ropa mojada y la arrojé a la bañera. Luego, todavía temblando, me volví y me miré al espejo que había encima del lavamanos. Parecía la parte perdedora de una pelea en un bar. Tenía una herida larga, cubierta de sangre coagulada, en un bíceps. Un hematoma de color morado negruzco se extendía como unas alas sombrías sobre la clavícula izquierda. Había un surco sanguinolento en la parte superior del cuello, detrás de la oreja, donde la encantadora Rogette me había clavado la piedra del anillo. Cogí el espejo que usaba para afeitarme y lo utilicé para ver en qué estado se encontraba la parte posterior de mi cabeza. "¿Es que en esa cabeza dura no os entra nada?", solía gritarnos mi madre a Sid y a mí cuando éramos pequeños, y ahora agradecía a Dios que mamá hubiera acertado sobre el factor dureza, por lo menos en mi caso. El sitio donde Devore me había dado con el bastón parecía la punta de un volcán recientemente extinguido. El certero tiro de Rogette Whitmore me había dejado una herida que necesitaría puntos si quería evitar una cicatriz. En la parte posterior del cuello, alrededor del cuero cabelludo, tenía una mancha parduzca de sangre diluida. Sólo Dios sabía cuánta más habría salido de esa desagradable abertura roja antes de que la lavara el lago.

Eché un chorro de agua oxigenada en la mano ahuecada, me armé de valor y la arrojé sobre el surco como si fuera loción para después del afeitado. El escozor fue monstruoso, y tuve que morderme los labios para no gritar. Cuando el dolor comenzó a aliviarse un poco, empapé bolas de algodón con más agua oxigenada y limpié el resto de las heridas.

Me di una ducha, me puse una camiseta y unos tejanos y bajé al pasillo para llamar al sheriff del condado. No necesité usar la guía telefónica; los números de la comisaría de policía y del sheriff estaban en una tarjeta pinchada en el tablón de anuncios y que decía EMERGENCIAS, junto con los teléfonos de los bomberos, el servicio de ambulancias y un número en el que te daban tres respuestas para el crucigrama diario del Times por un dólar con cincuenta.

Marqué los tres primeros números aprisa; luego empecé a ir más despacio. Había llegado al 955-960 cuando me detuve. Con el teléfono en la oreja, imaginé otro titular, esta vez no en el decoroso Times, sino en el sensacionalista New York Post:

NOVELISTA LE DICE AL REY DE LA INFORMÁTICA: "¡MATON!" El artículo iría ilustrado con una fotografía de un servidor, aparentando más o menos mi edad, y otra de Max Devore, aparentando más o menos ciento seis años. El Post se regodearía contándole a sus lectores cómo Devore junto con su acompañante, una ancianita que debía de pesar cuarenta kilos empapada, habían atacado a un novelista de la mitad de su edad que, al menos en la fotografía, parecía estar en buena forma física.

El teléfono se cansó de guardar en su rudimentario cerebro sólo seis de los siete números necesarios, emitió un ruidito y volvió a dar tono de llamada. Separé el auricular de mi oreja, lo miré durante unos instantes y luego volví a dejarlo en su sitio.

No suelo comportarme como un miedica ante la atención de la prensa, a veces caprichosa, otras veces odiosa; pero mantengo una actitud cautelosa, como haría ante la proximidad de un mamífero peludo y malhumorado. Estados Unidos ha convertido a las personas que lo entretienen en extrañas prostitutas de clase alta, y los medios de comunicación se mofan de cualquier "celebridad" que se atreve a protestar por la forma en que la tratan. "¡No te quejes!", dicen los periódicos y los programas de cotilleos de la televisión con una mezcla de triunfalismo e indignación. "¿Creías que íbamos a pagarte una pasta gansa sólo por cantar una canción o bailar una pieza? ¡Te equivocas, capullo!"

Te pagamos para maravillarnos cuando lo haces bien –sea lo que fuere el "lo" en tu caso particular– y también para gratificarnos cuando la cagas. La verdad es que no eres más que un tentempié. Si dejas de divertirnos, siempre podemos matarte y comerte vivo."

Pero no pueden comerte vivo, desde luego. Pueden publicar fotografías en las que apareces sin camisa y decir que estás gordo; pueden hablar de cuánto bebes, de cuántas píldoras te tomas o de la noche en que sentaste a una actriz en tu regazo e intentaste meterle la lengua en la oreja; pero no

pueden comerte vivo. Por lo tanto, lo que me hizo colgar el teléfono no fue la perspectiva de que el Post me llamara llorica o de figurar en el monólogo de apertura del programa de Jay Leno, sino la certeza de que no tenía pruebas. Nadie nos había visto, y yo sabía que en el mundo de Max Devore no había nada más fácil que encontrar una coartada para él y su asistente personal.

Pero había algo más, la guinda del pastel: me imaginé que el sheriff del condado enviaría a George Footman, alias papá, a tomarme declaración sobre cómo el viejo malo había arrojado al pequeño Mikey al lago. ¡Cómo se reirían los tres más tarde! Así que decidí llamar a John Storrow, con la esperanza de que me dijera que hacía lo correcto, lo único sensato.

Con la esperanza de que me recordara que sólo los hombres desesperados toman medidas tan desesperadas (pasaría por alto, al menos por el momento, lo mucho que se habían reído los dos viejos, como si estuvieran pasándose en grande) y que nada había cambiado con relación a Ki Devore, que el abuelo no tenía ninguna posibilidad de que le concedieran la custodia.

En casa de John respondió el contestador automático y dejé un mensaje: llama a Mike Noonan, no es una emergencia pero siéntete libre para llamar tarde. Luego llamé a su despacho, recordando los evangelios según John Grisham: los abogados jóvenes trabajan hasta caerse muertos. Escuché el mensaje monocorde del contestador del bufete y siguiendo sus instrucciones marqué las teclas *sto*, las tres primeras del apellido de John. Después de un clic, oí a John, pero desgraciadamente en otra versión grabada:

"Hola, soy John Storrow. Me he ido a Filadelfia a pasar el fin de semana con mamá y papá. Estaré en mi despacho el lunes; el resto de la semana, estaré fuera en un viaje de negocios. Desde el jueves al viernes, es probable que me encuentren en..."

El número que dio comenzaba con 207-955, y en consecuencia era de Castle Rock.

Supuse que el del mismo hotel donde se había alojado antes. "Soy Mike Noonan-grabé-. Llámame cuando puedas. También he dejado un mensaje en el contestador de tu casa."

Fui a la cocina a buscar una cerveza, pero me detuve junto a la puerta del frigorífico y me puse a jugar con los imanes. Devore me había llamado chulo. "Eh, chulo, ¿dónde está tu puta?" Un minuto después, se había ofrecido a salvar mi alma. La cosa tenía gracia. Como si un alcohólico se ofrece a vigilar tu mueble bar. "Habló de ti con afecto -había dicho Mattie-. Tu bisabuelo y el suyo cagaban en el mismo agujero."

Me alejé del frigorífico dejando la cerveza dentro y volví al teléfono para llamar a Mattie.

"Hola -dijo otra voz obviamente grabada. Era mi día de suerte-. Soy yo, pero o bien no estoy en casa o no puedo ponerme al teléfono en este momento. Deja un mensaje, ¿vale? -una pausa, un ruido en el micrófono, un murmullo lejano y luego Kyra, con voz tan alta que casi me rompió el tímpano-: ¡Deja un mensaje feliz!" Siguió un coro de risas interrumpido por el pitido del contestador. -Hola, Mattie, soy Mike Noonan -dije-. Sólo quería..."

No sé cómo habría terminado la frase, pero no tuve que hacerlo. Se oyó un clic y luego Mattie dijo: -Hola, Mike.

Su tono triste y derrotado era tan diferente de la voz alegre de la grabación que por un momento guardé silencio. Luego le pregunté qué pasaba.

-Nada -dijo y se echó a llorar-. Todo. Me he quedado sin trabajo. Lindy me ha despedido.

Lindy no había hablado de despido, naturalmente. Había hablado de la necesidad de "apretarse el cinturón". Pero era un despido, y yo sabía que si investigaba los fondos de la Biblioteca de Four Lakes, descubriría que uno de los principales patrocinadores en toda la historia de la institución había sido Max Devore. Y continuaría siéndolo, siempre y cuando Lindy Briggs siguiera sus instrucciones.

-No deberíamos haber hablado delante de ella -dije, pese a saber que aunque yo no me hubiera acercado a la biblioteca, Mattie habría sido despedida de todos modos-. Y deberíamos haberlo previsto.

-John Storrow lo hizo. -Todavía lloraba, pero se esforzaba por dominarse-. Dijo que Max Devore querría ponerme contra las cuerdas antes de la vista de la custodia. Dijo que querría asegurarse de que, cuando el juez me preguntara dónde trabajaba yo dijera:

"Estoy en el paro, señorita." Yo le dije a John que la señora Briggs era incapaz de hacer algo tan ruin, sobre todo a la chica que había dado una charla tan brillante sobre Bartleby. ¿Sabes qué me contestó?

–No.

–Me dijo: "Eres muy joven" Me pareció un comentario muy paternalista, pero tenía razón, ¿no?

–Mattie...

– ¿Qué voy a hacer, Mike? ¿Qué voy a hacer?

Era evidente que la rata-pánico se había trasladado a Wasp Hill Road.

Pensé con frialdad: ¿por qué no te conviertes en mi amante? Te contrataría como "asistente de investigación", una ocupación perfectamente lícita a la vista de Hacienda.

Te daría ropa, un par de tarjetas de crédito, una casa –podrías despedirte del oxidado cubo de basura de Wasp Hill Road– y dos semanas de vacaciones: ¿qué tal Maui en febrero? Además pagaría la educación de Ki, naturalmente, y te entregaría una sustanciosa bonificación a fin de año. También sería considerado. Considerado y discreto. Una o dos veces a la semana, y nunca antes de que la niña esté dormida. Lo único que tienes que hacer es decir sí y darme una llave. Lo único que tienes que hacer es meterte en la cama cuando yo llegue. Lo único que tienes que hacer es dejarme hacer lo que yo quiera... en la oscuridad, toda la noche, dejarme tocar donde yo quiera tocar, dejarme hacer lo que yo quiera hacer, nunca decir que no, nunca pedirme que pare.

Cerré los ojos. – ¿Mike? ¿Estás ahí?

–Claro –respondí. Me toqué el bulto palpitante de la cabeza y di un respingo–. Saldrás adelante, Mattie. Tú...

– ¡La caravana no está pagada! –gimió–. ¡Debo dos recibos de teléfono y amenazan con cortármelo! ¡Además, hay problemas con la caja de cambios y con el eje trasero del jeep! Supongo que podré pagar la última semana de las clases de catecismo de Ki, porque la señora Briggs me ha pagado tres semanas de sueldo como finiquito, pero ¿cómo voy a pagarle los zapatos? La ropa le queda pequeña tan rápidamente... tiene agujeros en casi todos los pantalones y en la ro-ro-pa interior...

Empezó a sollozar otra vez.

–Yo cuidaré de vosotras hasta que consigas otro empleo –dije.

–No, no puedo permitir...

–Claro que puedes, y lo harás por el bien de Kyra. Con el tiempo, si todavía lo deseas, podrás devolverme el dinero. Si lo prefieres, apuntaremos cada dólar y cada centavo que te deje. Pero yo cuidaré de vosotras.

Y nunca tendrás que desnudarte para mí. Es una promesa y estoy dispuesto a respetarla.

–Mike, no tienes por qué hacer esto.

–Puede que sí y puede que no. Pero voy a hacerlo y no podrás detenerme. –Yo había llamado para contarle lo que me había pasado, para darle al menos la versión humorística, pero dadas las circunstancias me pareció la peor idea del mundo–. El caso de la custodia acabará antes de lo que imaginas, y si en esta zona no encuentras a nadie lo bastante valiente para darte trabajo, yo encontraré a alguien en Derry que lo haga.

Además, dime la verdad: ¿no crees que sería hora de cambiar de escenario?

Mattie consiguió articular una risita. –Y que lo digas.

– ¿Has tenido noticias de John hoy?

–Sí, ha ido a Filadelfia a visitar a sus padres, pero me dejó el número de teléfono. Ya lo he llamado.

John había dicho que Mattie le gustaba, y era probable que a ella también le gustara él.

Me dije que la pequeña punzada de dolor que sentía al pensar en ello, sólo era producto de mi imaginación. Por lo menos intenté convencerme de eso.

– ¿Qué ha dicho sobre tu despido?

–Lo mismo que me has dicho tú, pero él no me hizo sentirme segura. Tú sí. No sé por qué.

–Yo sí lo sabía. Era un hombre maduro y ése es nuestro principal atractivo para las mujeres jóvenes: hacemos que se sientan seguras–. Vendrá el martes por la mañana y le he dicho que comería con él.

Con naturalidad y sin el más mínimo titubeo en la voz, dije: –Tal vez yo también podría ir.

La voz de Mattie se animó ante la sugerencia y, paradójicamente, su rápida aceptación me hizo sentirme culpable.

– ¡Sería estupendo! ¿Por qué no lo llamas y le dices que los dos vendréis a comer aquí?

Podría cocinar otra vez en la barbacoa. Haré que Ki falte a las clases de catecismo y seremos cuatro. Ella está impaciente porque le leas otro cuento. Le encantó que le leyeras.

–Es una idea excelente –respondí con sinceridad. Si Kyra estaba presente todo sería más natural, no parecería una intrusión por mi parte. Además, ellos no comerían solos. Nadie podría acusar a John de demostrar un interés poco ético por su cliente. A la larga, me lo agradecería–. Creo que Ki ya está preparada para pasar a Hansel y Gretel. ¿Cómo te encuentras, Mattie? ¿Mejor? –Mucho mejor que antes de que llamas.

–Estupendo. Todo irá bien.

–Prométemelo.

–Creo que acabo de hacerlo. Hubo una pequeña pausa.

– ¿Y tú estás bien, Mike? Pareces un poco... no sé... raro.

–Estoy bien –respondí, y lo estaba, teniendo en cuenta que hacía menos de una hora había estado convencido de que moriría ahogado–. ¿Puedo hacerte una pregunta antes de colgar? Es algo que me está volviendo loco.

–Desde luego.

–La noche que cenamos en tu casa, me dijiste que Devore había comentado que mi bisabuelo y el suyo se conocían. Y muy bien, según él.

–Dijo que cagaban en el mismo agujero. Me pareció una observación muy elegante.

– ¿Dijo algo más? Piénsalo bien.

Mattie lo hizo, pero sin resultados. Le dije que me llamara si recordaba algo más de la conversación o si se sentía sola, asustada o preocupada. No quise añadir nada, pero decidí que tendría que tener una conversación sincera con John sobre mi última aventura. Quizá fuera prudente pedir al detective privado de Lewinston –George Kennedy, como el actor– que enviara un par de hombres al TR para vigilar a Mattie y a Kyra. Como había dicho el encargado de mi casa, Max Devore estaba loco. Al principio yo no acababa de creérmelo, pero ahora sí. Si me quedaba alguna duda, lo único que tenía que hacer era tocarme el chichón de la cabeza.

Volví junto al frigorífico y una vez más olvidé abrirlo. Otra vez me puse a jugar con los imanes, moviéndolos, mirando cómo se formaban palabras y luego se dividían o cambiaban. Era una forma peculiar de escribir... pero era como escribir. Lo sabía porque ya estaba en trance.

Es un estado semihipnótico que puedes cultivar hasta que eres capaz de entrar y salir de él a voluntad, al menos cuando todo marcha bien. La parte intuitiva de la mente queda libre cuando empiezas a trabajar y se eleva a una altura de unos dos metros (quizá tres en los días buenos). Una vez allí simplemente flota, transmitiendo mensajes de magia negra e imágenes brillantes. En situaciones normales, esa parte está acoplada al resto de la maquinaria y pasa prácticamente inadvertida... salvo en ciertas ocasiones cuando se libera sola y entras en trance de improviso; tu mente hace asociaciones que no tienen nada que ver con el pensamiento racional y se llenan de imágenes inesperadas. En cierto modo, ésta es la parte más extraña del proceso creativo. Las musas son fantasmas y a menudo llegan sin que las invites.

"Mi casa está encantada."

"Sara Risa siempre ha estado encantada... usted ha inquietado a los fantasmas."

"Inquietado", escribí en la puerta del frigorífico. Pero no me convencía, así que formé un círculo alrededor con los imanes de frutas y verduras. Así estaba mejor, mucho mejor. Permanecí unos instantes allí, con los brazos cruzados en el pecho como solía cruzarlos sobre el escritorio cuando no encontraba una palabra o una frase. Luego quité "inquietado" y puse "encantada".

–Está encantada en el círculo –dije y oí el suave tintineo de la campanilla de Bunter, como si aprobara mis palabras.

Retiré las letras y mientras lo hacía pensé en lo extraño que era tener un abogado llamado Romeo... (puse "romeo" en el círculo...)

... y un detective llamado George Kennedy... (puse "george" en la puerta del frigorífico)

Me pregunté si Kennedy podría ayudarme con Andy Drake... ("drake" en el frigorífico)

... quizá pudiera darme algunas ideas. Nunca había escrito sobre un detective privado y los pormenores...

(fuera "rake", dejó la "d", añadió "etalles")

... eso lo cambia todo. Puse un tres invertido y una "I" abajo, formando un tridente. El demonio está en los detalles.

De allí, pasé a otra cosa. No sé exactamente a qué, porque estaba en trance, y la parte intuitiva de mi mente había volado tan alto que ninguna cuadrilla de búsqueda la habría encontrado. Permanecí delante del frigorífico y jugué con las letras, escribiendo fragmentos de pensamientos sin ni siquiera pensar en ellos.

Quizá no creáis que eso es posible, pero todo escritor sabe que lo es.

Me sacó del trance una luz que apareció en la ventana. Eché un vistazo y vi la silueta de un coche aparcando junto a mi Chevrolet. Me embargó el pánico. En ese momento habría dado todo lo que tenía por un arma cargada. Porque era Footman; tenía que ser él. Devore lo había llamado al regresar a Warrington's, para decirle: Noonan se niega a ser un buen marciano, así que ajústale las clavijas.

Cuando se abrió la puerta del conductor y se encendió la luz del coche de mi visitante, solté un condicional suspiro de alivio. No sabía quién era, pero estaba claro que no era "papá". Ese tipo parecía incapaz de matar a una mosca con un periódico enrollado... aunque supuse que mucha gente habría pensado lo mismo de Jeffrey Dahmer.

Encima del frigorífico había una colección de productos en aerosol, todos viejos y supongo que perjudiciales para la capa de ozono. Me sorprendió que la señora Meserve no se hubiera deshecho de ellos, pero también me alegró. Cogí el primero que encontré –matacucarachas, una excelente elección–, le quité la tapa y metí el envase en el bolsillo izquierdo de mis tejanos. Luego me dirigí a los cajones situados a la derecha del fregadero. En el primero había cubiertos. En el segundo, lo que Jo llamaba "puñetitas de cocina": cualquier cosa desde termómetros para el pavo hasta esos pinchos que clavas a las mazorcas de maíz para no quemarte los dedos. En el tercero había una amplia selección de cuchillos para carne. Cogí uno, me lo puse en el bolsillo derecho de los tejanos y enfilé hacia la puerta.

El hombre que estaba en el porche se sobresaltó ligeramente cuando encendí la luz y parpadeó como un conejo deslumbrado. Medía aproximadamente un metro sesenta y cinco y era pálido y esquelético. Tenía el pelo muy corto y ojos castaños. Llevaba unas gafas con montura de concha y lentes de aspecto grasiento. Las manos pequeñas le colgaban a los lados del cuerpo. Con una sujetaba la manija de un maletín de cuero y con la otra un objeto pequeño y blanco. Supuse que no estaba destinado a morir asesinado por un hombre con una tarjeta de visita en la mano, así que le abrí la puerta.

El tipo esbozó una de esas sonrisitas nerviosas que suelen esbozar los personajes de las películas de Woody Allen. Noté que también llevaba un atuendo al estilo de Woody Allen: una camisa descolorida con las mangas demasiado cortas, unos pantalones demasiado holgados en la zona de la entrepierna.

Alguien debe de haberle dicho que se parecía a él, pensé. Tiene que ser eso.

– ¿Señor Noonan? – ¿Sí?

Me entregó la tarjeta, que decía INMOBILIARIA NEXT CENTURY con letras doradas en relieve. Debajo, en letras negras más modestas, estaba el nombre de mi visitante.

– Soy Richard Osgood –dijo como si yo no supiera leer y me tendió la mano.

La necesidad de responder a ese ademán está profundamente arraigada en los hombres estadounidenses, pero esa noche me resistí al impulso. Él mantuvo la mano tendida durante unos segundos más, luego la bajó y se secó la palma con nerviosismo en los pantalones.

– Tengo un mensaje para usted del señor Devore. Esperé.

– ¿Puedo pasar?

– No –respondí.

Osgood retrocedió un paso, volvió a limpiarse la mano en los pantalones y pareció armarse de valor.

– No hay necesidad de ser grosero, señor Noonan.

Yo no estaba siendo grosero. Si hubiera querido ser grosero, le habría dado la bienvenida con una nube de maticucarachas en la cara.

—Max Devore y su asistente trataron de ahogarme en el lago esta tarde. Puede que ésa sea la razón por la cual hoy no me sienta particularmente cortés.

Creo que la expresión de sorpresa de Osgood era sincera.

—Debe de estar trabajando demasiado en su última novela, señor Noonan. Max Devore pronto cumplirá ochenta y seis años... si es que llega, lo cual parece dudoso. El pobre hombre apenas si puede caminar de la silla de ruedas a la cama. En cuanto a Rogette...

—Le entiendo —dije—. De hecho, pensé lo mismo hace veinte minutos. Apenas si me lo creo yo, a pesar de que estuve presente. Ahora entrégueme lo que ha venido a traerme.

—De acuerdo —respondió con un tono melindroso, como si dijera: "Muy bien, como usted prefiera."

Abrió la cremallera de un bolsillo del maletín de cuero y sacó un sobre blanco de tamaño normal y cerrado. Lo cogí, esperando que Osgood no oyera los fuertes latidos de mi corazón. Devore se movía con inusitada rapidez para un hombre que iba a todas partes con un balón de oxígeno. La pregunta era: ¿qué clase de movimiento era éste?

—Gracias —dije mientras comenzaba a cerrar la puerta—. Le daría una propina para que se tomara una copa, pero me he dejado la cartera en el dormitorio.

— ¡Espere! Se supone que tiene que leer la carta y darme una respuesta.

Enarqué las cejas.

—No sé de dónde sacó Devore la idea de que puede darme órdenes, pero no permitiré que sus ideas influyan en mi conducta. Largo de aquí.

Osgood frunció los labios, creando profundos hoyuelos en las comisuras de la boca, y de repente dejó de parecerse a Woody Allen. Parecía un agente inmobiliario cincuentón que había vendido su alma al demonio y ahora no podía tolerar que alguien diera un tirón al rabo de su amo.

—Le daré un buen consejo, señor Noonan: tenga cuidado, nadie juega con Max Devore.

—Por suerte para mí, yo no estoy jugando con él.

Cerré la puerta y me quedé en el vestíbulo, con el sobre en la mano, mirando por la ventana al señor Inmobiliaria Next Century. Parecía cabreado y confundido; supuse que hacía tiempo que nadie le daba unos azotes en el culo. Quizá le irían bien, le darían un poco de perspectiva a su vida. Le recordarían que, con Max Devore o sin Max Devore, Richie Osgood nunca mediría más de metro sesenta y cinco, ni siquiera con botas de vaquero. — ¡El señor Devore quiere una respuesta! — gritó al otro lado de la puerta.

—Le telefonaré —respondí y lentamente levanté los dos dedos corazón para hacer el gesto que hubiera querido hacer a Max y a Rogette antes—. Mientras tanto, transmítale este mensaje.

Yo casi esperaba que se quitara las gafas y se frotara los ojos para asegurarse de que veía bien, pero regresó al coche, arrojó el maletín dentro y subió. Seguí mirándolo hasta que llegó al camino y estuve seguro de que se había ido. Luego fui al salón y abrí el sobre. Dentro había una sola hoja de papel, que olía vagamente al perfume que usaba mi madre cuando yo era un niño. En la parte superior, en caracteres impresos con un ligero relieve, se leía: ROGETTE Do WHITMORE. Seguía el siguiente mensaje, escrito con letra bonita y femenina ligeramente temblorosa:

20:30 h. Estimado señor Noonan:

Max desea que le transmita nuestra alegría por haberlo conocido, un sentimiento que yo comparto. ¡Es usted una persona encantadora y divertida! Disfrutamos mucho con sus payasadas. Ahora vamos al grano. Max le propone un trato muy sencillo: si promete dejar de hacer preguntas sobre él y abandonar todos los procedimientos legales —en otras palabras, si promete dejarle descansar en paz—, el señor Devore se comprometerá a cejar en su empeño de obtener la custodia de su nieta. Si accede, sólo tiene que decirle al señor Osgood: "Estoy de acuerdo." Él nos transmitirá el mensaje. Max espera regresar a California en su avión privado muy pronto. No puede seguir postergando ciertos asuntos pendientes, aunque ha disfrutado mucho de su estancia aquí y lo ha encontrado a usted particularmente interesante. Quiere que le recuerde que la custodia conlleva responsabilidades, y le ruega que no olvide que se lo ha advertido.

ROGETTE.

P. D.: Me recuerda que usted no respondió a su pregunta: ¿le apesta el coño? Max siente curiosidad por este punto.

R.

Leí la carta una segunda vez y luego una tercera. Iba a dejarla en la mesa, pero la leí por cuarta vez. Era como si no acabara de encontrarle sentido. Tuve que contener mi impulso de correr al teléfono y llamar a Mattie de inmediato. Todo ha terminado, Mattie, diría. Despedirte del trabajo y arrojarme al agua fueron los últimos dos tiros de la guerra. Se ha rendido.

No. No lo haría hasta que estuviera absolutamente seguro. Llamé a Warrington's y me respondió el cuarto contestador automático de la noche. Devore y Whitmore no se habían molestado en grabar un mensaje cálido y agradable; una voz tan fría como la nevera de un motel simplemente dijo que dejara mi mensaje al oír la señal.

—Soy Noonan —dije, y antes de que pudiera continuar oí un ruidito y alguien cogió el auricular al otro lado.

— ¿Se divirtió nadando? —preguntó Rogette Whitmore con voz seductora y burlona.

Si no la hubiera visto en persona, habría imaginado a una Barbara Stanwyck con su frío atractivo, acurrucada sobre un sofá de terciopelo rojo y enfundada en una bata de seda de color melocotón, con el teléfono en una mano y un cigarrillo con boquilla de marfil en la otra.

—Si hubiera tenido ocasión de alcanzarla, señora Whitmore, le habría dejado muy claros mis sentimientos.

—Ooooh —respondió—. Siento un hormigueo en los muslos.

—Por favor, no me obligue a imaginar sus muslos.

—Sus palabras no me afectan en lo más mínimo, señor Noonan—dijo—. ¿A qué debemos el honor de su llamada?

—No le he dado ninguna respuesta al señor Osgood.

—Max se lo imaginaba. Dijo: "El joven chulo cree en el valor de una respuesta personal.

No hay más que mirarlo para saberlo."

—Se pone como un basilisco cuando pierde, ¿eh?

—El señor Devore nunca pierde. —Su voz descendió hasta un ángulo de por lo menos cuarenta grados y el tono burlón y divertido cayó cuesta abajo—. Puede cambiar de objetivos, pero no pierde. El que tenía aspecto de perdedor esta noche era usted, señor Noonan, pataleando y gritando en el lago. Estaba asustado, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Tenía razones para estarlo. Me pregunto si es consciente de la suerte que tuvo.

— ¿Me permite que le diga una cosa?

—Desde luego, Mike... ¿Puedo llamarle Mike?

—Prefiero que siga con el señor Noonan. Ahora bien, ¿me escucha?

—Con la respiración contenida.

—Su jefe es viejo, está loco, y si ya ha dejado atrás los tiempos en que podía rellenar con eficacia una quiniela, es poco probable que consiga ganar un juicio de custodia. Ya estaba vencido la semana pasada.

— ¿Quiere hacer alguna propuesta?

—Sí, así que escuche con atención: si cualquiera de los dos vuelve a intentar algo remotamente parecido a lo de esta noche, iré a buscar a ese viejo de mierda y le meteré la mascarilla de oxígeno manchada de mocos en el culo, tan profundamente que podrá ventilarse los pulmones desde abajo. Y si me la encuentro a usted en la Calle, señora Whitmore, la usaré de proyectil en un lanzamiento de bala. ¿Me ha entendido?

Yo estaba agitado, asombrado y también disgustado conmigo mismo. Si alguien me hubiera dicho antes que era capaz de hablar de esa manera, me habría reído. Después de un largo silencio, pregunté:

— ¿Señora Whitmore? ¿Sigue ahí?

—Sigo aquí —respondió ella. Yo esperaba que estuviera furiosa, pero parecía divertida—.

¿Quién está enfadado ahora, señor Noonan?

–Yo –respondí– y no lo olvide, puta lanzapiedras.

– ¿Cuál es su respuesta para el señor Devore?

–Acepto el trato. Yo me callo la boca, los abogados también, y él sale para siempre de la vida de Mattie y Kyra. Pero si continúa...

–Lo sé, lo sé, lo hará picadillo. Me pregunto qué pensará de esto dentro de una semana, criatura arrogante y estúpida.

Antes de que pudiera responder –iba a decirle que incluso sus mejores lanzamientos eran propios de una chica–, cortó la conversación.

Permanecí unos instantes con el auricular en la mano y luego colgué. ¿Era un truco? Por un lado parecía un truco; por otro, no. Tenía que informar de esto a John. No había dejado el número de teléfono de sus padres en el contestador automático, pero Mattie lo tenía. Sin embargo, si volvía a llamarla me vería obligado a contarle lo que acababa de ocurrir. Sería mejor que no hiciera más llamadas hasta el día siguiente. Que lo consultara antes con la almohada.

Me metí la mano en el bolsillo y estuve a punto de empalarla con el cuchillo que había ocultado allí. Me había olvidado de él. Lo saqué, entré en la cocina y lo puse en el cajón. Luego saqué del otro bolsillo el aerosol, me volví para dejarlo encima del frigorífico junto a sus viejos hermanos y me detuve en seco. Dentro del círculo de imanes de frutas y verduras se leía lo siguiente:

b vertical 19 a

¿Lo había hecho yo? ¿Había estado tan abstraído, tan sumido en mi trance, que había puesto un minicrucigrama en la puerta del frigorífico y no lo recordaba? Y en tal caso, ¿qué significaba?

Puede que lo hiciera otro, pensé. Uno de mis huéspedes invisibles.

– ¿Baja diecinueve? –dije mientras tocaba las letras. ¿Era una instrucción o significaba "diecinueve vertical"? Eso sugería otra vez que se trataba de un crucigrama. A veces, en un acertijo te dan una pista que dice simplemente: "véase diecinueve" o "véase diecinueve vertical". Si ése era el significado, ¿qué crucigrama se suponía que debía comprobar?

–Necesitaría una ayudita–dije, pero no hubo respuesta, ni del plano astral ni en el interior de mi cabeza.

Finalmente cogí la lata de cerveza que me había prometido y fui a sentarme con ella al sofá. Cogí la revista de pasatiempos Tough Stuff y eché un vistazo al crucigrama que tenía a medias.

Se titulaba "Alcohólicos homónimos" y estaba lleno de chistes estúpidos que sólo los adictos a los crucigramas encuentran graciosos. Actor borracho: Marlon Brandy. Bebida presidencial: Ron Reagan. Vino, lo vio y lo bebió: César. Pero la definición del diecinueve vertical era "señora de la casa", que todos los aficionados a los crucigramas del universo saben que es "ama". El i "Alcohólicos homónimos" no había nada relacionado con lo que ocurría en mi vida, al menos en apariencia.

Eché un vistazo a otros de los crucigramas de la revista mirando los casilleros correspondientes a diecinueve vertical. Herramienta para trabajar el mármol (cincel).

Cuerpos con igual composición química y distintas propiedades físicas (isómeros).

Disgustado, dejé la revista en el sofá. De todos modos, ¿quién me había dicho que tenía que encontrar la respuesta en esa revista de crucigramas en concreto? En la casa debía de haber otras cincuenta, cuatro o cinco en el cajón de la mesita auxiliar donde estaba mi cerveza. Me arrellané en el sofá y cerré los ojos.

"Siempre me han gustado las putas... a veces su lugar estaba sobre mi cara."

"Aquí es donde los cachorros buenos y los perros malos pueden andar lado a lado."

"Aquí no hay un borracho del pueblo, todos nos turnamos." "Aquí es donde ocurrió."

Me dormí y desperté tres horas después con el cuello agarrotado y un dolor terrible en la parte posterior de la cabeza. Se oían truenos más allá de las White Mountains y en la casa hacía un calor espantoso. Cuando me levanté del sofá, advertí que tenía los muslos prácticamente pegados al tapizado. Me dirigí al ala norte, arrastrando los pies como un hombre muy muy viejo, vi mi ropa mojada, pensé en llevarla al lavadero, pero finalmente decidí que si me agachaba me estallaría la cabeza.

–Hacedlo vosotros, fantasmas –murmuré–. Si sois capaces de cambiar de posición los pantalones y la ropa interior en el tendedero, también podréis meter la ropa sucia en el cesto.

Me tomé tres pastillas de paracetamol y me metí en la cama. En cierto momento desperté y oí el llanto del niño fantasma. –Basta –dije–. Basta, Ki, nadie te llevará a ninguna parte. Estás a salvo.

Y volví a dormirme.

CAPITULO 19

Sonaba el teléfono. Yo subí hacia él desde el fondo de un sueño en el que me ahogaba, en el que no podía respirar. Desperté a la luz de la mañana, y cuando puse los pies en el suelo, el dolor de cabeza me hizo dar un respingo. El teléfono dejaría de sonar antes de que yo llegara a él, como ocurre casi siempre en situaciones semejantes. Entonces yo volvería a acostarme y pasaría los diez minutos siguientes preguntándome infructuosamente quién había llamado antes de levantarme otra vez. Ringgg... ringgg... ringgg...

¿Era el décimo timbrazo? ¿El duodécimo? Había perdido la cuenta. Alguien estaba empeñado en hablar conmigo. Esperé que no fueran malas noticias, pero de acuerdo con mi experiencia la gente no insiste tanto para dar una buena noticia. Toqué con cuidado el chichón de la cabeza, aunque todavía me dolía bastante, ya no era un dolor tan intenso y desesperante. Y cuando me miré los dedos, vi que no estaban manchados de sangre.

Crucé el pasillo y cogí el auricular. – ¿Diga?

– Bueno, al menos no tendrá que preocuparse por testificar en la vista de la custodia de la niña.

– ¿Bill?

– Sí.

– ¿Cómo lo ha sabido...? – Me asomé a la puerta de la cocina y eché un vistazo al exasperante gato que movía la cola. Eran las siete y veinte de la mañana y ya hacía un bochorno insoportable–, ¿Cómo sabe que ha decidido...?

– Yo no sé nada de sus asuntos. – Bill parecía ofendido–. Él nunca me llamó para pedirme consejo y yo nunca le llamé para dárselo.

– ¿Qué pasa?

– ¿Todavía no ha encendido el televisor? – Ni siquiera he tomado café.

Bill no se disculpó; era la clase de hombre que cree que la gente que se despierta después de las seis merece cualquier cosa que le ocurra. Sin embargo, yo ya estaba despierto, y tenía una ligera idea de lo que iba a decir a continuación.

– Devore se suicidó anoche, Mike. Se metió en la bañera llena de agua caliente y se puso una bolsa de plástico en la cabeza. Teniendo en cuenta el estado de sus pulmones, no debe de haber tardado mucho en morir.

No, pensé, probablemente no. A pesar del calor húmedo de la casa, temblé.

– ¿Quién lo encontró? ¿La asistente?

– Claro.

– ¿A qué hora?

– En el canal 6 dijeron que poco antes de medianoche.

En otras palabras, aproximadamente a la misma hora que yo había despertado en el sofá y había subido a la cama.

– ¿La mujer está implicada?

– ¿Quiere decir si le ayudó? En las noticias no dijeron nada al respecto. En la tienda Lakeview ya deben de haberse desatado las lenguas, pero yo todavía no he pasado por allí. Si le ayudó, dudo que tenga problemas. El viejo tenía ochenta y cinco años y no estaba bien de salud.

– ¿Sabe si lo enterrarán en el TR?

– Lo enterrarán en California. Dijeron que habría una ceremonia fúnebre en Palm Springs el martes.

Me invadió una sensación extraña al pensar que la fuente de los problemas de Mattie estaría en una capilla llena de flores al mismo tiempo que los amigos de Kyra Devore digerían su almuerzo y se preparaban para jugar con un disco de playa. Será toda una celebración, pensé. No sé lo que pasará en la Pequeña Capilla del Microchip en Palm Springs, pero en Wasp Hill Road habrá baile, risas y gritos de "gracias, Señor" con los brazos alzados hacia el cielo.

Nunca me había alegrado por la muerte de alguien, pero me alegré al enterarme de la de Devore. Lamentaba sentirme así, pero no podía evitarlo. El viejo cabrón me había arrojado al lago, pero

antes de que terminara la noche, había sido él quien se había ahogado. Se había ahogado dentro de una bolsa de plástico, sentado en una bañera llena de agua caliente.

– ¿Sabe cómo se enteraron tan pronto los de la tele?

No era tan pronto, teniendo en cuenta que habían pasado siete horas entre el descubrimiento del cadáver y las noticias de las siete, pero los reporteros de televisión suelen ser holgazanes.

– Los llamó Whitmore y dio una conferencia de prensa en Warrington's a las dos de la madrugada. Respondió a las preguntas sentada en ese gran sofá de felpilla granate, el mismo que Jo siempre decía que debería estar en un cuadro de una taberna con una mujer desnuda tendida en él, ¿lo recuerda?

– Sí.

– Vi a un par de agentes del condado paseándose por el fondo, y a un tipo de la funeraria Jaquard de Motton.

– Es extraño – dije.

– Sí, seguramente el cadáver seguía arriba mientras Whitmore hablaba... pero ella dijo que se limitaba a seguir las instrucciones de su jefe. Explicó que Devore dejó una cinta grabada diciendo que lo había hecho el viernes por la noche para que no afectara al precio de las acciones de su compañía y que quería que Rogette llamara a la prensa de inmediato y asegurara a la gente de que la empresa era sólida, de que su hijo y el consejo directivo se ocuparían de que todo marchara a la perfección. Luego Rogette habló de la ceremonia en Palm Springs.

– Se suicida y pide que den una conferencia de prensa para tranquilizar a los accionistas.

– Sí. Es muy propio de él.

Se hizo un silencio, durante el cual traté de pensar y no lo conseguí. Lo único que sabía era que quería subir a trabajar, por mucho que me doliera la cabeza. Quería volver a reunirme con Andy Drake, John Shackelford y el amigo de la infancia de este último, el desagradable Ray Garraty. En mi novela había locura; pero una locura comprensible para mí.

– Bill – dije por fin –, ¿seguimos siendo amigos?

– Desde luego – se apresuró a responder –. Pero si nota que algunas personas lo tratan con frialdad, entenderá por qué es, ¿no?

Claro que lo entendería. Muchos me culparían de la muerte del viejo. Dado su estado físico, era una idea descabellada y seguramente no la compartiría la mayoría, pero en los días siguientes ganaría credibilidad. Yo lo sabía tan bien como sabía la verdad acerca del amigo de la infancia de John Shackelford.

Niños, érase una vez un ganso que regresó al pueblecito donde vivía cuando era sólo un pollito. Comenzó a poner bonitos huevos de oro en todas partes, y los asombrados habitantes del pueblo se reunieron alrededor de él para recibir su parte. Ahora, sin embargo, el ganso estaba asado y, nunca mejor dicho, alguien tenía que pagar el pato.

Yo recibiría algunos palos, pero Mattie muchos más, porque había tenido la osadía de luchar por su hija en lugar de renunciar a ella en silencio.

– Durante las próximas semanas, procure no dejarse ver mucho por el pueblo – dijo Bill –.

De hecho, si tuviera asuntos que atender fuera del TR hasta que las cosas se calmen, creo que sería lo mejor para usted.

– Entiendo por qué lo sugiere, Bill, pero no puedo hacerlo. Estoy escribiendo un libro. Si me marcho ahora, es probable que no pueda continuar. Me ha pasado antes, y no quiero que se repita.

– Es bueno, ¿no?

– No está mal, pero eso no es lo importante. Es que... bueno, digamos que este libro es importante por otras razones.

– ¿Y no sobreviviría si lo llevara a Derry?

– ¿Trata de librarse de mí, William?

– Sólo trato de ser precavido, ya sabe, es mi trabajo de encargado. Y luego no diga que no se lo he advertido: tendrá problemas. Circulan dos rumores sobre usted, Mike. Uno es que está liado con Mattie Devore. El otro es que ha vuelto para escribir una novela que dejará muy mal al TR. Dicen que aireará los trapos sucios.

–En otras palabras, que terminaré lo que empezó Jo, ¿no? ¿Quién ha hecho circular ese rumor, Bill?

Bill guardó silencio. Una vez más pisábamos arenas movedizas, y las arenas parecían más movedizas que nunca.

–El libro en el que estoy trabajando es una novela, Bill dije–. Y está ambientada en Florida.

– ¿De veras? –Yo nunca habría imaginado que tres pequeñas sílabas pudieran expresar tanto alivio.

– ¿Podría hacer correr la noticia?

–Creo que sí –respondió–.

Y si se la cuenta a Brenda Meserve, viajará más aprisa y más lejos.

–De acuerdo, lo haré. En lo que respecta a Mattie... –Mike, no tiene por qué...

–No estoy liado con ella. Nunca ha habido nada parecido. Si he intervenido es por la misma razón que uno interviene cuando va por la calle y ve a un grandullón pegándole a un crío. –Hice una pausa–. Su abogado y ella habían planeado hacer una barbacoa en el jardín el martes al mediodía, y yo pensaba ir. ¿Cree que la gente pensará que estamos celebrando la muerte de Devore?

–Algunos lo harán. Royce Merrill y Dickie Brooks, por ejemplo. Yvette los llama "viejas con pantalones".

–Bueno, a la mierda con ellos –dije–. A la mierda con todos.

–Entiendo cómo se siente, pero dígame que no se lo pase por las narices a la gente –dijo, casi suplicando–. Hágalo, Mike. No le costará nada poner la barbacoa detrás de la caravana, ¿no? Si está ahí, los que miren desde el taller sólo verán el humo.

–Le daré el mensaje. Y si decido ir, yo mismo pondré la barbacoa atrás.

–Le convendría no acercarse a esa chica y a su hija –añadió Bill–. Sé que no es asunto mío, pero se lo digo por su propio bien.

Entonces recordé un fragmento de mi sueño. La maravillosa sensación de presión y suavidad mientras la penetraba. Los pechos pequeños con los pezones duros. Su voz en la oscuridad, diciéndome que hiciera lo que quisiera. Mi cuerpo respondió casi en el acto.

–Lo sé –respondí.

–De acuerdo. –Pareció aliviado de que no lo riñera; de que no le diera clases, como habría dicho él–. Lo dejo para que pueda ir a desayunar.

–Gracias por llamar.

–No lo iba a hacer, pero Yvette me convenció. Dijo: "Mike y Jo Noonan siempre te han caído mejor que cualquiera de las familias para las que has trabajado. No te distancies de él ahora que ha vuelto a casa."

–Dígame que se lo agradezco –dije.

Colgué el auricular y me quedé mirando el teléfono. En apariencia, otra vez estábamos a partir un piñón... pero yo no creía que fuéramos exactamente amigos. Eso había cambiado cuando yo me había dado cuenta de que Bill me mentía sobre algunas cosas y me ocultaba otras; también había cambiado cuando había advertido cómo había estado a punto de llamar a Sara y a los Red-Tops.

No puedes condenar a un hombre por algo que podría ser fruto de tu imaginación.

Era verdad, y procuraría no hacerlo... pero sabía lo que sabía. Entré en el salón y encendí la tele, pero la apagué poco después. Mi antena parabólica recibía cincuenta o sesenta canales, pero ninguno local. Sin embargo, había un televisor portátil en la cocina, y si orientaba su antena hacia el lago, probablemente cogería la WMTW, la emisora local de la ABC.

Cogí la nota de Rogette, entré en la cocina y encendí el pequeño Sony que estaba bajo los armarios, junto a la cafetera. Emitían Good Morning America, pero pronto suspenderían la emisión para dar las noticias locales. Entretanto, releí la nota. Esta vez me concentré más en la forma que en el contenido, que era lo que había acaparado mi atención la noche anterior.

"Espera regresar a California en su avión privado muy pronto", había escrito Rogette.

"No puede seguir postergando ciertos asuntos pendientes", había escrito.

"Si promete dejarlo descansar en paz", había escrito. Era una maldita nota de suicidio.

—Lo sabías —dije pasando el pulgar sobre las letras en relieve de su nombre—. Lo sabías cuando escribiste esto, y hasta puede que ya lo supieras cuando me arrojaste las piedras.

Pero ¿por qué?

"La custodia conlleva responsabilidades —había escrito—. No olvide que se lo ha advertido."

Sin embargo, el caso de la custodia estaba cerrado, ¿no? Ningún juez, aunque estuviera comprado, podría conceder la patria potestad de una niña a un muerto.

Good Morning, America finalmente dio paso al informativo local, donde la principal noticia del día era el suicidio de Max Devore. Aunque la imagen no era clara, vi el sofá granate que había mencionado Bill y a Rogette Whitmore sentada en él con aspecto sereno y las manos cruzadas sobre el regazo. Me pareció que uno de los agentes que se veía al fondo era George Footman, pero había demasiada nieve en la pantalla para asegurarlo.

Rogette Whitmore dijo que en los últimos ocho meses Max Devore había hablado en varias ocasiones de quitarse la vida. Su estado de salud era muy delicado. La noche anterior, Devore le había pedido que lo acompañara a dar un paseo, y ahora ella comprendía que había querido ver su última puesta de sol. Y había sido una puesta de sol gloriosa, añadió. Yo podría haberlo confirmado; la recordaba perfectamente, puesto que había estado a punto de ahogarme bajo la luz del ocaso.

Cuando Rogette comenzó a leer la declaración de Devore, el teléfono volvió a sonar.

Era Mattie y lloraba a moco tendido. —Las noticias —dijo—. Mike, ¿has visto...? ¿Sabes...?

Al principio, fue lo único coherente que atinó a decir. Le respondí que lo sabía, que Bill Dean me había llamado y que también había visto el informativo por televisión. Quiso responder, pero no pudo. Culpa, alivio, horror, incluso alegría... identifiqué todas esas cosas en su llanto. Le pregunté dónde estaba Ki. Entendía muy bien cómo se sentía Mattie —hasta oír la noticia esa mañana, estaba convencida de que Max Devore era su peor enemigo—, pero no me gustaba la idea de que una niña de tres años estuviera presenciando el ataque de nervios de su madre.

—Está fuera —respondió—. Ya ha desayunado y ahora está juga... juga... con las... muñe...

Jugando con las muñecas. Bien. Entonces desahógate. Desahógate.

Lloró durante dos minutos, quizá más. Yo permanecí con el teléfono apretado a la oreja, sudando, tratando de ser paciente. "Voy a darle una oportunidad para salvar su alma", me había dicho Devore. Pero ahora estaba muerto y su alma estaba donde fuera que estuviera él. Devore estaba muerto, Mattie era libre, yo había vuelto a escribir. La vida debería de haberme parecido maravillosa, pero por alguna razón no era así.

Por fin, Mattie empezó a recuperar la compostura.

—Lo siento. No había llorado tanto desde la muerte de Lance. —Es comprensible.

—Ven a comer conmigo, Mike, por favor. Ki va a pasar la tarde con una compañera de catecismo y podremos hablar. Necesito hablar con alguien. Dios, me da vueltas la cabeza. Por favor, dime que vendrás.

—Me encantaría, pero creo que no es buena idea, sobre todo si Ki no está presente.

Le conté una versión corregida de la conversación que había mantenido con Bill Dean.

Ella me escuchó con atención. Temí que tuviera un arrebato de furia cuando terminara, pero había olvidado un hecho muy sencillo: Mattie Stanchfield Devore había vivido en esa región toda su vida. Sabía cómo funcionaban las cosas allí.

—Sé que la gente olvidará este asunto antes si mantengo la cabeza gacha, la boca cerrada y las rodillas juntas —respondió—, y haré lo posible por acatar las normas, pero la diplomacia tiene un límite. Ese viejo pretendía quitarme a mi hija, ¿es que en esa maldita tienda nadie entiende lo que significa eso?

—Yo lo entiendo.

—Lo sé. Por eso quería hablar contigo.

— ¿Por qué no cenamos temprano en el parque de Castle Rock? En el mismo sitio que el viernes. ¿Te iría bien a eso de las cinco?

—Tendría que llevar a Ki...

–Bien –interrumpí–. Llévala. Dile que me sé Hansel y Gretel de memoria y que estaré encantado de contárselo. ¿Por qué no llamas a John a Filadelfia y le cuentas lo ocurrido?

–Sí, pero esperaré una hora más. ¡Dios, estoy tan contenta! Sé que no está bien, pero ¡estoy rebosante de felicidad!

–Entonces, ya somos dos. –Hubo una pausa al otro lado y oí una inspiración larga y sollozante–. ¿Mattie? ¿Te encuentras bien?

–Sí, pero ¿cómo le dices a una niña de tres años que su abuelo ha muerto?

Dile que el viejo asqueroso resbaló y cayó de cabeza en un cubo de basura, pensé y me tapé la boca con la mano para contener una carcajada histérica.

–No lo sé, pero tendrás que hacerlo en cuanto entre.

– ¿Por qué?

–Porque te verá. Te verá la cara.

Aguanté exactamente dos horas en el estudio de arriba antes de que el calor me expulsara –el termómetro del porche marcaba treinta y cinco grados a las diez de la mañana–. Calculé que en la planta alta haría por lo menos dos grados más.

Con la esperanza de no cometer un error, desenchufé la IBM y la llevé abajo. Estaba trabajando sin camisa, y mientras cruzaba el salón, la parte posterior de la máquina resbaló en mi barriga sudorosa y estuve en un tris de dejar caer la antigualla sobre mis pies. Eso me recordó que el día anterior me había torcido el tobillo al caer al lago y dejé un momento la máquina para examinarlo. Estaba colorido –negro, morado y rojo en los bordes–, pero no muy hinchado. Supuse que el agua fría había reducido la inflamación.

Puse la máquina de escribir en la mesa de la terraza, busqué un prolongador, lo enchufé bajo la mirada atenta de Bunter y me senté de cara a la superficie azul grisácea del lago.

Temí que me diera uno de mis antiguos ataques de ansiedad: la tensión en el estómago, los latidos en los ojos y, lo peor de todo, la sensación de que tenía un cilicio de hierro alrededor del pecho que me impedía respirar. Pero no ocurrió nada semejante. Las palabras fluían con la misma facilidad que en el primer piso y mi torso desnudo disfrutaba de las rachas de aire fresco que de vez en cuando venían del lago. Me olvidé de Max Devore, de Mattie Devore, de Kyra Devore. Me olvidé de Jo Noonan y de Sara Tidwell. Me olvidé de mi mismo. Durante dos horas, estuve en Florida. Se acercaba la ejecución de John Shackleford. Andy Drake trabajaba contra reloj. El teléfono me devolvió a la realidad, pero esta vez no me molestó la interrupción. De no ser por ello había seguido escribiendo hasta quedar reducido a un charco en el suelo de la terraza. Era mi hermano. Hablamos de mi madre –a la que según la opinión de Sidy ya no le faltaba un tornillo, sino una ferretería– y de su hermana Francine, que se había fracturado la cadera en junio.

Sid me preguntó cómo estaba y le respondí que todo estaba bien, que había tenido algunas dificultades para arrancar con el nuevo libro pero que ahora estaba encarrilado (en mi familia sólo se mencionan los problemas cuando se han solucionado).

¿Y cómo va la asesoría? *De la patada*, respondió, cosa que interpreté como bien. Sidy tiene una hija de doce años, lo que le permite mantener su jerga actualizada. Su nueva asesoría contable comenzaba a repuntar, aunque al principio lo había tenido en ascua (naturalmente, yo ya me había enterado).

Me estaría eternamente agradecido por el préstamo que le había echo en noviembre. Le respondí que era lo menos que podía hacer. Era la más pura verdad especialmente cuando pensaba que Sid dedicaba mucho más tiempo que yo a nuestra madre, tanto por teléfono como personalmente.

–Bueno te dejo marchar –dijo Sid después de intercambiar algunos comentarios más. Cuando habla por teléfono, nunca se despide, se limita a decir “bueno, te dejo marchar” como si te hubiera tenido como prisionero–. Haz lo que puedas para refrescarte, Mike. El canal del tiempo dice que durante el fin de semana, en Nueva Inglaterra hará más calor que en el infierno.

–Si aprieta demasiado, siempre puedo refrescarme en el lago ¿Eh Sid?

–Eh ¿qué?

Igual que el "te dejo marchar", “eh, ¿qué?” era una frase que se remontaba a nuestra infancia.

Resultaba reconfortante aunque también algo inquietante, de oír.

Toda nuestra familia viene de Prout's Neck, ¿no? Me refiero a la rama paterna.

Mi madre procedía de otra punta del mundo, de allí donde los hombres llevan polos Lacoste, las mujeres llevan combinación debajo del vestido y todos saben de memoria el segundo verso de "Dixie". Había conocido a mi padre en Portland, durante una competición de animadoras de la universidad. La familia de mamá venía de la flor y nata de Memphis, cariño, y no se te ocurra dudarle.

Supongo que sí –respondió Sid–. Sí. Pero no me interrogues de nuestro árbol genealógico, Mike. Todavía no entiendo bien la diferencia entre "primo" y "sobrino", como le dije a Jo. –

¿Se lo dijiste a Jo?

Todo pareció detenerse en mi interior, pero no puedo decir estuviera sorprendido. A esas alturas, no.

–Claro.

– ¿Qué quería averiguar ella?

–Todo lo que yo sabía, que no es mucho. Podría haberle hablado del tatarabuelo de mamá, al que mataron los indios, pero Jo estaba interesada en nuestra familia materna.

– ¿Cuándo te interrogó al respecto?

– ¿Tiene alguna importancia?

–Podría tenerla.

–De acuerdo; veamos. Creo que fue aproximadamente cuando operaron a Patrick del apéndice. Sí, estoy seguro. Fue en febrero del noventa y cuatro. Puede que fuera marzo, pero juraría que fue en febrero.

Seis meses antes de su muerte en el aparcamiento del centro comercial. Jo ya avanzaba hacia la sombra de su muerte como una mujer que se dirige hacia una marquesina para resguardarse del sol. Sin embargo, todavía no estaba embarazada. Jo y sus viajes de un día al TR. Jo haciendo preguntas, algunas de las cuales molestaban a la gente, según Bill Dean... pero no había cejado en su empeño. Sí. Porque cuando a Jo se le metía algo en la cabeza, era como un perro con una trapa en la boca. ¿Habría interrogado al hombre de la chaqueta marrón? ¿Quién era el hombre de la chaqueta marrón?

–Sí, Pat estaba en el hospital. El doctor Alpert decía que estaba bien, pero cuando sonó el teléfono yo me sobresalté. Pensé que podía ser el médico para avisar que había habido complicaciones o algo por el estilo.

– ¿Por qué siempre temes lo peor, Sid?

–No lo sé, chico, pero me pasa. En fin, no era el doctor Alpert, sino Johanna. Quería saber si alguno de nuestros antepasados, quizá de tres o cuatro generaciones antes, había vivido donde estás ahora o en alguno de los pueblos vecinos. Le respondí que yo no lo sabía, pero que tú probablemente sí. Dijo que no quería preguntártelo porque era una sorpresa. ¿Te dio una sorpresa?

–Una muy grande –respondí–. Papá era pescador...

–Muérdete la lengua; era un artista, un pintor de paisajes marinos. Mamá siempre lo dice. –Siddy no hablaba del todo en broma.

Joder, vendía mesitas de café y estatuillas de yeso para jardín a los turistas cuando el reumatismo le impidió seguir yendo a la bahía para tender sus redes.

–Lo sé, pero mamá ha editado su matrimonio como si se tratara de una película adaptada para la televisión.

Era una gran verdad. Nuestra propia versión de Blanche Du Bois.

–Papá era pescador en Prout's Neck. Era...

–Papá era un vagabundo –cantó Siddy desafinando horriblemente–, y su hogar estaba allí donde colgaba el sombrero.

–Vamos, esto va en serio. Su padre le dejó el primer barco, ¿no?

–Eso dice la leyenda –convino Sid–. La Lazy Betty de Jack Noonan, cuyo propietario original había sido Paul Noonan, también de Prout's Neck. El barco quedó en las últimas después del huracán Donna, en 1960.

Dos años después de que yo naciera.

–Y papá lo puso en venta en el sesenta y tres.

–Sí. No sé qué habrá sido de él, pero es verdad que antes le pertenecía al abuelo Paul.

¿Recuerdas todos los guisos de langosta que comimos cuando éramos niños?

–La carne de la costa –respondí sin pensar.

Como le ocurre a casi todas las personas que se habían criado en la costa de Maine, ni se me cruzaba por la cabeza pedir langosta en un restaurante.

Eso es para los que viven tierra adentro. Pero yo estaba pensando en el abuelo Paul, que debía de haber nacido en 1890. Paul Noonan engendró a Jack Noonan, Jack Noonan engendró a Mike y Sid Noonan, y eso era prácticamente lo único que yo sabía, además de que los Noonan habían vivido muy lejos del sitio donde yo estaba ahora, sudando la gota gorda.

"Cagaban en el mismo agujero."

Devore se había equivocado, eso era todo. Antes de usar polos Lacoste y pertenecer a la flor y nata de Memphis, los Noonan estábamos en Prout's Neck. De todos modos, era imposible que el bisabuelo de Devore y el mío hubieran tenido alguna relación; el viejo me doblaba la edad, y eso quería decir que las generaciones no coincidían.

Pero si Devore se había equivocado, ¿qué había estado investigando Jo?

– ¿Mike? –preguntó Sid–. ¿Sigues ahí?

–Sí.

– ¿Te encuentras bien? Porque si es así, no lo parece, ¿sabes?

–Es el calor –dije–. Por no hablar de tu costumbre de pensar siempre lo peor. Gracias por llamar, Siddy.

–Gracias por estar ahí, hermano mayor.

–Tope –dije.

Fui a la cocina a buscar un vaso de agua fría. Mientras lo servía, oí que los imanes de la puerta comenzaban a moverse. Al volverme, derramé parte del agua sobre mis pies descalzos, pero apenas si lo noté. Estaba tan emocionado como un niño que espera ver a Papá Noel antes de que éste se marche por la chimenea.

Me volví justo a tiempo para ver cómo nueve letras procedentes de distintos puntos del círculo se deslizaban hacia el centro. Formaron la palabra CARLADEAN... pero sólo por un segundo. Una presencia, poderosa pero invisible, pasó junto a mí. No se movió ni un pelo de mi cabeza, pero de todos modos sentí lo que se siente cuando estás en el borde del andén y un tren expreso pasa junto a ti. Dejé escapar un grito de sorpresa, traté de dejar el vaso sobre el mármol, pero lo volqué. Ya no me apetecía tomar agua fría, porque la temperatura de la cocina de Sara Risa había descendido abruptamente.

Exhalé y vi una nubecilla de vapor, como si fuera un frío día de enero. Después de un par de exhalaciones más, el efecto se desvaneció, y durante unos cinco segundos la película de sudor que cubría mi cuerpo pareció convertirse en hielo.

CARLADEAN estalló hacia fuera en todas las direcciones; era como mirar la explosión de un átomo en una versión de dibujos animados. Los imanes de letras, frutas y verduras cayeron de la puerta del frigorífico y se esparcieron por el suelo. Por un momento creí percibir el sabor de la furia que había producido la explosión como si fuera pólvora.

Y alguien se manifestó, se liberó ante ella y pasó con un suspiro, con un murmullo triste como el que había oído días atrás: "Ay, Mike. Ay, Mike." Era la voz que había grabado con el dictáfono, y aunque antes no había estado seguro, ahora lo estaba: era la voz de Jo.

Pero ¿quién era el otro? ¿Quién había desparramado las letras?

Carla Dean. No era la esposa de Bill, que se llamaba Yvette. ¿Su madre, quizá? ¿Su abuela?

Caminé lentamente por la cocina, recogiendo los imanes como si fueran los premios de una de las Kenmore. Nadie me los arrebató de las manos y el sudor de mi cuello y de mi espalda no se heló. La campanilla de Bunter no sonó. Sin embargo, yo no estaba solo, y lo sabía.

CARLADEAN: Jo quería que lo supiera.

Pero alguien no. Alguien había pasado a mi lado como una bala de cañón con la intención de desparramar las letras antes de que yo pudiera leerlas.

Jo estaba allí; un niño que lloraba por la noche estaba allí. ¿Y quién más?
¿Quién más compartía la casa conmigo?

CAPITULO 20

Al principio no las vi, pero no era de extrañar; parecía que todo Castle Rock estaba en el parque del pueblo esa bochornosa tarde de sábado. El aire resplandecía con la brumosa luz del verano, mientras los niños se remolinaban alrededor de los juegos, unos viejos vestidos con chaleco rojo – supongo que pertenecerían a un club– jugaban al ajedrez y un grupo de jóvenes tendidos sobre la hierba escuchaban a un adolescente que tocaba la guitarra y cantaba una canción pegadiza.

No había gente corriendo ni perros persiguiendo discos de playa. Hacía demasiado calor.

Me volví para mirar hacia el escenario de la banda, donde se preparaba para tocar un octeto de músicaailable llamado The Castle Rockers, cuando una personita diminuta me abrazó las piernas a la altura de las rodillas y estuvo a punto de hacerme caer. – ¡Te he pillado! –exclamó la personita con alegría.

– ¡Kyra Devore! –gritó Mattie con una voz entre divertida e irritada–. ¡Lo harás caer!

Me volví, dejé en el suelo la bolsa manchada de grasa de McDonald's que llevaba en las manos y cogí a la niña en brazos. Me pareció lo más natural del mundo; me pareció maravilloso.

No te das cuenta de cuánto pesa un niño saludable hasta que coges a uno en brazos, y hasta que lo haces tampoco tomas conciencia de la vida que corre por ellos como un cable eléctrico. No me emocioné ("No te pongas sentimental, Mike", solía decirme Sidy cuando éramos críos y a mí se me saltaban las lágrimas en la parte más triste de una película), pero pensé en Jo, sí. Y también en el hijo que llevaba en sus entrañas cuando se desplomó en aquel maldito aparcamiento.

Ki chillaba y reía, tenía los brazos abiertos y el pelo recogido en dos graciosas coletas adornadas con pasadores con las figuras de Raggedy Ann y Andy.

La dejé en el suelo. Ki retrocedió un paso, tropezó y cayó sentada sobre la hierba, riendo más que nunca. Entonces tuve un pensamiento perverso, breve pero claro: ojalá el viejo pudiera ver cuánto lo echamos de menos, cuánto nos ha afectado su muerte.

Mattie se acercó, y esa tarde estaba tal como yo la había imaginado cuando la había conocido: como una de esas adolescentes privilegiadas que uno ve en los clubes de campo, holgazaneando con las amigas o sentada formalmente a la mesa con sus padres.

Llevaba un vestido blanco sin mangas y zapatos planos, con la melena suelta sobre los hombros y un toque de carmín en los labios. Sus ojos tenían un brillo que yo no había visto antes. Cuando me abrazó, aspiré su perfume y sentí la presión de sus pechos firmes y pequeños.

Yo la besé en la mejilla; ella me besó en la mandíbula, produciendo un sonido en mi oído que descendió por mi espalda. –Dime que ahora todo irá mejor –murmuró sin soltarme.

–Mucho mejor –respondí, y ella me abrazó con fuerza otra vez y se soltó.

–Más te vale haber traído mucha comida, grandullón, porque estas dos señoras están muertas de hambre, ¿verdad?

–Muertas de hambre –repitió Ki y se echó hacia atrás, apoyada en los codos, soltando una risita deliciosa al cielo radiante y brumoso.

–Vamos –dije, levantándola por la cintura.

La llevé así hasta una mesa cercana, mientras la niña pataleaba, sacudía los brazos y reía. La dejé en un banco, pero ella se deslizó y acabó bajo la mesa, todavía riendo con el cuerpo laxo como si fuera una anguila.

–Muy bien, Kyra Elizabeth. Siéntate y muestra tu otra cara –ordenó Mattie.

–Niña buena, niña buena –dijo Ki mientras se sentaba junto a mí–. Ésa es mi otra cara, Mike.

–Seguro –dije.

En la bolsa había Big Macs y patatas fritas para Mattie y para mí. Para Ki había una caja colorida, con un dibujo de Ronald McDonald y sus compinches.

– ¡Mattie, tengo una Happy Meal! ¡Mike me ha traído una Happy Meal! ¡Tienen juguetes!

–Veamos cuál es el tuyo.

Kyra abrió la caja, espió dentro y sonrió; una sonrisa que le iluminó toda la cara. Sacó algo que al principio me pareció una pelusa gigante. Por un pavoroso segundo, evoqué el sueño en el que Jo aparecía bajo la cama con un libro en la cara: "Dame eso. Es para protegerme del polvo", había dicho. Pero había algo más, otra asociación, quizá de otro sueño. No sabía cuál.

– ¿Mike? –preguntó Mattie con curiosidad y un ligero dejo de preocupación.

– ¡Es un perrito! –exclamó Ki–. ¡Me ha tocado un perrito en mi Happy Meal!

Sí, era un perro. Un pequeño perro de peluche. Y no era negro, sino gris... aunque yo no sabía por qué me preocupaba el color.

–Es un buen premio –observé y cogí el muñeco.

Era suave, lo que era bueno, y gris, lo que era aún mejor. Por alguna razón, el hecho de que fuera gris me parecía bien. Ridículo, pero cierto. Se lo devolví y sonreí.

– ¿Cómo se llama? –preguntó Ki haciendo saltar al perrito sobre la caja de la Happy Meal–. ¿Cómo se llama el perrito, Mike? Sin pensarlo dos veces, respondí:

–Strickland.

Supuse que se sorprendería, pero no lo hizo. Estaba encantada.

– ¡Stricken! –exclamó aumentando la altura de los saltos del perrito sobre la caja–. ¡Stricken! ¡Stricken! ¡Mi perro Stricken!

– ¿Quién es Strickland? –preguntó Mattie con una sonrisa mientras le quitaba el papel a su hamburguesa.

–Un personaje de un libro que leí hace tiempo –respondí y miré a Ki jugando con el muñeco peludo–. Nadie real.

–Mi abuelo ha muerto –dijo Ki cinco minutos después.

Todavía estábamos en la mesa del merendero, pero casi habíamos acabado de comer.

Strickland, el perro de peluche, montaba guardia junto a las últimas patatas fritas. Yo miraba a la gente que pasaba, preguntándome si habría alguien del TR observando nuestra pequeña fiesta, impaciente por regresar a casa para hacer pública la noticia. No vi a ningún conocido, pero eso no significaba nada teniendo en cuenta que hacía tiempo que no visitaba la región.

Mattie dejó la hamburguesa y miró a Ki con expresión ansiosa, pero a mí me pareció que la niña estaba bien; se limitaba a darme una noticia, pero no parecía afectada.

–Lo sé –respondí.

–El abuelo era muy viejo. –Ki cogió un par de patatas fritas con sus deditos regordetes, se las llevó a la boca y un instante después ya las había tragado–. Ahora está con el Jesús. En las clases de catecismo nos hablaron de Jesús.

Sí, Ki, pensé. En estos momentos tu abuelo debe de estar enseñándole a Jesús cómo usar el Pixel Easel y preguntándole si hay alguna puta a mano.

Jesús caminaba sobre el agua y convertía el vino en macarrones.

–Algo así –respondí–.

Es triste que se muera la gente, ¿verdad? –Sería triste que murierais Mattie o tú. Pero el abuelo era muy, muy viejo. –Lo dijo con énfasis, como si pensara que yo no le había entendido la primera vez–. En el cielo, lo pondrán bien otra vez.

–Es una buena forma de verlo, cariño –dije.

Mattie arregló las coletas de Ki con cuidado y una expresión entre amorosa y distraída.

Estaba radiante a la luz del verano, con la piel tersa y bronceada contrastando con el vestido blanco que sin duda había comprado en las rebajas, y supe que la quería. Tal vez no hubiera nada de malo en ello.

–Pero echo de menos a la abuelita –dijo Ki, ahora con tristeza. Cogió el perro de peluche, trató de meterle una patata en la boca y lo dejó en la mesa otra vez. Su cara pequeña y bonita tenía un gesto pensativo y me pareció ver en ella un ligero parecido con la de su abuelo. Era muy vago, pero perceptible; otro fantasma–. Mamá dice que la abuelita se ha ido a California con los arrestos.

–Con los restos, bonita –corrigió Mattie–. Quiere decir con su cuerpo.

– ¿Crees que volverá a visitarme, Mike?

–No lo sé.

–Hacíamos un juego con rimas. –Parecía más pensativa que nunca.

–Tu mamá me lo ha contado.

–No volverá –dijo Ki, en respuesta a su propia pregunta. Una lágrima grande se deslizó por su mejilla. Cogió a Stricken, lo puso de pie sobre las patas traseras durante un segundo y luego volvió a dejarlo en su puesto de guardia. Mattie le rodeó los hombros con un brazo, pero ella no pareció notarlo. La abuelita no me quería. Sólo hacía que me quería. Era su trabajo.

Mattie y yo cambiamos una mirada. – ¿Por qué dices eso? –pregunté.

–No lo sé –respondió Ki.

Junto al adolescente que tocaba la guitarra, un hombre con la cara pintada de blanco había empezado a hacer malabarismos con pelotas de colores.

Kyra se animó un poco. ¿Puedo ir a ver a ese señor, mami?

– ¿Has terminado de comer?

–Sí, estoy llena.

–Dale las gracias a Mike.

–Gracias, Mike –dijo con una risita.

–De nada –dije, pero la expresión me sonó algo anticuada y añadí:– Tope.

–Puedes ir hasta aquel árbol, pero no pases de ahí –dijo Mattie. Ya sabes por qué.

–Para que puedas verme. Lo haré.

Cogió a Strickland y echó a correr, pero de repente se detuvo y me miró por encima del hombro.

–Creo que fueron las personas del *figodífico* –dijo y enseguida se corrigió con gesto serio:– Las personas del fri-go-rí-fi-co. El corazón me dio un vuelco.

– ¿Qué pasa con las personas del frigorífico, Ki? –pregunté.

–Que me dijeron que la abuelita no me quería.

Luego corrió hacia el malabarista, sin que pareciera molestarle el calor.

Mattie la miró y luego se volvió hacia mí.

–No he hablado con nadie sobre las personas del *figodífico* de Kyra. Y ella tampoco lo había hecho hasta ahora. No son personas reales, pero los imanes de letras parecen moverse solos en la puerta. Como si fuera una tabla de Ouija.

– ¿Forman palabras?

Mattie guardó silencio durante largo rato. Luego asintió con la cabeza.

–No siempre, sólo a veces. –Otra pausa. De hecho, la mayoría de las veces. Ki dice que son las cartas de las personas del frigorífico. –Sonríó, pero sus ojos reflejaron temor.

¿Crees que son imanes especiales? ¿O es que hay fuerzas poltergeist en la zona del lago?

–No lo sé. Lamento habérselas regalado si han traído problemas.

–No seas tonto. Kyra te quiere mucho. Se pasa el día hablando de ti. Hoy estaba mucho más preocupada por ponerse guapa para verte que por la muerte de su abuelo. Kyra insistió en que yo también me pusiera guapa. No se comporta así con el resto de las personas; se entusiasma cuando están presentes, pero las olvida en cuanto se van. A veces pienso que es bueno para ella.

–Las dos os habéis puesto muy guapas –dije. No cabe duda.

–Gracias. –Miró con cariño a Ki, que estaba junto al árbol con la vista fija en el malabarista. El hombre había dejado las pelotas y arrojaba mazas de gimnasia. Luego volvió a mirarme a mí. ¿Has terminado de comer?

Asentí y Mattie comenzó a recoger la basura y a meterla en la bolsa de McDonald's. La ayudé, y cuando nuestros dedos se rozaron, ella me cogió la mano.

–Gracias –dijo. Gracias por todo lo que has hecho. Muchísimas gracias.

–Le di un pequeño apretón a la mano y la solté.

¿Sabes? A veces pienso que la que mueve las letras es Kyra. Creo que lo hace con la mente.

– ¿Telequinesia?

–Supongo que ése es el término Ki no sabe escribir mucho más que "mamá" y "papá".

– ¿Y qué aparece en la nevera?

–Casi siempre nombres. Una vez fue el tuyo. Otra vez el de tu mujer.

– ¿Jo?

–No; el nombre completo: JOHANNA Y ABUELA. Rogette, supongo. A veces JARED y BRIDCET. Estos dos nombres casi siempre aparecen juntos. Una vez decía KITO. –Me lo deletreó.

–Kito –repetí y pensé: Kyra, Kia, Kito. ¿Qué era eso?–. ¿Crees que es el nombre de un niño?

–Sí, estoy segura. Es un nombre en suahili y significa "criatura preciosa". Lo miré en mi libro de nombres.

Mientras nos dirigíamos a la papelería más cercana, miró a su propia criatura preciosa.

– ¿Recuerdas algún otro nombre que haya aparecido en la puerta del frigorífico?

Mattie reflexionó unos instantes.

–Un par de veces apareció G, y una vez CARLA. Lo curioso es que Ki ni siquiera es capaz de leer esos nombres. Me pide que se los lea yo.

– ¿No se te ha ocurrido pensar que podría copiarlos de un libro o una revista? ¿Que está aprendiendo a escribir con los imanes, en lugar de con lápiz y papel?

–Supongo que es posible...

No parecía convencida, y no me creía en lo que acababa de decir.

–Me refiero a que nunca has visto las letras en el preciso momento en que se mueven en la puerta de la nevera, ¿verdad? –pregunté esforzándome por disimular mi preocupación.

Mattie soltó una risita nerviosa. – ¡Dios! ¡Claro que no!

– ¿Hay algo más?

–A veces las personas del frigorífico dejan mensajes como HOLA, ADIÓS o NIÑA BUENA. Ayer apareció uno muy extraño. Lo he apuntado para enseñártelo.

– ¿Cuál?

–Prefiero que lo veas escrito. Me lo he dejado en la guantera del coche. Recuérdamelo cuando nos vayamos.

–Sí. Se lo recordaría–.

Este asunto es muy misterioso –añadió–.

Como lo que encontré escrito en la harina.

Consideré la posibilidad de decirle que yo tenía mi propio grupo de personas del frigorífico, pero no lo hice. Ya tenía suficiente con lo que le ocurría a ella... o eso me dije a mí mismo. Permanecimos unos minutos de pie, mirando a Ki. – ¿Has llamado a John? –pregunté.

–Desde luego.

– ¿Cómo reaccionó? Se volvió y vi que sonreía con los ojos.

–Se puso a cantar: "¡Viva, viva, la bruja ha muerto!"

–Se equivocó de sexo, pero no de sentimiento.

Mattie asintió y volvió a mirar a Kyra. Otra vez pensé que estaba preciosa; sus facciones perfectas, su figura esbelta enfundada en el vestido blanco.

– ¿Le molestó que yo me invitara solo al almuerzo? –pregunté.

–No, está encantado con la idea de celebrar una fiesta.

–Una fiesta. Le había encantado la idea. Empezaba a sentirme insignificante–.

Hasta sugirió que invitáramos al abogado que te acompañó a declarar el viernes. ¿Se llamaba Bissonette? Y también al detective privado que le recomendó él. ¿Te parece bien?

–Sí. ¿Y qué me dices de ti, Mattie? ¿Cómo te sientes?

–Estoy bien –respondió volviéndose a mirarme–. Aunque hoy he recibido más llamadas telefónicas de lo normal.

De repente me he convertido en una persona muy popular.

–Vaya.

—Casi todos llamaban y colgaban de inmediato, pero un hombre se tomó el tiempo suficiente para llamarme "guarra" y una mujer con fuerte acento yanqui me dijo: "Lo has matado, puta. ¿Estás contenta?" Colgó antes de que pudiera contestarle que sí, que estaba muy contenta, gracias.

Pero Mattie no parecía contenta; tenía una expresión desdichada y culpable, como si de verdad le hubiera deseado la muerte a Devore.

—Lo siento.

—No pasa nada. En serio. Kyra y yo hemos estado solas durante una larga temporada, y yo he vivido asustada la mayor parte de ese tiempo. Ahora he hecho un par de amigos.

Si el precio que tengo que pagar son unas cuantas llamadas telefónicas, lo pagaré sin rechistar.

Estaba muy cerca, con la cabeza alzada hacia mí, y no pude resistirme. Culpo al verano, a su perfume y a mis cuatro años de celibato, por ese orden. La cogí de la cintura y recuerdo perfectamente la textura del vestido bajo mis manos, el pequeño relieve del extremo de la cremallera. Recuerdo la sensación de la tela deslizándose sobre la piel desnuda. Luego la besé, muy despacio pero con pasión —cuando se hace algo que vale la pena, vale la pena hacerlo bien—, y ella respondió con la misma actitud, con una boca curiosa pero sin miedo. Sus labios eran cálidos, suaves y tenían un sabor dulzón. Como a melocotón.

Nos detuvimos al mismo tiempo y nos separamos un poco. Mattie todavía tenía sus brazos sobre mis hombros, y los míos estaban en su cintura, a unos centímetros de las caderas. La cara de Mattie parecía serena, pero sus ojos estaban más brillantes que nunca y sus mejillas se habían teñido de rubor.

—Vaya —dijo—. Tenía muchas ganas de besarte. Desde el momento en que Kyra te abrazó las piernas y tú la cogiste en brazos.

—A John no le hará ninguna gracia saber que nos hemos besado en público —observé. Mi voz no sonaba normal y mi corazón estaba desbocado. Siete segundos, un beso y la sangre bullía en todos los órganos de mi cuerpo—. De hecho, no le hará ninguna gracia saber que nos hemos besado, aunque no hubiera sido en público. Le gustas, ¿sabes?

—Sí, pero a mí me gustas tú. —Se volvió para vigilar a Ki, que seguía obedientemente junto al árbol, mirando al malabarista. ¿Y quién estaría mirándonos a nosotros?

¿Alguien que hubiera salido del TR en esa calurosa tarde de verano para comerse un helado y disfrutar de un poco de música y vida social en el parque? ¿Alguien que cambiaba chismes frescos por verdura fresca en la tienda Lakeview? ¿Algún cliente del taller de Brooks? Aquello era una locura, lo mirara como lo mirara. Solté la cintura de Mattie.

—Mattie, podrían publicar nuestra fotografía junto a la palabra "indiscreción" en el diccionario.

Retiró las manos de mis hombros y dio un paso atrás, pero sus ojos brillantes no se apartaron de los míos.

—Lo sé. Soy joven, pero no tonta.

—No pretendía...

Alzó una mano para detenerme.

—Ki se acuesta a eso de las nueve... no puede dormirse hasta que está oscuro. Yo me quedo levantada hasta más tarde. Si quieres, ven a visitarme. Puedes aparcar detrás de la caravana. —Esbozó una sonrisa dulce y a la vez increíblemente sensual—. Cuando baja la luna, es una zona discreta.

—Mattie, tienes edad para ser mi hija.

—Tal vez, pero no lo soy. Y a veces la discreción juega en contra de tus intereses.

Mi cuerpo sabía bien lo que quería. Si en ese momento hubiéramos estado en la caravana, no habría habido resistencia. Aunque tampoco es que hubiera mucha resistencia. Entonces recordé lo que había pensado sobre los antecesores de Devore y los míos: las generaciones no coincidían. ¿No ocurría lo mismo en este caso? Además, no creo que la gente invariablemente tenga derecho a hacer lo que desea, por mucho que lo desee. No todos los apetitos pueden saciarse. Creo que quiero decir que algunas cosas están mal. Sin embargo, no estaba seguro de que ésa fuera una de ellas. Yo deseaba a Mattie, no me cabía duda. Intensamente. No podía dejar de pensar en la forma en que su vestido se había deslizado cuando la había cogido por la cintura, en el calor de su piel bajo la tela. Y ella tenía razón: no era mi hija.

—Ya me has dado las gracias —dije con voz ronca—. Con eso basta.

– ¿Crees que lo que siento es gratitud? –Dejó escapar una risita nerviosa y grave–. Tienes cuarenta años, Mike, no ochenta.

No eres Harrison Ford, pero eres atractivo, brillante e interesante. Me gustas mucho y quiero acostarme contigo. ¿Quieres que te lo pida por favor? Muy bien, te lo pido por favor.

Era verdad. Yo sabía que había algo más que gratitud, incluso cuando había sugerido que lo fuera. Yo había adivinado que Mattie llevaba unos pantalones cortos blancos y una camiseta ceñida cuando me había llamado por teléfono, el mismo día en que yo había vuelto a escribir. ¿Había adivinado ella lo que tenía puesto yo? ¿Había soñado que estaba en la cama conmigo, follando como conejos mientras brillaban los farolillos de fiesta y Sara Tidwell cantaba su versión particular de las rimas de Rogette, aquella absurda canción de Manderley? ¿Había soñado Mattie que me pedía que hiciera lo que quisiera?

También estaban las personas del frigorífico, que eran una cosa más que compartíamos, algo aún más misterioso. Yo no me había atrevido a contarle a Mattie lo que ocurría con los imanes de mi frigorífico, pero quizá lo intuyera. En lo más profundo de su mente, allí donde trabajaban los muchachos de la mudanza. Los suyos y los míos, todos miembros de un mismo y extraño sindicato. Tal vez mi reticencia no tuviera nada que ver con la moral; simplemente había algo en la relación –algo en nosotros dos– que parecía peligroso.

Y también, ay, tan atractivo.

–Necesito tiempo para pensar –respondí.

–Esto no tiene nada que ver con lo que pienses –replicó ella–. ¿Sientes algo por mí?

–Tanto que me da miedo.

Antes de que pudiera añadir nada más, oí unos acordes familiares y me volví a mirar al adolescente de la guitarra. Hasta entonces había estado tocando temas de Bob Dylan, pero ahora pasó algo más rápido y pegadizo, la clase de melodía que te hace sonreír y batir palmas.

¿Quieres pescar en mi pozo, cielo? ¿Quieres pescar en mi pozo, cariño? Porque si quieres pescar en mi pozo, más vale que tengas una caña larga.

El Blues de la pesca. Una canción escrita por Sara Tidwell y originalmente interpretada por ella y los Red-Top Boys. Las canciones con doble sentido habían sido su especialidad, aunque eran tan transparentes que se podría haber leído el periódico a través de ellas. Sin embargo, a juzgar por sus letras, la lectura no había sido una de las aficiones principales de Sara.

Antes de que el chico pasara a la segunda estrofa, una que hablaba de cuánto había que balancearse para meter la caña grande hasta el fondo, los Castle Rockers hicieron una floritura con el bajo que pretendía decir: "Silencio, todo el mundo, ahora vamos a actuar nosotros." El adolescente dejó de tocar, el malabarista atajó todas las mazas y las arrojó rápidamente sobre la hierba. Los Rockers empezaron a tocar una marcha horrible y ensordecedora, la clase de música que te empuja a cometer asesinatos en serie, y Kyra regresó corriendo a nuestro lado.

–El *madabarita* ha terminado, Mike. ¿Me cuentas un cuento? ¿Hansel y Panzel?

–Es Hansel y Gretel –corregí–. Me gustaría, pero vamos a un sitio más tranquilo, ¿de acuerdo? Esa banda me da dolor de cabeza.

– ¿La música te hace pupa en la cabeza? –Un poco.

–Entonces vamos junto al coche de Mattie. –Buena idea.

Kyra corrió delante para ocupar un banco junto al aparcamiento. Mattie me dirigió una mirada larga y afectuosa y me tendió la mano. Yo se la cogí. Nuestros dedos se entrelazaron como si llevaran años haciéndolo. Pensé: Me gustaría hacerlo lentamente, casi sin movernos, por lo menos al principio. ¿Y yo llevaría mi caña más bonita y más larga? Después charlaríamos, tal vez hasta que pudiéramos vislumbrar el contorno de los muebles a la luz del amanecer. Cuando uno está en la cama con alguien a quien ama, sobre todo la primera vez, las cinco de la mañana es una hora sagrada.

–Deberías dejar que tu razón se tomara vacaciones de vez en cuando –comentó Mattie–. Apuesto a que casi todos los escritores lo hacen.

–Supongo que sí.

–Ojalá estuviéramos en casa –dijo, y yo me pregunté si su vehemencia sería sincera o fingida–. Te besaría hasta que esta conversación te pareciera irrelevante. Y si te arrepintieras, por lo menos lo harías en mi cama.

Volví la cara hacia la luz roja del ocaso.

–Aunque estuviéramos allí, a esta hora Kyra aún no se habría ido a la cama.

–Es verdad –respondió con una tristeza poco habitual en ella–. Es verdad.

Kyra llegó a un banco situado junto al cartel de APARCAMIENTO y trepó al asiento con el perrito de peluche en una mano. Cuando nos acercamos, yo traté de soltarle la mano a Mattie, pero ella me lo impidió.

–No pasa nada, Mike –dijo–. Ki siempre va cogida de la mano de sus amiguitos de catecismo. Sólo los adultos hacemos un mundo de esa pequeñez. –Se detuvo y me miró–.

Quiero que sepas una cosa. Puede que a ti no te importe, pero a mí sí. En mi vida no hubo nadie antes de Lance y nadie después. Si te acuestas conmigo, serás el segundo.

Además, no pienso volver a hablar del tema. No me importa pedírtelo por favor, pero no pienso rogar.

–Yo no...

Junto a los peldaños de la caravana hay una maceta con una tomatara. Te dejaré la llave debajo. No pienses, simplemente ve a verme.

–Esta noche no, Mattie. No puedo.

–Claro que puedes –respondió ella.

–Daos prisa, tortugas –gritó Kyra dando saltos en el banco.

–Él es el lento –respondió Mattie y me dio un codazo en las costillas. Luego añadió en voz baja–: De verdad lo eres.

Me soltó la mano y corrió hacia su hija, con las piernas bronceadas tijereteando bajo el vestido.

En mi versión de Hansel y Gretel, la bruja se llamaba Depravia. Kyra me miró con los ojos como platos cuando llegué a la parte en que Depravia le pide a Hansel que saque el dedo para comprobar si ha engordado.

– ¿Te da miedo? –pregunté.

Ki negó enfáticamente con la cabeza. Miré a Mattie para asegurarme, pero ella me hizo una seña para que continuara, así que continué. Depravia acabó en el horno y Gretel encontró su colección secreta de billetes de lotería premiados. Los niños se compraron unos esquís acuáticos supersónicos y vivieron felices al este del lago Dark Score. Para entonces los Castle Rockers asesinaban a Gershwin y el sol estaba muy bajo. Llevé a Kyra al jeep y la senté en su sillita. Recordé que la primera vez que lo había hecho había rozado involuntariamente el pecho de Mattie.

–Espero que este cuento no te dé pesadillas –dije, y hasta que las palabras no salieron de mi boca no me había dado cuenta de lo terrible que era esa historia.

–No me dará pesadillas –respondió Kyra con seguridad–. Las personas del *figodífico* no lo permitirán. –De repente, como si acabara de recordar algo, se corrigió: Fri–go–rí–fico.

–Se volvió hacia Mattie–. Enséñale el *cruzylana*, mamá.

–Se dice crucigrama, pero gracias, lo había olvidado. –Abrió la guantera y sacó un papel doblado–. Estaba escrito en la puerta de la nevera esta mañana. Lo copié porque Ki dijo que tú sabrías lo que significaba. Me dijo que hacías crucigramas. Bueno, dijo *cruzylanas*, pero yo la entendí.

¿Le había contado yo a Kyra que hacía crucigramas? Estaba casi seguro de que no. ¿Me sorprendió que lo supiera? En absoluto. Cogí el papel, lo abrí y leí lo que decía:

b vertical noventa–2

– ¿Es un *cruzylana*, Mike? –preguntó Kyra.

–Supongo que sí, y es sencillo. Pero si tiene algún significado, no sé cuál es. ¿Puedo quedármelo?

–Sí –respondió Mattie.

La acompañé hasta la portezuela del conductor y en el camino volví a cogerle la mano.

–Dame tiempo para pensarlo. Sé que eso es lo que debería decir la chica, pero...

–Tómame tiempo –dijo–, pero no demasiado.

El problema era que yo no quería tomarme ni un minuto. Sabía que sería estupendo acostarme con ella. Pero ¿y después? Pensé que podría haber un después. Sabía que ella también lo creía. Con

Mattie, el "después" era una posibilidad muy real. La perspectiva me pareció aterradora y maravillosa al mismo tiempo. La besé en la comisura de la boca, pero ella rió y me cogió el lóbulo de la oreja.

–Puedes hacerlo mejor–dijo, pero entonces miró a Ki que nos miraba con curiosidad desde la sillita del coche–. Pero esta vez te dejaré escapar.

– ¡Un beso para Ki! –gritó Kyra tendiéndome los brazos, así que di la vuelta al coche y la besé.

Mientras conducía en dirección a casa, con las gafas oscuras para que el sol del ocaso no me deslumbrara, pensé que tal vez pudiera llegar a ser el padre de Kyra Devore. La idea me pareció casi tan atractiva como meterme en la cama con su madre, lo que refleja la profundidad de mis sentimientos. Y era posible que esos sentimientos se hicieran aún más profundos.

Más y más profundos.

Sara Risa me pareció un desierto después de haber tenido a Mattie entre mis brazos; una cabeza que dormía sin sueños. Fui a echar un vistazo a las letras del frigorífico, no encontré nada fuera de lo normal y cogí una cerveza. Salí a beberla a la terraza mientras contemplaba cómo terminaba de ponerse el sol. Pensé en las personas del frigorífico y en los *cruzylanas* que habían aparecido en las dos neveras: "vertical diecinueve" en el camino Cuarenta y dos y "vertical noventa y dos" en Wasp Hill Road. ¿Diferentes vectores desde la tierra al lago? ¿Distintos puntos de la Calle? Mierda, ¿cómo saberlo?

Pensé en John Storrow y en cuánto le molestaría enterarse de que había otro mulo dando coces en la cuadra de Mattie Devore, para decirlo en palabras de Sara Risa. Pero sobre todo pensé en lo que había sentido al abrazarla y besarla por primera vez. Ningún instinto humano es tan poderoso como el sexual, y las imágenes que lo despiertan son como tatuajes emocionales que no pueden borrarse nunca. Para mí era la sensación de la piel suave de su cintura bajo el vestido. La textura resbaladiza de la tela...

Me volví bruscamente y caminé a toda prisa hacia el ala norte, casi corriendo y desnudándome por el camino. Abrí el grifo del agua fría y estuve cinco minutos temblando bajo la ducha. Cuando salí, me sentí un poco más como un ser humano y un poco menos como una masa de temblorosas terminaciones nerviosas. Mientras me secaba, se me ocurrió una idea. En algún momento había pensado que si alguien aparte de mí era capaz de sentir la presencia de Jo en Sara Risa, ése sería Frank, el hermano de Jo. No lo había invitado a visitarme y todavía no estaba seguro de querer hacerlo. Había empezado a sentirme curiosamente posesivo, casi celoso, con relación a lo que sucedía en la casa. Sin embargo, si Jo había estado escribiendo algo en secreto, era probable que Frank lo supiera. No le había confesado que estaba embarazada, pero...

Miré el reloj; eran las nueve y cuarto. En la caravana situada cerca del cruce de Wasp Hill Road y la carretera 68, Kyra debía de estar dormida y su madre ya debía de haber dejado la llave de bajo de la maceta que estaba junto a los peldaños. Pensé en ella con el vestido blanco, en la curva de sus caderas bajo mis manos y en la fragancia de su perfume, pero luego aparté esas imágenes de mi mente. No podía pasarme la noche dándome duchas frías. Las nueve y cuarto era una hora razonable para llamar a Frank Arlen.

Se puso al teléfono después del segundo timbrado. Parecía contento de oír mi voz, aunque también porque quizá se hubiera tomado tres o cuatro latas de cerveza más que yo. Después de intercambiar las palabras de cortesía de rigor –me entristeció pensar que las mías eran casi todas forzadas–, él mencionó que, según las noticias, un famoso vecino mío había estirado la pata. ¿Lo conocía? Sí, le respondí, recordando el momento en que Max Devore había intentado atropellarme con la silla de ruedas. Sí, lo conocía.

Frank quiso saber cómo era y le respondí que era difícil saberlo. El pobre viejo estaba atado a una silla de ruedas y padecía un enfisema pulmonar.

–Entonces estaba muy débil, ¿no? –preguntó Frank con voz compasiva.

–Sí –respondí–. Escucha, Frank, te he llamado para hablar de Jo. Subí a su estudio para echar un vistazo y encontré mi vieja máquina de escribir. Desde entonces se me ha metido en la cabeza la idea de que estaba escribiendo algo. Creo que empezó con un artículo sobre nuestra casa y luego fue más allá. La casa se llama Sara Risa, ya sabes, por la cantante de blues.

Hubo una larga pausa y finalmente Frank dijo: –Lo sé. –Su voz sonó seria y pensativa. –

¿Qué más sabes, Frank?

–Que Jo tenía miedo. Creo que descubrió algo que la asustó. Lo digo sobre todo porque...

Entonces lo entendí todo. Tal vez debería haberme dado cuenta al oír la descripción de Mattie; sí, me habría dado cuenta si no hubiera estado tan alterado.

–Estuviste aquí con ella, ¿verdad? En julio de 1994. Fuisteis a ver el partido de softball y luego regresasteis por la Calle hasta la casa.

– ¿Cómo lo sabes? –preguntó, casi gritando. –Porque os vio alguien, un amigo mío.

Traté de disimular mi enfado, pero no lo conseguí. Estaba enfadado, pero la ira que sentía se mezclaba con alivio, como cuando tu hijo entra en casa con una sonrisa despreocupada, justo en el momento en que ibas a llamar a la policía.

–Estuve a punto de contártelo un par de días antes del entierro, cuando estábamos en el pub, ¿lo recuerdas?

El Jack's Pub, inmediatamente después de que Frank obligara al tipo de la funeraria a bajar el precio del ataúd de Jo. Claro que lo recordaba, hasta recordaba la expresión de sus ojos cuando le había dicho que Jo estaba embarazada.

Frank debió de percibir algo raro en mi silencio, porque cuando volvió a hablar parecía alterado.

–Mike, espero que no se te haya ocurrido ninguna...

– ¿Qué? ¿Ninguna idea equivocada?

¿Por ejemplo que Jo había tenido una aventura? Te parecerá innoble, pero tenía razones para sospechar algo así. En los últimos tiempos, Jo me ocultó muchas cosas. ¿Qué te contó a ti?

–Casi nada.

– ¿Sabías que había dejado todas las instituciones benéficas en las que trabajaba y sin decirme una sola palabra al respecto?

–No.

–No me pareció que mintiera. ¿Por qué iba a hacerlo a esas alturas?–.

Joder, Mike, si hubiera sabido que...

– ¿Qué pasó el día en que vinisteis aquí? Cuéntamelo.

–Yo estaba en la imprenta de Sanford. Jo me llamó desde... no lo recuerdo, creo que desde un área de servicio de la autopista. – ¿Entre Derry y el TR?

–Sí. Se dirigía a Sara Risa y quería que me encontrara con ella allí. Me dijo que si llegaba antes que ella, aparcara en el sendero y no entrara en la casa. Yo podría haberlo hecho porque sabía donde guardáis la llave.

Claro que lo sabía, en una latita de caramelos debajo de las tablas de la terraza. Yo mismo le había enseñado el lugar.

– ¿Te dijo por qué no quería que entraras?

–Te parecerá una locura.

–No, créeme.

–Dijo que la casa era peligrosa.

Por un momento, las palabras permanecieron flotando en el aire. Luego pregunté:

– ¿Llegaste primero tú?

–Sí.

– ¿Y esperaste fuera?

–Sí.

– ¿Viste o percibiste algo peligroso?

Hubo una larga pausa y por fin Frank respondió:

–Había mucha gente en el lago, ya sabes, gente paseando en lancha o haciendo esquí acuático. Sin embargo, el ruido de los motores y las risas parecían... bueno, apagarse en las proximidades de la casa. ¿Has notado que parece silenciosa incluso cuando hay ruido alrededor?

Claro que lo había notado; Sara parecía existir en su propia zona de silencio.

– ¿Pero percibiste algo peligroso?

—No —dijo con cierta reticencia—. Al menos no me pareció que yo corriera ningún peligro.

Pero tuve la sensación de que la casa no estaba vacía. Me sentí... joder, me sentí vigilado. Me senté en uno de esos peldaños hechos con traviesas y esperé a mi hermana.

Cuando llegó, aparcó detrás de mi coche, bajó y me abrazó, pero en ningún momento apartó la vista de la casa. Le pregunté qué tramaba y ella me respondió que no podía decírmelo y que no le contara a nadie que habíamos estado allí. Dijo algo como: "Si lo descubre solo, será porque estaba escrito. Tarde o temprano tendré que decírselo, pero ahora no puedo porque necesitaría toda su atención. Y él no me hace mucho caso cuando está trabajando."

Sentí que la cara se me teñía de rubor. —¿Conque dijo eso, eh?

—Sí. Luego dijo que tenía que entrar en la casa para hacer algo y que quería que yo la esperara fuera. Añadió que si me llamaba, debía ir corriendo. De lo contrario, tenía que quedarme donde estaba.

—Quería que hubiera alguien cerca por si tenía problemas.

—Sí, pero debía ser alguien que no le hiciera preguntas que no estaba dispuesta a responder. Ése era yo. Supongo que siempre esperó lo mismo de mí.

—¿Y?

—Entró en la casa y yo me senté sobre el capó del coche a fumar un cigarrillo. En ese tiempo todavía fumaba. ¿Y sabes una cosa? Entonces tuve el palpito de que algo no iba bien. Como si en la casa hubiera alguien esperándola, alguien que la odiaba. Tal vez alguien que quería hacerle daño. Puede que Jo me contagiara esa sensación, porque parecía histérica y no dejó de mirar hacia la casa incluso mientras me estaba abrazando.

Pero me pareció que había algo más, algo como... no lo sé...

—Como una vibración.

—¡Sí! —exclamó— una vibración, pero no eran buenas vibraciones, como en la canción de los Beach Boys. Era una mala vibración.

—¿Qué pasó?

—La esperé sentado en el capó. Sólo fumé dos cigarrillos, así que supongo que no pasaron más de veinte minutos o media hora, pero se me hizo más largo. Durante ese tiempo, me fijé varias veces en que los sonidos del lago parecían subir por la colina y de repente... se detenían. También noté que no se oía el canto de los pájaros, salvo desde muy lejos.

"Cuando salió, oí un portazo en la puerta de la terraza y luego los pasos de Jo en la escalera. La llamé, le pregunté si estaba bien" y me respondió que sí. Dijo que me quedara donde estaba. Parecía agitada, como si cargara algún bulto o hubiera estado haciendo un trabajo pesado.

—¿Fue a su estudio o bajó hacia el lago?

—No lo sé. No regresó hasta quince minutos después, tiempo suficiente para que me fumara otro cigarrillo. Entonces salió por la puerta delantera. Comprobó que estuviera bien cerrada y se acercó a mí. Parecía mucho más tranquila, aliviada, como cuando uno acaba de hacer un trabajo desagradable que había estado postergando durante mucho tiempo. Me sugirió que diéramos un paseo por el camino que ella llamaba la Calle hasta el centro recreativo que hay por allí...

—Warrington's.

—Eso, eso. Dijo que me invitaría a una cerveza y un bocadillo y lo hizo. Nos sentamos en esa especie de embarcadero.

El Bar Sunset, donde yo había visto a Rogette por primera vez. —Y luego fuisteis a ver el partido de softball.

—Fue idea de Jo. Se había tomado tres cervezas mientras yo bebía la mía e insistió. Dijo que alguien iba a lanzar la pelota entre los árboles, que estaba segura.

Ahora tenía una imagen clara de la escena que me había descrito Mattie. Fuera lo que fuese lo que había hecho Jo, le había causado alegría y alivio. Había entrado en la casa, había desafiado a los espíritus para hacer lo que quería y había sobrevivido. Luego se había bebido tres cervezas para celebrarlo y había olvidado ser discreta... aunque sus visitas previas al TR no habían sido precisamente clandestinas. Frank recordaba que había dicho que si descubría lo que pasaba solo, sería porque estaba escrito. No era la actitud de alguien que oculta una aventura, y ahora comprendía que la conducta de Jo era la de alguien que pretende guardar un secreto sólo durante

una breve temporada. Si hubiera vivido, me lo habría contado todo cuando yo hubiese terminado mi maldito libro.

–Estuvisteis un rato mirando el partido y luego regresasteis a la casa por la Calle.

–Sí –respondió.

– ¿Alguno de los dos entró?

–No. Cuando llegamos allí, a Jo se le había pasado la borrachera y confié en que podría conducir sin problemas. Mientras veíamos el partido, no dejaba de reír, pero ya no lo hacía cuando volvimos a la casa. La miró y dijo: "He terminado con ella, Frank. Nunca volveré a cruzar esa puerta."

Se me heló la piel y luego se me puso la carne de gallina. –Le pregunté qué pasaba, qué había descubierto. Sabía que estaba escribiendo algo, porque me lo había contado...

–Se lo había contado a todo el mundo menos a mí–dije, aunque sin rencor.

Ya sabía quién era el hombre de la chaqueta marrón y el rencor y la ira que había sentido –hacia Jo, hacia mí mismo– palideció ante el alivio que me produjo ese descubrimiento. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de lo mucho que me atormentaba pensar en ese hombre.

–Habrá tenido sus razones –dijo Frank–. Lo sabes, ¿no? –Pero no te dijo cuáles eran.

–Lo único que sé es que todo empezó cuando Jo investigaba para escribir ese artículo.

Me hacía gracia verla interpretar el papel de Nancy Drew. Estoy seguro de que al principio no te lo contó porque quería darte una sorpresa. Leyó algunos libros, pero sobre todo habló con la gente. Escuchaba sus anécdotas de los viejos tiempos e insistía en que le enseñaran cartas viejas o diarios. Creo que lo hacía muy bien.

Sí, muy bien.

¿No sabías nada al respecto?

–No –respondí con tristeza.

Jo no había tenido una aventura, pero podría haberla tenido. Podría haber tenido una aventura con Tom Selleck y haber salido en Inside view y yo habría seguido aporreando las teclas de mi portátil sin enterarme de nada.

–Sea lo que fuere lo que encontró –prosiguió Frank–, creo que lo hizo por casualidad.

–Y nunca me contaste nada. Han pasado cuatro años y no me dijiste nada sobre lo ocurrido.

–Ésa fue la última vez que la vi –dijo Frank, y esta vez no parecía culpable ni avergonzado–. Y lo último que me pidió fue que no te contara que habíamos estado en la casa del lago. Dijo que te lo diría todo cuando estuviera preparada, pero luego murió.

Después, no pensé que el asunto tuviera importancia. Era mi hermana, Mike. Era mi hermana y yo le había hecho una promesa.

–De acuerdo, lo entiendo.

Y lo entendía... aunque quizá no lo suficiente. ¿Qué había descubierto Jo? ¿Que Normal Auster había ahogado a su hijo bajo la bomba de agua? ¿Que a principios de siglo un niño negro había caído en la trampa de un animal? ¿Que otro niño, quizá el hijo incestuoso de Son y Sara Tidwell, había sido ahogado por su madre en el lago, quizá mientras ella soltaba una de sus roncadas e histéricas carcajadas?

–Si quieres que me disculpe, Mike, considéralo hecho.

–No pretendo que te disculpes, Frank. ¿Recuerdas algo más de lo que te dijo esa noche? Cualquier cosa.

–Dijo que sabía cómo habías encontrado la casa.

– ¿Que dijo qué?

–Dijo que la casa te había llamado.

Al principio no pude responder, porque Frank Arlen acababa de echar por la borda una de las certezas más claras que yo tenía sobre mi matrimonio, una de esas ideas que te parecen tan elementales que en ningún momento se te ocurre cuestionarlas. La gravedad te mantiene con los pies en la tierra. La luz te permite ver. La aguja de la brújula señala hacia el norte. Cosas por el estilo.

Esta certeza era que había sido Jo quien se había empeñado en comprar Sara Risa cuando mis libros habían empezado a dar beneficios, porque Jo era la "encargada de la casa" en nuestra pareja, así como yo era el "encargado del coche". Jo había elegido nuestros apartamentos cuando lo único que podíamos permitirnos era apartamentos; Jo había colgado los cuadros y me había pedido que instalara estantes. Jo se había enamorado de la casa de Derry y había vencido mi resistencia cuando yo le había dicho que ésta era demasiado grande y que necesitaba demasiadas reformas, Jo siempre había estado a cargo de construir nuestros nidos. "Dijo que cuando la casa te quiso te llamó."

Y quizá fuera cierto. No; si estaba dispuesto a abandonar mi razonamiento holgazán y mi memoria selectiva, podía ser más preciso. Era cierto, sin ninguna duda. Yo había sido el primero en plantear la posibilidad de buscar un refugio en el oeste de Maine. Yo había recogido folletos en las inmobiliarias y los había llevado a casa. Yo había empezado a comprar revistas regionales, como Down East, y siempre comenzaba a leerlas por atrás, donde estaban los anuncios de casas en venta. Yo había sido el primero en ver una fotografía de Sara Risa en una revista gratuita en color llamada Maine Retreats y de inmediato había llamado al agente inmobiliario y luego a Marie Hingerman, después de sonsacarle su nombre al agente.

Johanna parecía tan fascinada con Sara Risa –creo que cualquiera se habría quedado fascinado después de verla por primera vez bajo el sol del otoño, con los árboles destellando a su alrededor y las hojas de colores flotando sobre la Calle–, pero había sido yo quien había encontrado la casa.

Aunque ésa era otra demostración de razonamiento holgazán y memoria selectiva, ¿no?

En realidad, Sara me había encontrado a mí.

Entonces ¿cómo era posible que no lo hubiera sabido hasta ese momento? ¿Y cómo había llegado allí por primera vez, lleno de feliz ignorancia?

La respuesta a las dos preguntas era la misma. También era la respuesta a la pregunta del cómo Jo había descubierto algo inquietante sobre la casa, el lago, quizá todo el TR, y había muerto sin contármelo. Yo no había estado allí, eso era todo. Yo estaba más allá de los límites de la realidad, en trance, escribiendo uno de mis estúpidos libros. Había estado hipnotizado por las fantasías de mi mente, y un hombre hipnotizado es fácil de manipular.

– ¿Mike? ¿Sigues ahí?

–Sigo aquí, Frank. Pero que me aspen si sé qué fue lo que la asustó tanto.

–Recuerdo que mencionó otro nombre: Royce Merrill. Dijo que recordaba más cosas que nadie porque era muy viejo y añadió: "No quiero que Mike hable con él. Tengo miedo de que el viejo levante la perdiz y le cuente más de lo que debería saber." ¿Sabes a qué se refería?

–Bueno... me han sugerido que por aquí podría haber una astilla de mi árbol genealógico, aunque la familia de mi madre es de Memphis. Los Noonan vienen de Maine, pero no de esta zona.

Sin embargo, yo ya no acababa de crearme esta última parte de la historia.

–Mike, hablas como si no te encontraras bien.

–Estoy bien, mejor que antes de hablar contigo.

– ¿Y entiendes por qué no te había contado nada hasta ahora? Si hubiera sabido lo que estabas pensando... si hubiera tenido alguna idea...

–Creo que lo entiendo. La primera idea no salió de mi cabeza, pero una vez que empiezas a pensar algo así...

–Cuando regresé a Sanford esa noche, pensé que era otra de las tonterías de Jo, como cuando decía: "Joder, hay una sombra en la luna, nadie debe salir de la casa hasta mañana." Siempre fue supersticiosa, ¿sabes? Si se le caía la sal, arrojaba una pizca por encima del hombro; se la pasaba el día tocando madera; coleccionaba tréboles de cuatro hojas...

–O se negaba a ponerse un jersey si antes se lo había puesto al revés por casualidad –dije–. Decía que podía fastidiarle el día entero.

– ¿Y no es así? –preguntó Frank y percibí una sonrisa en su voz. De repente recordé a Jo con tanta claridad –hasta los pequeños destellos dorados de su ojo izquierdo– que no deseé estar con nadie más. Nadie podría ocupar su lugar.

Jo pensaba que había algo malo en la casa–dijo Frank–. De eso estoy seguro.

Cogí un papel y apunté "Kia".

–Sí y tal vez entonces ya sospechaba que estaba embarazada. Quizá temiera que hubiera... influencias. –Y en la casa había influencias, eso estaba claro–. ¿Crees que el que le metió estas ideas en la cabeza fue Royce Merrill?

–No, ése fue sólo un nombre que mencionó de pasada. Debe de haber hablado con más de una docena de personas. ¿Conoces a un tipo llamado Kloster? ¿O Gloster? Algo parecido.

–Auster –dije. Debajo de "Kia" mi lápiz dibujaba una serie de lazos que podrían haber sido la letra "L" o cintas para el pelo–. Kenny Auster, ¿te suena?

–Sí, puede ser. En cualquier caso, ya sabes cómo era Jo cuando se le metía algo en la cabeza... como un terrier persiguiendo ratas.

Sí. Como un terrier persiguiendo ratas.

– ¿Mike? ¿Quieres que vaya a hacerte una visita?

No. Ahora estaba seguro. No quería que fuera Harold Oblowski ni tampoco Frank. En la casa estaba sucediendo algo tan delicado y orgánico como poner a leudar la masa del pan en una habitación caldeada. Frank podría interrumpir ese proceso o resultar herido en él.

–No, sólo quería aclarar este punto. Además, estoy escribiendo y no me gusta tener gente alrededor cuando lo hago.

– ¿Me llamarás si puedo ayudarte?

–Desde luego –respondí.

Colgué el auricular, hojeé la guía telefónica y encontré un R. Merrill en Deep Bay Road.

Llamé a ese número, dejé sonar el teléfono unas doce veces y colgué. Royce no tenía contestador automático. Me pregunté dónde estaría. Noventa y cinco años me parecían una edad demasiado avanzada para ir a bailar a Harrison, sobre todo a esas horas de la noche.

Miré el papel donde había escrito "Kia". Debajo de las *eles*, escribí "Kyra", y recordé que la primera vez que le había oído decir su nombre había entendido "Kia". Debajo de "Kyra", escribí "Kito", titubeé un instante y luego añadí "Carla". Encerré todos estos nombres en un recuadro. Abajo escribí "Johanna", "Bridged" y "Jared". Las personas del *figodífico*. Personas que pretendían que yo bajara diecinueve y que bajara noventa y dos.

–Baja, Moisés, dirígete a la tierra prometida –dije a la casa vacía.

Miré alrededor. Sólo estábamos yo, Bunter y el reloj que movía la cola... Pero no.

"Cuando la casa te quiso, te llamó."

Me levanté a buscar otra cerveza. Los imanes de frutas y verduras estaban otra vez en círculo. En el centro, se leía:

descanse en paz

Como en algunas lápidas antiguas: "Que descanse en paz." Miré estas letras durante largo rato y luego recordé que la IBM seguía en la terraza. La entré, la puse en la mesa del comedor y empecé a escribir en mi nueva y estúpida novela. Quince minutos después, estaba en otro mundo, vagamente consciente de que resonaban truenos al otro lado del lago, vagamente consciente de que la campanilla de Bunter tintineaba de vez en cuando. Una hora más tarde, cuando fui a buscar otra cerveza al frigorífico, vi el siguiente mensaje en el interior del círculo:

slo descanse en paz

Apenas si le presté atención. En ese momento, no me importaba si descansaban en paz o bailaban a la luz de la luna plateada. John Shackelford había comenzado a recordar su pasado y al niño que lo había tenido como único amigo de la infancia. El pequeño y maltratado Ray Garraty.

Escribí hasta medianoche. Para entonces los truenos se habían desvanecido, pero el calor continuaba tan opresivo como una manta. Apagué la IBM y me fui a la cama pensando... que yo recuerde en nada en absoluto. Ni siquiera en Mattie tendida en su cama a pocos kilómetros de distancia. El acto de escribir había eclipsado todos los pensamientos del mundo real, por lo menos temporalmente. Al fin y al cabo, para eso sirve: para matar el tiempo.

CAPITULO 21

Caminaba hacia el norte por la Calle. Ésta estaba flanqueada por farolillos, pero apagados, porque era de día, un día radiante. La imagen brumosa y tiznada de mediados de julio había desaparecido; ahora el cielo tenía esa intensa tonalidad zafiro exclusiva del mes de octubre. Abajo, el lago había adquirido un azul más intenso y brillaba con destellos de sol. Los árboles ardían como antorchas con los colores del otoño. El viento sur soplaba las hojas a mi lado y entre mis piernas con rachas ruidosas y flagrantas. Los farolillos se sacudían, como si hicieran gestos afirmativos, aprobando la estación. Oía música procedente del norte. Sara y los Red-Tops. Sara cantaba a gritos y reía al mismo tiempo, como de costumbre... pero ¿cómo era posible que una risa se pareciera tanto a un rugido?

—Eh, chico blanco, yo nunca mataría a un hijo mío. ¿Cómo se te ocurre pensarlo siquiera?

Me volví, esperando verla a mi espalda, pero allí no había nadie. Bueno...

La Dama Verde estaba allí, aunque el otoño le había cambiado el vestido de hojas y se había convertido en la Dama Amarilla. La rama desnuda que estaba tras ella seguía señalando el camino: "Ve hacia el norte, joven, ve hacia el norte." Poco más allá había otro abedul, el mismo al que me había cogido cuando se había apoderado de mí la horrible sensación de que me ahogaba.

Esperé que la experiencia se repitiera —que mi boca y mi garganta se llenaran del sabor a hierro del lago—, pero no sucedió. Miré a la Dama Amarilla y detrás de ella a Sara Risa.

La casa estaba allí, pero en una versión reducida: no había ala norte, ni ala sur, ni segunda planta. Tampoco se veía el estudio de Jo a un costado. Ninguna de esas secciones había sido construida aún. La dama-abadul había viajado conmigo desde 1998; igual que el abedul que se arqueaba sobre el lago. De lo contrario...

— ¿Dónde estoy? —pregunté a la Dama Amarilla y a los farolillos. Entonces se me ocurrió una pregunta mejor—: ¿Cuándo estoy? —No hubo respuesta—. Es un sueño, ¿no? Estoy en la cama soñando.

En algún lugar del brillante lago, donde los destellos de oro dibujaban una red, chilló un somorgujo. Dos veces. Chilla una vez para sí, dos veces para no, pensé. No es un sueño, Michael. No sé exactamente qué es —quizá un viaje espiritual en el tiempo—, pero no es un sueño.

— ¿Esto está ocurriendo de verdad? —le pregunté al día y en algún sitio detrás de los árboles, donde un sendero que con el tiempo se conocería como el camino Cuarenta y dos cruzaba una carretera de tierra que con el tiempo se conocería como la carretera 68, chilló un cuervo. Sólo una vez.

Me acerqué al abedul que se proyectaba sobre el lago, rodeé el tronco con un brazo (al hacerlo evoqué vagamente el recuerdo de mis manos en la cintura de Mattie, la tela del vestido deslizándose sobre su piel) y miré el agua, deseando ver al niño ahogado y al mismo tiempo temiendo verlo. Allí no había ningún niño, pero había algo en el fondo, entre las rocas, las raíces y las algas. Agucé la vista y en ese preciso momento el viento amainó y el agua se quedó quieta. Era un bastón con puño de oro. Un bastón del Boston Post. Atadas a su alrededor en espiral, con los extremos ondulándose lentamente, había un par de cintas: cintas blancas con los bordes rojos. Al ver el bastón de Royce envuelto de ese modo recordé las fiestas de graduación del instituto y el bastón que lleva el maestro de ceremonias mientras conduce a los estudiantes con toga a sus asientos.

Ahora entendía por qué el viejo no había cogido el teléfono. Los días de ponerse al teléfono de Royce Merrill habían acabado. Lo supe, como supe que estaba en una época anterior al nacimiento de Royce. Sara Tidwell estaba allí, la oía cantar, y cuando Royce había nacido en 1903, hacía dos años que Sara y el clan de los Red-Tops se habían marchado.

—Baja, Moisés —le dije al bastón con cintas que estaba en el agua—. Debes ir a la Tierra Prometida.

Seguí andando en la dirección de la música, animado por el aire y por el viento frescos.

Ahora también oía voces, muchas voces hablando, gritando y riendo. Por encima de ellas se oía el grito ronco de unregonador de feria:

— ¡Vamos, amigos, daos prisa! ¡El próximo espectáculo comienza dentro de diez minutos! ¡Venid a ver a Angelina, la mujer-serpiente, veréis cómo baila, cómo se sacude, cautivará vuestros ojos y os robará el corazón, pero no os acerquéis demasiado porque su mordedura es venenosa! ¡Venid a contemplar a Hando, el niño con cara de perro, el terror de los Mares del Sur! ¡Venid a ver al esqueleto humano! ¡Venid a ver al monstruo de Gila, reliquia de un tiempo olvidado por Dios!

¡Venid a ver a la mujer barbuda y a los marcianos asesinos! ¡Todo está dentro, sí señores, así que daos prisa, daos prisa!

Oí el órgano de vapor de un tiovivo y el sonido de la campana del poste de la fuerza, donde un forzado seguramente acababa de ganar un muñeco para su amada. A juzgar por los gritos femeninos de alegría, le había dado con la fuerza suficiente para que la campana saltara del poste. Se oían los estampidos de rifles del 22 en la galería de tiro, el mugido de la vaca que habría ganado alguien... y ahora empezaba a oler los aromas que había asociado con las ferias del condado desde que era un niño: bollos fritos, cebollas y pimientos a la parrilla, algodón de azúcar, estiércol, heno. Cuando el rasgido de las guitarras y el sonido de los contrabajos se hizo más fuerte, comencé a andar más aprisa.

Mi corazón se aceleró. Iba a verlos actuar; iba a ver a Sara Risa y a los Red-Tops en vivo. Y no era un loco delirio febril en tres partes. Estaba ocurriendo de verdad, así que... deprisa, deprisa.

La casa de los Washburn (la que para la señora Meserve siempre sería la casa de los Bricker) no estaba. En el sitio donde estaría con el tiempo, en lo alto de la empinada cuesta que se alzaba al este de la Calle, había una escalera con anchos peldaños de madera. Me recordaron a los que conducían desde el parque de diversiones a la playa en Old Orchard. Aquí los farolillos estaban encendidos a pesar de la luz radiante del día y la música era más alta que nunca. Sara cantaba *Jimmy Crack Corn*.

Subí por la escalinata en dirección a las risas y los gritos, los sonidos de los Red-Tops y del órgano de vapor, los olores a comida frita y animales de granja. En lo alto de la escalera había un arco de madera con la inscripción:

BIENVENIDOS A LA FERIA DE FRYEBURG BIENVENIDOS AL SIGLO XX

Mientras miraba el cartel, un niño de pantalones cortos y una mujer vestida con una blusa y una falda de lino hasta los tobillos pasaron por debajo del arco en dirección a mí. Las figuras temblaron, se volvieron borrosas. Por un instante, vi sus esqueletos y las calaveras sonrientes detrás de las caras risueñas. Poco después habían desaparecido.

Dos granjeros –uno con sombrero de paja, el otro haciendo ademanes expansivos con una pipa hecha con una mazorca de maíz– aparecieron al otro lado del arco exactamente de la misma manera. Así fue como me di cuenta de que había una barrera entre la Calle y la feria. Sin embargo, pensé que esa barrera no me afectaría a mí. Yo era una excepción.

– ¿Es verdad? –pregunté–. ¿Puedo entrar?

La campanilla del poste de Pruebe su Fuerza sonó alta y clara. Una campanada para sí, dos para no. Seguí subiendo por la escalinata.

Ahora veía la noria girando contra el fondo radiante del cielo, la misma noria que aparecía en el fondo de la foto del libro de Osteen. La estructura era de metal, pero las góndolas de colores vivos estaban hechas de madera. Una senda cubierta de serrín conducía hacia allí como el pasillo de una iglesia al altar. El serrín estaba ahí por un motivo: a mi alrededor, casi todos los hombres masticaban tabaco.

Me detuve unos segundos en lo alto de la escalinata, todavía en el lado del arco que daba al lago. Tenía miedo de lo que pudiera ocurrirme si pasaba por debajo. Miedo de morir o desaparecer, sí; pero sobre todo de no poder regresar por donde había venido, de que me condenaran a pasar la eternidad como un visitante de la Feria de Fryeburg.

Ahora que lo pienso, la situación parecía escapada de un cuento de Ray Bradbury. Lo que finalmente me impulsó a cruzar al otro mundo fue Sara Tidwell. Tenía que verla con mis propios ojos. Tenía que oírla cantar.

Al cruzar el arco sentí un hormigueo y un susurro como el de un millón de voces muy lejanas. ¿Era un suspiro de alivio? ¿De tristeza? No lo sabía. Lo único que sabía con seguridad era que estar al otro lado era diferente: la diferencia que hay entre ver una cosa a través de la ventana y estar junto a ella; la diferencia entre observar y participar.

Los colores saltaban como atacantes en una emboscada. Los olores que me habían parecido dulces, evocativos y nostálgicos del lado del lago, al otro lado del arco eran vulgares y sexuales, prosa en lugar de poesía. Olía a salchichas, a carne y al penetrante e impreciso aroma del chocolate caliente. A mi lado pasaron un par de niños que compartían una bola de algodón de azúcar. Ambos llevaban saquitos hechos con pañuelos anudados para guardar las monedas.

– ¡Eh, niños! –les gritó un pregonero vestido con una camisa azul. Tenía jarreteras en las mangas y su sonrisa dejaba al descubierto un espléndido diente de oro–. ¡Derribad las botellas de leche y ganaréis un premio! ¡No ha habido un solo perdedor en todo el día!

Más arriba, los Red-Tops tocaban Blues de la pesca. El jovencito del parque de Castle Rock me había parecido bastante bueno, pero esta versión hacía que el chico pareciera viejo, lento e incompetente. No era graciosa, como una fotografía antigua de mujeres alzándose la falda hasta la rodilla y bailando una versión decorosa del cancán mostrando el fruncido de sus calzones. No era algo que Alan Lomax hubiera coleccionado con sus demás canciones de folk, una polvorienta mariposa más en un frasco lleno de ellas; esto era una obscenidad con la suficiente gracia para que no metieran a sus autores en la cárcel. Sara Tidwell cantaba una canción grosera, y yo pensé que todos los granjeros con monos, sombreros de paja y manos encallecidas que la miraban mientras mascaban tabaco soñarían en bailar con ella, en ir directamente allí donde se forma el sudor, el calor arde y la pulpa rosada asoma, resplandeciente.

Eché a andar en esa dirección consciente de los mugidos de las vacas y los berridos de las ovejas en los corrales de exposición de ganado. Pasé junto a la galería de tiro, el puesto donde se ensartaban aros y el pozo de los deseos; pasé junto a un escenario donde las ayudantes de Angelina interpretaban una danza lenta y sinuosa con las manos juntas, mientras un hombre con turbante y la cara pintada con betún tocaba la flauta. El cuadro pintado sobre una lona sugería que Angelina –a quien sólo podía verse en el interior, previo pago de diez centavos, vecino– haría que esas dos mujeres parecieran botas viejas. Pasé junto a la entrada de la Barraca de los Monstruos, y junto a la Casa Encantada, donde otro cuadro pintado en una lona mostraba a unos fantasmas escapando por ventanas rotas y chimeneas semiderruidas. Ahí dentro todo es muerte, pensé, pero desde el interior se oían voces de niños que estaban muy vivos y reían y gritaban cuando se chocaban con objetos en la oscuridad. Sin duda, los mayores estarían robando besos. Pasé junto al poste de Prueba su Fuerza, donde los grados que conducían a la campanilla de latón de la parte superior estaban marcados con las inscripciones: EL PEQUEÑO QUIERE SU BIBERÓN, COBARDICA, INTÉNTALO OTRA VEZ, CHICO DURO, FORZUDO, y justo debajo de la campana, en letras rojas: ¡HÉRCULES! En el centro de un pequeño grupo de personas, un joven pelirrojo se quitó la camisa, dejando al descubierto su torso musculoso. Un hombre que fumaba un cigarro le entregó un martillo. Pasé junto a la caseta donde se cosían colchas, junto a un pabellón donde se jugaba al bingo y junto al puesto de lanzamiento de béisbol. Pasé junto a todos ellos y apenas si los miré. Estaba más allá de los límites de la realidad, en trance.

–Tendrás que volver a llamarlo –le decía Jo a veces a Harold cuando éste me telefoneaba–, en estos momentos Michael está en el Reino de la Ficción.

Sin embargo, ahora nada me parecía ficticio y lo único que me interesaba era el escenario montado bajo la noria. En él había ocho negros, tal vez diez. Delante de ellos, sacudiendo la guitarra mientras cantaba, estaba Sara Tidwell. Estaba viva y en su mejor momento. Echó la cabeza atrás y le rió al cielo de octubre. Un grito a mi espalda me despertó de esta ensoñación:

– ¡Mike, espera! ¡Espera!

Me volví y vi a Kyra corriendo a mi encuentro abriéndose paso entre los paseantes, los jugadores y los vendedores ambulantes. Llevaba un vestido marinero blanco con ribetes rojos y un sombrero de paja con una cinta de color azul marino. En una mano tenía a Strickland, y cuando llegó a mi lado se arrojó a mis brazos, sabiendo que la cogería y le daría una vuelta en el aire. Lo hice, y cuando su sombrero se resbaló, lo atajé y volví a ponérselo en la cabeza.

–Me he comido mi hamburguesa –dijo con una risita. –Muy bien –respondí.

Yo llevaba un mono de granjero (la punta de un desteñido pañuelo azul asomaba por el bolsillo de la pechera) y botas manchadas de estiércol. Miré los calcetines blancos de Kyra y vi que estaban hechos a mano. No encontraría una discreta etiqueta de "made in Mexico" o "made in China" si le quitaba el sombrero de paja y miraba en el interior. Sin duda el sombrero había sido fabricado en Motton por la mujer de un granjero, una mujer con manos rojas y articulaciones doloridas.

– ¿Dónde está Mattie, Ki?

–Supongo que en casa. No ha podido venir. – ¿Cómo has llegado aquí?

–Por las escaleras. Es una escalera muy larga. Deberías haberme esperado. Deberías haberme rescatado, como antes. Quiero oír la música.

–Yo también. ¿Sabes quién es ésa, Kyra?

–Sí –respondió ella– la mamá de Kito. ¡Date prisa, tortuga! Caminé hacia el escenario, pensando que tendríamos que ubicarnos detrás de la multitud, pero la gente se apartaba a nuestro paso. Yo

llevaba a Kyra en brazos y disfrutaba con el agradable, glorioso peso de esa niña con vestidito marinero y sombrero de paja adornado con un lazo. Ella me rodeaba el cuello con un brazo y la gente se apartaba para dejarnos paso, igual que el mar Rojo se había abierto para dejar paso a Moisés.

Pero nadie se volvía a mirarnos. La gente hacía palmas, zapateaba y gritaba al ritmo de la música, totalmente abstraída. Se apartaban sin saberlo, como si allí hubiera en marcha una especie de magnetismo: el nuestro positivo, el de ellos negativo. Las pocas mujeres que había entre la multitud tenían las mejillas cubiertas de rubor, pero era evidente que se lo estaban pasando en grande; una de ellas reía con tanta fuerza que se le saltaban las lágrimas. Debía de tener veintidós o veintitrés años. Kyra la señaló y dijo con seguridad:

– ¿Conoces a la jefa de Mattie en la biblioteca? Ésa es su abuela. La abuela de Lindy Briggs, y fresca como una rosa, pensé, Dios santo.

Los Red-Tops estaban en el escenario, iluminados por focos rojos, blancos y azules, como una banda de rock que hubiera viajado en el tiempo. Los reconocí a todos por la fotografía del libro de Edward Osteen. Los hombres llevaban camisetas blancas, chalecos y pantalones oscuros. Son Tidwell, situado al fondo del escenario, tenía el mismo sombrero que en la fotografía. Pero Sara...

– ¿Por qué esa señora lleva el vestido de Mattie? –preguntó Kyra y se echó a temblar.

–No lo sé, bonita. No puedo decírtelo.

Tampoco podía negárselo, pues sin ninguna duda era el vestido blanco sin mangas que Mattie tenía puesto en el parque. En el escenario, los miembros de la banda habían hecho un descanso para fumar un cigarrillo. Reginald Son Tidwell se dirigió a Sara (sus manos eran una mancha oscura sobre las cuerdas y los trastes de la guitarra) y ella se volvió a mirarlo. Unieron sus frentes –ella riendo y él solemne–, se miraron a los ojos y cada uno de ellos trató de gritar más que el otro, mientras la multitud vitoreaba y aplaudía y el resto de los Red-Tops reía. Al verlos de esa manera, comprendí que yo había acertado: eran hermanos. El parecido era demasiado grande para pasarlo por alto.

Pero lo que más llamaba mi atención era la forma en que las caderas y el trasero de Sara se movían bajo el vestido blanco. Kyra y yo estábamos vestidos a la moda de principios de siglo, pero Sara llevaba ropa moderna. Ni calzones, ni enaguas, ni calcetines de algodón. Nadie parecía notar que tenía puesto un vestido que no le llegaba a las rodillas, cosa que para los criterios de la época era como ir desnuda. Y bajo el vestido de Mattie, sin duda tendría prendas que ninguno de los presentes habría visto en su vida: un sostén de lycra y una tanga de nailon. Si la cogía por la cintura, el vestido no se deslizaría sobre un incómodo corsé, sino sobre la suave piel desnuda. Piel morena, no blanca. "¿Qué quieres, cielo?"

Sara se apartó de Son, sacudiendo el trasero libre de fajas o calzones y riendo. Él volvió a su sitio y ella se giró hacia la multitud mientras la banda tocaba el estribillo. Sara cantó los versos siguientes mirándome a mí.

Antes de empezar a pescar, comprueba tu sedal.

Antes de empezar a pescar, comprueba tu sedal.

Yo tiraré del tuyo, cariño, y tú tirarás del mío.

La multitud reía a carcajadas. Kyra temblaba en mis brazos, con más fuerza que nunca.

–Tengo miedo, Mike–dijo–. No me gusta esa mujer. Es mala. Le ha robado el vestido a Mattie. Quiero volver a casa.

Fue como si Sara la hubiera oído a pesar del sonido estridente y rítmico de la música.

Echó la cabeza atrás, abrió la boca y rió al cielo. Sus dientes eran grandes y amarillos.

Parecían los dientes de un animal hambriento, y pensé que Kyra tenía razón: esa mujer daba miedo.

–De acuerdo, cariño –murmuré al oído de Ki–. Nos vamos. Pero antes de que pudiera moverme la fuerza de esa mujer –no sé de qué otra forma describirlo– cayó sobre mí y me retuvo. Ahora sabía quién era la que había pasado junto a mí en la cocina y había esparcido las letras de CARLADEAN; el frío era el mismo. Era como identificar a una persona por el sonido de sus pasos.

El estribillo terminó y Sara comenzó otra estrofa. Sin embargo, no era una estrofa que pudiera encontrarse en ninguna versión escrita de la canción:

No le haré daño, cariño, ni por todo el oro del mundo.

Yo no haría daño a tu niña, ni por diamantes ni por perlas.

Sólo un cabrón con el corazón negro se atrevería a tocar a esa pequeña.

La multitud rió como si esto fuera lo más gracioso que hubiera oído en su vida, pero Kyra se echó a llorar. Sara la vio, sacó pecho –unos pechos mucho más grandes que los de Mattie– y se meneó, al tiempo que soltaba la carcajada que era su marca de fábrica.

Había una frialdad paródica en ese gesto... y también vacío, Tristeza. Sin embargo, yo era incapaz de compadecerme de ella. Era como si su corazón se hubiera consumido, como si la tristeza que quedaba fuera sólo otro fantasma, el recuerdo de un amor embrujado, los huesos del odio.

Y qué lasciva era su risa.

Sara levantó los brazos por encima de la cabeza y esta vez sacudió todo el cuerpo, como si hubiera leído mis pensamientos y se riera de ellos. Se movía como gelatina en un plato, para decirlo en las palabras de otra canción de la época. Su sombra tembló en la lona de fondo –que era un cuadro de Fryeburg– y mientras la miraba comprendí que había encontrado la Forma de mis sueños de Manderley. Era Sara. Sara era y siempre había sido la Forma.

"No, Mike. Te aproximas, pero no es exactamente así." Equivocado o no, ya había tenido suficiente. Me volví y puse una mano en la nuca de Ki para obligarla a mirar hacia mi pecho. La niña ahora me rodeaba el cuello con los dos brazos y apretaba con miedo.

Pensé que tendría que empujar para abrirme paso entre la gente. Me habían dejado entrar con facilidad, pero quizá no fueran tan amables a la hora de salir. No jodáis conmigo, tíos, pensé. No os conviene.

Y no lo hicieron. En el escenario, Son Tidwell y la banda cambiaron sus acordes de mi a sol, alguien comenzó a tocar un tamboril y Sara pasó del Blues de la pesca a Perros y gatos sin pausa alguna. Delante y debajo del escenario, la multitud comenzó a abrirnos paso a la niña y a mí sin dejar de hacer palmas con sus manos hinchadas. Un joven con una mancha oscura en un lado de la cara abrió la boca–tendría veinte años y ya le faltaba la mitad de la dentadura– y gritó "¡Iujuuu!" enseñando una pasta de tabaco. Advertí que era Buddy Jellison, del Village Cafe... Por arte de magia, Buddy había pasado de los sesenta y ocho a los veinte. Entonces noté que su pelo era castaño claro en lugar de negro (aunque se aproximaba a los setenta y los aparentaba en todos los demás aspectos, Buddy no tenía ni una sola cana). Debía de ser su abuelo, o acaso su bisabuelo. Me daba igual una cosa que otra; yo sólo quería salir de allí.

–Permiso –dije al pasar por su lado.

– ¡Aquí no hay un borracho del pueblo, hijo de puta entrometido! –dijo sin mirarme y sin dejar de batir palmas–. Todos nos turnamos.

Al fin y al cabo es un sueño, pensé. Es un sueño y esto lo demuestra.

Pero el olor a tabaco de su aliento no era un sueño, el olor de la multitud no era un sueño y el peso de la niña asustada en mis brazos no era un sueño. Mi camisa estaba caliente y húmeda en el sitio donde Ki apoyaba la cabeza. La pequeña lloraba.

– ¡Eh, irlandés! –gritó Sara desde el escenario, y su voz era tan parecida a la de Jo que sentí deseos de gritar.

Quería que me volviera –sentía su voluntad como dedos en mis mejillas–, pero yo no lo haría.

Sorteé a tres granjeros que se pasaban una botella de cerámica y salí de entre la multitud. Allí estaba el camino central, ancho como la Quinta Avenida, y al final el arco, las escaleras, la Calle, el lago. Mi casa. Estaba seguro de que si conseguía llegar a la Calle estaríamos a salvo.

– ¡Casi lo has conseguido, irlandés! –gritó Sara a mi espalda. Parecía enfadada, pero no lo suficiente para dejar de reír–. Tendrás lo que quieres, cielo, toda la tranquilidad que necesitas, pero antes has de dejarme terminar lo que he empezado. ¿Me oyes, chico? ¡Hazte a un lado!

¡Obedéceme!

Regresé sobre mis pasos a toda prisa, acariciando la cabeza de Ki, que todavía tenía la cara apretada contra mi camisa. Se le cayó el sombrero, y cuando quise cogerlo sólo conseguí pillar la cinta, que se desprendió del ala. Daba igual. Teníamos que salir de allí. A nuestra izquierda estaba el puesto de lanzamiento de béisbol y un crío gritaba:

“¡Willy la lanzó al otro lado de la valla! ¡Willy la lanzó al otro lado de la valla!” con monótona, insoportable regularidad. Pasamos junto al bingo, donde una mujer gritó que había ganado el pavo,

vaya suerte, todos los números estaban tapados con botones y había ganado el pavo. En el cielo, el sol se ocultó tras una nube y el día se nubló.

Nuestras sombras desaparecieron. El arco que estaba al final del camino central se acercaba con exasperante lentitud.

– ¿Ya estamos en casa? –gimió Ki–. Quiero ir a casa. Por favor, Mike, llévame a casa.

–Lo haré –respondí–. Todo irá bien.

Pasamos junto al poste de Pruebe su Fuerza, donde el joven pelirrojo volvía a ponerse la camisa. Me miró con un desprecio tangible –la desconfianza natural de un nativo hacia un intruso, tal vez– y también lo reconocí. Tendría un nieto llamado Dickie a finales del siglo en cuyo honor se celebraba esta feria, sería propietario de un taller mecánico en la carretera 68.

Una mujer salió del tenderete de las colchas y me señaló. Al mismo tiempo, levantó el labio superior como un perro que gruñe. También conocía esa cara. ¿De dónde? De algún lugar del pueblo. No importaba; no quería saberlo.

–No deberíamos haber venido –gimió Ki.

–Sé cómo te sientes –respondí–. Pero no hemos tenido elección. Nosotros...

Salieron de la Barraca de los Monstruos, que estaba unos veinte metros más adelante.

Los vi y me detuve. En total eran siete hombres vestidos como leñadores que caminaban con grandes zancadas, pero cuatro de ellos no contaban; cuatro de ellos parecían descoloridos, blancos, fantasmales. Eran hombres enfermos, quizá muertos, y no más peligrosos que daguerrotipos. Sin embargo, los otros tres eran reales. Tan reales al menos como el resto de ese sitio. El cabecilla, un viejo con una gorra azul del ejército de la Unión, me miró con unos ojos que reconocí. Unos ojos que me habían escrutado por encima de una mascarilla de oxígeno manchada de moco.

– ¿Mike? ¿Por qué paramos?

–Tranquila, Ki. Mantén la cabeza gacha. Esto es un sueño. Mañana despertarás en tu cama.

–Kay.

Los hombres se cruzaron en el camino, codo con codo y bota con bota, cerrándonos el paso hacia el arco y la Calle. El viejo Gorra Azul estaba en el centro. Los demás eran más jóvenes, quizá por medio siglo. Dos de los individuos más pálidos, los que casi no existían, estaban uno junto a otro a la derecha del viejo y me pregunté si conseguiría abrirme paso entre ellos. Al fin y al cabo, no eran más sólidos que la criatura que había dado golpes en las paredes del sótano... pero ¿y si me equivocaba?

–Entrégamela, hijo –dijo el viejo con voz seca e implacable. Tendió los brazos. Era Max Devore, que había regresado e incluso muerto reclamaba la custodia. Sin embargo, no era él. Yo sabía que no lo era. Sus facciones eran ligeramente distintas; las mejillas más hundidas, los ojos de un azul más intenso.

– ¿Dónde estoy? –le grité, y en la puerta de la caseta de Angelina, el hombre del turbante (acaso un hindú de Sandusky, Ohio) dejó la flauta y nos miró. Las mujeres serpiente dejaron de bailar, se arrimaron unas a otras, enlazaron los brazos y también nos miraron–. ¿Dónde estoy, Devore? Si nuestros bisabuelos cagaban en el mismo pozo, ¿dónde estoy entonces?

–No estoy aquí para responder preguntas. Entrégame a la niña.

–Yo la cogeré, Jared –dijo uno de los hombres jóvenes, uno de los que de verdad estaban allí.

Miró a Devore con una expresión servil que me dio náuseas, sobre todo porque yo sabía quién era: el padre de Bill Dean. El hombre que acabaría siendo uno de los ancianos más respetados del pueblo prácticamente lamía las botas de Devore.

"No pienses mal de él –susurró Jo–. No pienses mal de ninguno de ellos. Eran muy jóvenes."

–Tú no tendrás que hacer nada –dijo Devore con irritación, y Fred Dean pareció desolado–. Me la entregará voluntariamente. Y si no lo hace, se la arrebataremos.

Miré al hombre que estaba en el extremo izquierdo, el tercero de los que parecían reales.

¿Era yo? No se parecía a mí. Algo en su cara me resultaba familiar, pero...

–Entrégala, irlandés –dijo Devore–. Es tu última oportunidad.

–No.

Devore asintió, como si eso fuera exactamente lo que esperaba. —Entonces la cogeremos nosotros. Esto tiene que acabar. Vamos, muchachos.

Echaron a andar hacia mí y caí en la cuenta de que el hombre del extremo —que llevaba botas manchadas de barro y pantalones de leñador— se parecía a Kenny Auster, el dueño del perro que era capaz de comer tarta hasta reventar. Kenny Auster, cuyo hermano había muerto ahogado bajo la bomba de agua.

Miré a mi espalda. Los Red-Tops seguían tocando, Sara seguía riendo, contoneando las caderas y agitando las manos al cielo, y la multitud continuaba arremolinada en el extremo este del camino. De todos modos, no podía ir por allí. Si lo hacía, acabaría criando a la niña en los primeros años del siglo, tratando de ganarme la vida escribiendo novelitas baratas, literatura de cordel. Puede que eso no fuera tan malo, pero a varios kilómetros y años de allí había una mujer solitaria que la echaría de menos. Que nos echaría de menos a los dos.

Volví a girarme y vi que los matones estaban muy cerca. Algunos eran más tangibles que otros, más vitales, pero todos estaban muertos. Todos condenados. Miré al rubio entre cuyos descendientes estaría Kenny Auster y le pregunté.

— ¿Qué habéis hecho? Por el amor de Dios, ¿qué habéis hecho todos vosotros?

El hombre tendió las manos.

—Entrégala, irlandés. Es lo único que tienes que hacer. Tú y la mujer podréis tener otros hijos. Todos los que queráis. Ella es joven; le saldrán como semillas de sandía.

Yo estaba hipnotizado y nos hubieran cogido de no ser por Kyra.

— ¿Qué pasa? —gritó la niña contra mi camisa—. ¡Algo apesta! ¡Algo huele muy mal! ¡Ay, Mike! ¡Haz que pare!

Entonces yo también lo oí. Era el olor a carne corrompida y a vahos de los pantanos. A tejidos desgarrados y tripas hirviendo. Devore era el más vivo de todos, y generaba el mismo y poderoso magnetismo que su bisnieto, pero estaba tan muerto como los demás. Cuando se acercó lo suficiente, vi gusanos en sus fosas nasales y alrededor de sus ojos. Aquí abajo todo está muerto, pensé. ¿No me lo había dicho mi mujer?

Tendieron sus siniestras manos; primero para tocar a Ki, luego para cogerla. Retrocedí un paso, miré a mi derecha y vi más fantasmas; algunos saliendo de ventanas rotas, otros de chimeneas de ladrillo rojo. Con Kyra en brazos corrí hacia la Casa Encantada.

— ¡Cogedlo! —gritó Jared Devore, sorprendido—. ¡Cogedlo, muchachos! ¡Coged a ese tipo! ¡Maldita sea!

Subí corriendo los peldaños de madera, vagamente consciente de que algo suave me rozaba la mejilla. Era el perrito de peluche de Ki, que la niña todavía sujetaba en una mano. Quería mirar atrás para comprobar si se acercaban, pero no me atrevía. Si tropezaba...

— ¡Eh! —gritó la mujer de la taquilla. Tenía una nube de cabello rojo, una capa de maquillaje que parecía aplicada con una carretilla y afortunadamente no se parecía a nadie que yo conociera. No era más que una trabajadora de la feria que estaba de paso por ese maldito lugar. Por suerte para ella—. ¡Eh, señor! ¡Tiene que pagar la entrada!

—No tengo tiempo, señora, no tengo tiempo.

— ¡Detenedlo! —gritó Devore—. ¡Es un maldito ladrón! ¡La niña que lleva no es suya!

¡Detenedlo!

Pero nadie lo hizo y yo me adentré en la oscuridad de la Casa Encantada con Ki en brazos.

Al otro lado de la entrada había un pasillo tan estrecho que tuve que ponerme de lado para pasar. Unos ojos fosforescentes destellaron en la oscuridad. Más adelante se oía un crujido cada vez más fuerte, el sonido de un objeto de madera sujeto con cadenas. A mi espalda se oía el tronido de los pasos de botas de leñador en los peldaños de la entrada. La pelirroja ahora les gritaba a ellos, les decía que si rompían algo en el interior tendrían que pagar por ello.

— ¡Escuchad, patanes! —gritó—. ¡Este sitio es para niños, no para grandullones como vosotros!

El sonido estaba delante de nosotros, a pocos pasos. Algo giraba, pero al principio no supe de qué se trataba.

— ¡Bájame, Mike! —Kyra parecía súbitamente entusiasmada—. ¡Quiero ir andando!

La dejé en el suelo y miré con nerviosismo por encima del hombro. Los hombres tapaban la luz del exterior mientras chocaban unos con otros en la puerta.

– ¡Idiotas! –gritó Devore–. ¡No podréis pasar todos a la vez! ¡Jesús santo!

Se oyó un chasquido y alguien gritó. Miré al frente justo a tiempo para ver que Kyra cruzaba el barril rodante con los brazos extendidos a los lados para mantener el equilibrio. Por extraño que pareciera, reía.

La seguí, llegué al centro y luego caí con un ruido seco. – ¡Ups! –gritó Kyra desde el otro lado y volvió a reír cuando traté de incorporarme, caí otra vez y di una vuelta completa cogido al barril.

El pañuelo cayó del bolsillo de la pechera de mi mono y una bolsa de caramelos de otro.

Miré atrás, para comprobar si los hombres se habían organizado para entrar y me seguían, pero cuando lo hice, el barril me dio otra vuelta completa. Me sentía como la ropa en la secadora.

Fui gateando hasta el extremo del barril, me levanté, cogí la mano de Ki y permití que me condujera a lo más profundo de la Casa Encantada. Habíamos recorrido apenas diez pasos cuando el vestido blanco se acampanó alrededor de ella, como un lirio al abrirse, y la niña gritó. Un animal –algo que sonaba como un felino enorme– siseó. Mi sangre se llenó de adrenalina y estaba a punto de tirar de Ki y cogerla otra vez en brazos, cuando el siseo se repitió. Sentí una racha de aire frío en los tobillos y el vestido de Ki volvió a acampanarse alrededor de sus piernas. Esta vez rió en lugar de gritar.

–Vamos, Ki –susurré–. Deprisa.

Continuamos avanzando, dejando atrás el surtidor de vapor. Pasamos por un pasillo con espejos donde primero nos reflejamos como enanos en cuclillas y luego como delgados hectomorfos con largos rasgos de vampiro. Tuve que volver a meter prisa a Kyra, que quería hacer muecas ante el espejo. A mi espalda, oí los juramentos de los hombres que trataban de cruzar el barril. También oí maldecir a Devore, que ya no parecía tan... bueno, tan... distinguido. Nos arrojamos por un palo enjabonado y aterrizamos sobre un enorme almohadón de lona. Éste produjo un ruido similar a un pedo cuando caímos, y Ki rió hasta que se le saltaron las lágrimas, rodando y pataleando de alegría.

La cogí por las axilas y la levanté. Al parecer, ya no tenía miedo.

Pasamos por otro pasillo estrecho que olía al pino fragante con el que había sido construido. Detrás de una de estas paredes, dos fantasmas hacían resonar sus cadenas tan mecánicamente como los obreros en la línea de montaje de una fábrica de zapatos, mientras discutían adónde llevarían a sus chicas esa noche. Ya no oía a nadie a nuestras espaldas. Kyra me guiaba con confianza tirando con su pequeña mano de una de las mías. Cuando llegamos junto a una puerta pintada con un dibujo de llamas y la inscripción ENTRADA AL INFIERNO, Kyra la empujó sin vacilar. El techo era de mica roja, imitando un cielo crepuscular e irradiando un resplandor rosado que a mí me pareció demasiado agradable para el infierno.

Continuamos avanzando durante un buen rato, hasta que yo advertí que ya no oía el órgano de vapor ni la vigorosa campanada del poste de Pruebe su Fuerza, ni a Sara y los Red-Tops. No me sorprendió, pues debíamos de haber recorrido unos cuatrocientos metros. ¿Cómo era posible que la Casa Encantada de una feria fuera tan grande?

Por fin llegamos junto a tres puertas: una a la izquierda, una a la derecha y una en el centro. En una de ellas había pintado un pequeño triciclo rojo. En la puerta de enfrente estaba mi máquina de escribir IBM. El dibujo de la puerta del fondo parecía más viejo, descolorido y borroso: era el trineo de un niño. Es el trineo de Scooter Larribee, pensé. El que le robó Devore. Se me puso la carne de gallina.

–Muy bien –dijo Kyra con alegría–, aquí están nuestros juguetes. –Levantó a Strickland, tal vez para que viera el triciclo rojo. –Sí –respondí–. Supongo que sí.

–Gracias por rescatarme –dijo–. Esos hombres daban miedo, pero la casa de los fantasmas era divertida. Buenas noches. Stricken también dice buenas noches.

El "también" sonó exótico nuevamente, como el término vietnamita para expresar una dicha sublime.

Antes de que yo pudiera decir otra palabra, Kyra abrió la puerta del triciclo y la cruzó.

Cuando se cerró a su espalda, vi que la cinta de su sombrero asomaba por el bolsillo de la pechera de mi mono de granjero. La miré un instante y luego así el pomo de la puerta por la que acababa de salir la niña. No giraba, y cuando golpeé la madera, fue como golpear un metal asombrosamente

grueso y duro. Di un paso atrás y ladeé la cabeza en la dirección por la que habíamos venido. No había nada. Silencio total.

Éste es un tiempo intermedio, pensé. A esto se refiere la gente cuando habla de "deslizarse por las grietas del tiempo". Éste es el sitio donde van.

"Será mejor que sigas –me dijo Jo–. Si no quieres quedarte atrapado aquí, tal vez para siempre, será mejor que sigas." Probé el pomo de la puerta donde estaba pintada la máquina de escribir y giró con facilidad. Al otro lado había otro pasillo estrecho, más paredes de madera con el olor dulzón del pino. No quería entrar allí porque me recordaba a un ataúd largo, pero no podía hacer otra cosa, no había otro sitio donde ir.

Entré y la puerta se cerró a mi espalda.

Dios, pensé, estoy en la oscuridad, en un sitio cerrado... Es la hora de uno de los mundialmente famosos ataques de pánico de Michael Noonan.

Pero ningún silicio apretó mi pecho, y aunque mi ritmo cardíaco era rápido y todavía sentía la adrenalina en mis músculos, mantenía el control. Además, me di cuenta de que no estaba del todo oscuro. Veía muy poco, pero lo suficiente para distinguir las paredes y el suelo de madera.

Enrollé la cinta del sombrero de Ki alrededor de mi muñeca y metí el extremo debajo para que no se soltara. Luego empecé a avanzar. Caminé durante largo rato siguiendo las curvas aparentemente caprichosas del pasillo. Me sentía como un microbio deslizándose por un intestino. Por fin llegué junto a un par de puertas arqueadas de madera. Me detuve, preguntándome cuál sería la mejor elección, hasta que oí la campanilla de Bunter al otro lado de la puerta de la izquierda. Tomé esa dirección, y mientras caminaba el sonido de la campanilla se hizo gradualmente más alto. En cierto momento, un trueno se sumó a él. El frío otoñal había desaparecido del aire y otra vez hacía un calor sofocante. Miré hacia abajo y descubrí que el mono de granjero y los zapatos rústicos habían desaparecido. Llevaba ropa interior térmica y calcetines ásperos.

En dos ocasiones más tuve que escoger una salida, y en cada una de ellas opté por la abertura por donde se oía la campanilla de Bunter. Cuando estaba delante del segundo par de puertas, oí una voz en la oscuridad que dijo con claridad:

–No, la mujer del presidente no fue atropellada. Lo que tiene en las medias es la sangre de él.

Seguí andando y me detuve cuando me di cuenta de que los pies y los tobillos ya no me picaban, de que mis muslos ya no sudaban dentro de los calzoncillos largos. Ahora llevaba los calzoncillos cortos con los que solía dormir. Alcé la vista y descubrí que estaba en el salón de mi casa, sorteando los muebles con cuidado como uno hace cuando camina en la oscuridad y quiere evitar golpearse los dedos de los pies. Ya veía un poco mejor; una tenue luz lechosa se filtraba por las ventanas. Llegué a la barra que separaba el salón de la cocina y miré por encima de ella al gato reloj que movía la cola. Eran las cinco y cinco.

Fui hasta el fregadero, abrí el grifo, y cuando estiré el brazo para coger un vaso vi que todavía llevaba la cinta del sombrero de Ki en la muñeca. La desenrollé y la dejé sobre el mármol, entre la cafetera y el televisor portátil. Luego llené un vaso de agua, la bebí, y caminé con cuidado por el pasillo que conducía al ala norte, guiándome por el pálido resplandor de la luz de noche del baño. Hice pis y entré en el dormitorio.

Las sábanas estaban arrugadas, pero no parecía que allí hubiera habido una orgía, como en la mañana posterior a mi sueño con Sara, Mattie y Jo. ¿Por qué iba a tener ese aspecto? Al fin y al cabo, me había levantado y había dado un pequeño paseo de sonámbulo. Había tenido un sueño extremadamente vívido sobre la Feria de Fryeburg.

Pero no había sido un sueño, y lo supe no sólo porque todavía tenía el lazo azul del sombrero de Ki, sino también porque no sentía lo que suele sentir uno al despertar de un sueño, cuando todo lo que parecía posible se convierte de inmediato en ridículo y todos los colores –los brillantes y los ominosos– se desvanecen en el acto. Me llevé las manos a la cara, me cubrí la nariz con ellas y respiré hondo. Pino. Cuando las miré, incluso vi una pequeña mancha de savia en un dedo.

Me senté en la cama, pensé en grabar lo sucedido en el dictáfono, pero dejé caer la cabeza sobre la almohada. Estaba demasiado cansado. Se oían truenos. Cerré los ojos y cuando comenzaba a sumirme en el sueño, un grito quebró la quietud de la casa. Fue un sonido tan cortante como el cuello de una botella rota. Me senté con las manos en el pecho.

Era Jo. Nunca la había oído gritar así en toda nuestra vida en común, pero de todos modos sabía que era ella.

– ¡No le hagas daño! –grité a la oscuridad– ¡Seas quien seas, no le hagas daño!

Jo volvió a gritar, como si una criatura con un cuchillo, una barra de hierro o un atizador al rojo sintiera un placer perverso al desobedecerme. Esta vez el grito pareció más lejano, y el tercero, tan angustioso como los otros dos, más lejano aún. Se estaban desvaneciendo igual que el llanto del niño.

Un cuarto grito flotó en la oscuridad y luego el silencio descendió sobre Sara. La casa respiraba a mí alrededor, viva en el calor, consciente en medio del tenue sonido de los truenos de la madrugada.

CAPITULO 22

Por fin conseguí entrar en trance, pero de todos modos no pude hacer nada. Siempre tengo un bloc a mano para tomar notas –listas de personajes, referencias de páginas, cronologías– y garabateé en él un rato, pero el folio de la IBM seguía en blanco. No tenía el corazón desbocado, ni latidos en los ojos ni dificultades para respirar –en otras palabras, no era un ataque de pánico–, pero tampoco había historia. Andy Drake, John Shackleford, Ray Garraty y la hermosa Regina Whiting me daban la espalda y se negaban a hablar o a moverse. El manuscrito estaba en el sitio de siempre, a la izquierda de la máquina de escribir, y encima de él había un bonito pisapapeles de cuarzo que me había encontrado en el camino, pero no pasaba nada. Nada.

Advertí que la situación encerraba una ironía, quizá incluso una moraleja. Durante años había huido de los problemas del mundo real, escapando a distintos territorios de mi imaginación. Ahora el mundo real se había poblado de malezas y en algunas de ellas había criaturas con dientes; ya no podía entrar en el armario. "Kyra", había escrito encerrando su nombre en una forma ondulante que pretendía ser una col. Debajo había dibujado una rodaja de pan con una boina garabateada encima. La idea de Noonan de una torrija. Las letras "L. B." rodeadas de volutas. Una camiseta con un rudimentario pato estampado. Debajo había escrito "CUAC, CUAC". Más abajo: "Tengo que irme. Buen viaje."

En otro lugar de la página había escrito "Dean", "Auster" y "Devore". Ésos eran los hombres que en el sueño me habían parecido más reales, más peligrosos... ¿Por qué tenían descendientes? Pero los siete debían de tenerlos, ¿no? En aquellos tiempos casi todas las familias eran muy prolíficas. ¿Y dónde estaba yo? Lo había preguntado, pero Devore se había negado a responder.

A las nueve y media de esa bochornosa mañana de domingo el sueño todavía no me parecía un sueño. ¿Qué había sido entonces? ¿Una alucinación? ¿Un viaje en el tiempo?

Y si ese viaje tenía un propósito, ¿cuál era? ¿Cuál era el mensaje y quién quería transmitirlo? Recordaba con claridad lo que había dicho antes de despertar del sueño en el que había caminado sonámbulo hasta el estudio de Jo para coger la máquina de escribir: "No creo en esas mentiras." Y ahora tampoco creería. Hasta que pudiera desvelar al menos una parte de la verdad, sería más seguro no creer en nada en absoluto.

En la parte superior de la hoja donde garabateaba, escribí la palabra "¡Peligro!" con trazos gruesos y la rodeé con un círculo. Desde el círculo tracé una flecha hasta el nombre de Kyra. Desde este nombre tracé otra flecha hasta "Tengo que irme. Buen viaje". Y añadí "MATTIE".

Debajo del pan con la boina dibujé un pequeño teléfono. Encima de él puse un bocadillo de viñeta y escribí "Rinnggg". Cuando terminé, sonó el teléfono inalámbrico, que estaba en la barandilla de la terraza. Rodeé la palabra "MATTIE" con un círculo y cogí el teléfono.

– ¿Mike? –parecía emocionada, feliz, aliviada.

–Sí –dije–. ¿Cómo estás?

– ¡Estupendamente! –respondió ella y yo tracé un círculo alrededor de las letras "L. B." de mi bloc.

–Lindy Briggs me llamó hace diez minutos, acabo de terminar de hablar con ella. ¡Mike, quiere que me reincorpore al trabajo! ¿No es maravilloso?

Claro. Una maravillosa manera de retenerla en el pueblo.

Taché la frase "Tengo que irme. Buen viaje", sabiendo que Mattie no se marcharía. ¿Y cómo iba a pedírselo? Una vez más pensé: Si sólo supiera algo más...

– ¿Mike? ¿Estás...?

–Es estupendo –dije. En mi imaginación la veía de pie en la cocina, enrollando el cable del teléfono entre los dedos, con las piernas largas y esbeltas bajo los pantalones cortos de tela tejana.

También vi la camiseta que llevaba, blanca con un pato amarillo en la pechera–. Espero que Lindy haya tenido la delicadeza de mostrarse avergonzada.

Dibujé un círculo alrededor de la camiseta.

–Sí. Y fue lo bastante sincera para... bueno, para desarmarme. Dijo que Rogette Whitmore había hablado con ella a principios de la semana pasada y que había ido al grano. Debían despedirme de inmediato. Si lo hacían, Devore continuaría donando dinero, ordenadores y software a la biblioteca. Si no lo hacían, dejaría de hacerlo. Lindy dijo que había tenido que poner en la balanza el bien de la comunidad y un acto que sabía que estaba equivocado... Dijo que fue una de las decisiones más difíciles de su vida...

–Ya. –En el bloc, mi mano se movía como si tuviera vida propia, como un vaso encima de una tabla de Ouija, escribiendo las palabras "POR FAVOR PUEDO POR FAVOR"–.

Tal vez sea verdad, pero Mattie, ¿cuánto crees que gana Lindy?

–No lo sé.

–Supongo que más que tres bibliotecarias juntas del estado de Maine.

Al fondo, oí a Ki:

– ¿Puedo hablar, Mattie, por favor, puedo hablar con Mike? ¿Por favor, puedo, por favor?

–Dentro de un minuto, cariño –respondió Mattie y luego me dijo a mí–: Es posible. Lo único que sé es que tengo trabajo otra vez y que estoy dispuesta a perdonarla.

Dibujé un libro en el bloc y luego una serie de círculos superpuestos entre éste y la camiseta con el pato.

–Ki quiere hablar contigo –dijo Mattie riendo–. Dice que anoche fuisteis juntos a la Feria de Fryeburg.

–Guau, ¿quieres decir que salí con una preciosa niña y no me enteré porque estaba dormido?

–Eso parece. ¿Preparado para escucharla?

–Preparado.

–Muy bien, aquí viene la parlanchina.

Se oyeron ruidos mientras el teléfono cambiaba de manos y luego se puso Ki.

– ¡Estuve contigo en la feria, Mike!

– ¿De veras? –pregunté–. Debe de haber sido un sueño muy emocionante, ¿no, Ki?

Hubo un largo silencio al otro lado. Me imaginé que Mattie se preguntaría qué había pasado con la parlanchina. Por fin Ki respondió con voz vacilante:

–Tú también estabas allí. Vimos bailar a las mujeres serpiente... vimos un poste con la campanilla arriba... entramos en la casa de los fantasmas y tú te caíste al cruzar el barril.

No fue un sueño, ¿verdad?

Podría haberla convencido de que lo era, pero de repente me pareció mala idea, una idea peligrosa, así que dije:

–Llevabas un bonito sombrero y un bonito vestido.

– ¡Sí! –Ki parecía muy aliviada–. Y tú llevabas...

–Kyra, para. Escúchame. –La niña calló de inmediato–. Creo que es mejor que no hables de ese sueño. Ni con tu madre ni con ninguna otra persona, salvo conmigo.

–Salvo contigo.

–Sí. Y lo mismo con las personas del frigorífico. ¿Vale?

–Vale. Mike, había una señora que tenía puesto el vestido de Mattie.

–Lo sé –respondí. En ese momento, Ki podía hablar libremente, yo lo sabía, pero de todos modos pregunté–: ¿Dónde está Mattie ahora?

–Regando las flores. Tenemos muchas flores, por lo menos un millón. Yo tengo que limpiar la mesa. Es mi tarea, pero no me importa, me gustan las tareas. Hemos desayunado torrijas. Siempre desayunamos torrijas los domingos. Están muy buenas, sobre todo con mermelada de fresa.

–Lo sé –respondí trazando una flecha hasta la rebanada de pan con boina–. Están muy buenas. Dime, Ki, ¿le has hablado a tu mamá de la señora que llevaba su vestido?

–No. Pensé que le daría miedo. –Bajó la voz–. Aquí, viene. –De acuerdo... éste será nuestro secreto, ¿sí?

–Sí.

–Ahora ¿puedo hablar con Mattie otra vez?

–Vale. –Su voz se alejó un poco–. Mamá, Mike quiere hablar contigo. –Luego volvió a ponerse ella–. ¿Nos visitarás hoy? Podríamos comer otra vez en el merendero.

–Hoy no puedo, Ki. Tengo que trabajar.

–Mattie nunca trabaja en domingo.

–Pero yo estoy escribiendo un libro y tengo que trabajar todos los días. Si no lo hiciera me olvidaría de la historia. Sin embargo, es probable que el martes comamos juntos.

Haremos una barbacoa en tu casa.

– ¿Falta mucho hasta el martes?

–No mucho. Es pasado mañana.

– ¿Se tarda mucho en escribir un libro?

–Más o menos.

Oí que Mattie le pedía el teléfono a Ki.

–Un momento. ¿Mike?

–Estoy aquí, Ki.

–Te quiero.

Esa declaración me conmovió y me asustó al mismo tiempo. Por un instante, creí que la garganta iba a cerrármese como solía pasarme con el pecho durante la temporada en que no podía escribir. Pero la presión se desvaneció y dije:

–Yo también te quiero, Ki.

–Aquí está Mattie.

Una vez más oí los ruidos del teléfono al cambiar de manos y Mattie dijo:

– ¿Esta conversación le ha refrescado la memoria sobre su cita con mi hija, señor?

–Bueno –respondí–, al menos ha refrescado la de ella. Había un vínculo entre Mattie y yo, pero no llegaba tan lejos... Yo estaba seguro.

Mattie reía. Me encantaba cómo sonaba su voz esa mañana y no quería deprimirla, pero tampoco quería que confundiera la línea blanca del centro de la carretera con un paso de cebra. –Mattie, todavía debes tener cuidado, ¿vale? El hecho de que Lindy Briggs te haya devuelto tu trabajo no significa que el resto de los habitantes del pueblo vayan a ser tus amigos.

–Lo entiendo –respondió.

Una vez más, pensé en preguntarle si querría pasar una temporada en Derry con Ki.

Podrían vivir en mi casa, quedarse allí todo el verano, si se necesitaba todo ese tiempo para que las cosas volvieran a la normalidad en el TR. Pero no lo haría. Había tenido que aceptar mi oferta de pagarle un brillante y caro abogado de Nueva York porque no tenía otra elección. Pero ahora la tenía, o creía que la tenía, ¿y cómo iba a hacerle cambiar de opinión? Yo no podía darle ningún argumento lógico, no podía probar las conexiones entre los hechos; lo único que tenía era una imagen vaga y oscura, como algo oculto bajo veinte centímetros de hielo.

–Quiero que tengas cuidado con dos hombres en particular–. Uno es Bill Dean, el otro es Kenny Auster. Este último es...

–... el del perro que lleva pañuelo.

– ¡Arándano! –gritó Ki en el fondo–. ¡Arándano me lamió la cara!

–Ve a jugar fuera, cariño –dijo Mattie.

–Estoy recogiendo la mesa.

–Ya terminarás más tarde. Ahora ve a jugar fuera. –Hubo una pausa mientras Mattie miraba cómo Ki se dirigía a la puerta con Strickland en la mano. Aunque la niña ya había salido de la caravana, Mattie habló con el tono de alguien que no quiere que le escuchen–. ¿Pretendes asustarme?

–No –dije trazando varios círculos alrededor de la palabra "Peligro"–. Pero quiero que tengas cuidado. Es posible que Bill y Kenny formaran parte del equipo de Devore, igual que Footman y Osgood. No me preguntes cómo lo sé, porque no podría darte una respuesta satisfactoria. Es sólo un pálpito, pero desde que regresé al TR mis pálpitos son diferentes.

– ¿Qué quieres decir?

– ¿Llevas puesta una camiseta con un pato?

– ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho Ki?

– ¿Ki acaba de salir con el perrito de peluche que le tocó en la Happy Meal?

Hubo una larga pausa y finalmente Mattie dijo:

–Dios mío. –En una voz tan baja que apenas si la oí. Luego, otra vez–: ¿Cómo...?

–No lo sé. Tampoco sé si todavía estás en... apuros, pero tengo el palpito de que podría ser así. De que ambas podríais tener problemas.

Habría podido añadir algo más, pero temí que Mattie pensara que había perdido la chaveta.

– ¡Está muerto! –exclamó–. ¡El viejo está muerto! ¿Por qué no nos deja en paz?

–Tal vez lo haya hecho. Puede que yo me equivoque, pero no cuesta nada ser prudentes, ¿verdad?

–No –respondió ella–. Por lo general no cuesta nada.

– ¿Por lo general?

– ¿Por qué no vienes a verme, Mike? Esta vez podríamos ir a la feria tú y yo.

–Puede que lo hagamos en otoño. Los tres.

–Me gusta esa idea.

–Mientras tanto, estoy pensando en la llave.

–La mitad de tus problemas vienen de pensar tanto, Mike –dijo y volvió a reír, aunque esta vez con tristeza.

Y supe lo que quería decir. Pero Mattie no parecía entender que la otra mitad de mis problemas venían de sentir. Los sentimientos son como un tirachinas, y creo que a la larga nos matan a todos con sus pedradas.

Entré la IBM en la casa y dejé el manuscrito encima. Había acabado con él, al menos por el momento. No más intentos para volver a entrar en el armario, no más Andy Drake y John Shackelford hasta que todo esto acabara. Mientras me ponía unos pantalones largos y una camisa por primera vez en varias semanas, se me ocurrió pensar que tal vez alguien –alguna fuerza había estado tratando de sedarme con la historia de la novela. Con la capacidad para trabajar otra vez. Tenía lógica; el trabajo siempre había sido mi droga preferida, mejor que el alcohol o que los somníferos que todavía guardaba en el botiquín del baño. O quizá el trabajo fuera sólo la vía de administración, la hipodérmica con todos los sueños dentro. Tal vez la verdadera droga fuera estar más allá de los límites de la realidad.

Cogí las llaves del Chevrolet del mármol de la cocina y miré la puerta del frigorífico.

Los imanes volvían a formar un círculo. En el centro había un mensaje que no había visto antes, un mensaje totalmente comprensible gracias a los imanes extra de las dos últimas bolsas:

ayúdala

–Estoy haciendo todo lo posible –dije y me marché.

A cuatro kilómetros y medio al norte sobre la carretera 68 –en la zona que antes se conocía como Castle Rock Road– hay un invernadero con una tienda delante. Se llama Slips'n Greens y Jo solía ir a menudo por allí para comprar artículos de jardinería o simplemente para conversar con las propietarias. Una de ellas era Helen Auster, la esposa de Kenny. Ese domingo llegué allí a eso de las diez de la mañana (la tienda estaba abierta, naturalmente; en la temporada turística casi todos los comerciantes de Maine se vuelven ateos) y aparqué junto a un Beamer con matrícula de Nueva York. Permanecí en el coche el tiempo suficiente para oír el pronóstico del tiempo por la radio –continuaría caluroso y húmedo durante otras cuarenta y ocho horas como mínimo– y luego bajé.

Una mujer vestida con bañador, pantalones cortos y una gigantesca pamelita amarilla salió de la tienda con una bolsa de turba en las manos. Me dedicó una sonrisita y yo se la devolví con un interés del dieciocho por ciento. Era de Nueva York, y eso significaba que no era marciana.

En el interior de la tienda hacía aún más calor y humedad que fuera. Lila Proulx, la copropietaria, estaba al teléfono. Había un pequeño ventilador junto a la caja registradora y ella estaba delante, agitando la pechera de su blusa sin mangas. Cuando me vio, me saludó con la mano. Yo le respondí sintiéndome otra persona. Aunque no siguiera trabajando, seguía en trance.

Di un paseo por la tienda y cogí varias cosas al azar mientras miraba a Lila con el raballo del ojo y esperaba que acabara de hablar por teléfono para conversar con ella.

Por fin colgó y me acerqué al mostrador.

– ¡Dichosos los ojos, Michael Noonan! –dijo mientras comenzaba a sumar mis compras–.

Lamenté mucho la muerte de Johanna. Quiero decirle algo: Jo era un encanto.

–Gracias, Lila.

–De nada. No necesito añadir nada más, pero tenía que decirlo. Siempre he creído y siempre creeré que estas cosas deben decirse. ¿Va a trabajar en el jardín?

–Si refresca algún día.

– ¡Ay, sí! ¿Verdad que hace un calor espantoso? –agitó otra vez la pechera de su blusa para demostrarme lo espantoso que era y luego señaló una de mis compras–. ¿Quiere una bolsa especial para ésa? Más vale prevenir que curar, ése es mi lema.

Asentí y luego miré la pequeña pizarra que había sobre el mostrador: ARÁNDANOS FRESCOS ¡YA ES TEMPORADA!

–También me llevaré medio kilo de arándanos –dije–. Siempre y cuando no sean del viernes.

Ella asintió enérgicamente.

–Ayer estaban en la mata. ¿Le parecen bastante frescos?

–Claro –respondí–. El perro de Kenny se llama Arándano, ¿verdad?

– ¿No le parece gracioso? Dios, me encantan los perros grandes, siempre y cuando se comporten.

Se volvió, sacó medio kilo de arándanos de la pequeña nevera y los puso en una bolsa.

– ¿Dónde está Helen? –pregunté–. ¿Tiene el día libre?

–Ella nunca se toma el día libre –respondió Lila–. Cuando está en el pueblo, no hay forma de sacarla de aquí. Ella, Kenny y los niños han ido a Massachusetts. Todos los veranos ellos y la familia del hermano de Helen alquilan una casita junto a la playa durante dos semanas. Se fueron todos. Arándano perseguirá gaviotas hasta caerse muerto.

Soltó una carcajada estentórea que me hizo pensar en Sara Tidwell. O quizá fuera la forma en que Lila me miró mientras reía. No había alegría en sus ojos, que me miraban con expresión pensativa, fría y curiosa.

Por el amor de Dios, ¿quieres dejarlo de una vez?, me dije á mí mismo. ¡No pueden estar todos compinchados, Mike!

¿No podían? La conciencia colectiva de un pueblo existe; cualquiera que lo dude no ha estado nunca en una reunión de vecinos en Nueva Inglaterra. Pero donde hay conciencia, ¿no debería haber también inconsciente? Si Kyra y yo nos comunicábamos mentalmente, ¿no era posible que lo hicieran también otros habitantes del TR, quizá incluso sin saberlo? Todos compartíamos el mismo aire y la misma tierra; compartíamos el lago y las aguas profundas con sabor a piedra y a minerales. También compartíamos la Calle, ese sitio donde los cachorros buenos y los perros malos podían andar lado a lado.

Cuando enfilaba hacia la puerta con mis adquisiciones dentro de una bolsa de tela, Lila dijo:

–Qué pena lo de Royce Merrill. ¿Se ha enterado?

–No –respondí.

–Anoche se cayó por las escaleras del sótano. No sé qué hacía un hombre de su edad bajando por una escalera tan empinada, pero supongo que los viejos tienen sus propias razones para hacer las cosas.

– ¿Ha muerto?

–Todavía no, lo llevaron en ambulancia al Hospital General del Condado. Está en coma, pero no creen que vaya a despertar. Pobre viejo. Una parte de nuestra historia morirá con él.

–Es verdad. –En buena hora, pensé–. ¿Tiene hijos?

–No. Ha habido varios Merrill en el TR en los últimos dos siglos; uno murió en Cemetery Ridge. Pero ahora las viejas familias están desapareciendo. Buenos días, Mike.

Sonrió, pero sus ojos permanecieron fríos y pensativos. Subí a mi Chevrolet, puse la bolsa en el asiento del acompañante y luego permanecí sentado en el coche un rato, disfrutando de un chorro de aire acondicionado en la cara y el cuello. Kenny Auster estaba en Massachusetts. Eso estaba bien. Era un paso en el buen camino. . .

Pero todavía quedaba el encargado de mantenimiento de mi casa.

–Bill no está –dijo Yvette.

Estaba de pie en la puerta, haciendo lo posible por taparme la vista (no es mucho lo que se puede hacer al respecto cuando uno mide menos de uno sesenta y pesa cuarenta y tantos kilos), estudiándome con la mirada severa de un portero de discoteca que le niega la entrada a un borracho después de haberlo expulsado una vez.

Yo estaba en el porche de la inmaculada casa estilo Cape Cod que se alza sobre la colina Peabody y tiene vistas a New Hampshire y al jardín trasero de Vermont. A la izquierda de la casa estaban los cobertizos donde Bill guardaba las herramientas, todos pintados en el mismo tono de gris y cada uno de ellos con su propio letrero:

TRABAJOS DE MANTENIMIENTO DEÁN, N.º 1, N.º 2 y N.º 3. Aparcado delante del número 2 estaba el Dodge Ram de Bill. Lo miré y volví a mirar a Yvette. Sus labios se tensaron un poco más. Otro frunce y desaparecerían por completo.

–Ha ido a North Conway con Butch Wiggins –dijo–. Fueron en la furgoneta de Butch a buscar...

–No es necesario que mientas por mí, cariño –dijo Bill a su espalda.

Pasaba apenas una hora del mediodía del día del Señor, pero pensé que nunca había oído una voz que reflejara tanto cansancio. Bill cruzó el vestíbulo y cuando salió a la luz –el sol finalmente brillaba a través del cielo encapotado– vi que por fin representaba la edad que tenía. Todos y cada uno de sus años y quizá diez más. Llevaba la camisa y los pantalones caqui de costumbre, pero sus hombros estaban encorvados como si hubiera estado toda la semana cargando cubos demasiado pesados para él. Finalmente había comenzado a reflejar el declive en la cara, ese algo indefinible que hace que los ojos parezcan demasiado grandes, las mandíbulas demasiado prominentes, la boca algo laxa.

Se le veía viejo. No había hijos que continuaran el trabajo de la familia; coma había dicho Lila Proulx, las viejas familias estaban desapareciendo. Y quizá fuera para mejor.

–Bill... –comenzó Yvette, pero él alzó una mano para detenerla y sus dedos encallecidos temblaron ligeramente.

–Ve a la cocina –dijo–. Necesito hablar con mi compadre. No tardaré mucho.

Yvette lo miró y cuando se volvió otra vez hacia mí advertí que en efecto había alcanzado el grado cero en la superficie labial. Donde antes estaban los labios, ahora había una línea negra que parecía dibujada con un lápiz. Vi con absoluta claridad que me odiaba. –No lo canse –me dijo–. Últimamente no duerme bien. Es el calor.

Eché a andar hacia el interior de la casa con la espalda rígida y los hombros erguidos y desaparecí entre las sombras, donde probablemente se estaría más fresco. Las casas de los viejos siempre parecen frescas, ¿lo habéis notado?

Bill salió al porche y se metió las grandes manos en los bolsillos sin hacer ademán de estrechar la mía.

–No tengo nada que decirle. Usted y yo no tenemos nada más que hablar.

– ¿Por qué, Bill?

Miró hacia el oeste, donde las colinas se alzaban hacia la ardiente bruma del verano y desaparecían en ellas antes de poder convertirse en montañas. Bill no respondió.

–Sólo trato de ayudar a esa joven.

–Me dirigió una mirada de reojo que decía con claridad: "Sí, ayudarla a quitarse las bragas. Veo a muchos hombres que vienen de Nueva York y Nueva Jersey con jovencitas. A pasar el fin de semana en verano o a esquiar en invierno, da igual. Los hombres que van con jovencitas siempre tienen el mismo aspecto, siempre con la lengua fuera aunque tengan la boca cerrada. Y ahora usted está igual."

Me sentí al mismo tiempo furioso y avergonzado, pero resistí la tentación de discutir ese tema. Eso era lo que él quería.

– ¿Qué ha pasado aquí? –pregunté–. ¿Qué le hicieron los padres, abuelos y bisabuelos del pueblo a Sara Tidwell y su familia? No se contentaron con obligarlos a mudarse, ¿no?

–No hubo que obligarlos –dijo Bill con la vista perdida en las colinas. Tenía los ojos húmedos, como si estuviera a punto de llorar, pero su mandíbula permanecía firme–. Se fueron por voluntad propia. Mi padre solía decir que todos los negros son culos de mal asiento.

– ¿Quién puso la trampa que mató al hijo de Son Tidwell? ¿Fue su padre, Bill? ¿Fue Fred?

Sus ojos se movieron, pero sus mandíbulas no. –No sé de qué habla.

–Le oigo llorar en mi casa. ¿Sabe lo que es oír llorar a un niño muerto en tu propia casa?

Algún cabrón le tendió una trampa como si fuera una comadreja y ahora lo oigo llorar en mi casa.

–Tendrá que buscarse un nuevo encargado de mantenimiento –dijo Bill–. Yo ya no puedo trabajar para usted. No quiero. Lo que quiero es que salga de mi porche.

– ¿Qué está pasando? Ayúdeme, por el amor de Dios.

–Le ayudaré a largarse con un puntapié si no se va inmediatamente de aquí.

Lo miré unos segundos más, observando los ojos húmedos y las mandíbulas apretadas: la contradicción escrita en su cara. –He perdido a mi esposa, viejo cabrón –dije–. Una mujer por la que usted decía sentir afecto.

Sus mandíbulas por fin se movieron y me miró con un gesto entre sorprendido y ofendido.

–Eso no ocurrió aquí –dijo–. Eso no tuvo nada que ver con el pueblo. Ella no estaba en el TR porque... bueno, tendría sus razones... pero tuvo una apoplejía. Podría haberle ocurrido en cualquier sitio. En cualquier sitio.

–Yo no lo creo y me parece que usted tampoco. Algo la siguió a Derry, tal vez porque estaba embarazada...

Los ojos de Bill se llenaron de asombro. Le di la oportunidad de decir algo, pero no la aprovechó.

–... o porque sabía demasiado.

–Tuvo una apoplejía. –La voz de Bill se quebró un poco–. Leí su esquila. Tuvo una maldita apoplejía.

– ¿Qué había descubierto Jo? Cuéntemelo, Bill, por favor.

–Hubo una larga pausa y mientras duró me permití el lujo de pensar que conseguiría algo de él.

–Sólo tengo una cosa más que decirle, Mike: hágase a un lado. Por el bien de su alma inmortal, hágase a un lado y deje que las cosas sigan su curso. Lo harán tanto si usted interviene como si no. Este río ya casi ha llegado al mar; las personas como usted no lo detendrán. Hágase a un lado, Mike, por el amor de Dios. "¿Le preocupa su alma, señor Noonan? ¿La mariposa de Dios atrapada en un capullo de carne que pronto apestará como el mío?" Bill se volvió y caminó hacia la puerta arrastrando los tacones de las botas sobre las tablas pintadas.

–No se acerque a Mattie y a Ki –dije–. Si me entero de que se ha acercado a la caravana...

Bill dio media vuelta y la luz brumosa del sol destelló bajo sus ojos. Sacó un pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y se secó las mejillas.

–No voy a salir de esta casa. Ojalá nunca hubiera regresado de mis vacaciones; pero lo hice, y sobre todo por usted, Mike. Esa pareja de Wasp Hill no tiene nada que temer de mí. No; no de mí.

Entró en la casa y cerró la puerta. Yo permanecí donde estaba, con una sensación de irrealidad... No era posible que hubiera tenido una conversación tan desagradable con Bill Dean, ¿no? El mismo Bill que me había reprochado que no hubiera permitido a la gente del pueblo compartir –y quizá aliviar– mi dolor por la muerte de Jo. El mismo Bill que me había dado la bienvenida con tanto afecto.

Entonces oí un chasquido. Tal vez no hubiera cerrado la puerta de su casa con llave en toda su vida, pero ahora lo había hecho. El chasquido sonó con absoluta claridad en el aire quieto de julio y me dijo todo lo que tenía que saber sobre mi larga amistad con Bill Dean. Enfilé hacia mi coche con la cabeza gacha, y no me volví hasta que oí que una ventana se abría a mi espalda.

– ¡No vuelva por aquí, cabrón! –gritó Yvette Dean–. ¡Le ha roto el corazón! ¡No vuelva nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

–Por favor –dijo la señora Meserve–, no me haga más preguntas, Mike. No puedo permitirme estar en la lista negra de Bill Dean, igual que mi madre no podía permitirse estar en la de Normal Auster o Fred Dean.

Cambié el auricular de oreja. –Lo único que quiero saber es...

—En esta parte del mundo los encargados de mantenimiento son los amos. Si le dicen a alguien que viene a pasar el verano aquí que debería contratar a este carpintero o a aquel electricista, bueno, es lo que hacen. Y si el encargado dice que hay que echar a alguien porque no es de fiar, se le echa. Y lo mismo con las mujeres, porque lo que vale para los fontaneros o los electricistas, vale el doble para las señoras de la limpieza. Si quieres que te recomienden, y que sigan recomendándote, tienes que mantener buenas relaciones con la gente como Fred y Bill Dean o Normal y Kenny Auster, ¿no lo entiendes? —su tono era casi suplicante—. Cuando Bill se enteró de que yo le había contado lo que hizo Normal Auster, se puso furioso conmigo.

— ¿El hermano de Kenny Auster, el que Normal ahogó bajo la bomba de agua, se llamaba Kerry?

—Sí, mucha gente le pone nombres parecidos a sus hijos, les parece gracioso. Yo fui al colegio con unos hermanos llamados Roland y Rolanda Therriault. Creo que Roland está en Manchester y que Rolanda se casó con un muchacho de...

—Brenda, respóndame sólo una pregunta más. No se lo contaré a nadie. Por favor.

Con la respiración contenida, esperé oír el clic que se produciría cuando ella colgara el auricular. Sin embargo, habló en voz baja, casi con tono de arrepentimiento:

— ¿Cuál es?

— ¿Quién era Carla Dean?

Esperé durante otra larga pausa, jugando con la cinta del sombrero de paja que Ki había usado en la feria de principios de siglo. —No debe contarle a nadie que se lo he dicho —respondió por fin.

—No lo haré.

—Carla era la hermana gemela de Bill. Murió hace sesenta y cinco años, durante los incendios. — Los incendios que según Bill habían sido provocados por el abuelo de Ki, su regalo de despedida del TR—. No sé bien cómo sucedió, porque Bill nunca habla del asunto. Si le cuenta que se lo he dicho, nunca haré otra cama en el TR. Él se ocupará de ello. —Luego añadió con voz desolada—: Aunque es posible que de todos modos se entere.

Basándome en mi experiencia, pensé que tal vez tenía razón. Pero incluso si era así, recibiría un talón firmado por mí todos los meses hasta que se jubilara. Sin embargo, no tenía intención de decírselo por teléfono pues corría el riesgo de herir su corazón yanqui. Me limité a darle las gracias, le prometí discreción una vez más y colgué el auricular. Permanecí sentado a la mesa durante unos instantes, mirando a Bunter sin verlo, y por fin dije:

— ¿Quién está aquí? No hubo respuesta.

—Vamos —dije—, no seas tímido. Bajemos diecinueve o noventa y dos. Luego hablemos.

Nada. Ni el más ligero temblor en la campanilla que colgaba del cuello del alce. Eché un vistazo a las notas que había tomado mientras hablaba por teléfono con el hermano de Jo. Había puesto "Kia", "Kyra", "Kito" y "Carla" en un recuadro. Ahora añadí el nombre "Kerry" a la lista.

"Mucha gente le pone nombres parecidos a sus hijos —había dicho la señora Meserve—. Les parece gracioso."

A mí no me parecía gracioso; me parecía siniestro. Pensé que por lo menos dos de estos niños con nombres parecidos se habían ahogado: Kerry Auster bajo una bomba de agua, Kia Noonan en el cuerpo moribundo de su madre cuando aún no era mucho más grande que una pipa de girasol. Y yo había visto al fantasma de un tercer niño ahogado en el lago. ¿Kito? ¿Sería Kito? ¿O Kito era el niño que había muerto en la trampa?

"Mucha gente le pone nombres parecidos a sus hijos, les parece bonito."

¿Cuántos niños con nombres parecidos había habido? ¿Cuántos quedaban? Pensé que la respuesta a la primera pregunta no tenía importancia y que ya conocía la respuesta a la segunda. "Este río prácticamente ha llegado al mar", había dicho Bill.

Carla, Kerry, Kito, Kia... todos habían desaparecido. Sólo quedaba Kyra Devore. Me levanté con tanta brusquedad que derribé la silla. Y el estruendo que produjo en el silencio me hizo soltar un gritito. Me largaría de inmediato. Ya estaba bien de llamadas telefónicas, ya estaba bien de interpretar el papel de Andy Drake, detective privado, ya estaba bien de declaraciones y de imprudentes cortejos a la dama de la feria. Debería de haber hecho caso a mi intuición y haberme largado de allí la primera noche. Bueno, ahora me iría, subiría en el Chevrolet y saldría pitando hacia Derr...

La campanilla de Bunter comenzó a sonar insistentemente. Me volví y vi que se balanceaba como si la empujara una mano invisible. La puerta corredera que conducía a la terraza comenzó a abrirse y cerrarse como un objeto atado a una roldana. La revista de crucigramas que estaba en la mesita auxiliar y la guía de la programación de la tele se abrieron y sus páginas comenzaron a agitarse. Se oyeron una serie de batacazos en el suelo, como si una criatura enorme se dirigiera a gatas y con rapidez hacia mí.

Golpeando el suelo con los puños en el camino.

Una racha de aire —no frío sino cálido, como la que podría producir el metro en una noche de verano— pasó junto a mí. En ella oí una voz extraña que parecía decir "adiiiiós, adiiiós, adiiiós", como si me deseara un buen viaje a casa. Entonces, justo cuando empezaba a darme cuenta de que la voz decía en realidad "Ki-Ki, Ki-Ki, Ki-Ki", algo me golpeó y me empujó hacia adelante. Fue como un puño grande y blando. Se me doblaron las rodillas y caí con el torso sobre la mesa, y cuando intentaba agarrarme para incorporarme, volqué el salero y el pimentero, y el florero que la señora Meserve había llenado de margaritas. El jarrón rodó sobre la mesa y se hizo añicos contra el suelo. El televisor de la cocina se encendió con el volumen al máximo; un político hablaba de que volvía a haber inflación. Se encendió la cadena de música, amortiguando la voz del político con una canción de los Rolling Stones que era una versión del *I Regret You, Baby*. En la planta alta se activó una de las alarmas de incendio, luego otra y finalmente una tercera. Unos instantes después se sumó a ellas el estridente pitido de la alarma del Chevrolet. El mundo entero era una cacofonía.

Algo caliente y blando me atenazó la muñeca. Mi mano salió disparada hacia el frente como un pistón y cayó sobre el bloc de notas. Observé cómo volvía la página con torpeza y luego cogía el lápiz que estaba al lado. Lo cogí como si fuera una daga, y luego alguien escribió con él, no guiando mi mano sino violándola. Al principio la mano se movía despacio, casi a tientas, luego adquirió velocidad hasta que pareció que volaba y prácticamente desgarró el papel:

no te vayas no te vayas

Casi había llegado al final de la página cuando el frío descendió otra vez sobre mí; ese frío que era como el granizo en enero heló mi piel, escorchó los mocos en mi nariz y me hizo arrojar por la boca dos temblorosas nubecillas blancas. Mi mano se cerró y el lápiz se partió en dos. A mi espalda, la campanilla de Bunter dio una última sacudida furiosa antes de callar.

También a mi espalda oí dos extrañas detonaciones, como si acabaran de destapar un par de botellas de champán. Luego todo terminó. Fuera lo que fuese o fueran quienes fuesen, todo terminó. Estaba solo otra vez.

Apagué la cadena de música justo en el momento en que Mick y Keith comenzaban otro tema, luego corrí escaleras arriba y desactivé la alarma. Mientras estaba ahí arriba, me asomé por la ventana del dormitorio de huéspedes apunté el mando a distancia de mi llavero hacia el Chevrolet y apreté un botón. La alarma se detuvo.

Ahora que casi todo el ruido había cesado, oía con claridad el televisor de la cocina.

Bajé, lo apagué y me quedé paralizado con la mano en el botón de OFF mirando al horrible gato-reloj de Jo.

Su cola había dejado de balancearse y sus grandes ojos de plástico estaban en el suelo.

Se le habían saltado de las órbitas.

Fui a cenar al Village Café, donde cogí el Telegram del último domingo de un estante REY DE LA INFORMÁTICA MUERE EN SU PUEBLO NATAL EN EL OESTE DE MAINE, se leía en un titular) antes de sentarme a la barra. Había una foto de estudio de un Devore que aparentaba treinta años. Y sonreía; algo que la mayoría de la gente hace con naturalidad, pero que en Devore parecía una habilidad adquirida.

Pedí las alubias que quedaban del guiso del sábado por la noche. Mi padre no era muy dado a los dichos —en mi familia la tarea de distribuir pepitas de oro de sabiduría recaía en mi madre—, pero todos los domingos, mientras recalentaba el guiso de garbanzos del sábado por la noche, mi padre invariablemente decía que las legumbres siempre sabían mejor al día siguiente. Supongo que se me había pegado. El único otro consejo paterno que recuerdo haber recibido era que convenía lavarse las manos después de recoger una mierda de perro en la parada del autobús.

Mientras leía la historia de Devore en el periódico, Audrey se acercó a decirme que Royce Merrill había pasado a mejor vida sin recuperar la conciencia. Dijo que la ceremonia fúnebre se celebraría en la iglesia bautista el viernes por la tarde y que todo el pueblo estaría allí, muchos sólo para ver

cómo le entregaban el bastón del Boston Post a Illa Meserve. ¿Iría yo también? Le respondí que no lo creía. No me pareció prudente añadir que seguramente asistiría a una fiesta de la victoria mientras el funeral de Royce se celebraba al otro lado de la carretera.

A mí alrededor había el tráfico habitual de clientes: gente que pedía hamburguesas, alubias, emparedados de pollo o cerveza. Algunos eran del TR, otros de fuera. No me fijé en nadie, y nadie me habló. No sé quién dejó la servilleta sobre el periódico, pero la encontré cuando pasaba de la sección de noticias a la de deportes. La cogí con la intención de ponerla a un lado cuando vi que en la parte trasera había un mensaje escrito en grandes letras negras: LÁRGATE DEL TR.

Nunca supe quién la había dejado allí. Supongo que pudo ser cualquiera.

CAPITULO 23

La bruma regresó y transformó el atardecer del domingo en un espectáculo de belleza decadente. El sol se enrojeció mientras descendía hacia las colinas y la bruma se tiñó con su resplandor, convirtiendo el cielo del oeste en una hemorragia nasal de Dios. Me senté en la terraza a contemplarla y me esforcé infructuosamente por terminar un crucigrama. Cuando sonó el teléfono, dejé Tough Stuff encima de mi manuscrito.

Estaba harto de mirar el título de mi libro cada vez que pasaba por su lado.

– ¿Diga?

– ¿Qué está pasando por ahí? –preguntó John Storrow sin molestarse en saludar antes.

Sin embargo, no parecía enfadado. Parecía eufórico–. ¡Me estoy perdiendo el culebrón!

–Me he invitado a la comida del martes –dije–. Espero que no te importe.

–No. Cuantos más seamos, más reiremos. –Su voz sonaba absolutamente sincera–. Qué verano, ¿eh? ¡Qué verano! ¿Ha sucedido algo nuevo últimamente? ¿Terremotos? ¿Volcanes en erupción? ¿Suicidios en masa?

–No ha habido ningún suicidio en masa, pero el viejo murió –dije.

– ¡Joder! ¡Todo el mundo sabe que Max Devore estiró la pata! –exclamó–. Sorpréndeme, Mike. ¡Asómbrame! ¡Déjame patitieso!

–No, me refiero al otro viejo. A Royce Merrill.

–No sé de quién me... Ah, espera. ¿El viejo del bastón de oro que parecía escapado de Parque Jurásico?

–El mismo.

–Vaya. ¿Y aparte de eso?

–Aparte de eso, todo está bajo control –dije y entonces pensé en los ojos del gato-reloj y estuve a punto de soltar una carcajada.

Lo que me impidió hacerlo fue la certeza de que el papel de don jocosos era sólo eso, un papel en una farsa: en realidad John había llamado para enterarse de qué ocurría –si acaso ocurría algo– entre Mattie y yo. ¿Qué iba a decirle? ¿Que todavía nada? ¿Que únicamente había habido un beso, una instantánea erección como el acero, las cosas fundamentales que no cambian aunque pasen los años?

No lo sabía y no tuve ocasión de descubrirlo, porque John tenía otra cosa en mente.

–Escucha, Michael, te he llamado porque tengo algo que decirte. Creo que te sorprenderá y te hará gracia al mismo tiempo.

–Un estado al que todos aspiramos –dije–. Suéltalo.

–Rogette Whitmore llamó y... No habrás sido tú quien le dio el número de casa de mis padres, ¿no? Ahora estoy en Nueva York, pero me telefoneó a Filadelfia.

–Yo no tengo el número de tus padres. No lo dejaste en ninguno de los dos contestadores.

–Ah, es verdad.

–No se disculpó; parecía demasiado entusiasmado para pensar en esas minucias. Yo también empezaba a entusiasarme y todavía no sabía qué diablos pasaba–. Se lo di a Mattie, ¿Crees que Rogette Whitmore la habrá llamado a ella? ¿Mattie se lo habría dado?

–Dudo que si Mattie se encontrara a Rogette envuelta en llamas le echara una meada para apagar el fuego.

–Qué vulgar, Michael, *trés vulgarino*. –Pero reía–. Es probable que esa mujer usara los mismos métodos que Devore para conseguir tu número.

–Es posible. No sé qué pasará el mes que viene, pero estoy seguro de que todavía debe de tener acceso al panel de mandos personal de Max Devore. Y seguro que nadie sabe usarlo mejor que ella. ¿Te llamó desde Palm Springs?

–Sí. Dijo que acababa de tener una reunión preliminar con los abogados de Devore para hablar del testamento del viejo. Según ella, el abuelito le ha dejado ochenta millones de dólares a Mattie Devore.

Me quedé boquiabierto. Todavía no le veía la gracia, pero estaba atónito.

–Te has quedado de una pieza, ¿eh? –preguntó John con alegría.

–Querrás decir que le dejó ese dinero a Kyra dije por fin–. Que Mattie lo tendrá en fideicomiso.

–No, eso es lo más sorprendente de todo. Se lo pregunté tres veces a Whitmore, pero a la tercera empecé a entender que en la locura del viejo había cierta lógica. No mucha, pero una pizca. Verás, hay una condición. Y si le hubiera dejado el dinero a un menor en lugar de a la madre, la condición no tendría ningún peso. Tiene gracia si uno piensa que no hace tanto que Mattie dejó de ser menor de edad.

–Sí, tiene gracia –convine y pensé en su vestido deslizándose bajo mis manos y en su tersa cintura.

También recordé lo que había dicho Bill Dean: que los hombres maduros que salían con jovencitas iban con la lengua afuera incluso cuando tenían la boca cerrada.

– ¿Cuál es la condición?

–Que Mattie permanezca en el TR durante un año después de la muerte de Devore, hasta el 17 de julio de 1999. Puede hacer salidas de un día, pero tiene que estar metida en una cama de TR–90 todas las noches a las nueve, o el legado no tendrá efecto. ¿Habías oído una ridiculez tan grande en toda tu vida? Fuera de en alguna película vieja de George Sanders, claro está.

–No –respondí y recordé mi visita a la Feria de Fryeburg con Kyra. "Incluso después de muerto reclama la custodia", había pensado yo. Quería que Mattie y su hija siguieran allí, aun después de su muerte.

– ¿Es imprescindible que cumpla esa condición? –pregunté.

–Claro que sí. El hijo de puta podría haber escrito que le dejaba ochenta millones de dólares si ella usaba tampones azules durante un año. Pero ella se quedará con la pasta. Me aseguraré de que así sea.

Ya he hablado con tres abogados especialistas en sucesiones y... ¿Crees que debería llevar a uno de ellos conmigo el martes? Will Stevenson será el encargado de llevar el asunto, si Mattie está de acuerdo.

John no deliraba. No había bebido –yo me habría apostado la granja a que no–, pero estaba eufórico pensando en las perspectivas. Estaba convencido de haber llegado al "vivieron felices y comieron perdices" del cuento de hadas: Cenicienta regresa a casa del baile envuelta en una nube de billetes.

Por supuesto, Will es algo mayor –decía John–. Debe de tener ciento tres años, lo que significa que no sería el alma de la fiesta, pero...

–No lo traigas, ¿vale? –dije–. Ya habrá tiempo de sobra para discutir el testamento de Devore. Por el momento, no creo que Mattie tenga ningún problema en acatar esa ridícula condición. Acaban de reincorporarla al trabajo, ¿recuerdas?

– ¡Sí, el muerto al hoyo y el vivo al bollo! –exclamó John–. ¡Mira cómo son las cosas! Y la flamante multimillonaria volverá a archivar libros y escribir cartas a los socios que se han retrasado en la devolución. Vale, el martes nos limitaremos a celebrar.

–Estupendo.

– ¡Beberemos hasta vomitar!

–Bueno... Puede que nosotros, los mayores, nos limitemos a beber hasta que nos entren unas ligeras náuseas. ¿Te parece bien?

–Claro. Ya he llamado a Romeo Bissonette, y llevará a George Kennedy, el detective privado que averiguó todos aquellos datos descojonantes sobre Durgin. Bissonette dice que Kennedy se pone graciosísimo después de beber un par de copas. Pensaba llevar unos bistecs de Peter Luger's, ¿te lo había dicho?

–No lo creo.

–Los mejores bistecs del mundo. Michael, ¿te das cuenta de la suerte que ha tenido Mattie? ¡Ochenta millones de dólares!

–Podrá deshacerse de Scoutie.

– ¿Eh?

–Nada. ¿Llegarás mañana por la noche o el martes?

–Llegaré el martes por la mañana, a eso de las diez, al aeropuerto de Castle County. Viajaré por New England Air. ¿Te encuentras bien, Mike? Te noto raro.

–Estoy bien. Creo que estoy donde debo estar.

– ¿Qué se supone que significa eso?

Yo había salido a la terraza y oí truenos a lo lejos. Hacía un calor de mil demonios y ni una gota de aire. El sol se desvanecía, dejando tras de sí un cielo ominoso. Al oeste, el cielo parecía la córnea de un ojo inyectado en sangre.

–No sé –respondí–. Pero sospecho que la situación se aclarará sola. Iré a buscarte al aeropuerto.

–De acuerdo –dijo John. Y luego añadió en voz baja, casi reverencial–: Ochenta puñeteros millones de dólares estadounidenses.

–Mucha lechuga –convine antes de desearle buenas noches. A la mañana siguiente desayuné café y tostada mientras miraba al hombre del tiempo de la tele, que como la mayoría de ellos en la actualidad, tenía pinta de chalado, como si ver tantas fotos de radar lo hubieran empujado a la locura. Es lo que yo describo como "la imagen de videojuegos de final de milenio".

"Aún tendremos que soportar otras treinta y seis horas de bochorno, pero luego se producirá un gran cambio –decía y señaló una nube de color gris oscuro que acechaba en el Medio Oeste. Diminutos rayos animados bailaban sobre ella como bujías defectuosas.

Más allá de la nube y los rayos, Estados Unidos se veía despejado hasta el desierto y las temperaturas señaladas en el resto del país eran de diez grados menos–. Hoy las temperaturas rondarán los treinta y cinco grados y no podemos esperar mejoría esta noche o mañana por la mañana. Pero mañana este frente tormentoso llegará al oeste de Maine, y creo que la mayoría de ustedes querrán mantenerse actualizados sobre la situación del tiempo. Antes de disfrutar del aire más fresco y el cielo despejado el miércoles, es muy probable que veamos fuertes tormentas eléctricas, lluvias abundantes, granizo en algunas localidades. Los tornados no son frecuentes en Maine, pero es posible que se produzca alguno en ciertos pueblos del centro y el oeste. Devolvemos la conexión a Earl."

Earl, el tipo de las noticias de la mañana, era un individuo rollizo y de expresión inocente. Tenía toda la pinta de haber dejado recientemente un empleo en una hamburguesería, cosa que se notaba cuando leía el Teleprompter.

"¡Guau! –exclamó–, vaya pronóstico, Vince. Hay probabilidad de tornados."

–Guau –dije yo–. Di "guau" otra vez, Earl. Hazlo hasta que me harte de oírte.

"¡Cielo santo!", dijo Earl sólo para fastidiarme y sonó el teléfono.

Cuando iba a responder, eché un vistazo al gato-reloj. La noche había sido tranquila –nada de llantos, nada de gritos, nada de aventuras nocturnas–. Pero de todos modos el reloj resultaba inquietante. Estaba colgado en la pared, muerto y sin ojos, como un mensaje agorero.

– ¿Diga?

– ¿Señor Noonan?

Yo conocía esa voz, pero durante unos instantes fui incapaz de identificarla, quizá porque la mujer me había llamado "señor Noonan". Para Brenda Meserve, yo había sido "Mike" durante casi quince años.

– ¿Señora Meserve? ¿Brenda? ¿Qué...?

–No puedo seguir trabajando para usted –se apresuró a decir ella–. Lamento no haberle avisado con más tiempo. Nunca había dejado de trabajar para alguien sin avisar con tiempo, ni siquiera cuando dejé al señor Croyden, ese viejo borracho, pero esta vez tengo que hacerlo. Por favor, entiéndalo.

– ¿Bill se ha enterado de que la llamé? Brenda, le juro por Dios que no he dicho ni una palabra...

–No. No he hablado con él, y él tampoco me ha llamado. Pero no puedo volver a Sara Risa. Anoche tuve una pesadilla, una pesadilla espantosa. Soñé que... alguien está furioso conmigo... Si vuelvo a la casa, podría tener un accidente. Bueno, parecería un accidente, pero no lo sería.

"Qué tontería, señora Meserve –hubiera querido decir–. Ya es mayorcita para creer en leyendas sobre fantasmas, demonios, espectros y monstruos de largas patas."

Pero, naturalmente, no podía decir nada semejante. Lo que ocurría en mi casa no era una leyenda. Yo lo sabía y ella también. –Brenda, si le he creado algún problema, lo siento de veras. –Váyase, señor Noonan... Mike. Vuelva a Derry y quédese allí una temporada.

Es lo mejor que puede hacer.

Oí que los imanes se deslizaban sobre la puerta del frigorífico y me volví a mirarlos.

Esta vez vi cómo se formaba el círculo de frutas y verduras. Permaneció abierto en la parte superior el tiempo suficiente para que siete letras se dirigieran al interior. Luego, un pequeño limón de plástico se colocó en la abertura y completó el círculo. Leí: *etadeuq* y luego las letras se dieron la vuelta para formar: *quedate* Luego tanto las letras como los imanes del círculo se esparcieron.

–Mike, por favor. –La señora Meserve lloraba–. Mañana es el funeral de Royce. Todos los habitantes importantes del TR, los más antiguos, estarán allí.

Sí, claro que estarían. Los más antiguos, los sacos de huesos que sabían lo que sabían y se lo guardaban para sí. Aunque algunos de ellos habían hablado con mi esposa. El propio Royce había hablado con ella. Ahora los dos estaban muertos.

–Sería conveniente que para entonces ya se hubiera ido. Podría llevarse a esa joven con usted. A ella y a su pequeña.

¿De verdad podía? Por alguna razón, no lo creía. Pensé que los tres tendríamos que quedarnos en el TR hasta que todo terminara... Y empezaba a tener una idea de cuándo sería eso.

Se aproximaba una tormenta, una tormenta de verano, quizá incluso un tornado.

–Gracias por llamar, Brenda. Pero no permitiré que me deje para siempre. Digamos que es una excedencia, ¿de acuerdo?

–De acuerdo. Lo que usted diga. ¿Por lo menos pensará en lo que le he dicho?

–Sí. Pero entretanto, no le diré a nadie que me ha llamado, ¿vale?

– ¡No! –dijo, aparentemente sorprendida y luego añadió–: Pero ellos lo sabrán. Bill e Yvette... Dickie Brooks... El viejo Anthony Weyland, Buddy Jellison y todos los demás... Lo sabrán. Adiós, señor Noonan. Lo siento mucho. Lo siento por usted y por su esposa, su pobre esposa. Lo siento mucho.

Y cortó la comunicación. Me quedé largo rato con el auricular en la mano, luego colgué, crucé la cocina y descolgué el gato sin ojos de la pared. Lo arrojé al cubo de la basura y salí a darme un baño en el lago, recordando un cuento de W. F. Harvey, El calor de agosto, aquel que acaba diciendo: "El calor basta para enloquecer a un hombre."

No soy un mal nadador cuando nadie me arroja piedras, pero en el primer trayecto de la costa a la plataforma flotante nadé con inseguridad y sin ritmo, porque esperaba que en cualquier momento alguien surgiera del fondo y me cogiera. Tal vez el niño ahogado. El segundo trayecto fue mejor y en el tercero ya disfrutaba de mi ritmo cardíaco acelerado y de la sedosa frescura del agua en la que me deslizaba. A mitad del cuarto trayecto de ida y vuelta, subí por la escalerilla de la plataforma y me dejé caer sobre las tablas. No me había sentido tan bien desde mi encontronazo con Devore y Rogette Whitmore, el viernes por la noche. Todavía estaba en trance, pero además experimentaba un glorioso aumento de endorfinas. En ese estado, incluso se desvaneció la desolación que me había embargado cuando la señora Meserve me había informado que me dejaba. Ya regresaría cuando todo terminara; desde luego. Entretanto, tal vez sería mejor que no se acercara a la casa.

"Alguien está furioso conmigo. Podría tener un accidente." Desde luego. Podría hacerse un corte o caer por las escaleras. Hasta sufrir una apoplejía mientras corría por un aparcamiento en un día caluroso.

Me senté y miré a Sara sobre la colina, la terraza que se proyectaba por encima de la cuesta, los peldaños de traviesas que descendían hasta el lago. Sólo llevaba unos minutos fuera del agua y volvía a sentir un calor pegajoso, que me robaba las fuerzas. El agua todavía era un espejo. Vi la casa reflejada en él y las ventanas de Sara me parecieron ojos vigilantes.

Pensé que era muy probable que la fuente de todos los fenómenos –el epicentro– estuviera en la Calle, entre la verdadera Sara y su imagen ahogada. "Aquí es donde ocurrió", había dicho Devore. ¿Y los residentes más antiguos? La mayoría debía de saber lo mismo que yo: que Royce Merrill había sido asesinado. ¿Y no era posible –no era probable– que lo que lo había matado se presentara ante ellos mientras estaban sentados en los bancos de la iglesia o, más tarde, junto a la tumba? ¿No

era posible que les robara la fuerza –la culpa, los recuerdos, todo lo que los unía al TR– para terminar con su trabajo?

Me alegraba saber que John iba a estar en la caravana al día siguiente; y también Romeo Bissonette y George Kennedy, que era tan gracioso después de tomar un par de copas.

Me alegraba saber que no iba a estar solo con Mattie y Ki cuando los viejos se reunieran para despedir a Royce Merrill. Ya no sentía mayor curiosidad por lo que había pasado con Sara y los Red-Tops, ni siquiera por lo que ocurría en mi casa. Lo único que quería era sobrevivir al día siguiente. Que Mattie y Ki sobrevivieran al día siguiente.

Comeríamos antes de que se desatara la tormenta y luego dejaríamos que llegaran los pronosticados truenos. Pensé que si podíamos superar la tormenta, tal vez nuestra vida y nuestro futuro se aclararía junto con el tiempo.

– ¿Es así? –pregunté sin esperar respuesta.

Desde que había regresado al lago, hablar en voz alta se había convertido en un hábito.

Pero en algún lugar del bosque, al este de la casa, un búho ululó sólo una vez, como para confirmar que era verdad: supera el día de mañana y las cosas se aclararán. El sonido evocó una idea vaga, una asociación que era demasiado brumosa para que acabara de aclararse. Lo intenté un par de veces, pero lo único que me vino a la cabeza fue el título de una maravillosa novela: Oí que el búho pronunciaba mi nombre.

Rodé sobre la plataforma y me zambullí en el agua, apretando las rodillas contra el pecho, como un niño haciendo la bomba. Permanecí bajo el agua cuanto pude, hasta que el aire de mis pulmones pareció hervir, entonces salí a la superficie. Recorrí unos treinta metros tijereteando con las piernas en el agua, hasta que recuperé el aliento, entonces me fijé como objetivo la Dama Verde y nadé hacia la orilla.

Salí del agua, enfilé hacia la escalinata, pero en el último momento di media vuelta y caminé hacia la Calle. Permanecí allí unos instantes, armándome de valor, y después me dirigí hacia el sitio donde el abedul inclinaba su elegante vientre sobre el agua. Me abracé al tronco blanco, como había hecho el viernes por la noche, y miré el agua.

Estaba seguro de que vería al niño, con sus ojos muertos mirándome desde la hinchada cara morena, y de que una vez más la boca y la garganta se me llenarían con el sabor del lago: "Socorro. Me ahogo. Déjame libre. Oh, Jesús, déjame libre." Pero allí no había nada. Ningún niño muerto. Ningún bastón del Boston Post envuelto en cintas. Mi boca no sabía al lago.

Me volví y miré la frente gris de piedra que se alzaba sobre el estiércol y la paja. Pensé: allí, precisamente allí. Pero no fue más que un pensamiento consciente y deliberado, la mente expresando un recuerdo. El olor a podrido y la certeza de que allí había sucedido algo horrible había desaparecido. Cuando subí a la casa y entré a buscar un refresco, descubrí que la puerta del frigorífico estaba limpia y despejada. Todos los imanes de letras, frutas y verduras habían desaparecido. Nunca los encontré. Tal vez lo habría hecho si hubiera tenido más tiempo, pero el lunes por la mañana casi me había quedado sin tiempo.

Me vestí y llamé a Mattie. Hablamos de la fiesta programada para el día siguiente, de lo entusiasmada que estaba Ki, de lo nerviosa que estaba Mattie ante la perspectiva de volver al trabajo el viernes: tenía miedo de que la gente la tratara mal, pero como curiosamente suele pasarles a las mujeres tenía aún más miedo de que se mostraran fríos e indiferentes con ella. Hablamos del dinero, y de inmediato me di cuenta de que Mattie no acababa de creer que lo recibiría.

–Lance solía decir que su padre era la clase de hombre capaz de mostrar un trozo de carne a un perro hambriento y luego comérsela él –dijo–. Pero mientras tenga trabajo, ni yo ni Ki pasaremos hambre.

– ¿Pero si de verdad te dieran la pasta...?

–Bueno, la aceptaría encantada –dijo riendo–. ¿Crees que estoy loca?

–No. A propósito, ¿qué hay de las personas del *figodífico* de Ki? ¿Han escrito algún mensaje nuevo?

–Ha pasado algo rarísimo –respondió ella–. Han desaparecido.

– ¿Las personas del *figodífico*?

—No sé si ellas también, pero los imanes de letras que le regalaste a Ki, sí. Cuando le pregunté qué había hecho con ellos, se echó a llorar y dijo: "Se los ha llevado Allamagoosalum." Dijo que se los había comido por la noche, mientras todo el mundo dormía.

— ¿Allama... quién?

—Allamagoosalum —dijo Mattie con tono divertido—. Otro pequeño legado de su abuelo.

Es una forma tergiversada del nombre que daban los micmacs al hombre del saco o al demonio. Lo busqué en la biblioteca. Kyra tuvo muchas pesadillas con demonios, monstruos y Allamagoosalum durante el invierno y la primavera.

— ¡Era un abuelito encantador! —dije con tono sentimental.

—Exactamente, una auténtica joya. Estaba muy triste por lo de las letras; me costó mucho tranquilizarla antes de que se fuera a las clases de catecismo. A propósito, Ki quiere saber si irás a la fiesta de fin de curso de catecismo el viernes por la tarde. Ella y su amigo Billy Turgeon van a contar la historia del pequeño Moisés.

—No me lo perdería por nada del mundo —dije..., pero me lo perdí, naturalmente; todos nos lo perdimos.

— ¿Tienes idea de qué puede haber pasado con las letras, Mike?

—No.

— ¿Las tuyas siguen ahí?

—Sí, pero las mías no forman palabras —dije mirando la puerta despejada del frigorífico.

Tenía la frente cubierta de sudor; sentía cómo se deslizaba por el entrecejo como si fuera aceite

¿Has...? Bueno, no sé... ¿has notado algo raro?

— ¿Me preguntas si oí al perverso ladrón del alfabeto cuando entró por la ventana?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Supongo. —Una pausa—. Me pareció oír algo por la noche, ¿vale? En concreto, a eso de las tres de la mañana. Me levanté y salí al pasillo. Allí no había nada, pero... ya sabes que ha estado haciendo mucho calor...

—Sí.

—Bueno, pues anoche en mi caravana no hacía calor. Hacía un frío terrible. Juraría que mi respiración formaba nubes de vapor. Le creía. Al fin y al cabo, a mí me había pasado lo mismo. — ¿Y los imanes todavía seguían en la puerta del frigorífico?

—No lo sé. No llegué a la cocina. Eché un vistazo alrededor y luego volví corriendo a la cama. A veces la cama parece el lugar más seguro, ¿sabes? —Rió con nerviosismo—. Es una tontería infantil. Las sábanas son la criptonita del hombre del saco. Pero al principio, cuando me metí en la cama... no sé... me pareció que ya había alguien allí. Como si alguien hubiera estado escondido debajo de la cama y luego... cuando salí al pasillo, se hubiera metido en la cama. Y no tuve la impresión de que fuera una visita agradable.

"Dame eso. Es para protegerme del polvo", pensé y me estremecí.

— ¿Qué? —preguntó Mattie con brusquedad—. ¿Qué has dicho?

—Te he preguntado quién creías que era. ¿Cuál fue el primer nombre que te vino a la cabeza?

—Devore —respondió ella—. Él. Pero allí no había nadie. —Una pausa—. Ojalá hubieras estado conmigo.

—A mí también me habría gustado.

—Me alegro. Mike, ¿tienes idea de qué está pasando? Porque es muy extraño.

—Creo que tal vez... —Por un instante estuve a punto de contarle lo que había ocurrido con mis imanes de letras. Pero si empezaba a hablar, ¿dónde pararía? ¿Y hasta qué punto me creería Mattie?— que la propia Ki podría haber cogido las letras mientras caminaba sonámbula y haberlas escondido debajo de la caravana, o en cualquier otro sitio. ¿No te parece una explicación lógica?

—La idea de que Kyra podría caminar en sueños me resulta aún menos atractiva que la de que unos fantasmas de aliento frío entraran a robar los imanes del frigorífico —dijo Mattie.

—Esta noche duerme con ella —dije y sentí que su pensamiento volvía a mí como una flecha: "Preferiría dormir contigo." Pero lo que dijo, después de una breve pausa, fue:

– ¿Vendrás a vernos hoy?

–No lo creo –respondí. Mientras hablábamos, Mattie comía un yogur de frutas a pequeños bocados–. Pero me verás mañana en la fiesta.

–Espero que podamos comer antes de que se desate la tormenta. Porque dicen que habrá tormenta.

–Estoy seguro de que terminaremos antes.

– ¿Y todavía estás pensando? Te lo pregunto porque anoche, cuando por fin conseguí dormirme, soñé contigo. Soñé que me besabas.

–Todavía me lo estoy pensando –respondí–. He estado pensando mucho.

Pero la verdad es que no recuerdo haber pensado mucho en nada ese día. Lo que recuerdo es que me sumía más y más en ese estado de trance que he explicado con tan poca precisión. Cuando empezó a anochecer, salí a dar un paseo a pesar del calor y llegué al punto en el que el camino Cuarenta y dos se une con la carretera. En el camino de vuelta me detuve junto a Tidwell's Meadow; observé cómo la luz se desvanecía en el cielo y oí truenos en algún lugar de New Hampshire. Una vez más, tuve la sensación de que la realidad era muy frágil, no sólo aquí, sino en todas partes; de cómo se extendía como la piel sobre los tejidos y la sangre de un cuerpo que nunca conoceríamos con claridad en esta vida. Miraba los árboles y veía brazos; miraba los arbustos y veía caras.

Mattie había hablado de fantasmas. Fantasmas con aliento frío.

Pensé que el tiempo también era frágil. Kyra y yo de verdad habíamos estado en la Feria de Fryeburg; o en una versión de esa feria. De verdad habíamos visitado el año 1900. Y ahora, al pie de la cuesta, tenía la impresión de que los Red-Tops estaban allí, como en otros tiempos, en sus pequeñas casas. Casi podía oír el sonido de sus guitarras, el murmullo de sus voces y sus risas; casi podía ver el resplandor de sus lámparas y oler su cena de buey y cerdo frito. "Dime, cielo, ¿me recuerdas? –decía una de las canciones de Sara–. Bueno, ya no soy tu chica."

Percibí un movimiento entre los arbustos a mi izquierda. Me volví hacia allí, esperando ver a Sara salir del bosque vestida con el vestido y las zapatillas blancas de Mattie. En la penumbra, me parecería que flotaban solos hasta que Sara se aproximara a mí...

Naturalmente, allí no había nadie. Ni había habido nadie, excepto quizá la ardillita del bosque regresando a casa después de un duro día en la oficina. Pero no me apetecía seguir allí, mirando cómo la luz se desvanecía y la bruma ascendía desde el suelo. Me volví para regresar a casa.

En lugar de entrar en casa, tomé el sendero que conducía al estudio de Jo, donde no había estado desde la noche en que había cogido la IBM en sueños. Los fogonazos intermitentes de los relámpagos me iluminaban el camino.

En el estudio hacía calor, pero no olía mal. De hecho, percibí un agradable aroma picante y me pregunté si sería de alguna de las hierbas de Jo. Allí el aire acondicionado funcionaba. Lo encendí y estuve un rato delante del radiador. Puede que el chorro de aire frío sobre mi cuerpo caliente no fuera muy saludable, pero la sensación era gloriosa.

Sin embargo, no me sentía en la gloria. Miré alrededor con la creciente sensación de que lo que me embargaba era demasiado pesado para ser tristeza; se parecía más a la desesperación. Creo que se debía al contraste entre las pocas cosas de Jo que quedaban en Sara Risa y lo mucho que se sentía su presencia allí. Imaginé nuestro matrimonio como los juegos infantiles con una casa de muñecas – ¿acaso los matrimonios no son sólo eso?, ¿jugar con una casa de muñecas?–donde la mitad de los juguetes estaban en su sitio. Sujetos por pequeños imanes o por cables ocultos. Algún ser misterioso había ido allí y ladeado nuestra casa de muñecas –nada tan sencillo– y supuse que debía alegrarme de que ese alguien no hubiera decidido darle un puntapié y volcarla por completo. Sólo la había inclinado, ¿sabéis?, y mis cosas habían permanecido dentro, pero las de Jo habían caído... Fuera de la casa, hasta la zona del lago. ¿Jo? –pregunté y me senté en su silla.

No hubo respuesta. Ni golpes en la pared, ni cuervos o búhos ululando en el bosque.

Deslicé una mano por su escritorio, donde había estado mi máquina de escribir, y recogí una fina capa de polvo.

–Te echo de menos, cariño –dije y me eché a llorar.

Cuando me quedé sin lágrimas –una vez más–, me sequé la cara con la camiseta, igual que un niño, y miré alrededor. Ahí estaba la foto de Sara Tidwell sobre el escritorio, y la fotografía que no recordaba en la pared. Esta última era vieja, de papel tosco y teñido de sepia. En ella había una

cruz de madera de abedul en el centro de un pequeño claro situado sobre una colina con vista al lago. Con toda seguridad aquel claro ya no existía; ahora estaría lleno de árboles.

Miré los frascos con hierbas y setas cortadas, el archivador, los trozos de tapices. La alfombra verde del suelo. El bote de los lápices sobre el escritorio; lápices que Jo había tocado y usado. Cogí uno y lo puse unos minutos sobre un folio en blanco, pero no ocurrió nada. Tenía la sensación de que en la habitación había vida, de que alguien me vigilaba... pero no me parecía que fuera alguien que quería ayudarme.

—Entiendo una parte de lo que pasa, pero no todo dije—. Y de las cosas que no sé, tal vez la más importante sea quién escribió "ayúdala" en la puerta del frigorífico. ¿Fuiste tú, Jo?

No hubo respuesta.

Permanecí sentado un rato más —esperanzado a pesar de mi desesperación, supongo— y luego me levanté, apagué el aire acondicionado y las luces y salí de la casa, caminando bajo los brillantes y temblorosos haces de luz de los relámpagos. Me senté un rato en la terraza a contemplar la noche. En cierto momento advertí que había sacado la cinta azul del bolsillo y que la enrollaba con nerviosismo entre mis dedos, formando pequeñas redes; ¿Era posible que esa cinta hubiera viajado desde el año 1900? La idea me parecía descabellada y sensata al mismo tiempo. La noche era calurosa y tranquila.

Imaginé que los viejos del TR —y acaso algunos de Motton o Harlow— estarían preparando su ropa para el funeral del día siguiente. En la caravana de Wasp Hill Road, Ki estaba sentada en el suelo viendo El libro de la selva. Mattie estaba tendida en el sofá, con los pies en alto, leyendo el último libro de Mary Higgins Clark. Las dos llevaban pijamas con pantalones cortos. El de Ki era rosado, y el de Mattie blanco.

Después de un rato perdí la conexión con ellas, como a veces pasa con las señales de radio por la noche. Entré en el dormitorio del ala norte, me desvestí y me tendí sobre la sábana superior de la cama, que seguía sin hacer. Me dormí casi de inmediato.

Desperté en mitad de la noche con la sensación de que alguien me pasaba un dedo caliente por la espalda. Me volví y vi a la luz de un relámpago que había una mujer en la cama. Era Sara Tidwell, y sonreía. Sus ojos no tenían pupilas.

—Ah, cielo, casi he regresado —susurró en la oscuridad.

Tenía la sensación de ella alargando la mano otra vez hacia mí. Pero cuando destelló el siguiente relámpago, esa parte de la cama estaba vacía.

CAPITULO 24

La inspiración no siempre es obra de fantasmas que mueven imanes en la puerta de la nevera, y por la mañana del martes tuve una idea genial. Me asaltó mientras me afeitaba y pensaba únicamente en que tenía que acordarme de llevar cerveza a la fiesta. Como las mejores inspiraciones, surgió de la nada.

Entré en el salón casi corriendo y quitándome los restos de espuma de afeitarse de la cara con una toalla. Eché un rápido vistazo a la revista de crucigramas que estaba encima del manuscrito. Ahí había buscado por primera vez la clave para descifrar los mensajes de "vertical-baja diecinueve" y "vertical-baja noventa y dos". No era un mal comienzo, pero ¿qué tenía que ver Tough Stuff con TR-90? Había comprado la revista en una papelería de Derry y de los treinta crucigramas que había completado, sólo media docena los había hecho en el lago. No podía esperar que los fantasmas del TR demostraran interés por mi colección de crucigramas de Derry. Pero la guía telefónica...

La cogí de la mesa del comedor. Aunque la guía cubría todo el sur del condado de Castle-Motton, Harlow y Kash-wakamak, además del TR— era bastante delgada. Lo primero que hice fue mirar las páginas blancas para ver si al menos había noventa y dos. Las había. La "Y" y la "Z" acababan en la página noventa y siete.

Ahí estaba la clave. Tenía que estar allí.

—Lo tengo, ¿verdad? —le pregunté a Bunter—. Aquí está la solución.

Nada. Ni el más mínimo tintineo de la campanilla.

—Vete a la mierda... Al fin y al cabo, ¿qué sabe un alce disecado de una guía telefónica?

Baja-vertical diecinueve. Fui a la página diecinueve de la guía, donde aparecía una gran "F" mayúscula. A medida que descendí, con el dedo por la primera columna, mi entusiasmo comenzó, a desvanecerse. El nombre decimonoveno de la página diecinueve era "Harold Failles", y no significaba nada para mí. También vi varios Felton, Fenner, Filkersha, Finney, media docena de Flaherty y un montón de Foss. El último nombre de la página diecinueve era Framingham, que tampoco significaba nada para mí, pero...

Framingham, Kenneth P.

Lo miré durante unos instantes e hice una asociación que no tenía nada que ver con los imanes del frigorífico.

No ves lo que crees ver, pensé. Es igual que cuando compras un Buick azul...

—Ves Buicks azules por todas partes —dije—. Prácticamente tienes que abrirte paso entre ellos a puntapiés. Sí, es eso.

Sin embargo, cuando pasé a la página noventa y dos me temblaban las manos.

Allí estaban los apellidos del sur del condado que empezaban con "T", junto con algunos empezados por "U", como Alton Ulbeck y Catherine Udell. No me molesté en mirar el nombre nonagésimo segundo; al fin y al cabo, la guía telefónica no era la clave de los *cruzylanas*. Sin embargo, me había sugerido una idea importante. Cerré el listín, lo miré durante unos instantes (en la tapa había gente rebosante de alegría rodeada de plantas de arándanos) y lo abrí al azar, esta vez en la "M". Cuando sabes lo que buscas, lo que buscas salta de inmediato a los ojos.

Cuántos nombres con "K".

Claro que también había Stevens, Johns y Marthas; Meserve, G.; Messier, V., y Jayhouse, T. Sin embargo, una y otra vez yo veía la inicial "K" allí donde la gente había ejercido su derecho a no poner su nombre de pila en el listín.

Sólo en la página cincuenta, había por lo menos veinte iniciales "K" y una docena de iniciales "C".

En cuanto a los nombres completos...

Había doce Kenneths en esta sección de la letra "M", incluyendo tres Kenneth Moore y dos Kenneth Munters. Había cuatro Catherines y dos Katherines. Había un Casey, una Kiana y un Kiefer.

— ¡Joder, es como una lluvia radiactiva! —susurré.

Hojeé el listín, sin acabar de creer lo que veía, pero viéndolo de todos modos. Kenneths, Katherines y Keiths por todas partes. Leí Cammie, Kia (sí, y nosotros que nos habíamos creído tan originales), Kiah, Kendra, Kaela, Keil, Kyle, Kirby y Kirk. Había una mujer llamada Kissy

Bowden y un hombre llamado Kito Rennie. Kito, el mismo nombre que habían apuntado las personas del *figodífico* de Kyra. Kas por todas partes. Aventajando a las vulgares iniciales "S", "T" y "E". Mis ojos bailaban con ellas.

Me volví para mirar el reloj —no quería hacer esperar a John en el aeropuerto—, pero allí no había ningún reloj. Claro que no. El Gato Loco se había arrancado los ojos durante un brote sicótico. Solté una carcajada estentórea que me dio un poco de miedo, pues no sonaba como la risa de una persona cuerda. —Domínate, Mike —dije—. Respira hondo, chico.

Respiré y contuve el aliento. Lo contuve y lo dejé salir. Miré el reloj digital del microondas. Eran las ocho y cuarto. Tenía tiempo de sobra para ir a buscar a John. Cogí el listín telefónico otra vez y empecé a hojearlo deprisa. Entonces tuve una segunda inspiración: no fue una chispa de megavattios, como la primera, pero resultó ser más acertada.

El oeste de Maine es una región relativamente aislada —un poco como la zona de colinas de la frontera sur—, pero siempre ha habido algunos inmigrantes, y en el último cuarto de siglo se había convertido en una región popular entre los jubilados activos que deseaban pasar sus últimos años pescando o esquiendo. La guía telefónica sirve para diferenciar a estos residentes nuevos de los más antiguos. Babick, Paretti, O'Quindlan, Donahue, Smolnack, Dvorak, Blindermeyers... todos procedentes de fuera. Talbert, Meserve, Pillsbury, Spruce, Therriault, Stanchfield, Starbird, Dubay... todos del condado.

Entendéis lo que digo, ¿verdad? Si ves una columna entera de Bowie en la página doce, sabes que éstos llevan allí el tiempo suficiente para haberse relajado y extender los genes Bowie.

Había algunas iniciales "K" entre los Paretti y los Smolnac pero pocas. La concentración más grande estaba entre las familias que habían vivido en la zona el tiempo suficiente para absorber la atmósfera. Para respirar la lluvia radiactiva. Aunque no se trataba exactamente de una radiación....

De repente imaginé una lápida más alta que el más alto de los árboles del bosque, un monolito cuya sombra cubría la mitad del condado. Esta imagen era tan clara y tan terrible que me tapé los ojos y dejé caer el listín telefónico sobre la mesa. Me aparté unos pasos de él, temblando. Al taparme los ojos pareció que la imagen se hacía aún más clara: una tumba tan grande que ocultaba el sol; TR-90 estaba a sus pies como una corona fúnebre.

El hijo de Sara Tidwell se había ahogado en el lago Dark Score... o lo habían ahogado en él. Pero ella había dejado un recordatorio de su muerte. Lo había inmortalizado. Me pregunté si alguien más en el TR había advertido lo que yo acababa de descubrir. Supuse que no era muy probable; cuando uno abre el listín es para buscar un nombre concreto, no para leer páginas completas línea por línea. Me pregunté si Jo lo habría notado; si se habría percatado de que prácticamente todas las familias antiguas de esa parte del mundo habían bautizado a por lo menos uno de sus hijos con un nombre parecido al del hijo de Sara Tidwell.

Jo no era tonta. Seguramente lo había descubierto.

Volví al baño, volví a cubrirme la cara con espuma de afeitarse y empecé el proceso de cero. Cuando hube terminado, regresé junto al teléfono y levanté el auricular. Marqué tres números y me detuve, mirando el lago por la ventana. Mattie y Ki estaban en la cocina, las dos con delantal, las dos llenas de entusiasmo. ¡Celebrarían una fiesta!

Llevarían vestidos nuevos y pondrían música en el reproductor portátil de discos compactos de Mattie. Ki ayudaba a Mattie a hacer la masa de una tarta de fresa, y mientras la masa se horneaba, prepararían las ensaladas. Si llamaba a Mattie y le decía "prepara un par de maletas, porque las dos os vais a pasar una semana en Disney World", ella pensaría que era una broma, me diría que me diera prisa y me vistiera si quería llegar al aeropuerto cuando aterrizara el avión de John. Si la presionaba, me recordaría que Lindy le había propuesto que volviera al trabajo, pero que la oferta quedaría anulada si no se presentaba puntualmente en la biblioteca el viernes a las dos. Si insistía más, me diría directamente que no.

Porque yo no era el único que había traspasado los límites de la realidad, ¿no? Yo no era el único que tenía esa sensación. Dejé el teléfono en su sitio y regresé al dormitorio del ala norte. En cuanto terminé de vestirme, la camisa limpia se me pegó a los brazos. Esa mañana hacía tanto calor como en la última semana, o quizá más. Pero tenía tiempo de sobra para ir a esperar el avión. Nunca había tenido menos ganas de ir a una fiesta, pero iría. Mikey siempre estaba en su sitio. Mikey siempre estaba en su maldito sitio.

John no me había dado el número de vuelo, pero en el aeropuerto de Castle County esos detalles son innecesarios. El bullicioso centro de transporte consiste en tres hangares y una terminal que en otros tiempos fue una gasolinera. Hay una sola pista y la encargada de seguridad es Lassie, la vieja

collie de Breck Pellerin, que se pasa el día tendida en el suelo de linóleo y levanta una oreja cada vez que despegar o aterriza un avión.

Asomé la cabeza en el despacho de Pellerin y le pregunté si el avión de Boston llegaría a tiempo. Me respondió que sí, aunque lo mejor era que la persona que esperaba no se marchara hasta media tarde o se quedara a pasar la noche en la zona. Se avecinaba mal tiempo, sí. En sus propias palabras, un "tiempo eléctrico". Yo sabía bien a qué se refería porque esa electricidad ya parecía haber llegado a mi sistema nervioso.

Salí de la terminal del lado de la pista y me senté en un banco con publicidad de Cormier's Market (VUELE EN NUESTRA CHARCUTERÍA Y PRUEBE LAS MEJORES CARNES DE MAINE). El sol era un botón plateado en la solapa este de un bochornoso cielo blanco. Mi madre habría dicho que era tiempo propicio para los dolores de cabeza, pero estaban previstos cambios. Me aferraría con todas mis fuerzas a esa esperanza.

A las diez y diez oí un zumbido procedente del sur. A las diez y cuarto, un avión bimotor salió de entre la bruma, aterrizó en la pista y carreteó hasta la terminal. Sólo había cuatro pasajeros, a bordo, y John Storrow fue el primero en bajar. Al verlo sonreí, no era para menos. Llevaba una camiseta negra con la inscripción SOMOS LOS CAMPEONES estampada al frente y unos pantalones cortos caquis que dejaban al descubierto unas perfectas pantorrillas de ciudad: blancas y huesudas. Hacía lo que podía para cargar al mismo tiempo con un maletín y una nevera de playa. Cogí la nevera quizá unos cuatro segundos antes de que él la dejara caer y la sujeté bajo el brazo.

— ¡Mike! —exclamó levantando una mano con la palma hacia el frente.

— ¡John! —respondí y chocamos esos cinco.

Su apuesta y bondadosa cara se iluminó con una sonrisa y yo sentí una pequeña punzada de culpa. Mattie no había expresado atracción alguna por John —más bien al contrario—, y de hecho el no le había resuelto ningún problema; los había resuelto el propio Devore suicidándose antes de que John tuviera ocasión de representar a Mattie. Sin embargo, sentí un aguijonazo de culpa:

—Vamos —dijo—. Salgamos de este calor. Supongo que tendrás aire acondicionado en el coche, ¿no?

—Desde luego.

— ¿Y un reproductor de cintas de audio? ¿Sí? En tal caso, oirás algo que te alborozará.

—Creo que es la primera vez en mi vida que oigo esa palabra en una conversación.

La sonrisa volvió a iluminarle la cara y me fijé en la cantidad de pecas que tenía. El hijo del sheriff Andy, Opie, crece y entra a trabajar en un bar.

—Soy abogado y uso palabras en la conversación que todavía no han sido inventadas.

¿Tienes un reproductor de cintas?

—Claro. —Sopesé la nevera—. ¿Bistecs? —Sí, de Peter Luger's. Son...

—... los mejores del mundo. Ya me lo has dicho.

Cuando entrábamos a la terminal, alguien dijo: — ¿Michael?

Era Romeo Bissonette, el abogado que me había acompañado a hacer la declaración. En una mano tenía un paquete envuelto en papel azul y atado con un lazo blanco. Junto a él, levantándose de uno de los sillones llenos de bultos, había un tipo alto con un flequillo de pelo gris. Vestía un traje marrón, camisa azul y un corbatín sujeto con el alfiler de un club de golf. Tenía más pinta de granjero en un día de subasta que de un tipo capaz de hacerte desternillar de risa después de beber un par de copas, pero no me cupo duda de que se trataba del detective privado. Pasó por encima de la perra comatosa y me tendió la mano.

—George Kennedy, señor Noonan. Encantado de conocerle. Mi mujer ha leído todos sus libros.

—Déle las gracias de mi parte.

—Lo haré. Tengo uno en el coche... —Parecía tímido, como tanta gente cuando están a punto de pedir—: Me preguntaba si le importaría escribirle una dedicatoria en algún momento.

—Estaré encantado —respondí—. Será mejor que lo hagamos ahora mismo, así no nos olvidaremos. —Me volví hacia Bissonette—. Me alegro de verle, Romeo.

—Llámame Rommie —dijo él—. Yo también me alegro de verte. —Me ofreció la caja—.

George y yo te hemos comprado esto. Pensamos que merecías un buen regalo por haber ayudado a una dama en apuros.

Ahora Kennedy tenía la pinta de un tipo que podría ser divertido después de un par de copas. Uno de esos capaces de saltar a la mesa vecina, ponerse el mantel como falda y bailar. Miré a John, que me miró como diciendo: "Yo no sé nada de esto."

Desaté la cinta de raso, metí un dedo bajo la cinta pegante que sujetaba el papel y alcé la vista.

Pillé a Rommie Bissonette en el acto de darle un codazo a Kennedy. Los dos sonreían.

—No será algo con resorte que va a saltarme a la cara, ¿no?

—Claro que no —respondió Bissonette, pero su sonrisa se ensancho.

Bueno, supongo que sé aceptar las bromas tan bien como cualquiera. Terminé de desenvolver el paquete, abrí la caja blanca que había en el interior y vi que estaba cubierta por una almohadilla de algodón. La levanté. Yo había sonreído durante todo el proceso, pero ahora sentí que la sonrisa se encogía y moría en mis labios. Un escalofrío me recorrió la espalda y estuve en un tris de dejar caer la caja al suelo.

Era la mascarilla de oxígeno que Devore tenía en el regazo cuando nos habíamos encontrado en la Calle, aquella con la que inhalaba de vez en cuando mientras él y Rogette me perseguían y trataban de mantenerme lo bastante lejos de la orilla para que me ahogara. Rommie Bissonette y George Kennedy me la entregaban como fuera la cabellera de un enemigo, esperando que me hiciera gracia.

— ¿Mike? —preguntó Rommie con nerviosismo—. ¿Te encuentras bien, Mike? Era una broma...

Parpadeé y vi que no era una mascarilla de oxígeno... ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? En primer lugar, era más grande que la mascarilla de Devore; en segundo lugar, no estaba hecha de plástico transparente, sino opaco. Era...

Solté una pequeña risita y tanto Rommie Bissonette como Kennedy parecieron tremendamente aliviados. John sólo estaba perplejo.

—Tiene gracia —dije—. Es como un pubis de goma.

Saqué el pequeño micrófono del interior de la mascarilla y lo dejé colgar. Se balanceó hacia adelante y atrás, recordándome la cola del gato-reloj.

— ¿Qué diablos es eso? —preguntó John.

—Es un abogado de Park Avenue —dijo Rommie a George—. Nunca has visto una de éstas, ¿eh, amigo?

No señor, claro que no. Es una Stenomask. El estenógrafo que estuvo presente en la declaración de Mike llevaba una, y Mike no dejaba de mirarla...

—Me daba escalofríos —dije—. Ese viejo sentado allí, murmurando en la máscara del Zorro...

—Gerry Bliss le da escalofríos a mucha gente —dijo Kennedy.

Hablaba con voz grave y sonora—. Es el único que todavía usa ese trasto por aquí. Tiene por lo menos diez. Lo sé porque se la compré a él.

—Espero que os hiciera un buen precio —dije.

—Me pareció que podía ser un buen recuerdo del caso —señaló Bissonette—. Pero por un instante creí que me había equivocado y te había entregado la caja con la mano cortada.

Detesto confundir los regalos. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido un mes de julio largo y caluroso —respondí—. Debe de ser eso.

Pasé un dedo por debajo de la correa de la Stenomask y la levanté.

—Mattie dijo que estuviéramos allí a las once —dijo John—. Beberemos cerveza y jugaremos con un disco de playa.

—Las dos cosas se me dan bastante bien —respondió George Kennedy.

Una vez en el pequeño aparcamiento del aeropuerto, George se dirigió a un Altima, buscó algo en el interior y sacó un manoseado ejemplar de *El hombre de la camisa roja*.

—Frieda me pidió que trajera éste. Tiene los más nuevos, pero éste es su favorito.

Lamento que esté en un estado tan lamentable, pero lo ha leído por lo menos seis veces.

—También es mi favorito —respondí, y era cierto—. Y me gusta ver que un libro tiene un buen kilometraje.

Eso también era verdad. Abrí el libro, miré con aprobación la mancha de chocolate seco que tenía en la solapa y escribí: "Para Frieda Kennedy, cuyo marido me echó una mano cuando lo necesité. Gracias por compartirlo y gracias por leer mis novelas. Mike Noonan."

Fue una dedicatoria muy larga para mí, que suelo limitarme a frases "Con los mejores deseos" o "Buena suerte", pero quería compensar a George por la expresión que había puesto cuando había abierto su inocente regalo. Mientras escribía, George me preguntó si estaba trabajando en una nueva novela.

—No —respondí—. Estoy recargando la batería. —Le devolví el libro.

—A Frieda no le gustará oír eso.

—No. Pero siempre le queda *El hombre de la camisa roja*

—Os seguiremos —dijo Rommie y en ese momento se oyó un trueno en el oeste.

No era más fuerte que los truenos que habían resonado intermitentemente durante toda la semana anterior, pero éste no era trueno seco. Todos lo sabíamos y todos miramos en esa dirección — ¿Crees que tendremos tiempo de comer antes de la tormenta?

—Sí. Aunque por poco.

Al llegar a la barrera del aparcamiento, miré a la derecha para comprobar si se acercaba algún coche. Entonces vi que John miraba con gesto pensativo.

— ¿Qué pasa?

—Nada. Sólo que Mattie me dijo que estabas escribiendo. ¿Qué pasa? ¿La novela se ha ido a pique, o algo así?

Lo cierto era que *Mi amigo de la infancia* iba viento en popa... pero nunca la terminaría.

Esa mañana estaba tan seguro de ello como de que se avecinaban lluvias. Por alguna razón, los muchachos del sótano habían decidido llevársela. No creía que debiera preguntarles por qué; la respuesta podría ser desagradable.

—Ha ocurrido algo, no sé bien qué. —Al salir a la autopista miré por el espejo retrovisor y vi que Rommie y George nos seguían en el pequeño Altima del segundo. Estados Unidos se ha convertido en un país lleno de hombres grandes en coches pequeños—.

¿Qué cinta era ésa que querías que escuchara? Si es karaoke casero, paso. Lo último que necesito es oírte cantar *Bubba Shot the Jukebox Last Night*.

—Es mucho mejor —respondió John—. Muchísimo mejor. —Abrió el maletín y sacó una cajita de plástico. En la etiqueta de la cinta se leía: 20-7-98..., el día anterior—. Me encanta.

Se inclinó hacia adelante, encendió la radio y puso la cinta en el reproductor. Yo esperaba que las sorpresas desagradables de la mañana hubieran acabado, pero me equivocaba.

"Lo siento, un momento, tengo otra llamada. Estaré con usted dentro de unos segundos", dijo John en los parlantes de mi Chevrolet con una comedida voz de abogado. Me habría jugado un millón de dólares a que en el momento de grabar la cinta no tenía las pantorrillas al aire.

Se oyó una risa ronca y áspera. Al oírla, sentí un nudo en el estómago. Recordé la primera vez que había visto a esa mujer, delante del bar Sunset, vestida con pantalones cortos negros encima de un bañador. Parecía una refugiada del infierno de las anoréxicas. "Quiere decir que tiene que poner la grabadora en marcha —dijo Rogette y recordé cómo el agua había cambiado de color cuando me había alcanzado en la cabeza con su mejor pedrada. El agua había pasado del naranja intenso al rojo oscuro, y entonces yo había empezado a beberme el lago—. No hay problema. Grabe todo lo que quiera."

John se inclinó otra vez y sacó la cinta.

—No tienes por qué oír esto. No es importante. Creí que te reirías al oírla, pero... tío, tienes un aspecto horrible. ¿Quieres que conduzca? Estás más pálido que un papel.

—Puedo conducir —respondí—. Vamos, termina de reproducir la cinta. Después te contaré una pequeña aventura que viví el viernes por la noche... pero tendrás que mantenerla en secreto. Ellos no tienen por qué enterarse —señalé al Altima con el pulgar—, y Mattie tampoco. Mattie menos que nadie.

Cogió la cinta y vaciló un momento. — ¿Estás seguro?

—Sí. Sólo me ha impresionado volver a oír esa voz. Joder, la grabadora es buena.

–En Avery, McLain y Bernstein sólo tenemos lo mejor. A propósito, tenemos un código muy estricto sobre lo que podemos grabar. Lo digo por si te preocupa.

–No. Supongo que de todos modos las cintas no tienen ningún valor en un juicio.

–En ciertos casos, el juez permite que se presente una grabación, pero no lo hacemos por esa razón. Una cinta como ésta salvó la vida de un hombre hace cuatro años, cuando yo empecé a trabajar en el bufete. Ese tipo ahora está en el Programa de Protección de Testigos.

–Pon la cinta.

Se inclinó y apretó el botón.

JOHN: ¿Cómo está el desierto, señora Whitmore?

WHITMORE: Caluroso.

JOHN: ¿Todo marcha bien? Sé lo difícil que pueden ser las cosas en momentos como...

WHITMORE: Usted no sabe nada, picapleitos, créame. ¿Y ahora podemos ir al grano?

JOHN: Desde luego.

WHITMORE: ¿Ha informado de la condición del testamento del señor Devore a su nuera?

JOHN: Sí, señora.

WHITMORE: ¿Y qué le ha respondido?

JOHN: Por el momento no hay ninguna respuesta. Es posible que pueda dársela una vez que el testamento del señor Devore haya sido validado. Pero usted ya sabe que los tribunales rara vez aceptan esos codicilos.

WHITMORE: Bueno, si la chica sale del pueblo, ya lo veremos.

JOHN: Sí, ya lo veremos.

WHITMORE: ¿Cuándo es la fiesta para celebrar la victoria?

JOHN: ¿Perdón?

WHITMORE: Venga, no me haga perder el tiempo. Hoy tengo unas sesenta reuniones y mañana tendré que enterrar a mi jefe. Viajará al lago para celebrarlo con ella y con su hija, ¿no? ¿Sabe que la chica ha invitado al escritor, al que se la folla?

John me miró con expresión alegre.

– ¿Te das cuenta de que echa chispas? Procura disimular, pero no lo consigues. ¡La furia la carcome por dentro!

Yo apenas si le oía. Estaba en trance con lo que decía Rogette (el escritor, el que se la folla) y con lo que se ocultaba detrás de lo que decía. Había algo por debajo de las palabras.

"Sólo queremos ver hasta dónde es capaz de nadar", me había gritado.

JOHN: No creo que lo que haga yo o los amigos de Mattie sea de su incumbencia, señora Whitmore. ¿Me permite sugerirle respetuosamente que usted se divierta con sus amigos y permita que Mattie lo haga con...?

WHITMORE: Tengo un mensaje para él.

Se refería a mí. Entonces tomé conciencia de que era algo aún más personal. Me hablaba directamente a mí. Aunque su cuerpo estuviera en la otra punta del país, su voz y su espíritu perverso estaban en el coche con nosotros.

Y también la voluntad de Devore. No me refiero a la última voluntad, a la mierda de papel que habían redactado sus abogados, sino a su voluntad. El viejo cabrón estaba tan muerto como Damocles, pero seguía reclamando la custodia de la niña.

JOHN: ¿Para quién, señora Whitmore?

WHITMORE: Dígale que nunca respondió la pregunta del señor Devore.

JOHN: ¿A qué pregunta se refiere?

"¿Le apesta el coño?"

WHITMORE: Usted límitese a decirle eso. Él lo entenderá.

JOHN: Si se refiere al señor Noonan, tendrá ocasión de decírselo en persona. Lo verá en los tribunales de Castle County el próximo otoño.

WHITMORE: No lo creo. El testamento del señor Devore se redactó aquí, con testigos de esta zona.

JOHN: De todos modos será validado en Maine, donde murió. Me ocuparé de ello. Y la próxima vez que salga del condado, Rogette, lo hará con un mayor conocimiento de los procedimientos legales.

Por primera vez, la mujer reflejó toda su furia y su voz se convirtió en un graznido agudo.

WHITMORE: Si cree...

JOHN: No lo creo. Lo sé. Adiós, señora Whitmore.

WHITMORE: Hará bien en mantenerse al margen de...

Se oyó un clic, un tono de llamada y luego una voz de robot diciendo: "Nueve horas, cuarenta minutos... 20 de julio..."

John apretó la tecla EJECT, sacó la cinta y volvió a guardarla en el maletín.

—Le colgué. —Parecía un hombre contándote su primer lanzamiento en paracaídas—. Lo hice. Estaba echa un basilisco, ¿no? ¿No crees que estaba furiosa?

—Sí.

Era lo que él quería oír, pero yo no estaba convencido. Enfadada, sí. Pero ¿furiosa? No lo creía. Porque Rogette no estaba preocupada por el estado de ánimo de Mattie ni por dónde estuviera ella; había llamado para hablar conmigo. Para decirme que pensaba en mí. Para recordarme lo que se sentía al nadar con una herida en la cabeza. Para asustarme. Y lo había conseguido.

— ¿Cuál es esa pregunta que no contestaste? —preguntó John.

—No sé a qué se refería —dije—, pero puedo explicarte por qué palidecí al oír su voz. Si quieres escucharlo y si me prometes ser discreto.

—Todavía nos quedan treinta kilómetros de viaje. Suéltalo. Le conté lo ocurrido el viernes por la noche. No adorné la historia con visiones o fenómenos paranormales; en ella sólo aparecía Michael Noonan dando un paseo al atardecer. Yo estaba junto a un abedul que se arqueaba sobre el lago, contemplando la puesta de sol, cuando ellos habían aparecido a mi espalda. Desde el punto en que Devore había tratado de atropellarme con la silla de ruedas hasta el punto en que volví a pisar tierra firme, fui bastante fiel a la verdad.

John guardó silencio durante unos minutos, lo cual era una prueba concluyente de su asombro. En circunstancias normales, el abogado era tan parlanchín como Kyra.

— ¿Y bien? —pregunté—. ¿Algún comentario? ¿Alguna pregunta?

—Levántate el pelo para que pueda ver qué tienes detrás de la oreja.

Obedecí, enseñándole la tirita y la zona hinchada. John se inclinó para estudiarla como un niño que observa las heridas de guerra de un amigo durante el recreo.

— ¡Mierda puta! —exclamó por fin.

—Fue mi turno de guardar silencio—. Esos dos viejos cabrones intentaron ahogarte.

No dije nada.

—Intentaron ahogarte por ayudar a Mattie.

Esta vez mi silencio fue más deliberado que nunca.

— ¿Y no los denunciaste?

—Iba a hacerlo —respondí—, pero entonces me di cuenta de que quedaría como un imbécil quejica. Y también como un embustero.

— ¿Crees que Osgood está al tanto?

— ¿De que intentaron ahogarme? No. No es más que el chico de los recados.

Siguió otro de los inusuales silencios de John. Después de unos segundos, se inclinó y tocó el chichón de mi cabeza.

— ¡Ay!

–Lo siento. –Una pausa–. Dios. Luego el viejo volvió a Warrington's y se suicidó.

Michael, si lo hubiera sabido no te habría puesto esa cinta...

–No te preocupes. Pero no se te ocurra contárselo a Mattie. Llevo el pelo sobre la oreja para que no se dé cuenta.

– ¿Crees que se lo dirás algún día?

–Es probable. Cuando el viejo lleve tanto tiempo muerto que podamos reírnos de mí nadando con la ropa puesta.

–Eso es mucho tiempo.

–Sí. Quizá.

Viajamos en silencio durante unos minutos. Noté que John buscaba la manera de reinstaurar la alegría y se lo agradecí. Se inclinó hacia adelante, puso la radio y sintonizó un tema horroroso y ruidoso de los Guns'n Roses: "Bienvenida a la selva, nena, tenemos juegos y diversión."

–Beberemos hasta vomitar, ¿de acuerdo?

Sonreí. No fue fácil con el sonido de la voz de Rogette adherido a mí como barro, pero lo conseguí.

–Si insistes.

–Insisto –dijo.

John, eres un buen tipo para ser abogado.

–Y tú eres un buen tipo para ser escritor.

Esta vez la sonrisa me salió con mayor naturalidad y permaneció más tiempo en mi cara. En cuanto pasamos junto al cartel de TR-90, el sol ardió a través de la bruma e inundó el día de luz. Me pareció un buen presagio hasta: que miré hacia el oeste. Allí, estampados en negro sobre un fondo brillante, grandes nubarrones de tormenta se acumulaban sobre las White Mountains.

CAPITULO 25

Creo que para los hombres el amor está compuesto de partes iguales de lujuria y asombro.

La parte del asombro las mujeres la entienden. La parte de la lujuria, sólo creen entenderla. Muy pocas –quizá sólo una entre veinte– tienen una idea aproximada de la profundidad de esa lujuria. Tal vez sea mejor así para que puedan dormir y quedarse tranquilas. No hablo de la lujuria de los sátiros, los violadores o los corruptores de menores. Hablo de la lujuria de los dependientes de zapatería y los directores de colegio.

Por no mencionar a los escritores y a los abogados. Llegamos a casa de Mattie a las once menos diez, y mientras yo aparcaba mi Chevrolet junto a su oxidado jeep, se abrió la puerta de la caravana y Mattie apareció en el primer peldaño. Contuve el aliento, y oí que John hacía lo mismo a mi espalda. Con sus pantalones cortos rosados y su top a juego, era la mujer más hermosa que yo había visto en mi vida. Los pantalones cortos no eran lo bastante cortos para resultar chabacanos (una palabra de mi madre), pero sí lo suficiente para ser provocativos. Los delgados tirantes de la camiseta estaban atados sobre sus hombros y mostraban la cantidad suficiente de piel bronceada para echar a volar la imaginación. Tenía el cabello suelto sobre los hombros. Nos sonrió y saludó con la mano.

Lo ha conseguido, pensé. Si la llevas al restaurante del club de campo tal como está vestida, nadie podrá rivalizar con ella. –Oh, Dios –dijo John con un dejo de añoranza en la voz–. Quiero todo eso y una bolsa de patatas.

–Sí –dije yo–. Pero vuelve a meterte los ojos en sus órbitas, grandullón.

John ahuecó las palmas de las manos y fingió hacer lo que yo le había dicho. Entretanto, George había aparcado su Altima junto al nuestro.

–Vamos –dije abriendo la puerta–. Empieza la fiesta.

–No podré tocarla, Mike –dijo John–. Me derretiría.

–Vamos, bocazas.

Mattie bajó los peldaños y pasó junto a la maceta de la tomatera. Ki estaba a su espalda, vestida con un atuendo similar al de su madre pero de color verde oscuro. Noté que tenía otro ataque de timidez; se agarraba a la pierna de Mattie con una mano y tenía el pulgar de la otra metido en la boca.

– ¡Han llegado los chicos! ¡Han llegado los chicos! –exclamó Mattie, riendo y se arrojó en mis brazos.

Me abrazó con fuerza y me besó en la comisura de la boca. Yo le devolví el abrazo y la besé en la mejilla. Luego se volvió hacia John, leyó la inscripción de su camiseta, aplaudió y finalmente lo abrazó. Pensé que John abrazaba bastante bien teniendo en cuenta que tenía miedo de derretirse; la levantó en andas y le dio una vuelta en el aire mientras ella se abrazaba a su cuello y reía.

– ¡Señora rica, señora rica, señora rica! –cantó John y luego la dejó en el suelo.

– ¡Señora libre, señora libre, señora libre! –respondió Mattie–. ¡A la mierda con el dinero!

Antes de que John pudiera responder, ella lo besó con fuerza en la boca. Los brazos de John se levantaron para rodearle la cintura, pero Mattie retrocedió antes de que pudiera cogerla. Se volvió hacia Rommie y George, que estaban uno al lado del otro con el aspecto de dos tipos que venían a predicar sobre la iglesia mormona.

Di un paso al frente, dispuesto a hacer las presentaciones pero John ya se encargaba de eso. Y finalmente uno de sus brazos consiguió cumplir con su objetivo: rodeó la cintura de Mattie mientras la conducía hacia los hombres.

Entretanto una mano pequeña se deslizó dentro de la mía. Bajé la vista y vi a Ki mirándome. Su carita estaba pálida y seria, pero tan hermosa como la de su madre. Su cabello rubio, brillante y recién lavado se mantenía echado hacia atrás con una diadema de terciopelo.

–Las personas del *figodífico* ya no me quieren –dijo. Su alegría había desaparecido, al menos por el momento. Parecía al borde de las lágrimas–. Mis letras se han ido.

La cogí en brazos y la senté sobre el hueco de mi codo, igual que el día que la había conocido en medio de la carretera 68. Le besé la frente y luego la punta de la nariz. Su piel era de seda.

–Ya lo sé –respondí–. Te compraré más.

- ¿Lo prometes? –Sus oscuros ojos azules se clavaron en los míos y me miraron con expresión de duda.
- Te lo prometo. Y te enseñaré palabras especiales, como cigoto y bíbulo. Conozco un montón de palabras especiales.
- ¿Cuántas?
- Ciento ochenta.
- Otro trueno resonó en el oeste. No fue más fuerte, pero en cierto modo pareció más concentrado. Ki desvió la vista en esa dirección y luego volvió a mirarme.
- Tengo mucho miedo, Mike.
- ¿Miedo de qué?
- No lo sé. De la mujer que llevaba el vestido de Mattie. De los hombres que vimos. –
- Miró por encima de mi hombro—. Aquí viene mamá.
- Yo había oído a actrices decir "no hablemos delante de los niños" con exactamente el mismo tono. Kyra serpeó en el círculo de mis brazos—. Bájame.
- La bajé. Mattie, John, Rommie y George se reunieron con nosotros. Ki corrió hacia Mattie, que la levantó en brazos y luego nos miró a todos como un general que pasa revista a sus tropas.
- ¿Has traído la cerveza? –me preguntó.
- Sí, señor. Una caja de Bud y una docena de refrescos. Además de limonada.
- Estupendo. Señor Kennedy.
- Llámeme George, señora.
- Bien, George. Y si tú vuelves a llamarme señora, te daré un puñetazo en la nariz. Soy Mattie. ¿Te importaría ir hasta la tienda Lakeview –señaló la tienda de la carretera 68, que estaba a unos setecientos metros de nosotros– y traer un poco de hielo?
- Desde luego que no.
- Señor Bissonette...
- Rommie.
- Hay un pequeño huerto del lado norte de la caravana, Rommie. ¿Podrás encontrar un par de lechugas bonitas?
- Creo que sí.
- John, pongamos la carne en el frigorífico. En cuanto a ti Michael... –Señaló la barbacoa—. El carbón es del que se enciende solo. Nada más tienes que arrojar una cerilla y retroceder. Cumple con tu deber.
- Como digáis, señora –dije y me arrodillé delante de ella. Ese gesto finalmente arrancó una risita a Ki. Mattie también rió, me cogió de la mano y me ayudó a levantarme.
- Vamos, sir Galahad –dijo—. Pronto lloverá. Para entonces, quiero estar dentro de la caravana y con el estómago lo bastante lleno para no saltar de miedo.
- En la ciudad, las fiestas comienzan con saludos en la puerta, la recolección de abrigos y esos peculiares besos sopladados (¿cuándo exactamente comenzó esa extravagancia social?). En el campo, las fiestas comienzan con tareas. Llevas, traes y vas a buscar objetos como pinzas para la carne o manoplas para el horno. La anfitriona ordena a un par de hombres que muevan la mesa del jardín, luego decide que estaba mejor en su sitio, y les pide que vuelvan a ponerla allí. En cierto momento, uno descubre que se lo está pasando bien.
- Apilé trozos de carbón hasta formar una pirámide parecida a la del dibujo de la bolsa y luego arrojé una cerilla. El carbón se encendió satisfactoriamente y yo retrocedí, secándome la frente con el brazo. Era probable que el tiempo aclarara y refrescara, pero aún faltaba mucho para ello. El sol había asomado, y el día había pasado de gris a radiante, pero los satinados nubarrones negros de tormenta continuaban acumulándose. Era como si una vena de la noche hubiera estallado en el cielo.
- ¿Mike?
- Me volví y vi a Kyra.

– ¿Qué, cariño?

– ¿Cuidarás de mí?

– Sí –respondí sin vacilar.

Por un instante Kyra pareció preocupada quizá por su rapidez. Luego sonrió.

–Vale –dijo–. ¡Mira, ahí viene el hombre del hielo!

George había regresado de la tienda. Aparcó y bajó del coche. Yo fui a su encuentro con Kyra, que me había cogido de la mano y la balanceaba posesivamente hacia adelante y hacia atrás. Rommie se unió al grupo, haciendo malabarismos con tres lechugas. No me pareció que fuera una amenaza para el malabarista que había fascinado a Ki en el parque el sábado por la tarde.

George abrió el maletero del Altima y sacó dos bolsas de hielo.

–La tienda estaba cerrada –dijo–. Había un letrero que anunciaba: ABRIREMOS A LAS CINCO. Me pareció una espera muy larga, así que cogí el hielo y arrojé el dinero por el buzón de la puerta.

Habían cerrado debido al funeral de Royce Merrill, desde luego. Habían renunciado a casi un día entero de beneficios en plena temporada alta para ver cómo enterraban al viejo. Era conmovedor, aunque también me pareció algo siniestro.

– ¿Puedo llevar una bolsa de hielo? –preguntó Kyra.

–Supongo que sí, pero no te escarchimices –dijo George mientras dejaba con cuidado una bolsa de dos kilos y medio sobre los brazos extendidos de Ki.

–Escarchimices –repitió Kyra riendo. Echó a andar hacia la caravana de donde en ese momento salía Mattie. John estaba a su espalda y la miraba con ojos de carnero degollado–. ¡Mira, mami! ¡Me estoy escarchimizando!

Yo cogí la otra bolsa.

–Sé que el congelador está fuera, pero ¿no tenía puesto un candado?

–Yo hago buenas migas con la mayoría de los candados –respondió George

–Ah, ya veo.

– ¡Mike! ¡Cógelo!

John me había arrojado un disco de playa rojo que flotaba en mi dirección, aunque no demasiado alto. Di un salto, lo cogí y de repente recordé a Devore: "¿Qué te pasa, Rogette? Antes no lanzabas como una chica."

Bajé la vista y vi que Ki me estaba mirando.

–No pienses en cosas tristes –dijo.

Yo le sonreí y le arrojé el disco de playa.

–De acuerdo, nada de cosas tristes. Vamos, bonita. Lánzasele a tu madre. Veamos si sabes.

Ki me sonrió, se volvió e hizo un rápido y diestro lanzamiento a su madre, un lanzamiento tan bueno que Mattie atrapó el disco por los pelos. Aparte de todas sus demás cualidades, Kyra Devore era una campeona de lanzamiento de disco de playa en potencia.

Mattie arrojó el disco a George, que se volvió, agitando al viento el faldón de su absurda chaqueta marrón, y lo cogió con destreza de espaldas. Mattie rió y aplaudió mientras el dobladillo de su camiseta flirteaba con su ombligo.

– ¡Fanfarrón! –gritó John desde los peldaños de la caravana.

–Si la envidia fuera tiña... –dijo George a Rommie Bissonette y le lanzó el disco.

Rommie se lo lanzó a John, pero el disco dio contra el lateral de la caravana. Mientras John bajaba corriendo los peldaños para cogerlo, Mattie se volvió hacia mí.

–El aparato de música está en la mesita auxiliar del salón, junto a una pila de discos compactos. Casi todos son antiguos, pero es música. ¿Quieres traerlos?

–Claro.

Entré en la caravana, donde hacía calor a pesar de que los tres ventiladores estratégicamente situados estaban funcionando a toda máquina. Miré los muebles baratos y deprimentes y observé el noble esfuerzo de Mattie para impartir cierto carácter al ambiente: la reproducción de Van Gogh, los Noctámbulos de Edward Hopper por encima del sofá, las cortinas teñidas a mano que habrían

hecho reír a Jo. El lugar reflejaba una entereza que me hizo sentir lástima por Mattie y furia hacia Max Devore una vez más. Muerto o no, me habría gustado darle una patada en el culo.

Entré en el salón y vi el último libro de Mary Higgins Clark, con un señalador asomándose entre las páginas, sobre la mesita que estaba al lado del sofá. Junto al libro había una colección de lazos para el pelo que me resultó familiar, aunque no recordaba haberlos visto en la cabeza de Ki. Permanecí allí un momento, pensativo, luego cogí el aparato de música y los discos compactos y salí.

–Eh, amigos –dije–. A bailar.

Yo estaba bien hasta que empezó a bailar ella. No sé si esto os interesará, pero para mí es importante. Yo estaba bien hasta que ella empezó a bailar. Después, estuve perdido.

Nos fuimos a jugar con el disco de playa detrás de la caravana, en parte para no cabrear a los vecinos que iban al funeral con nuestro bullicio y nuestra alegría, pero sobre todo porque el jardín trasero de Mattie era un buen sitio donde jugar: el terreno era llano y la hierba estaba corta. Después de fallar un par de veces cuando intentaba coger el disco, Mattie se quitó los zapatos de fiesta, entró descalza en la caravana, y regresó en zapatillas. A partir de ese momento, jugó mucho mejor.

Jugamos con el disco, cambiamos insultos, bebimos cerveza y reímos mucho. Ki no era demasiado buena atajando, pero lanzaba maravillosamente bien para una cría de tres años y jugaba con deleite. Rommie había puesto el aparato de música sobre un peldaño de la escalerilla trasera de la caravana y oímos una colección de piezas de finales de los ochenta y principios de los noventa. Yo tenía la sensación de que conocía cada canción, cada estribillo.

Corrimos y sudamos a la luz del mediodía. Nos recreamos la vista con las piernas largas y broceadas de Mattie y los oídos con las alegres carcajadas de Kyra. En cierto momento, Rommie Bissonette hizo la vertical y se le cayeron un montón de monedas de los bolsillos. John rió tanto que tuvo que sentarse en el suelo y enjugarse las lágrimas. Ki corrió hacia él, lo pilló desprevenido y se le arrojó en el regazo. John dejó de reír en el acto.

– ¡Uf! –gritó mirándome con los ojos brillantes y doloridos mientras sin duda sus magulladas pelotas trataban de trepar nuevamente dentro de su cuerpo.

– ¡Kyra Devore! –gritó Mattie mirando a John con aprensión.

–Ha sido una buena jugada –dijo Ki con orgullo.

John esbozó una pequeña sonrisa y se levantó con esfuerzo. –Sí –dijo–. Pero ahora el árbitro te pondrá una falta por aplastamiento.

– ¿Te encuentras bien? –preguntó George con cara de preocupación, aunque su voz era risueña.

–Estoy bien –dijo John mientras le arrojaba el disco, que tembló débilmente en el aire–.

Venga, lanza. Demuéstranos lo que sabes hacer.

Los truenos eran cada vez más fuertes, pero las nubes negras no se habían movido del oeste; directamente encima de nosotros, el cielo conservaba un inofensivo tono azul.

Había un tenue resplandor sobre la barbacoa, y pronto sería la hora de poner en ella los bistecs neoyorquinos de John. El disco seguía volando, rojo contra el verde de la hierba y los árboles y el azul del cielo. Yo todavía estaba sexualmente excitado, pero todo marchaba bien; todos los hombres del mundo están cachondos prácticamente todo el tiempo, y los casquetes polares no se derriten. Pero cuando Mattie se puso a bailar, todo cambió.

Fue al ritmo de una canción acompañada por un desagradable rasguído de guitarras que terminaba con los versos: "A veces lo único que quiere ella es bailar."

– ¡Me encanta esta canción! –exclamó Mattie.

El disco voló en dirección a ella. Mattie lo cogió, lo dejó en el suelo, se subió sobre él como si fuera un círculo de luz roja en el escenario de un cabaret, y comenzó a sacudirse. Puso las manos primero detrás del cuello, luego en las caderas y finalmente a la espalda. Bailaba de puntillas sobre el disco de playa, casi sin moverse. Como dice la canción, bailaba como una ola en el océano. Las mujeres son atractivas cuando bailan –increíblemente atractivas– pero eso no explica mi reacción; hasta el momento toleraba bien la lujuria, pero aquello era algo más que lujuria y me resultaba intolerable. Era algo que me robaba el aliento y me hacía sentirme completamente a su merced. En ese momento, Mattie era la criatura más hermosa que había visto en mi vida, no una mujer bonita con pantalones cortos y la barriga al aire bailando sobre un disco de playa, sino Venus resucitada.

Ella era todo lo que yo había echado de menos durante los últimos cuatro años, en los que había estado tan mal que ni siquiera me había dado cuenta de que echaba de menos algo. Y venció mis últimas defensas. La diferencia de edad ya no me importaba. Me daba igual perder la dignidad, el orgullo, la autoestima. Cuatro años de soledad me habían enseñado que había peores cosas que perder.

¿Cuánto tiempo estuvo bailando? No lo sé. Quizá sólo fuera un minuto, hasta que se dio cuenta de que la mirábamos extasiados; porque hasta cierto punto, todos vieron lo que yo vi y sintieron lo que yo sentí. Creo que durante ese minuto o el tiempo que fuera, ninguno de nosotros usó mucho oxígeno.

Mattie se bajó del disco, riendo y ruborizándose al mismo tiempo, confundida pero no avergonzada.

–Lo siento –dijo–. Es que esta canción me encanta.

–A veces lo único que quiere ella es bailar –dijo Rommie.

–Sí, a veces es lo único que quiere –dijo Mattie y se ruborizó más aún–. Disculpadme, tengo que ir al lavabo.

Me lanzó el disco y corrió hacia la caravana.

Yo respiré hondo, esforzándome por volver a la realidad, y vi que John hacía lo mismo.

George Kennedy tenía cara de aturdido, como si alguien le hubiera dado un sedante que por fin comenzaba a hacer efecto.

Se oyó otro trueno, y esta vez sonó más cercano. Yo le lancé el disco a Rommie.

– ¿Qué piensas?

–Pienso que estoy enamorado –dijo y luego fue como si se diera una pequeña sacudida mentalmente; se le notó en los ojos. También pienso que es hora de poner los bistecs al fuego, si queremos comer fuera. ¿Me ayudas?

–Claro.

–Yo también –dijo John.

Nos dirigimos a la caravana, dejando a George y a Kyra jugando a las apuestas. Kyra le preguntaba a George si había atrapado a algún criminal. En la cocina, Mattie estaba junto a la puerta abierta del frigorífico apilando bistecs en una fuente.

–Gracias a Dios que habéis venido, porque estaba a punto de comerme uno de estos bistecs crudos. Nunca había visto nada tan bonito en mi vida.

–Tú eres lo más bonito que yo he visto en mi vida –dijo John: Era totalmente sincero, pero Mattie respondió con una sonrisa distraída y ausente. Yo tomé nota mentalmente: nunca hagas cumplidos a una mujer cuando tiene un par de bistecs crudos en las manos.

Por alguna razón, no funciona.

– ¿Qué tal se te da la barbacoa? –me preguntó–. Dime la verdad, porque estos bistecs son demasiado buenos para fastidiarlos.

–Creo que lo hago bastante bien.

–Estupendo, contratado. John, tú serás el ayudante. Y tú; Rommie, me ayudarás con las ensaladas.

–Será un placer.

George y Ki habían regresado al jardín delantero y estaban sentados en un par de sillas, conversando como una pareja de viejos amigos en su club londinense. George le contaba a Ki cómo había detenido a Rolfe Neddeau y a la banda de los Chicos Malos en Lisbon Street en 1993.

– ¿Qué le pasa a tu nariz, George? –preguntó John–. Te está creciendo.

– ¿Te importa? –preguntó George–. Estamos manteniendo una conversación.

–El señor Kennedy ha pillado a muchos *criminales* malos –dijo Kyra–. Cogió a la banda de los Chicos Malos y los metió en la cárcel.

–Sí –respondí–. El señor Kennedy también ganó un Oscar por actuar en una película llamada Luke el fresco.

–Es verdad –dijo George. Levantó la mano derecha y cruzó dos dedos–. Los protagonistas éramos Paul Newman y yo.

–Nosotras hemos probado su salsa para espaguetis –dijo Ki con seriedad, haciendo reír a John.

A mí no me causó tanta gracia, pero la risa se pega, y me bastó con mirar a John unos segundos para contagiarme. Reíamos a carcajadas, como un par de tontos, mientras poníamos la carne en la parrilla. Es un milagro que no nos quemáramos las manos.

– ¿De qué se ríen? –le preguntó Ki a George.

–Se ríen porque son hombres tontos con cerebros diminutos –respondió George–. Ahora escucha, Ki: los cogí a todos excepto a la Morsa Humana. Él huyó con su coche y yo lo perseguí con el mío, pero los detalles de esa persecución no son aptos para los oídos de una niña pequeña...

George se los contó de todos modos, mientras John y yo cambiábamos una sonrisa por encima de la barbacoa.

–Esto es estupendo, ¿no? –dijo John y yo asentí.

Mattie salió de la caravana con mazorcas de maíz envueltas en papel de aluminio, seguida por Rommie, que tenía una ensaladera grande en las manos y bajaba los peldaños con cuidado.

Nos sentamos a la mesa; George y Rommie de un lado, John y yo flanqueando a Mattie en el otro. Ki se sentó a la cabecera, encima de un montón de revistas apiladas sobre una silla de jardín. Mattie le ató una toalla de cocina al cuello, una humillación que Ki toleró sólo porque: a) llevaba ropa nueva y b) la toalla de cocina no era un babero, al menos técnicamente hablando.

Nos pusimos las botas: comimos ensalada, bistecs (y John tenía razón, nunca había probado nada tan bueno), mazorcas de maíz y tarta de fresas. Cuando llegamos al postre, los truenos sonaban mucho más cercanos y en el jardín soplabla una brisa inestable y caliente.

–Mattie, si nunca vuelvo a comer una comida tan buena como ésta en lo que me queda de vida, no me sorprenderé –dijo Rommie–. Muchas gracias por haberme invitado.

–Gracias a todos vosotros –respondió ella y sus ojos se llenaron de lágrimas. Me dio una mano, la otra a John y apretó ambas–. Gracias a todos. Si supierais cómo eran las cosas para mí y para Ki antes de la semana pasada... –Sacudió la cabeza, nos dio un último apretón de manos a John y a mí y nos soltó–. Pero ya ha terminado todo.

–Mirad a la niña –dijo George divertido.

Ki se había bajado de la silla y nos miraba con los ojos brillantes. La mayor parte del pelo se había soltado de la diadema y caía en mechones enmarañados sobre sus mejillas.

Tenía una bolita de nata; en la punta de la nariz y un grano de maíz pegado en la barbilla; –He lanzado el disco *ochofientas* mil veces –dijo Kyra con un tono serio y declamatorio–. Estoy cansada.

Mattie hizo ademán de levantarse, pero yo la detuve. – ¿Puedo ir yo?

Ella asintió y sonrió. –Si quieres.

Cogí a Kyra en brazos y la llevé a la caravana. Se oyó otro trueno, largo y grave como el gruñido de un perro gigantesco. Alcé la vista para mirar las nubes, y en ese momento un movimiento me llamó la atención. Era un viejo coche azul que pasaba por Wasp Hill Road en dirección oeste, hacia el lago. La única razón por la que reparé en él fue porque llevaba una de esas estúpidas pegatinas del Village Cafe; LA BOCINA NO FUNCIONA. PERMANEZCA ATENTO AL DEDO. Subí los peldaños de la entrada y crucé la puerta, girando a Kyra en mis brazos para que no se golpeará la cabeza. –

Cúidame –dijo ella medio dormida y con una voz tan triste que me sobrecogió. Era como si supiera que pedía algo imposible–. Cúidame, soy pequeña, mamá dice que soy pequeña.

–Te cuidaré –prometí y volví a besarla en el sedoso entrecejo–. No te preocupes, Ki; duerme.

La llevé a su habitación y la dejé en la cama. Para entonces, ya estaba totalmente dormida. Le limpié la nata de la nariz y le quité el grano de maíz de la barbilla. Consulté el reloj y vi que eran las dos menos diez. A esa hora, la gente del pueblo ya se había reunido en la iglesia bautista. Bill Dean llevaba una corbata gris. Buddy Jellison se había puesto sombrero y estaba detrás de la iglesia con otros hombres, fumando un cigarrillo antes de entrar. Cuando me volví, Mattie estaba en la puerta.

–Mike –dijo–. Ven aquí, por favor.

Me acerqué. Esta vez no había tela entre su cintura y mis manos. Su piel era cálida y tan sedosa como la de su hija. Me miró a los ojos con los labios entreabiertos. Sus caderas rozaron las mías, y cuando notó algo duro allí abajo, se apretó con más fuerza.

–Mike –repitió.

Cerré los ojos. Me sentí como alguien que acaba de llegar al umbral de una habitación brillantemente iluminada y llena de gente riendo y conversando. Y bailando. Porque a veces eso es lo único que queremos hacer.

Quiero entrar, pensé. Eso es lo que quiero hacer, lo único que quiero hacer. Déjame hacer lo que quiero. Déjame... Me di cuenta de que estaba diciéndolo en voz alta, susurrándolo al oído de Mattie mientras mis manos se paseaban por su espalda, mis dedos bordeaban la columna, tocaban los omóplatos y luego se deslizaban hacia el frente para cubrir sus pequeños pechos.

–Sí –dijo ella–. Lo que los dos queremos sí, está bien. Alzó las manos y me secó las lágrimas con los pulgares. Me aparté de ella.

–La llave...

–Ya sabes dónde está

–Vendré esta noche.

–Estupendo.

–He estado... –tuve que aclararme la garganta. Miré a Kyra, que estaba profundamente dormida. – He estado muy solo. Creo que hasta ahora no me había dado cuenta de ello.

–Yo también pero yo me di cuenta por los dos. Por favor, bésame.

La besé. Creo que nuestras lenguas se tocaron, pero no estoy seguro. Lo que recuerdo con más claridad es su vitalidad. Era como una peonza que giraba suavemente entre mis brazos.

– ¡Eh! –llamó John desde fuera de la caravana y nos separamos en el acto–. ¿Nos echáis una mano? ¡Va a empezar a llover!

–Gracias por decidirte –me dijo Mattie en voz baja.

Dio media vuelta y corrió por el estrecho pasillo de la caravana. La siguiente vez que se dirigió a mí, creo que no sabía con quién hablaba ni dónde estaba. La siguiente vez que me habló, agonizaba.

–No despiertes a la niña –oí que le decía a John.

–Lo siento, lo siento –respondió él.

Yo permanecí un momento donde estaba, recuperando el aliento. Luego me metí en el baño y me lavé la cara con agua fría: Recuerdo haber visto una ballena de plástico azul en la bañera cuando me volví a coger una toalla. Recuerdo que pensé que quizá echara burbujas por el agujero, e incluso recuerdo que se me ocurrió una idea para un cuento infantil, con una ballena como protagonista. ¿La llamaría Willie?, no, demasiado obvio.

Mejor Wilhelm; sonaba al mismo tiempo contundente y divertido.

Recuerdo el estampido de un trueno. Recuerdo que me sentía feliz porque por fin había tomado una decisión y podría esperar la noche con ilusión. Recuerdo el murmullo de voces masculinas y de la voz de Mattie respondiendo dónde tenían que guardar las cosas: Luego oí que todos salían fuera otra vez.

Bajé la vista y vi que cierto bulto de mi cuerpo se estaba reduciendo. Recuerdo que pensé que no había nada tan ridículo como un hombre sexualmente excitado, sabiendo que había tenido ese mismo pensamiento antes, quizá en un sueño. Salí del baño, eché otro vistazo a Kyra –que estaba tendida de lado, profundamente dormida– y crucé el pasillo. Acababa de llegar al salón cuando oí tiros en el exterior. En ningún momento confundí el sonido con truenos. Hubo un instante en que pensé que era el petardeo de un coche –del coche de carreras de algún crío–, pero enseguida lo supe. Una parte de mí había estado esperando que ocurriera algo... pero esperaba fantasmas en lugar de tiros.

Un error fatal.

Fue el rápido ¡pa, pa, pa! de una automática (resultó ser una Glock de 19 milímetros).

Mattie gritó; un grito agudo y penetrante que me heló la sangre. Oí un grito de dolor de John y luego la voz de George Kennedy:

– ¡Al suelo, al suelo! ¡Por el amor de Dios, arrojadla al suelo! Algo similar a granizo golpeó la caravana, una sucesión de estampidos que avanzaron de oeste a este. Algo estalló en el aire delante de mis ojos... lo oí. Fue un sonido casi musical, como el de la cuerda de una guitarra al romperse. En la mesa de la cocina, la ensaladera se hizo añicos.

Corrí hacia la puerta y salté por encima de los escalones. Vi que la barbacoa estaba volcada y que las brasas ya estaban encendiendo algunas matas de hierba. Vi a Rommie Bissonette sentado con las piernas extendidas, mirándose el tobillo ensangrentado con cara de perplejidad. Mattie estaba a cuatro patas junto a la barbacoa con el pelo colgándole sobre la cara; era como si quisiera apagar las brasas antes de que provocaran un incendio. John se tambaleó hacia mí, tendiéndome una mano. Más arriba, su brazo estaba empapado en sangre.

Y vi el coche que había visto antes, el sedán con la pegatina. Había subido por la Calle –los hombres que estaban en el interior habían pasado una primera vez para vigilarnos– y luego había dado la vuelta. El tirador todavía estaba asomado por la ventanilla del acompañante. Vi el arma humeante en sus manos. Sus facciones eran una mancha azul rota sólo por unas grandes órbitas: un pasamontañas de esquí.

El cielo rugió con un trueno largo y ensordecedor.

George Kennedy caminaba hacia el coche, sin prisa, apartando las brasas encendidas con el zapato y sin preocuparse por la mancha grande de sangre que se extendía por su muslo derecho; ni siquiera se dio prisa cuando el tirador volvió a meter la cabeza dentro del coche y gritó "¡Vamos, vamos, vamos!" al conductor que también llevaba un pasamontañas azul; no, George no se daba prisa, nada de prisa, e incluso antes de ver la pistola en su mano, supe por qué en ningún momento se había quitado la ridícula chaqueta del traje, por qué había jugado con el disco de playa con ella puesta.

El coche azul (resultó ser un Ford del 97, registrado a nombre de Sonia Belliveau, de Auburn, que había denunciado su robo el día anterior) había subido al borde del camino y en ningún momento se había detenido. Ahora aceleró, levantando una nube de polvo con las ruedas traseras culeando. Derribó el buzón de Mattie, que voló sobre el camino.

Pero George no se dio prisa. Juntó las manos, sujetando la pistola con la derecha y estabilizándola con la izquierda. Disparó cinco tiros. Los dos primeros en el maletero: vi cómo aparecían los agujeros. El tercero hizo estallar el parabrisas trasero del Ford, y al mismo tiempo oí un grito de dolor. El cuarto no sé adónde fue. El quinto reventó el neumático trasero izquierdo. El Ford derrapó hacia ese lado, el conductor casi consiguió dominarlo, pero finalmente perdió el control. El coche se metió en la zanja a unos treinta metros de la caravana de Mattie y cayó de lado. Se oyó un estampido y las llamas envolvieron la parte trasera. Uno de los disparos de George debió de alcanzar el depósito de gasolina. El tirador trató de salir por la ventanilla del acompañante.

–Ki... llévate a Ki... –susurró una voz ronca.

Mattie avanzaba a gatas hacia mí. Una parte de su cabeza –la derecha– tenía el aspecto de siempre, pero la izquierda era una ruina. Un ojo azul me miraba con asombro a través de los mechones de pelo ensangrentados. Sobre su hombro bronceado había esquirlas de hueso que parecían fragmentos de loza. Cómo me gustaría decirles que no recuerdo nada de eso, cómo me gustaría que otra persona os dijera que Michael Noonan murió antes de ver eso, pero no puedo. "Ay" es la palabra que suele aparecer en los crucigramas, una palabra de sólo dos letras para expresar un gran dolor.

–Ki... Mike, llévate a Ki...

Me arrodillé y la rodeé con mis brazos, pero ella se resistió. Era joven y fuerte, e incluso con la materia gris de su cerebro asomando por su cráneo roto, se resistió, llorando por su hija, dispuesta a ir a buscarla para llevarla a un lugar seguro.

–Mattie, está bien –dije. En la iglesia bautista los lugareños; cantaban Blessed Assurance, pero sus ojos estaban tan ausentes como el ojo que ahora me miraba a través del cabello sanguinolento–. Mattie, para, descansa, está bien.

–Ki... llévate a Ki... no dejes que...

–No le harán daño, Mattie, te lo prometo. –Se escabulló de mis brazos, resbaladiza como un pez, y gritó el nombre de su hija, tendiendo las manos ensangrentadas hacia la caravana.

Los pantalones rosas y la camiseta se habían teñido de un color rojo intenso. La sangre salpicaba la hierba mientras Mattie la aplastaba y tiraba de ella. Al pie de la colina se oyó la explosión gutural

del depósito del Ford. El humo negro se elevó hacia el cielo negro. Se oyó otro trueno largo y ensordecedor, como si el cielo dijera: "¿Queréis ruido? Pues aquí lo tenéis."

– ¡Dime que Mattie está bien, Mike! –gritó John con voz temblorosa–. ¡Por el amor de Dios, dime que...!

Cayó de rodillas junto a mí con los ojos en blanco. Estiró un brazo, me cogió del hombro y prácticamente me desgarró la camisa cuando perdió su batalla para permanecer consciente y cayó de lado junto a Mattie. Un hilo de saliva se deslizó por una comisura de su boca. A unos cuatro metros de allí, junto a la barbacoa volcada, Rommie apretó los dientes con expresión de dolor e intentó ponerse en pie. George estaba en medio de Wasp Hill Road, recargando el arma con las municiones que aparentemente guardaba en el bolsillo de la chaqueta y mirando cómo el atacante trataba de salir del coche volcado antes de que lo devoraran las llamas. Ahora toda la pierna derecha de George estaba roja. Puede que viva, pensé, pero nunca volverá a usar ese traje.

Abracé a Mattie, puse mi cara junto a la suya y mi boca junto a la única oreja que le quedaba y susurré:

–Kyra está bien. Está dormida. Te prometo que no le pasará nada.

Mattie pareció entenderme, dejó de resistirse y cayó sobre la hierba, temblando de la cabeza a los pies.

–Ki... Ki...

Éstas fueron sus últimas palabras. Una mano cogió a tientas un puñado de hierba y lo arrancó.

–Aquí –oí que decía George–. Ven aquí, hijo de puta, no se te ocurra tratar de escapar.

– ¿Cómo está? –preguntó Rommie mientras se acercaba cojeando. Su cara estaba blanca como el papel. Antes de que yo pudiera responder, dijo–: Oh, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús. Oh, María, sin pecado concebida, ruega por nosotros que hemos recurrido a ti. Ay, no, Mike, no.

Comenzó otra vez, en esta ocasión en el francés de Lewiston Street, lo que los viejos del lugar llaman la parle.

–Calla –dije y me obedeció, como si hubiera estado esperando que se lo dijera–. Entra en la caravana y mira cómo está Kyra, ¿podrás hacerlo?

–Sí. –Echó a andar hacia la caravana, cogiéndose la pierna herida.

Con cada paso soltaba un agudo grito de dolor, pero de algún modo consiguió seguir.

Olí a hierba quemada. Percibí la proximidad de la tormenta eléctrica en el viento que arreciaba. Y bajo mis manos, sentí que los giros de la peonza se hacían cada vez más lentos a medida que Mattie se iba.

Le di la vuelta, la cogí entre mis brazos y la acuné.

En la iglesia bautista, el pastor leía ahora el salmo ciento treinta y nueve en memoria de Royce: "Yo digo que aunque la oscuridad me cubra, incluso la noche será luz." El pastor leía y los marcianos escuchaban. Acuné a Mattie entre mis brazos bajo las nubes negras. Se suponía que esa noche me reuniría con ella, que usaría la llave que estaba debajo de la maceta y me reuniría con ella. Había bailado de puntillas sobre el disco de playa rojo, había bailado como una ola en el océano, y ahora moría entre mis brazos mientras matas dispersas de hierba se quemaban y el hombre que se había sentido tan atraído por ella como yo estaba tendido a su lado, inconsciente, con el brazo derecho teñido de sangre desde la manga de la camiseta con la inscripción SOMOS LOS CAMPEONES hasta su muñeca huesuda y cubierta de pecas.

–Mattie –dije–. Mattie, Mattie, Mattie. –La acuné y pasé mi mano por su frente, que en el lado derecho estaba milagrosamente limpia de sangre. El cabello cayó sobre el lado destrozado de su cara–. Mattie –dije–, Mattie, Mattie, ay, Mattie.

Destelló un relámpago, el primero que había visto, e iluminó el cielo en el oeste formando un brillante arco azul. Mattie tembló violentamente en mis brazos, desde el cuello a los dedos de los pies. Tenía los labios apretados, el entrecejo fruncido como si estuviera concentrada en algo. Su mano se elevó buscando mi cuello, como una persona que cae por un precipicio y busca a ciegas cualquier cosa donde aferrarse. Luego cayó y quedó inerte sobre la hierba, con la palma hacia arriba. Mattie tembló una vez más –todo su delicado peso tembló entre mis brazos– y luego se quedó inmóvil.

CAPITULO 26

Después, hasta que hice lo que hice, estuve la mayor parte del tiempo más allá de los límites de la realidad. Regresé varias veces—por ejemplo cuando el papel con la genealogía garabateada cayó de uno de mis blocs de notas—, pero fueron sólo interludios breves. En cierto sentido era como mi sueño con Mattie, Jo y Sara; era como la terrible fiebre que había estado a punto de matarme cuando era un niño. Yo estaba más allá de los límites de la realidad. Ojalá no hubiera sido así.

George llegó precedido del hombre del pasamontañas azul. George cojeaba ostensiblemente. Olí a aceite caliente, gasolina y neumáticos quemados.

—¿Mattie está muerta? —preguntó George.

—Sí.

—¿Y John?

—No lo sé —respondí, y en ese mismo momento John se movió y gimió. Estaba vivo, pero sangraba profusamente.

—Escucha, Mike —comenzó George, pero antes de que pudiera decir nada más, se oyeron unos pavorosos gritos procedentes del coche en llamas. Era el conductor, que se estaba quemando vivo. El tirador se giró hacia allí y George levantó la pistola—. Muévete y te mato.

—No puede dejar que muera así —protestó el tirador detrás del pasamontañas—. Ni un perro merece morir de esa manera.

—Ya está muerto —replicó George—. No podrías acercarte a más de tres metros del coche sin un traje de amianto. —Se tambaleó ligeramente. Su cara estaba blanca como la mancha de nata que yo le había quitado a Ki de la nariz. El atacante hizo ademán de, lanzarse sobre él y George levantó aún más la pistola—. La próxima vez que te muevas, no te detengas. Porque yo no me detendré. Te lo garantizo. Ahora quitate el pasamontañas.

—No.

—Ya estoy harto de ti. Saluda a Dios de mi parte.

—George amartilló la pistola.

—Por el amor de Dios —dijo el tirador y se quitó el pasamontañas.

Era George Footman, cosa que no me sorprendió. El conductor soltó otro grito estridente en la bola de fuego del Ford y luego calló. El humo se elevaba en nubes negras. Se oyeron más truenos.

—Mike, entra y busca algo para atarlo —dijo George Kennedy—. Puedo vigilarlo otro minuto, dos si es necesario, pero estoy sangrando como un cerdo empalado. Busca cinta adhesiva de embalar. Eso serviría para mantener atado a Houdini.

Footman se quedó donde estaba, mirando primero a Kennedy, luego a mí y por fin a Kennedy otra vez. Luego paseó la vista por la carretera 68, que estaba misteriosamente desierta. O tal vez no fuera un misterio, habida cuenta de que se habían pronosticado tormentas. Los turistas y los residentes de verano estarían a cubierto y los lugareños...

Los lugareños... estaban escuchando. O algo parecido. El pastor hablaba de Royce Merrill, que había tenido una vida larga y fructífera, que había servido a su país en la paz y en la guerra, pero los lugareños no le escuchaban a él. Nos escuchaban a nosotros, igual que en tiempos pasados se reunían junto al frasco de los encurtidos de la tienda Lakeview para oír los combates de boxeo por la radio.

Bill Dean cogía la muñeca de Yvette con tanta fuerza que sus uñas estaban blancas. Le hacía daño, pero ella no protestaba. Ella quería que la cogiera así. ¿Por qué?

—¡Mike! —La voz de George era claramente más débil—. Por favor, ayúdame. Este hombre es peligroso.

—Déjame marchar—dijo Footman—. Será mejor así, ¿no crees?

—Ni lo sueñes, hijo de puta —respondió George.

Me levanté, pasé junto a la planta de la maceta que ocultaba la llave y subí los peldaños de la entrada. Un relámpago iluminó el cielo y le siguió el rugido de un trueno.

En el interior, Rommie estaba sentado en una silla de la cocina. Tenía la cara aún más blanca que la de George.

–La niña está bien –dijo con un esfuerzo evidente–. Pero creo que se despertará de un momento a otro... No puedo andar. Mi tobillo está destrozado.

Fui hacia el teléfono.

–No te molestes –dijo Rommie con voz ronca y temblorosa–. Ya lo he intentado. Está muerto. La tormenta ya debe de haberse desatado en los pueblos vecinos y ha afectado a las líneas. Dios, no había sentido tanto dolor en mi vida.

Comencé a abrir todos los cajones de la cocina, buscando cinta de embalar, una cuerda para la ropa, cualquier cosa. Si George se desmayaba mientras yo estaba allí, el otro George lo mataría; y también mataría a John, que estaba inconsciente sobre la hierba humeante. Luego entraría en la caravana y nos dispararía a Rommie, a mí y por último a Kyra.

–No, a Kyra no –dije–. Le perdonaré la vida. Y eso podría ser mucho peor.

En el primer cajón había cubiertos. Bolsas para bocadillos, bolsas de basura y ordenadas pilas de cupones de descuento en el segundo. Manoplas para horno y posaplatos en el tercero...

– ¿Dónde está Mattie, Mike?

Me volví, sintiéndome tan culpable como un hombre que ha sido sorprendido mirando fotografías pornográficas o mezclando drogas ilegales. Kyra estaba en el extremo del pasillo que daba al salón, con el cabello sobre las mejillas enrojecidas por el sueño y la diadema colgando de la muñeca como si fuera una pulsera. Tenía los ojos muy abiertos, llenos de miedo. No la habían despertado los disparos, ni siquiera los gritos de su madre. La había despertado yo. Mis pensamientos.

En el instante en que tomé conciencia de ello, traté de resguardarlos, pero ya era demasiado tarde. Así como antes me había sorprendido recordando a Devore y me había dicho que no pensara en cosas tristes, ahora leyó en mi mente lo que le había pasado a su madre antes de que yo tuviera tiempo de quitármela de la cabeza.

Se quedó boquiabierta, abrió los ojos como platos. Gritó como si acabara de pillarse la mano en una prensa y corrió hacia la puerta.

– ¡No, Kyra, no!

Crucé la cocina corriendo, chocando con la silla de Rommie (que me miró con la expresión confundida de alguien que no está del todo consciente) y la cogí justo a tiempo. En ese mismo momento vi a Buddy Jellison, que salía de la iglesia bautista por una puerta lateral. Le acompañaban dos de los hombres que habían estado fumando con él. Ahora comprendí por qué Bill cogía con tanta fuerza a Yvette... y lo quise por ello, los quise a los dos. Alguien quería que fuera con Buddy y los demás, pero Bill se resistía.

Kyra luchó entre mis brazos, hizo varias intentonas de correr hacia la puerta y gritó:

–Déjame salir, quiero ver a mi mamá. Déjame salir, quiero ver a mi mamá...

Le grité con la única voz que sabía que escucharía, la voz que sólo podía usar con ella.

Se relajó poco a poco entre mis brazos y me miró con los ojos enormes, confundidos y brillantes por las lágrimas. Me miró un poco más y por fin pareció comprender que no tenía que salir. La solté. Permaneció donde la dejé unos segundos y luego retrocedió hasta que se topó con el lavavajillas. Se deslizó por la pared blanca y lisa del aparato hasta quedar sentada en el suelo. Luego empezó a llorar, emitiendo los sonidos de tristeza más pavorosos que he oído en mi vida. Lo entendía todo, ¿sabéis? Tuve que revelarle lo suficiente para que no saliera, tuve que... y pude hacerlo porque estábamos juntos más allá de los límites de la realidad.

Buddy y sus amigos estaban en una furgoneta y se dirigían hacia la caravana.

CONSTRUCCIONES BAMM se leía en un lateral. – ¡Mike! –gritó George. Parecía aterrorizado–. ¡Date prisa!

– ¡Un momento! –grité–. ¡Un momento, George!

Mattie y los demás habían comenzado a apilar los platos sucios junto al fregadero, pero estoy casi seguro de que no había nada encima del mostrador de formica que estaba sobre los cajones cuando yo había corrido tras Kyra. Pero ahora había algo. El azucarero amarillo se había volcado. En el azúcar derramado alguien había escrito lo siguiente:

vete ahora

–Y una mierda –murmuré y registré el resto de los cajones. No había cinta de embalar ni soga. Ni siquiera unas puñeteras esposas; en cualquier cocina bien equipada, es posible encontrar por lo menos tres o cuatro pares. Entonces se me ocurrió una idea y miré en el armario de debajo del fregadero. Cuando salí, nuestro George se estaba desangrando en pie y Footman lo miraba con la concentración de un depredador.

– ¿Has encontrado cinta de embalar? –preguntó George Kennedy.

–No, algo mejor –respondí–. Dime, Footman, ¿quién te ha pagado? ¿Devore o Whitmore? ¿O no lo sabes?

–Vete a la mierda –respondió.

Yo tenía la mano derecha a la espalda. Señalé hacia el pie de la colina con la izquierda, simulando sorpresa.

– ¿Qué demonios hace Osgood? ¡Dile que se largue! Footman miró en esa dirección –fue un acto reflejo– y le di un golpe en la cabeza con el martillo de orejas que yo había encontrado en la caja de herramientas, debajo del fregadero. El sonido fue horrible, el chorro de sangre que brotó del cuero cabelludo fue horrible, pero lo peor fue la sensación de que el cráneo cedía, se hundía como una esponja hasta el mango y hasta mis dedos. Footman se desplomó como un saco de patatas y yo arrojé el martillo al suelo.

–Vale –dijo George–. Un golpe desagradable, pero supongo que no podrías haber hecho nada mejor dadas las cir... dadas las cir...

No se desplomó como Footman –fue una caída más lenta y controlada, casi elegante–, pero estaba igual de inconsciente. Cogí el revólver, lo miré y lo arrojé hacia el bosque, al otro lado del camino. En esos momentos no necesitaba un arma. Sólo me crearía más complicaciones.

Otra pareja de hombres había salido de la iglesia. También se alejaba de allí un coche lleno de mujeres vestidas de negro y con velo. Tenía que darme aún más prisa. Le desabroché el cinturón a George y le bajé los pantalones. La bala le había desgarrado el muslo, pero la sangre parecía estar coagulándose. El brazo de John era otra historia: la sangre seguía manando a borbotones. Le quité el cinturón y se lo até alrededor del brazo con tanta fuerza como pude. Luego le di unas palmadas en la cara. Abrió los ojos y me miró con expresión confundida, como si no me reconociera.

– ¡Abre la boca, John! –Pero se limitó a mirarme fijamente. Me incliné sobre él, hasta que mi nariz prácticamente tocó la suya y grité–: ¡ABRE LA BOCA! ¡AHORA!

La abrió como un niño cuando la enfermera le dice que diga "aaaa". Le metí la punta del cinturón entre los dientes. – ¡Cierra! –La cerró–. Ahora aprieta los dientes –dije–. Sigue apretando aunque te desmayes.

No tenía tiempo para comprobar si me había prestado atención. Me puse en pie, miré hacia arriba y el mundo entero se volvió de un fulgurante color azul. Durante un instante, fue como estar dentro de un cartel de neón. Allí arriba había un río negro suspendido en el aire, ondulándose y enroscándose como un nido de víboras. Nunca había visto un cielo tan siniestro.

Corrí otra vez al interior de la caravana. Rommie había caído sobre la mesa, con la cabeza sobre los brazos doblados. Habría parecido un niño de párvulos tomándose un descanso, si no hubiera sido por la ensaladera rota y por los trozos de lechuga adheridos a su pelo.

Kyra todavía estaba sentada con la espalda apoyada en el lavavajillas, llorando histéricamente.

La cogí en brazos y me di cuenta de que se había hecho pis. –Tenemos que irnos, Ki –

¡Quiero ir con Mattie! ¡Quiero ir con mi mamá! ¡Quiero a mi mamá, haz que deje de estar herida!
¡Haz que deje de estar muerta!

Corrí por la caravana. De camino a la puerta, pasé junto a la mesita auxiliar donde estaba la novela de Mary Higgins Clark. Otra vez me fijé en las cintas para el pelo, unas cintas que quizá Ki se había probado antes de la fiesta y descartado en favor de la diadema. Eran blancas con los bordes rojos. Bonitas. Las cogí sin detenerme, me las metí en un bolsillo del pantalón y luego cambié a Ki de brazo.

– ¡Quiero ir con Mattie! ¡Quiero ir con mi mamá! ¡Haz que vuelva! –Me daba puñetazos en el pecho para que me detuviera, luego empezó a echarse atrás, a patalear en mis brazos y a golpearme la cabeza–. ¡Bájame! ¡Bájame!

–No, Kyra.

– ¡Bájame! ¡Bájame! ¡Bájame!

La estaba perdiendo, pero de repente, en cuanto salimos de la caravana, dejó de luchar.

– ¡Dame a Stricken! ¡Quiero a Stricken!

Al principio no sabía de qué hablaba, pero cuando miré hacia donde señalaba, la entendí. Tendido en el camino, no muy lejos de la maceta que ocultaba la llave, estaba el perrito de peluche de la Happy Meal de Ki. A juzgar por su aspecto, Strickland había soportado muchos juegos al aire libre –la piel gris clara se había vuelto gris oscura con el polvo–, pero había posibilidades de que el juguete la tranquilizara, sería mejor que se lo diera. No era el momento de preocuparse por la suciedad y los gérmenes.

–Te daré a Strickland si me prometes que cerrarás los ojos y no los abrirás hasta que yo te lo diga. ¿Me lo prometes?

–Te lo prometo –respondió.

Ki temblaba en mis brazos y grandes lágrimas como globos –de las que uno espera ver en las ilustraciones de los cuentos de hadas, pero no en la vida real– brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas. Olí a hierba quemada y a bistecs chamuscados. Por un pavoroso instante pensé que iba a vomitar, pero conseguí dominarme.

Ki cerró los ojos. Otras dos lágrimas cayeron de ellos hasta mis brazos. Estaban calientes. Tendí una mano, buscando a tientas. Bajé por los peldaños, cogí al perrito y vacilé un momento. Primero las cintas, luego el perro. Tal vez no hubiera problemas con las cintas, pero no me convencía la idea de darle el perro y permitir que lo llevara con nosotros. No me convencía, pero...

"Es gris, irlandés –susurró la voz sobrenatural–. No debes preocuparte por él, porque es gris. El muñeco de peluche de tu sueño era negro."

No acababa de entender de qué hablaba la voz, pero no tenía tiempo para preocuparme por eso. Puse el perro de peluche en la mano abierta de Kyra. Ella se lo llevó a la cara y besó la piel sucia sin abrir los ojos.

–Stricken podría hacer que mamá se pusiera mejor, Mike. Stricken, el perro mágico.

–Tú mantén los ojos cerrados. No los abras hasta que yo te lo diga.

Apoyó la cara contra mi cuello. Crucé el jardín y me dirigí al coche. Dejé a Ki en el asiento delantero, del lado del acompañante. Ella se recostó tapándose la cara con los brazos, con el sucio perro de peluche apretado en una mano gordezuela. Le dije que se quedara así, tendida en el asiento. Ki no hizo ninguna señal de que me hubiera oído, pero yo sabía que lo había hecho.

Teníamos que darnos prisa porque los viejos residentes se acercaban. Los viejos querían que este asunto acabara, querían que el río llegara al mar. Sólo podíamos ir a un lugar, sólo estaríamos seguros en un sitio: Sara Risa. Pero antes tenía que hacer algo. En el maletero llevaba una manta, vieja pero limpia. La saqué, crucé el jardín y la arrojé sobre Mattie Devore. El bulto que quedaba debajo parecía tristemente insignificante. Eché un vistazo alrededor y vi que John me miraba. Tenía los ojos vidriosos, pero me pareció que estaba recuperando la conciencia. Todavía sujetaba el cinturón con los dientes y parecía un yonqui preparándose para inyectarse una dosis.

–O uede er–dijo.

"No puede ser"; yo sabía exactamente cómo se sentía. –Llegará ayuda dentro de unos minutos. Aguanta. Tengo que irme.

– ¿Ir ónde?

No le respondí. No tenía tiempo. Me detuve para tomar el pulso de George Kennedy.

Lento, pero fuerte. A su lado, Footman estaba inconsciente, pero murmuraba algo incomprensible. No estaba muerto. No es fácil matar a un hombre. El viento caprichoso soplaba el humo del coche volcado en mi dirección y ahora además de a bistecs olía a carne humana quemada. Volví a sentir náuseas.

Corrí hacia el Chevrolet, me senté detrás del volante y retrocedí por el sendero. Eché un último vistazo al cuerpo cubierto con una manta, a los tres hombres inconscientes, a la caravana con una fila de agujeros de bala, inclinada hacia un costado y con la puerta abierta. John estaba encaramado sobre su codo sano, con la punta del cinturón todavía en la boca, mirándome con perplejidad. Hubo un relámpago tan brillante que hice ademán de protegerme la vista, pero cuando terminé de levantar la mano, el fogonazo había desaparecido y el día estaba tan oscuro que parecía de noche.

–Sigue tumbada, Ki –dije–. Tal como estás.

–No te oigo –dijo con una voz tan ronca y ahogada en lágrimas que apenas si le entendí–.

Ki está durmiendo la siesta con Stricken.

–De acuerdo –dije–. Estupendo.

Pasamos junto al Ford en llamas, y cuando llegamos al pie de la colina, me detuve junto a la señal de stop, oxidada y agujereada por las balas. Miré a la derecha y vi la furgoneta aparcada en el arcén. Con la inscripción CONSTRUCCIONES BAMM en el lateral.

Los tres hombres apretujados en la cabina me miraban. El que estaba junto a la ventanilla del acompañante era Buddy Jellison; lo reconocí por el sombrero. Muy despacio y deliberadamente, levanté la mano derecha con el dedo corazón extendido.

Ninguno de ellos respondió y sus caras pétreas no cambiaron de expresión, pero la furgoneta comenzó a avanzar lentamente en mi dirección.

Torcí a la izquierda por la carretera 68 y me dirigí a Sara Risa bajo el cielo negro.

Tres kilómetros antes del punto en que el camino Cuarenta y dos corta la carretera y serpea hacia el oeste en dirección al lago, había un viejo granero abandonado en el que todavía era posible descifrar las letras descoloridas de LÁCTEOS DONCASTER.

Cuando nos acercamos, toda la parte este del cielo se iluminó, convirtiéndose en una ampolla púrpura y blanca. Grité, y la bocina del Chevrolet sonó... sola; estoy casi seguro. Un rayo brotó de la parte inferior de la ampolla de luz y cayó sobre el granero.

Por un instante, permaneció allí, resplandeciendo como material radiactivo, y luego se extendió en todas las direcciones. Nunca había visto nada parecido fuera de un cine. El trueno que siguió fue como una bomba. Kyra gritó y se deslizó al suelo, tapándose los oídos con las manos. Todavía tenía al perrito de peluche en una de ellas.

Un minuto después, llegué a lo alto de Sugar Ridge. El camino Cuarenta y dos tuerce a la izquierda desde la carretera, al pie de la ladera norte de esa colina. Desde arriba podía ver una amplia extensión de TR-90: bosque, campos, graneros y granjas e incluso la oscura superficie del lago. El cielo estaba tan negro como el carbón, destellando casi constantemente con relámpagos. El aire tenía un resplandor ocre claro. Cada vez que inspiraba, mi boca se llenaba de sabor a pólvora. Más allá de la colina, la topografía se veía con una claridad surrealista que no puedo olvidar. Una sensación misteriosa se apoderó de mi cabeza y de mi corazón; la sensación de que el mundo era una piel fina sobre desconocidos huesos y resquicios.

Miré por el retrovisor y vi que dos coches se habían sumado a la furgoneta, uno de ellos con una "V" en la matrícula, lo que significa que el vehículo estaba registrado a nombre de un veterano del ejército. Cuando yo aflojaba la marcha, ellos aflojaban la marcha.

Cuando yo aceleraba, ellos aceleraban. Sin embargo, dudaba que nos siguieran cuando yo girara en el camino Cuarenta y dos.

– ¿Ki, te encuentras bien?

–Estoy durmiendo –dijo desde el suelo.

–Vale –respondí y comencé a bajar por la colina.

Poco después de vislumbrar las luces de bicicleta que señalaban el camino Cuarenta y dos, comenzó a granizar. Grandes trozos de hielo blanco caían del cielo, tamborileaban en el techo como unos dedos pesados y rebotaban en el capó.

Comenzaron a acumularse en la ranura de los limpiaparabrisas.

– ¿Qué pasa? –gritó Kyra.

–Sólo es granizo –respondí–. No puede hacernos daño.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando una piedra de granizo del tamaño de un limón cayó sobre mi lado del parabrisas y rebotó, dejando una marca blanca de la que salieron varias grietas. ¿Seguirían John y George Kennedy tendidos en el suelo, indefensos bajo la granizada? Dirigí mi mente hacia allí, pero no percibí nada.

Cuando torcí a la izquierda para coger el camino Cuarenta y dos, granizaba tanto que era prácticamente imposible ver algo. Las rodadas estaban cubiertas de hielo, pero el manto blanco acababa bajo los árboles. Enfilé hacia allí, y en el camino encendí las luces altas, que cortaron brillantes conos en la lluvia de granizo. Cuando llegamos bajo los árboles, esa ampolla púrpura y blanca volvió a resplandecer y el espejo retrovisor se puso demasiado brillante para mirarlo. Se oyó un ruido ensordecedor y Kyra gritó otra vez. Miré alrededor y vi un abeto grande y viejo

tambaleándose lentamente sobre el camino, con el tronco en llamas. Había derribado los cables eléctricos al caer.

El camino está bloqueado, pensé. Bloqueado de este lado, y probablemente del otro también. Estamos aquí. Para bien o para mal, estamos aquí.

Los árboles que flanqueaban el camino Cuarenta y dos formaban una cúpula, excepto allí donde pasaba junto a Tidwell's Meadow. El granizo caía sobre el capó con un traqueteo pavoroso, como si algo se estuviera astillando. Claro que los árboles se estaban astillando; fue la granizada más devastadora que caería nunca en esa parte del mundo, y aunque duró sólo quince minutos, bastó para destruir los cultivos de toda la temporada.

Los rayos destellaban en lo alto. Alcé la vista y vi una bola de fuego grande, perseguida por otra más pequeña. Pasaron entre los árboles a nuestra izquierda, prendiendo fuego a las ramas más altas. Cuando llegamos al claro de Tidwell's Meadow, el granizo se convirtió en una lluvia torrencial. No habría podido seguir conduciendo si no hubiéramos vuelto a entrar en el bosque casi de inmediato, pero allí encontramos el cobijo suficiente para que yo pudiera avanzar muy despacio, encorvado sobre el volante y escrutando la cortina plateada del agua que caía dentro del triángulo proyectado por las luces altas. Los truenos no paraban de detonar y el viento que acababa de levantarse se precipitaba entre los árboles sonando como una voz desdeñosa. Más adelante, una rama pesada y llena de hojas cayó al suelo. Pasé por encima y la oí crujir y rodar bajo el Chevrolet.

Por favor, que no caiga nada más grande, pensé... aunque quizá estuviera rezando. Por favor, deja que llegemos a la casa. Cuando llegué al sendero de la casa, el viento aullaba, anunciando un huracán. Los árboles retorcidos y la lluvia furiosa hacían que el mundo pareciera a punto de convertirse en gachas blandas. La cuesta del sendero se había convertido en un río, pero bajé con el Chevrolet sin vacilar un instante: no podíamos quedarnos allí; si caía un árbol grande sobre el coche, nos aplastaría como a moscas.

Sabía que no debía usar los frenos, pues el coche podía derrapar y caer rodando por la cuesta hasta el lago. De modo que reduje a la primera, puse el freno de mano y dejé que el motor nos llevara cuesta abajo mientras la lluvia formaba una cortina sobre el parabrisas y convertía la casa de troncos en un fantasma. Aunque parezca increíble, algunas de las luces seguían encendidas y brillaban como las portillas de una batisfera sumergida en tres metros de agua. Eso significaba que el generador seguía funcionando... al menos por el momento.

Un rayo cayó como una lanza en el lago y su fuego verde azulado iluminó un oscuro pozo de agua con crestas blancas en la superficie. La tormenta había derribado uno de los pinos centenarios que antes había estado a la izquierda de la escalinata que conducía al lago, y la mitad del árbol estaba sumergida en el agua. A nuestra espalda cayó otro árbol con estrépito y Kyra se tapó los oídos.

—Tranquila, cariño —dije—. Ya llegamos. Lo hemos conseguido. Apagué el motor y las luces. Sin ellas apenas si veía algo; el día se había quedado sin luz. Quise abrir la puerta, pero no pude. Empujé con más fuerza y esta vez no sólo se abrió, sino que prácticamente fue como si la arrancaran de mis manos. A la luz deslumbrante de un relámpago vi que Kyra gateaba sobre el asiento en dirección a mí. Tenía la cara pálida y los ojos desorbitados, llenos de terror. La puerta quiso cerrarse a mi espalda y al hacerlo me golpeó con fuerza el trasero, pero no le di importancia. Cogí a Kyra en brazos y me volví. La lluvia fría nos empapó en un segundo. Sin embargo, no parecía lluvia; era como si estuviéramos bajo una catarata.

— ¡Mi perrito! —gritó Ki. A pesar del volumen de su grito, no pude oírla. Pero le vi la cara y las manos vacías—. ¡Stricken! ¡Se me ha caído Stricken!

Miré alrededor y allí estaba: flotando junto al nogal del sendero, más allá del porche. Un poco más adelante, el agua se desviaba del pavimento y corría cuesta abajo. Si Strickland era empujado por la corriente, seguramente acabaría en algún lugar del bosque. O en el lago.

— ¡Stricken! —sollozó Ki—. ¡Mi perrito!

De repente, a ninguno de los dos nos preocupó nada aparte de ese estúpido juguete.

Corrí tras él con Ki en brazos, ajeno a la lluvia, el viento y los relámpagos. Pero el perro llegaría antes que yo a la cuesta, pues el agua que lo empujaba corría demasiado aprisa para que lo alcanzara.

Sin embargo, al final de la zona pavimentada lo detuvo un trío de girasoles que se sacudían violentamente en el viento. Parecían devotos extasiados en una ceremonia evangelista: " ¡Sí, Jesucristo! ¡Gracias, Señor!". También me resultaron familiares. Por supuesto, era imposible que fueran los mismos tres girasoles que habían aparecido en mi sueño (y en las fotos de Bill Dean),

pero lo eran; no me cabía la menor duda. Tres girasoles como las tres brujas de Macbeth, tres girasoles con caras como reflectores.

Había regresado a Sara Risa; estaba más allá de los límites de la realidad, había regresado a mi sueño, que esta vez me había poseído.

– ¡Stricken! –Ki se inclinó y serpeó en mis brazos. El terreno estaba demasiado resbaladizo para ser seguro–. ¡Por favor, Mike! ¡Por favor!

Un trueno explotó sobre nuestra cabeza como un tonel de nitroglicerina, y los dos gritamos. Flexioné una rodilla y cogí el perrito de peluche. Kyra lo abrazó y lo cubrió de besos. Me puse en pie al tiempo que sonaba otro trueno que restalló en el aire como un absurdo látigo líquido. Miré los girasoles y ellos parecieron devolverme la mirada:

"Hola, irlandés. Ha pasado mucho tiempo, ¿qué tal te va?" Sujeté lo mejor posible a Ki y eché a andar hacia la casa. No fue fácil; el agua del sendero me llegaba a los tobillos y estaba llena de granizo. Una rama pasó volando a nuestro lado y aterrizó casi en el punto exacto donde yo me había arrodillado para coger a Strickland. Se oyó un estampido y una serie de batacazos cuando una rama más grande cayó en el techo y rodó por él.

Corrí hacia el porche trasero, esperando a medias que la Forma, la figura amortajada, saliera a recibirnos, agitando sus brazos incorpóreos, pero allí no había nada. Sólo la tormenta, y era más que suficiente.

Ki abrazaba al perro con fuerza y descubrí sin sorpresa que la lluvia, combinada con la mugre de tantas horas de juego al aire libre, habían teñido a Stricken de negro. En efecto, era el muñeco que yo había visto en mi sueño.

Pero ya era demasiado tarde. No había otro sitio donde ir, ningún otro lugar donde cobijarnos de la tormenta. Abrí la puerta y entré a Kyra Devore en Sara Risa.

La parte central de la casa –su corazón– tenía más de cien años y había visto muchas tormentas. La que se desató en la región de los lagos esa tarde de julio quizá fuera la peor, pero en cuanto entramos, los dos jadeando como alguien que ha estado a punto de ahogarse, supe casi con absoluta certeza que también resistiría a ésta. Las paredes de troncos eran tan gruesas que tuve la impresión de que entraba en una cámara subterránea. Los estallidos y detonaciones de la tormenta se convirtieron en un rugido monocorde, interrumpido intermitentemente por los truenos y el batacazo de una rama que caía sobre el techo. En algún lugar –supongo que en el sótano– una puerta se abría y se cerraba, sonando como la pistola de un novato. Un árbol pequeño había caído sobre la ventana de la cocina, rompiendo el cristal. Su copa puntiaguda se asomaba al interior, proyectando sombras en el mármol y en los quemadores. Pensé en cortarla, pero decidí que no. Por lo menos bloqueaba el agujero.

Llevé a Ki al salón y desde allí miramos el lago: agua negra adornada con surrealistas lunares luminosos bajo el cielo negro. Los relámpagos no dejaban de destellar, revelando un círculo de árboles que bailaban y se sacudían con frenesí alrededor del bosque. Por muy sólida que fuera la casa, protestaba con crujidos cuando el viento la golpeaba y trataba de empujarla cuesta abajo.

Se oyó un tintineo suave y regular. Kyra levantó la cabeza de mi hombro y miró alrededor.

–Tienes un alce –dijo.

–Sí, se llama Bunter.

– ¿Muerde?

–No, cariño, no puede morder. Es como un... como un muñeco, supongo.

– ¿Por qué suena la campanilla?

–Se alegra de que estemos aquí. Se alegra de que lo hayamos conseguido.

Ella también hizo un esfuerzo por alegrarse, pero enseguida recordó que Mattie no estaba allí para compartir su alegría. Vi que la idea de que Mattie nunca estaría a su lado para compartir su felicidad pasó fugazmente por su mente... y sentí cómo Ki la expulsaba. Algo enorme cayó sobre el techo, las luces parpadearon y Ki se echó a llorar otra vez.

–No, cariño –dije y comencé a pasearme con ella en brazos–. No, cariño, no. No, Ki, no.

– ¡Quiero ir con mi mamá! ¡Quiero ir con Mattie!

La paseé como dicen que hay que pasear a los bebés que tienen cólicos. Entendía demasiadas cosas para tener tres años y, en consecuencia, su sufrimiento era mucho más terrible que el de cualquier otro niño de su edad. Así que la abracé y la paseé, con los pantalones cortos mojados de orina y

agua de lluvia sobre mis manos, los brazos calientes como si tuviera fiebre alrededor de mi cuello, el pelo empapado, el aliento que le olía a acetona, su muñeco convertido en una retorcida masa negra que goteaba agua sucia sobre sus nudillos. La paseé. Caminamos de un extremo al otro del salón bajo la luz tenue de una bombilla y una lámpara. La luz del generador de emergencia nunca es constante: parece respirar y suspirar. Nos paseamos bajo el sonido de la tormenta. Creo que le canté algo y estoy seguro de que la toqué con la mente, de que los dos penetramos más y más profundamente en esa zona que está más allá de los límites de la realidad. Fuera, las nubes corrían y la lluvia arreciaba, extinguiendo los incendios que los rayos habían provocado en el bosque. La casa rugía y el aire se arremolinaba con las rachas que entraban a través del cristal roto, pero a pesar de todo experimentábamos una sensación de seguridad. La sensación de haber regresado a casa.

Por fin los sollozos de Ki comenzaron a remitir. Apoyó la pesada cabecita sobre mi hombro, y cuando pasábamos junto a las ventanas del lado del lago vi que sus ojos miraban la tormenta plateada sin pestañear. La llevaba un hombre alto, cuyo pelo empezaba a ralear. Noté que podía ver la mesa de la cocina atravesándonos. Nuestros reflejos ya son fantasmas, pensé.

– ¿Ki? ¿Quieres comer algo?

–No tengo hambre.

– ¿Quieres un vaso de leche?

–No; chocolate. Tengo frío.

–Sí, claro que tienes frío. Y yo tengo chocolate.

Traté de dejarla en el suelo, pero ella se cogió a mí con fuerza, abrazándome con sus muslos regordetes. La senté sobre mi cadera y ella aflojó los brazos.

– ¿Quién está aquí? –preguntó. Se echó a temblar–. ¿Quién está con nosotros?

–No lo sé.

–Hay un niño –dijo–. Lo he visto ahí.

–Con la mano que sujetaba a Strickland señaló la puerta corredera de la terraza (fuera, todas las sillas habían sido derribadas y arrastradas a las esquinas; una había desaparecido, tal vez caído al otro lado de la barandilla) –.

Era negro, igual que los de una serie divertida de la tele que veo con Mattie. Y hay más gente negra. Una mujer con un sombrero grande.

Un hombre con pantalones azules. Los demás casi no se ven. Pero ellos nos vigilan. Nos vigilan. ¿No los ves?

–No pueden hacernos daño.

– ¿Estás seguro? ¿Estás seguro?

No respondí.

Encontré una caja de cacao detrás de la lata de la harina, abrí uno de los sobres individuales y vacié el contenido en una taza. En ese momento se oyó un trueno. Ki se sobresaltó y soltó un grito largo y angustioso. Yo la abracé y la besé en la mejilla.

–No me bajes, Mike. Tengo miedo.

–No te bajaré. Tú eres mi niña buena.

–Tengo miedo del niño y del hombre de los pantalones azules y de la mujer. Creo que es la misma mujer que tenía puesto el vestido de Mattie. ¿Son fantasmas?

–Sí.

– ¿Y son malos, como los hombres que nos seguían en la feria? ¿Son malos?

–No lo sé, Ki. De veras no lo sé.

–Pero lo descubriremos.

– ¿Eh?

–Es lo que has pensado. Lo descubriremos.

–Sí –respondí–. Supongo que estaba pensando algo así.

La llevé al dormitorio principal mientras se calentaba el agua, pensando que quizá encontrara alguna prenda de mi mujer que sirviera para Ki, pero todos los cajones de la cómoda de Jo estaban vacíos. También estaba vacío su lado del armario. Puse a Ki sobre la gran cama de matrimonio en la que ni siquiera había dormido la siesta desde mi regreso, la desnudé, la llevé al cuarto de baño y la envolví en una toalla. Ella se arrebuñó, temblorosa y con los labios azules. Usé otra toalla para secarle el pelo lo máximo posible. Durante todo este tiempo, Kyra no soltó en ningún momento el perro de peluche, que había empezado a perder el relleno a través de una costura abierta.

Abrí el armarito del baño y encontré lo que buscaba en el estante superior: el Benadryl que tomaba Jo para combatir su alergia a la ambrosía.

Pensé en comprobar la fecha de caducidad en la base de la caja y casi solté una carcajada. ¿Qué más daba? Senté a Ki sobre la tapa del inodoro y dejé que siguiera cogida a mi cuello mientras yo sacaba cuatro cápsulas rosadas y blancas. Enjuagué el vaso de los cepillos de dientes y lo llené de agua fría. Mientras lo hacía, vi movimientos en el espejo del baño, que reflejaba la puerta y el dormitorio. Me dije que no eran más que las sombras de los árboles sacudidos por el viento. Le ofrecí las cápsulas a Ki. Ella tendió la mano para cogerlas, pero en el último momento vaciló.

—Tómalas —dije—. Es una medicina.

— ¿Para qué? —preguntó con la manita encima de las tabletas.

—Es una medicina para la tristeza —respondí—. ¿Puedes tragar píldoras, Ki?

—Claro. Aprendí sola cuando tenía dos años.

Titubeé durante unos instantes más, mirándome y mirando dentro de mí, supongo, para asegurarse de que de verdad creía en lo que le decía. Lo que vio o sintió debió de satisfacerla, porque cogió las cápsulas y se las puso en la boca una tras otra. Las tragó con sorbitos de pájaro de agua y luego dijo:

—Todavía estoy triste, Mike. —Tardarán un rato en hacer efecto.

Rebusqué en mis cajones y encontré una vieja camiseta Harley-Davison que había encogido. Era enorme para Ki, pero le hice un nudo en un costado y quedó convertida en una túnica que se deslizaba constantemente por uno de sus hombros. Estaba bastante graciosa.

Siempre llevo un peine en el bolsillo trasero del pantalón. Lo saqué y peiné a Kyra, retirándole el cabello de la frente y las sienes. Comenzaba a recuperar el aspecto de costumbre, pero le faltaba algo. Algo que en mi mente estaba conectado con Royce Merrill. Era una locura, ¿no?

— ¿Mike? ¿Qué bastón? ¿En qué bastón estás pensando? Entonces lo entendí.

—En un bastón de caramelo —respondí—. De esos que tienen rayas. Saqué del bolsillo las cintas blancas. Los bordes rojos parecían casi crudos a la luz mortecina—. Como éstas.

Le recogí el pelo en dos coletas. Ahora tenía sus cintas y su perro; los girasoles habían vuelto, unos pasos más al norte, pero habían vuelto. Todo estaba más o menos como debía estar.

Entonces se oyó un trueno ensordecedor, un árbol cayó cerca de allí y se fue la luz.

Después de unos cinco segundos de sombras grises, la luz volvió. Llevé a Ki de vuelta a la cocina, y cuando pasamos junto a la puerta del sótano, alguien rió al otro lado. Yo lo oí, y Ki también. Lo noté en sus ojos.

—Cuídame —dijo—. Cuídame. Soy pequeña.

—Lo haré.

—Te quiero, Mike.

—Yo también te quiero, Ki.

La tetera estaba silbando. Serví agua hasta la mitad de la taza y añadí leche fría para enfriar el chocolate y hacerlo más nutritivo. Llevé a Kyra al sofá. Cuando pasamos junto a la mesa del comedor, eché un vistazo a la IBM y al manuscrito con la revista de crucigramas encima. Esos objetos tenían un aspecto estúpido y triste, como aparatos que nunca han funcionado demasiado bien y ahora no funcionan en absoluto.

Un relámpago iluminó el cielo entero, llenando el salón de una luz rojiza. En el resplandor, los árboles parecían personas gritando, y cuando la luz pasó por la puerta corredera de la terraza, vi el reflejo de una mujer que estaba de pie a nuestra espalda, junto a la cocina de leña. Llevaba un sombrero de paja con un ala del tamaño de una carretilla.

— ¿Qué quieres decir con que el río casi ha llegado al mar? —preguntó Ki.

Me senté y le pasé la taza. –Bebe.

– ¿Por qué esos hombres hicieron daño a mi mamá? ¿No querían que se divirtiera?

–Supongo que no –dije y me eché a llorar. Senté a la niña sobre mi regazo y me enjuagué las lágrimas con el dorso de la mano.

Tú también deberías haber tomado píldoras para la tristeza.

Lo prometiste.

–Me ofreció la taza de chocolate caliente. Y las cintas del pelo, que yo había atado en grandes lazos flojos, se sacudieron—. Ten. Bebe un poco.

Bebí un poco. Se oyó un estrépito procedente del ala norte de la casa. El zumbido grave del generador sonó entrecortado durante unos segundos y la casa quedó en penumbras otra vez. La carita de Ki se llenó de sombras.

–Tranquila –dije—. Procura no asustarte. Es posible que la luz vuelva enseguida.

Y así fue, aunque el generador comenzó a emitir un sonido ronco e irregular y el parpadeo de las luces se acentuó.

–Cuéntame un cuento –dijo Ki—. El de *Cenicienta*. –

Cenicienta.

–Sí, ése.

–De acuerdo, pero a los señores que cuentan cuentos se les paga. –Fruñí los labios e imité el ruido de sorber.

Ki me ofreció la taza. El chocolate estaba dulce y delicioso. La sensación de que nos vigilaban era desagradable y nada dulce, pero que lo hicieran. Que nos vigilaran mientras pudieran. –Había una bonita joven llamada Cenicienta.

– ¡Érase una vez! ¡Empieza así! ¡Así empiezan todos!

–De acuerdo, lo había olvidado. Érase una vez una bonita joven llamada Cenicienta, que tenía dos hermanastras muy malas. Se llamaban... ¿lo recuerdas?

–Tammi Fay y Vanna.

–Sí, las Reinas de la Laca. Y obligaban a Cenicienta a hacer un montón de cosas desagradables, como limpiar la chimenea y barrer las cacas del perro en el patio trasero.

Un día iba a celebrarse una fiesta en el palacio, amenizada por el célebre grupo de rock Oasis, y aunque las tres estaban invitadas...

Cuando llegué a la parte en que el hada madrina cogía a los ratones y los convertía en una limusina Mercedes, el Benadryl por fin hizo su efecto. De verdad era una medicina para la tristeza; de repente miré a Ki y vi que se había quedado dormida en el hueco de mi codo, con la taza de chocolate escorando peligrosamente a estribor. Se la quité de la mano, la puse en la mesa auxiliar y retiré de la frente el pelo casi seco de la pequeña.

– ¿Ki?

Nada. Estaba en el reino de los Párpados Cerrados. Probablemente había contribuido el hecho de que su siesta había terminado casi antes de empezar.

La levanté y la llevé al dormitorio del ala norte, con los pies balanceándose en el aire y el dobladillo de su vestido Harley agitándose sobre las rodillas. La metí en la cama y la tapé con el edredón hasta la barbilla. Los truenos parecían cañonazos, pero Ki ni se movió. El cansancio, la tristeza, el Benadryl la habían sumido en un sueño profundo, más allá de los fantasmas y del dolor. Y eso era bueno.

Me incliné y la besé en la mejilla, que ahora estaba más fresca. –Te cuidaré –dije—. Te lo he prometido, y lo haré.

Como si me hubiera oído, Ki se volvió de lado, puso la mano que sujetaba a Strickland bajo la barbilla y dejó escapar un suave suspiro. Al mirarla, sentí que el amor se apoderaba de mí y me sacudía como sólo puede sacudirte una enfermedad.

"Cuídame, soy pequeña."

–Lo haré, Ki –dije.

Entré en el cuarto de baño y empecé a llenar la bañera, como una vez había hecho en sueños. Si conseguía poner suficiente agua caliente antes de que el generador dejara de funcionar, ella no se enteraría de nada. Deseé haber tenido algún juguete para el baño por si se despertaba, algo parecido a la ballena Wilhem. Pero tendría su perrito y, además, era difícil que despertara. Kyra no tendría un bautismo helado bajo la bomba de agua. Yo no era cruel y no estaba loco.

En el armario del baño sólo había maquinillas de afeitar desechables; no eran la herramienta más adecuada para el trabajo que me proponía hacer. No serían eficaces.

Pero alguno de los cuchillos de la cocina serviría. Si llenaba la bañera con agua muy caliente, era probable que yo no sintiera nada. Una "T" en cada brazo, con la línea horizontal en la parte de las muñecas...

Por un instante regresé de la zona donde me encontraba. Una voz –la mía combinada con la de Jo y la de Mattie– gritó: "¿Qué tramas? ¡Mike, por el amor de Dios! ¿Qué tramas?"

Entonces los truenos rugieron, las luces parpadearon y la lluvia arreció otra vez, empujada por el viento. Regresé al sitio donde todo estaba claro, donde nadie discutía mi camino. Que todo acabara de una vez, el sufrimiento, el dolor, el miedo. No quería pensar más en cómo Mattie había bailado con los pies sobre el disco de playa como si fuera un círculo iluminado por un foco. No quería estar allí cuando Kyra despertara, no quería ver cómo la angustia llenaba sus ojos. No quería pasar otra noche y el día que vendría después. Todos eran vagones del mismo tren fantasma. La vida era una enfermedad. Yo iba a darle un buen baño para curarla.

Levanté los brazos. En el espejo del botiquín una figura borrosa –una Forma– levantó los suyos en una especie de saludo cómico. Era yo. Había sido yo todo el tiempo, y eso estaba bien. Estaba bien.

Me arrodillé y comprobé la temperatura del agua. Estaba caliente. Estupendo. Aunque ahora el generador dejara de funcionar, ya estaba bien. La bañera era antigua y profunda. Cuando iba a la cocina para coger el cuchillo, pensé en meterme dentro con ella después de cortarme las venas en el agua más caliente de la pila. Pero decidí que no.

Ese gesto podía ser malinterpretado por la gente que llegara después, gente con mente sucia y sucios prejuicios. Los que llegarían cuando hubiera amainado la tormenta y hubieran retirado los árboles de la carretera. No; después del baño, yo la secaría y la acostaría en la cama con Strickland en la mano. Me sentaría en la mecedora que estaba junto a la ventana. Me pondría unas cuantas toallas en el regazo, para que absorbieran toda la sangre posible, y tarde o temprano yo también me dormiría.

La campanilla de Bunter seguía sonando, cada vez más alto. Me estaba poniendo nervioso, y si seguía así, acabaría despertando a la niña. Así que decidí bajarla y silenciarla para siempre. Crucé el salón y en ese momento una fuerte racha de aire pasó a mi lado. No procedía de la ventana rota de la cocina; otra vez era aire caliente, como el del metro. Hizo volar la revista de crucigramas, pero el pisapapeles impidió que las páginas del manuscrito la siguieran. Cuando miré en esa dirección, la campanilla de Bunter dejó de sonar.

Una voz susurró algo al otro lado de la estancia oscura, pero no conseguí descifrar las palabras. ¿Qué más daba? ¿Qué importancia podía tener una manifestación más, una nueva racha de aire caliente del más allá?

Sonó otro trueno y otra vez la voz. Esta vez, cuando el generador se detuvo y sumió la habitación en sombras grises, entendí una palabra: "Diecinueve."

Me volví, trazando un círculo casi completo, y en la penumbra quedé mirando hacia donde estaba el manuscrito de *Mi amigo de la infancia*. De repente volvió la luz. Y con ella llegó una certeza.

La clave no estaba en la revista de crucigramas. Ni en la guía telefónica.

Estaba en mi libro. En mi manuscrito.

Fui hacia él, vagamente consciente de que el agua había dejado de correr en el baño del ala norte. Cuando el generador se había parado, la bomba también. Ningún problema; sin duda el agua ya tendría la profundidad suficiente. Y estaría lo bastante caliente. Le daría un baño a Kyra, pero antes tenía que bajar diecinueve y después probablemente noventa y dos. No habría inconveniente, pues había escrito ciento veinte páginas de novela. Cogí la linterna de pilas de encima del armario donde todavía conservaba varios centenares de discos de vinilo, la encendí y fui hacia la mesa. La linterna iluminó un círculo blanco sobre el manuscrito, que en la penumbra de la tarde, parecía tan brillante como la luz de un foco teatral.

En la página diecinueve de *Mi amigo de la infancia*, Tiffi Taylor –la prostituta que se había rebautizado con el nombre de Regina Whiting– estaba sentada en su estudio con Andy Drake y recordaba el día en que John Sanford (el alias tras el cual se ocultaba John Shackleford) había salvado a su hija de tres años, Karen. Éste es el pasaje que leí mientras rugían los truenos y la lluvia restallaba sobre la puerta corredera de la terraza.

MI AMIGO DE LA INFANCIA/ Noonan/ pág. 19

Bueno, estaba segura –dijo ella–, pero fui a echar un vistazo en el jacuzzi. –Encendió un cigarrillo. – Fue horrible. Lo que vi me hizo gritar, Andy... Karen estaba oculta bajo el agua. Lo único que había fuera era su mano... sus uñas se estaban poniendo moradas.

Después supongo que bajé por la escalinata y me lancé al agua, pero estaba alhelada. A partir de ese momento todo fue como un sueño. Juraría que todo fue un sueño, donde las imágenes son oscuras y se mezclan. El jardinero, Sanborn, me apartó en el acto y se zambulló. Me dio una patada en la garganta y estuve una semana sin poder tragar. Tiró del brazo de Karen; supongo que podría habérselo arrancado. Pero lo conseguí, tiró de ella y la sacó.

Una lágrima rodó por su mejilla, y aunque estaba oscuro, Drake la vio.

–Inmediatamente después, salió del agua con la niña. Oh, Dios, en ese momento creí que estaba muerta.

Lo supe de inmediato, pero de todos modos puse el bloc de notas en el margen izquierdo del manuscrito para verlo mejor. Leyendo hacia abajo, como se leen las verticales de los crucigramas, la primera letra de cada línea formaba un mensaje que había estado allí prácticamente desde que había empezado a escribir mi novela:

búhos bajo el estudio

Y si hacía caso omiso de los guiones de parlamento de la penúltima línea, obtenía:

búhos bajo el estudio

Bill Dean, el encargado de mantenimiento de la casa, está sentado al volante de su furgoneta. Al venir a casa, ha cumplido con sus dos objetivos: darme la bienvenida al TR y advertirme que tenga cuidado con Mattie Devore. Ahora está preparado para irse.

Me sonrío, enseñándome sus grandes dientes falsos. "Cuando tenga tiempo, debería buscar los búhos", me dice. Le pregunto para qué quería Jo dos búhos de plástico y me responde que para evitar que los cuervos caguen en la terraza. Lo acepto, tengo otras cosas en que pensar, pero de todos modos... "Fue como si hubiera venido especialmente a hacer ese recado", dice. En ese momento ni se me cruza por la cabeza que en la tradición india los búhos tienen otro propósito: dicen que ahuyentan a los espíritus malignos. Si Jo sabía que los búhos de plástico mantenían alejados a los cuervos, también sabría eso. Era la clase de información que recogía y memorizaba. Mi curiosa mujer. Mi brillante cabeza de chorlito.

Más truenos. Los rayos devoraban las nubes como si fueran brillantes salpicaduras de ácido. Permanecí junto a la mesa del comedor, con el manuscrito en las manos temblorosas.

–Dios, Jo –susurré–. ¿Qué descubriste? ¿Y por qué no me lo contaste?

Pero supongo que ya sabía la respuesta. No me lo había dicho porque en cierto modo yo era como Max Devore; su bisabuelo y el mío habían cagado en el mismo agujero. No tenía ningún sentido, pero ahí estaba. Y tampoco se lo había contado a su hermano. Eso me produjo una extraña sensación de alivio. Comencé a hojear el manuscrito, como quien hace una búsqueda en el ordenador.

Antes de llegar a Florida, John Shackleford había vivido en Studio City, California. El primer encuentro de Drake con Regina Whiting había tenido lugar en su estudio. La última dirección conocida de Ray Garraty era un estudio en Cayo Largo. La mejor amiga de Regina Whiting era Steffie Underwood.

El marido de Steffie era Towle Underwood –Era bueno, dos por el precio de uno.

"Búhos bajo el estudio."

Estaba en todas partes, en todas las páginas, como los nombres con "K" en la guía telefónica. Una especie de monumento construido –yo estaba seguro– no por Sara Tidwell, sino por Johanna Arlen Noonan. Mi mujer me transmitía mensajes secretos, deseando con toda su alma que yo los viera y los comprendiera. En la página noventa y dos, Shackleford hablaba con Drake en la sala de visitas

de la prisión. Shackleford estaba sentado con las manos entre las rodillas y la cabeza gacha, con la vista fija en las cadenas que unían sus tobillos, negándose a mirar a Drake.

MI AMIGO DE LA INFANCIA/ Noonan/ pág. 92

...bien, no quiero seguir hablando del tema. Ya he dicho lo único que tenía que decir. La vida es un juego y yo he perdido. ¿Quiere que le diga que rescaté a la niña o que le salvé la vida porque soy un santo o un héroe? Sí; la rescaté, pero no por eso. Ella estaba con su madre, bañándose, cuando sucedió. Pero después la mujer salió del agua para atender el teléfono y...

No necesitaba seguir leyendo. El mensaje "búhos bajo el estudio" estaba escrito en vertical en el margen izquierdo, igual que en la página diecinueve. Como probablemente ocurría en muchas otras páginas. Recordé lo feliz que me había sentido al descubrir que el bloqueo había desaparecido y que podía escribir otra vez. Había desaparecido, es cierto, pero no porque yo lo hubiera vencido o hubiera encontrado la manera de superarlo. Había sido obra de Jo. Lo había vencido ella, pero no porque mi futuro como escritor de novelas de suspense de segunda categoría le importara en lo más mínimo.

Mientras estaba allí bajo la luz parpadeante de los relámpagos, sintiendo cómo mis huéspedes invisibles se arremolinaban a mi alrededor, recordé a la señora Moran, mi maestra de primero de primaria. Cuando tenías dificultades para reproducir las curvas elegantes de las letras caligráficas escritas en la pizarra, ella ponía su mano grande y competente sobre la tuya y te ayudaba.

Igual que me había ayudado Jo.

Hojeé el manuscrito y vi las palabras clave por todas partes, a veces dispuestas de tal manera que era posible leerlas en distintas líneas, una encima de la otra. Era obvio que se había esforzado mucho para transmitirme ese mensaje... y yo no tenía intención de hacer nada más hasta descubrir por qué.

Volví a dejar el manuscrito en la mesa, pero antes de que pudiera poner el pisapapeles encima, una furiosa racha de aire helado pasó a mi lado, haciendo que las páginas volaran y se esparcieran por el salón. Si esa fuerza hubiera podido rasgar el papel, estoy seguro de que lo habría hecho.

"¡No! –gritó cuando cogí la linterna–. ¡Termina tu trabajo!" Un viento frío sopló sobre mi cara; era como si alguien a quien no podía ver estuviera delante de mí, echándome el aliento en la cara, retrocediendo cuando yo avanzaba, soplando como el lobo feroz sobre la casita de los tres cerditos.

Me colgué la linterna al brazo, extendí las manos y batí las palmas con fuerza. Los bufidos fríos cesaron. Sólo quedaban las caprichosas rachas del aire que entraban por el agujero parcialmente taponado de la ventana de la cocina.

–Está dormida –dije a quien sabía que seguía allí, vigilándome en silencio–. Hay tiempo.

Salí por la puerta trasera y el viento me golpeó de inmediato; me tambaleé y estuve en un tris de caer al suelo. Entre los árboles temblorosos vi caras verdes, las caras de los muertos. Estaba la de Devore, la de Royce, la de Son Tidwell. Pero sobre todo vi la cara de Sara.

Sara por todas partes.

"¡No! ¡Vuelve! ¡No necesitas hacer trucos con búhos, cielo! ¡Regresa! ¡Termina tu trabajo! ¡Haz aquello para lo que has venido! "

–No sé para qué he venido –dije–. Y hasta que lo descubra no pienso hacer nada.

El viento aulló, como si estuviera ofendido, y una rama enorme se desprendió del pino que estaba junto a la casa. Cayó encima de mi Chevrolet, produciendo una pequeña cascada de agua, y abolló el techo antes de rodar hacia mí. Batir palmas ahí fuera me serviría de tanto como al rey Canuto ordenar a la marea que cambiara. Aquél era su mundo, no el mío... aunque sólo la frontera. Cada paso en dirección a la Calle y al lago me acercaría un poco más al corazón de ese mundo donde gobernaban los espíritus y el tiempo era frágil. Dios, ¿qué había provocado todo aquello?

El sendero que conducía al estudio de Jo se había convertido en un arroyo. Sólo había dado una docena de pasos cuando tropecé con una piedra y caí de lado. Los rayos dibujaban flechas en el cielo. Se oyó el crujido de otra rama e intuí que caería sobre mí.

Levanté las manos para protegerme la cara y rodé hacia la derecha del sendero. La rama cayó a escasos centímetros de mi espalda y yo rodé por la cuesta resbaladiza cubierta de agujas de pinos. Por fin conseguí levantarme. La rama que estaba en el camino era aún más grande que la que había aterrizado sobre el techo del coche. Si me hubiera alcanzado, me habría aplastado el cráneo.

"¡Vuelve!" Un viento maligno entre los árboles. "¡Termina!" La voz líquida y gutural del lago golpeaba las rocas y el terraplén, debajo de la Calle.

¡Ocupate de tus asuntos! –Ésta era la propia casa, rugiendo sobre sus cimientos–.

¡Ocupate de tus asuntos y deja que yo me ocupe de los míos!"

Pero Kyra era asunto mío. Kyra era mi hija.

Recogí la linterna. La carcasa estaba agrietada, pero la bombilla producía un resplandor brillante y constante. Un tanto para el equipo local. Me incliné para avanzar en el viento, con la mano levantada para protegerme de las ramas que pudieran caer. Me tambaleé y fui dando patinazos cuesta abajo, hacia el estudio de mi esposa.

CAPITULO 27

Al principio no conseguí abrir la puerta. El pomo giraba bajo mi mano, así que no estaba cerrada con llave, pero la lluvia parecía haber hinchado la madera... ¿o habían puesto algo del otro lado? Retrocedí unos pasos para tomar carrerilla y golpeé la puerta con el hombro. Esta vez cedió ligeramente.

Era ella. Sara. Estaba al otro lado y empujaba la puerta en dirección contraria. ¿Cómo podía hacerlo? Por el amor de Dios, ¿cómo? ¡Era un maldito fantasma!

Pensé en la furgoneta de CONSTRUCCIONES BAMB... y como si el pensamiento fuera una invocación, la vi allí fuera, al final del camino Cuarenta y dos, aparcada junto a la carretera. Detrás estaba el sedán lleno de viejas y tres o cuatro coches más. Todos con los limpiaparabrisas en marcha y las luces cortando tenues conos de luz en la cortina de lluvia. Estaban en fila en el arcén, como en el aparcamiento de una tienda de coches de segunda mano. Pero allí no se vendían coches; eran los viejos residentes del pueblo sentados en silencio en el interior de sus vehículos. Viejos que estaban más allá de los límites de la realidad, igual que yo. Viejos que transmitían las vibraciones.

Sara se alimentaba de ellos, les robaba su fuerza. Había hecho lo mismo con Devore; y también conmigo, por supuesto. Con toda probabilidad, muchas de las manifestaciones que había experimentado desde mi regreso habían sido fruto de mi propia energía psíquica. Era gracioso.

O tal vez sería mejor decir aterrador.

—Ayúdame, Jo —dije a la lluvia. Los relámpagos destellaron, convirtiendo el torrente momentáneamente en plata brillante—. Si alguna vez me has querido, ayúdame.

Retrocedí y volví a golpear la puerta. Esta vez no hubo resistencia y me precipité al interior, me golpeé la espinilla con la jamba y caí de rodillas. Sin embargo, no solté la linterna.

Hubo un instante de silencio. En él sentí fuerzas y presencias preparándose. En ese momento nada se movía, pero a mi espalda, en el bosque que a Jo le encantaba recorrer —conmigo o sin mí— seguía lloviendo y el viento continuaba aullando; un implacable jardinero podando los árboles muertos o casi muertos, haciendo el trabajo de diez años más tranquilos en una sola hora turbulenta. Entonces la puerta se cerró con un portazo y empezó todo. Lo vi a la luz de la linterna, que había encendido sin darme cuenta, pero al principio no comprendí lo que veía. Aparte de la destrucción de los objetos más queridos de mi esposa a manos de los poltergeists.

El cuadrado de alfombra de estambre enmarcado cayó de la pared y voló de un extremo del estudio al otro. El marco de madera negra se rompió. Las cabezas de las muñecas se separaron de sus cuerpos, saltando de los collages infantiles como el corcho de una botella de champán en una fiesta. La lámpara del techo estalló, cubriéndome con una lluvia de cristales. Se desató viento —un viento frío— y de inmediato se unió a él uno más cálido, casi caliente. Ambos se arremolinaron formando un torbellino. Rodaron junto a mí como si imitaran la tormenta del exterior.

En la estantería, la maqueta de Sara Risa —que parecía construida con mondadientes y palitos de polos— explotó en una nube de astillas. El remo de kayak que estaba contra la pared se elevó en el aire, remó furiosamente en la nada y luego se arrojó contra mí como si fuera una lanza. Me tendí sobre la alfombra verde para eludirlo y sentí que los fragmentos de cristal de la lámpara se clavaban en las palmas de mis manos. Pero sentí algo más: un bulto debajo de la alfombra.

El remo golpeó la pared con fuerza suficiente para partirse en dos.

Ahora el banjo que mi esposa nunca había llegado a dominar flotó en el aire, dio un par de vueltas y tocó una animada secuencia de notas que, a pesar de estar desafinadas, eran inconfundibles: "Ojalá estuviera en la tierra del algodón, nunca olvidaré mis tiempos allí." La frase terminó con un rasgido estridente que rompió las cinco cuerdas. El banjo dio una tercera vuelta y sus brillantes piezas de metal reflejaron escamas de luz en las paredes del estudio. Luego comenzó a golpearse una y otra vez contra el suelo. La caja se rompió y las clavijas saltaron como dientes.

El sonido del aire que se movía comenzó a... —¿cómo lo explico?— a concentrarse, hasta que dejó de ser el sonido del aire para convertirse en el sonido de voces: voces jadeantes, sobrenaturales, llenas de furia. Si hubieran tenido cuerdas vocales, habrían gritado. El aire polvoriento se arremolinaba en el haz de luz de la linterna, formando eles que bailaban juntas y luego se separaban. Por un instante oí la voz ronca y desgarrada de Sara: "¡Sal, puta! ¡Vete de aquí! Esto no es asunto..." Luego un curioso, insustancial batacazo, como si el aire hubiera chocado con el aire. Siguió un aullido que parecía retumbar en un túnel y que yo reconocí: lo había oído a medianoche. Jo gritaba.

Sara le hacía daño. Sara la castigaba por interferir, y Jo gritaba.

– ¡No! –grité mientras me ponía en pie–. ¡Déjala en paz! ¡Déjala! Me adentré en la habitación, balanceando la linterna delante de mi cara como si fuera posible ahuyentarla con ella. A mí alrededor volaban frascos: algunos contenían flores secas, otros setas cuidadosamente seccionadas, otros hierbas medicinales. Estallaron contra la pared de enfrente con el sonido cristalino de un xilofón. Ninguno de ellos me alcanzó; era como si una mano invisible los hubiera mantenido apartados de mí.

Entonces el escritorio de persiana de Jo se alzó en el aire. Teniendo en cuenta que los cajones estaban llenos de cosas, debía de pesar por lo menos doscientos kilos, pero flotó como una pluma, inclinándose primero hacia un lado y luego hacia el otro en las corrientes de aire antagónicas.

Jo volvió a gritar, esta vez de furia más que de dolor, y yo retrocedí tambaleándome hacia la puerta cerrada, con la sensación de que me habían vaciado. Al parecer, Sara no era la única que podía robar la energía de los vivos. Una sustancia blanca similar al semen –ectoplasma, supongo– brotó de los casilleros del escritorio formando una docena de riachuelos, y de repente el escritorio se lanzó hacia el otro extremo de la habitación.

Volaba con tanta rapidez que era casi imposible seguirlo con la vista. Habría aplastado a cualquiera que hubiera estado en su camino. Se oyó un aullido desgarrador de protesta y dolor –esta vez era Sara, yo lo sabía– y entonces el escritorio dio contra la pared, rompiéndola y dejando entrar a la lluvia y el viento. La puerta de persiana se soltó de sus guías y colgó como una lengua. Todos los cajones salieron disparados. Bobinas de hilo, madejas de lana, pequeños libros sobre la fauna y la flora y guías del bosque, dedales, cuadernos, agujas de hacer punto, rotuladores secos; los arrestos de Jo, como habría dicho Kyra. Volaron por todas partes como huesos y mechones de pelo caídos de un ataúd desenterrado.

– ¡Basta! –grité–. ¡Parad las dos! ¡Ya es suficiente!

Pero no había necesidad de decirlo. Aparte de las furiosas embestidas de la tormenta, estaba solo en el estudio de mi esposa. La batalla había terminado. Al menos por el momento.

Me arrodillé y doblé con cuidado la alfombra verde, recogiendo en ella la mayor cantidad posible de cristales. Abajo había una trampilla a través de la cual se accedía a un trastero triangular creado por la inclinación del terreno en el camino al lago. El pequeño relieve que había palpado era una de las bisagras de la trampilla. Sabía que existía el trastero y había pensado en buscar los búhos en él, pero luego las cosas se habían complicado y lo había olvidado.

En la trampilla había una hendidura. La cogí, esperando resistencia otra vez, pero no la hubo y se abrió con facilidad. El olor que salió del interior me dejó paralizado. No era olor a podrido o a humedad –al principio, al menos–, sino el perfume favorito de Jo.

Flotó en el aire unos instantes y luego desapareció. Lo reemplazó un aroma a lluvia, raíces y tierra húmeda. No era agradable, pero yo había aspirado uno mucho peor en la orilla del lago, cerca del maldito abedul.

Iluminé con la linterna los tres escalones, y me pareció ver una figura en cuclillas que resultó ser un inodoro viejo (recordé vagamente que Bill y Kenny Auster lo habían puesto allí en 1990 o 1991). Había cajas de metal –de hecho, cajones de archivadores envueltos en plástico y apilados sobre estructuras de madera. Discos y papeles viejos. Un magnetófono antiguo envuelto en una bolsa de plástico. A su lado, un aparato de vídeo. Y en un rincón...

Me senté con las piernas colgando en el agujero y sentí que algo me rozaba el tobillo que me había torcido en el lago. Me puse la linterna entre las rodillas, alumbré y por un momento me pareció ver a un niño negro. Pero no el que había muerto ahogado en el lago. Éste era mayor y bastante más corpulento. Debía de tener doce o catorce años, mientras que el niño ahogado no podía tener más de ocho.

Éste me enseñó los dientes y bufó como un gato. Sus ojos no tenían pupilas; al igual que los del niño del lago, eran completamente blancos, como los ojos de una estatua. Y negaba con la cabeza. "No bajas aquí, hombre blanco. Deja que los muertos descansen en paz."

–Pero tú no estás en paz –dije y lo alumbré directamente con el haz de la linterna.

Tuve una visión fugaz pero pavorosa. Podía ver a través de él, pero también podía ver dentro de él; los restos podridos de su lengua en la boca, los ojos en sus órbitas, el cerebro en el cráneo. Luego desapareció y no quedó nada más que un remolino de polvo.

Entré en el trastero con la linterna en alto. Abajo, los nidos de sombras se movieron y parecieron elevarse.

En el suelo del trastero (no era más que un sitio minúsculo donde sólo se podía andar a gatas) habíamos puesto tarimas de madera con el fin de evitar que se humedecieran las cosas. Ahora el agua había formado un pequeño arroyo y se había erosionado la cantidad suficiente de tierra para obstaculizar el paso. El perfume había desaparecido por completo, reemplazado por el desagradable olor al lecho de un río y –aunque parezca increíble en esas condiciones, estaba allí– también un tenue aroma a cenizas y fuego.

Vi lo que había ido a buscar casi de inmediato. Los búhos que Jo había comprado por correo y que había ido a esperar personalmente en noviembre de 1993 estaban en el rincón noreste, donde había apenas sesenta centímetros entre las tarimas y el suelo del estudio. Tal como había dicho Bill, parecían de verdad. Sin embargo, eran siniestros: a la intensa luz de la linterna parecían pájaros primero fajados y luego asfixiados con plástico transparente. Sus ojos eran brillantes alianzas de oro alrededor de grandes pupilas negras. Las plumas de plástico estaban pintadas del verde oscuro de los pinos, y sus vientres, de un blanco sucio, con vetas anaranjadas. Gateé hacia ellos sobre las tarimas que se movían y crujían (el haz de la linterna bajaba y subía entre ellos), tratando de no pensar en si el niño negro estaría a mi espalda, persiguiéndome. Cuando llegué junto a los búhos, levanté la cabeza sin pensar y me golpeé contra el panel aislante que cubría la base del suelo del estudio. Un golpe para sí, dos golpes para no, imbécil, pensé.

Pasé los dedos por debajo de la envoltura de plástico y los atraje hacia mí. Tenía prisa por salir de allí. La sensación de que el agua corría pocos centímetros más abajo era extraña y desagradable. Otro tanto ocurría con el olor a fuego, que parecía más fuerte a pesar de la humedad. ¿Y si el estudio se estaba incendiando? ¿Y si Sara había conseguido prenderle fuego? Me asaría vivo ahí abajo mientras el barro de la tormenta me empapaba las piernas y la barriga.

Vi que uno de los búhos estaba pegado a una base de plástico –nada mejor para aguantarlo de pie en el porche o la terraza si quiere ahuyentar a los cuervos, señora–, pero la base del otro había desaparecido. Retrocedí hacia la trampilla con la linterna en una mano y el saco de plástico de los búhos en la otra, dando un respingo cada vez que un trueno rugía sobre mi cabeza. Había recorrido una corta distancia cuando la cinta adhesiva húmeda que sujetaba el búho a su base se despegó. El búho se inclinó hacia mí y sus ojos negros y dorados parecieron mirar los míos con fascinación.

Una racha de aire. Un leve, reconfortante aroma a perfume. Cogí el búho por las protuberancias parecidas a cuernos que le salían de la frente y lo puse boca abajo.

Donde antes había estado la base ahora había dos clavijas con un hueco en el centro. En el interior del hueco había una cajita de lata que reconocí antes de llegar al vientre del búho para sacarla de allí. La iluminé con la linterna, sabiendo lo que vería:

BARATIJAS DE Jo, escrito con una elegante caligrafía antigua. Johanna la había encontrado en un mercadillo de antigüedades.

La miré con el corazón desbocado. Fuera se oyó otro trueno. La trampilla seguía abierta, pero yo había olvidado que quería subir. Me había olvidado de todo, excepto de la caja de metal que tenía en la mano y que era del tamaño de una caja de cigarros, aunque menos profunda. Abrí la tapa.

Dentro había unos papeles doblados encima de un par de libretas de resorte, de las que yo usaba para notas y listas de personajes. Estas dos estaban unidas con una goma.

Arriba de todo había un brillante cuadrado negro. Hasta que lo cogí y lo alumbré con la linterna no me di cuenta de que era el negativo de una foto.

Espectral, invertida y ligeramente anaranjada, vi a Jo con su bikini gris. Estaba de pie sobre la plataforma flotante, con las manos detrás de la cabeza.

Jo –dije y no pude decir nada más.

Las lágrimas me ahogaron. Sujeté el negativo durante unos instantes, reacio a perder contacto con él, luego volví a ponerlo en la caja con los papeles y las libretas. Para eso había ido Jo a Sara en julio de 1994: para coger estas cosas y esconderlas lo mejor posible. Había sacado los búhos a la terraza (Frank había oído la puerta) y los había llevado al trastero. Casi podía verla arrancando la base de un búho y metiendo la caja metálica en el interior de su vientre de plástico, envolviendo ambas cosas y guardándolas en el trastero. Entretanto, su hermano la esperaba sentado en el capó del coche, fumando Marlboros y sintiendo las vibraciones. Las malas vibraciones. Dudaba que alguna vez pudiera averiguar las razones por las cuales Jo había hecho eso o cuál había sido su estado de ánimo... pero sin duda estaba convencida de que yo tarde o temprano los encontraría allí. ¿Por qué si no había dejado el negativo?

Los papeles sueltos eran en su mayor parte fotocopias de recortes del Castle Rock Call y el Weekly News, el periódico que había precedido al Call. En todos ellos estaban apuntadas las fechas con la

letra pulcra y firme de mi esposa. El recorte más antiguo era de 1865 y se titulaba OTRO SOLDADO REGRESA SANO Y SALVO. El soldado en cuestión era Jared Devore, de treinta y dos años. Entonces comprendí uno de los enigmas que más me había intrigado: el de las generaciones que no parecían cuadrar.

Mientras alumbraba con la linterna los viejos caracteres gráficos del artículo, evoqué una canción de Sara Tidwell: "¡Los viejos lo hacen y los jóvenes también! ¡Y los viejos le enseñan a los jóvenes exactamente qué hacer!"

Cuando Sara y los Red-Tops habían llegado al condado de Castle y se habían establecido en el sitio que luego se conocería como Tidwel's Meadow, Jared Devore debía de tener setenta y siete o setenta y ocho años. Viejo, pero todavía vivo. Un veterano de la guerra de Secesión. La clase de anciano que los hombres más jóvenes admirarían. Y la canción de Sara decía la verdad: los viejos enseñan a los jóvenes lo que tienen que hacer.

¿Qué habían hecho, exactamente?

Los recortes sobre Sara y los Red-Tops no lo decían. Sólo los leí por encima, pero el tono me escandalizó. Yo lo describiría de cordialmente desdeñoso. Los Red-Tops eran "nuestros mirlos negros del Sur" y nuestros "morenos rítmicos", además de estar "llenos de jovialidad africana". A Sara se la describía como "la maravillosa figura de una negra con nariz gruesa, labios carnosos y frente noble" que "fascinaba a hombres y mujeres por igual con su vitalidad animal, su sonrisa radiante y su risa estridente".

Eran —que Dios nos salve y nos proteja— críticas. Buenas, si a uno no le molestaba que hablaran de su color.

Les eché un vistazo rápido, buscando algún dato sobre las circunstancias en que los "mirlos negros del Sur" se habían marchado, pero no encontré nada. En cambio encontré un recorte del Call, fechado el 19 de julio de 1933 (baja diecinueve, pensé), con este titular: VETERANO DEL EJÉRCITO Y ACTUAL ENCARGADO DE MANTENIMIENTO NO CONSIGUE SALVAR A SU HIJA. Según la historia, Fred Dean estaba luchando junto con doscientos hombres más para apagar los incendios forestales en el este del TR cuando el viento había cambiado, amenazando la orilla norte del lago, que hasta entonces se consideraba segura. En esa época, muchos de los lugareños tenían una casita allí para alojarse durante la temporada de caza o de pesca (eso ya lo sabía yo). La comunidad tenía un colmado y un nombre, Halo Bay. La mujer de Fred, Hilda, estaba allí con los gemelos Dean, William y Carla, de tres años, mientras su marido combatía el incendio. En Halo Bay había muchas otras esposas con hijos.

Según el periódico, al cambiar el viento, el fuego había avanzado deprisa "como explosiones en cadena". Las mujeres habían salido por el único cortafuegos que los hombres habían dejado y se habían dirigido al extremo del lago. Al parecer, en Halo Bay no había hombres para que tomaran el mando ni ninguna mujer con capacidad de hacerlo. Se habían asustado y corrido a meter sus posesiones y a los niños en los coches, bloqueando la única salida con sus vehículos. Finalmente uno de los coches se había parado y mientras el fuego se acercaba, prendiendo un bosque que no había visto la lluvia desde finales de abril, las mujeres que estaban en los coches se habían quedado atrapadas.

Los bomberos voluntarios acudieron al rescate a tiempo, pero cuando Fred llegó junto a su mujer (una de las integrantes del grupo que trataba de sacar un cupé Ford averiado del camino) hizo un terrible descubrimiento. Billy estaba tendido en el suelo del asiento trasero del coche, profundamente dormido, pero Carla no estaba. Hilda los había dejado a los dos en el coche, sentados en el asiento trasero y cogidos de la mano, como de costumbre. Sin embargo, en algún momento después de que su hermano se quedara dormido en el suelo y mientras Hilda cargaba los últimos trastos en el coche, Carla debió de recordar un juguete o una muñeca olvidados y regresó a buscarlo. Entretanto, su madre había vuelto a subir al viejo DeSoto y se había alejado de allí sin mirar a los niños. Carla Dean debía de estar todavía en la casa o caminando por la carretera. Sea como fuere, el fuego la alcanzó.

El camino era demasiado estrecho para volver a dar la vuelta y estaba demasiado atestado para conducir por otro que fuera en la dirección correcta. De modo que Fred Dean, que era todo un héroe, corrió hacia el horizonte cubierto de humo, donde ya empezaban a destellar brillantes cintas anaranjadas. El fuego empujado por el viento había salido a su encuentro, como un amante.

Yo estaba de rodillas sobre la tarima, leyendo esto a la luz de la linterna, cuando el olor a fuego y a quemado se intensificó. Tosí... y la tos se ahogó cuando el sabor a hierro del lago me llenó la boca y la garganta. Una vez más, ahora arrodillado en el trastero que había bajo el estudio de mi esposa, sentí que me ahogaba. Una vez más me incliné hacia adelante, tuve arcadas y escupí sólo saliva.

Me volví y vi el lago. Los somorgujos cantaban sobre su superficie brumosa, avanzando hacia mí en fila, rozando el agua con las alas. Habían tapado el azul del cielo. El aire olía a carbón y pólvora. La orilla este de Dark Score estaba en llamas y yo podía oír los estampidos amortiguados de los árboles huecos que estallaban. Sonaban como cargas de profundidad.

Miré hacia abajo, ansioso por librarme de esta visión, sabiendo que un par de segundos después no parecería algo tan distante como una visión, sino algo tan real como el viaje que Kyra y yo habíamos hecho a la Feria de Fryeburg. En lugar de un búho con anillos dorados alrededor de las pupilas, estaba mirando a una niña con brillantes ojos azules.

Estaba sentada a una mesa de jardín, con los brazos rollizos extendidos, llorando. La vi con tanta claridad como veía mi cara en el espejo cada mañana cuando me afeitaba. Vi que tenía aproximadamente...

... la edad de Kyra, pero es más gordita y su cabello es moreno en lugar de rubio. Su cabello es del color que todavía conserva el de su hermano, que por fin comienza a encanecer ese verano distante de 1998, un año que ella nunca verá a menos que alguien la saque de este infierno. Lleva un vestido blanco y calcetines rojos hasta la rodilla y me tiende los brazos gritando "¡Papá, papá!".

Corro hacia ella y una oleada de calor concentrado me hace retroceder un instante... Me doy cuenta de que allí yo soy el fantasma y de que Fred Dean acaba de pasar a través de mí. "¡Papá!", grita, pero a él, no a mí. "¡Papá!", y lo abraza, sin preocuparse por si se mancha el vestido blanco de seda y su carita regordeta mientras él la besa. Comienza a caer más hollín y los somorgujos vuelan hacia la orilla; sus estridentes chillidos parecen un llanto desesperado.

– ¡Papá, se acerca el fuego! –grita mientras él la coge en brazos.

–Lo sé, debes tener valor –dice él–. Estaremos bien, cariño, pero debes tener valor.

El fuego no se acerca; ya se ha acercado. Todo el este de Halo Bay está en llamas, y ahora avanza hacia aquí, devorando las casitas blancas donde a los hombres les gusta emborracharse en la temporada de caza y en la temporada de pesca. Detrás de la casa de Al LeRoux, la ropa que Marguerite tendió esta mañana está en llamas; pantalones, vestidos y ropa interior ardiendo en cuerdas que también son hilos de fuego. Caen hojas y trozos de corteza encendida; una chispa toca el cuello de Carla y la niña grita de dolor.

Fred aparta la chispa y la lleva en brazos por la cuesta, en dirección al agua.

– ¡No lo hagas! –grito. Sé que es imposible cambiar lo ocurrido, pero de todos modos grito, trato de cambiarlo. ¡Lucha! ¡Por el amor de Dios, lucha!

– ¿Quién es ese hombre, papá? –pregunta Carla y me señala en el mismo momento que el techo de tejas verdes de la casa de los Dean se incendia.

Fred mira hacia donde señala la niña y en su cara veo un espasmo de culpa. Sabe lo que hace, y eso es lo más terrible... en el fondo sabe exactamente lo que hace aquí, en Halo Bay, donde termina la Calle. Sabe y tiene miedo de que alguien presencie su trabajo.

Pero no ve a nadie.

¿O sí? Sus ojos se ensanchan con una duda fugaz cuando vislumbra algo, tal vez un remolino de aire. ¿O siente mi presencia? ¿Es eso? ¿Siente una súbita racha de aire frío en medio de tanto calor? ¿Una racha que percibe como unas manos que protestan, unas manos que lo detendrían si sólo tuvieran sustancia? Luego desvía la vista y entra andando en el agua junto al pequeño embarcadero de los Dean.

– ¡Fred! –grito–. ¡Por el amor de Dios, hombre, mírala! ¿Crees que tu esposa le puso un vestido blanco de seda por casualidad? ¿Algo le pone eso a una niña para jugar?

– ¿Por qué vamos al agua, papá? –pregunta ella. –Para alejarnos del fuego, cariño.

– ¡Papá, yo no sé nadar!

–No tendrás que hacerlo –responde él, ¡y qué escalofrío siento yo entonces! Porque es verdad; no tendrá que nadar ni ahora ni nunca. Y por lo menos el método de Fred parecerá más compasivo que el de Normal Auster cuando le llegue el momento a Normal... más compasivo que la bomba de agua, que los litros de agua helada.

El vestido blanco flota a su alrededor como un lirio. Los calcetines rojos brillan en el agua. Se abraza con fuerza al cuello de él y ahora están entre los somorgujos que huyen; los somorgujos golpean el agua con sus poderosas alas, formando rizos de espuma y mirando al hombre y a la niña con sus ojos desolados. El aire está cargado de humo y el cielo ha desaparecido. Camino tras ellos,

tambaleándome... siento el frío del agua, aunque no salpico ni dejo estela. Ahora la orilla este y la norte están en llamas. Hay una media luna de fuego alrededor de nosotros mientras Fred Dean camina en aguas cada vez más profundas con su hija en brazos, como si se tratara de un rito de bautismo. Y sin embargo se dice a sí mismo que quiere salvarla, igual que durante toda su vida Hilda le dirá que la niña volvió atrás a buscar un juguete, que no la dejó allí adrede, que no la dejó allí con su vestido blanco y sus calcetines rojos para que la encontrara su padre, que una vez hizo algo inenarrable. Es el pasado, es la Tierra del Ayer, y aquí los pecados de los padres visitan a los hijos, incluso hasta la séptima generación, que no es ésta.

La lleva a una zona más profunda y la niña empieza a llorar. Sus gritos se funden con los gritos de los somorgujos, hasta que él ahoga el sonido dándole un beso en la aterrorizada boca. "Te quiero, papá quiere a su niñita", dice y la baja. Será un bautismo con una inmersión completa, aunque en la orilla no hay un coro cantando y nadie grita ¡aleluya! y él no le permitirá volver a subir. Ella lucha frenéticamente dentro del capullo blanco de su vestido de sacrificio, y después de un momento él no puede seguir mirándola; en cambio, mira hacia el otro lado del lago, hacia el oeste, donde el fuego aún no ha llegado (y nunca llegará), al oeste donde el cielo todavía está azul. La ceniza cae sobre él como una lluvia negra y las lágrimas brotan de sus ojos mientras la niña lucha furiosamente bajo sus manos, tratando de zafarse. Se dice a sí mismo: Es sólo un accidente. Un terrible accidente. La llevé al lago, porque era el único sitio adonde podía llevarla, el único sitio que quedaba, y ella se asustó, comenzó a luchar, estaba húmeda y resbaladiza, se me escurrió entre los brazos y entonces...

Olvido que soy un fantasma y grito "¡Kia! ¡Aguanta, Ki!" y me sumerjo. Llego junto a ella, veo su cara aterrorizada, sus desorbitados ojos azules, su boca parecida a una rosa que deja una estela de burbujas plateadas. Fred está sumergido con el agua hasta el cuello, empujándola mientras se repite a sí mismo una y otra vez que pretendía salvarla, que era la única manera. Yo intento cogerla, Kia, mi hija, mi hijo, mi Kia (todos son Kia, los niños y las niñas, todos son mis hijos) y en cada ocasión mis brazos atraviesan su cuerpo. Peor –ay, peor aun– ella ahora me busca, sacude las manos rogando que la rescaten. Sus manos buscan a tientas y se funden con las mías. No podemos tocarnos porque el fantasma soy yo. Yo soy el fantasma y cuando sus esfuerzos se debilitan me doy cuenta de que no puedo no puedo no puedo ay no puedo respirar... me estaba ahogando.

Me doblé, abrí la boca y esta vez escupí un gran chorro de agua del lago, empapando al búho de plástico que estaba sobre la tarima, entre mis rodillas. Me abracé a la caja de BARATIJAS DE JO Para evitar mojar su contenido, pero el movimiento provocó otra arcada. Esta vez el agua fría salió por la nariz, así como por la boca. Respiré hondo y tosí.

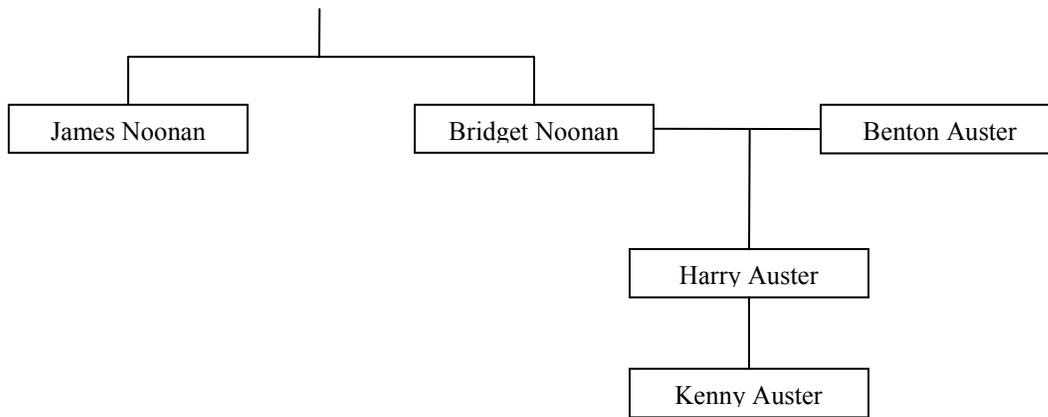
–Esto tiene que acabar –dije, pero naturalmente éste era el final, pasara lo que pasara.

Porque Kyra era la última.

Subí los peldaños del trastero y me senté en el suelo sucio del estudio a recuperar el aliento. Fuera, los truenos y la lluvia continuaban, pero yo pensé que lo peor de la tormenta ya había pasado. O quizá fuera sólo una esperanza.

Descansé con las piernas colgando en el agujero –ahí ya no había fantasmas para tocar mis tobillos; no sé cómo, pero lo sé. Y quité las gomas elásticas de las dos libretas. Abrí la primera de ellas y pasé las páginas, viendo que estaban llenas con la letra de Jo y había un grupo de hojas dobladas mecanografiadas (Caracteres Courier, por supuesto) a espacio sencillo: el fruto de todos aquellos viajes clandestinos al TR durante 1993 y 1994. La mayor parte, notas fragmentarias y transcripción de cintas que aún podían estar debajo de mí, en alguna parte del depósito de almacenamiento. Escondidas con la videograbadora o quizá con el grabador de ocho pistas. Pero ya no las necesitaba. Estaba seguro que encontraría aquí la mayoría de la historia.

Que había sucedido, quien lo había hecho, como fue encubierto. Ahora no me importaba. Ahora solo deseé asegurarme que Kyra estuviera y permaneciera a salvo. Había solo una forma de hacerlo. Apaciguamiento con lejía. Trate de deslizar otra vez las gomas elásticas alrededor de las libretas y la que no había abierto, se deslizó de mi mano húmeda y cayó al piso. Un papel verde rasgado se deslizó hacia fuera. Lo tomé y vi esto:



Por un momento san de esa extraña y acentuada conciencia en la había estado viviendo; el mundo regresó a sus dimensiones habituales. Pero todos los colores eran demasiado fuertes. De alguna manera, los objetos se presentaban muy enfáticos. Me sentía como un soldado en un campo de batalla repentinamente iluminado por una horrorosa llamarada blanca que lo mostraba todo.

La familia de mi padre venía de los Neck, yo no había estado equivocado en ese punto; según las notas, mi bisabuelo era James Noonan y nunca había cagado en el mismo agujero que Devore.

Max Devore se había equivocado... o mentía cuando le dijo eso a Mattie... o simplemente se había confundido, como le sucede a muchas personas al llegar a los ochenta. Ni siquiera un tipo como Devore, que ha mantenido la lucidez hasta el final, estaba libre de desbarrarla en algún momento.

Pero Devore no había desbarrado porque según ese pequeño árbol genealógico, mi bisabuela había tenido una hermana mayor, Bridget, que se había casado con Benton Auster.

Mi dedo descendió una línea, hasta Harry Auster. Hijo de Benton y Bridget Noonan en 1885.

Dios mío –murmuré–. El abuelo de Kenny Auster era mi tío abuelo. Y era uno de ellos. Hicieran lo que hicieran, Harry Auster era uno de ellos. Ésa es la conexión.

Pensé en Kyra y me asaltó un súbito terror. Llevaba casi una hora sola en la casa. ¿Cómo había sido tan estúpido? Cualquiera podía haber entrado en la casa mientras yo estaba en el estudio. Podría haber usado a cualquiera para...

Comprendí que no era así. Los asesinos y las víctimas infantiles habían estado unidos por lazos de sangre, pero ahora la sangre se había diluido, el río casi había llegado al mar. Estaba Bill Dean, él no se acercaría a Sara Risa.

Estaba Kenny Auster, pero él se la ido con su familia a Massachusetts. Y los parientes más cercanos de Ki –su madre, su padre, su abuelo– habían muerto.

Sólo quedaba yo. Sólo yo era de su sangre. Sólo yo podía serlo. A menos que...

Corrí a la casa lo más rápidamente que pude, resbalando por camino empapado, desesperado por comprobar que la niña seguía bien. No creía que Sara pudiera hacerle ningún daño personalmente, por mucha energía que hubiera chupado a los viejos residentes, pero... ¿y si me equivocaba?

¿Y si me equivocaba?

CAPITULO 28

Ki se había quedado dormida en el acto como yo la había dejado, recostada de lado y aferrando el mugriento perrito de peluche bajo la barbilla. Le había dejado una mancha en el cuello, pero no tuve corazón para quitárselo. Más allá de ella y a la izquierda, a través de la puerta abierta del baño, oí el monótono plinc, plonc, plinc del agua al caer del grifo a la bañera llena. Un viento frío me envolvió como la seda, acariciando mis mejillas y provocando un escalofrío nada desagradable que recorrió mi espalda de abajo arriba. En la sala, la campanilla de Bunter dio una débil sacudida. "El agua aún está caliente, cielo –susurró Sara–. Sé su amigo, sé su papaíto. Vamos, ahora.

Haz lo que yo quiero. Haz lo que ambos queremos."

Y yo quería hacerlo, lo cual debía de ser la razón de que Jo intentara al principio mantenerme alejado del TR y de Sara Risa. Y también de que hubiera mantenido en secreto su posible embarazo. Era como si yo hubiera descubierto un vampiro en mi interior, un ser al que no le interesaba lo que según él era una conciencia de programa televisivo o una moralidad propia de la página editorial de un periódico. Una parte que sólo quería llevarse a Ki al lavabo, sumergirla en aquella bañera de agua caliente y mantenerla allí hundida, contemplando cómo las cintas blancas con bordes rojos brillaban con un resplandor trémulo, igual que habían brillado el vestido blanco y los calcetines rojos de Carla Dean mientras el bosque ardía alrededor de ella y de su padre.

Una parte de mí se habría alegrado mucho de pagar el último plazo de esa antigua factura.

–Dios mío –murmuré y me sequé la cara de un manotazo–. Sabe demasiados trucos. Y es tan puñeteramente fuerte...

La puerta del lavabo intentó cerrarse antes de que pudiera entrar, pero la empujé para abrirla sin encontrar apenas resistencia. La puerta del armarito se abrió de golpe y el espejo se hizo añicos contra la pared. El contenido salió volando en mi dirección, pero no era un ataque muy peligroso; esta vez, la mayoría de los proyectiles eran tubos de dentífrico, cepillos de dientes, botellas de plástico y unos cuantos inhaladores Vicks gastados. Débil, muy débilmente la oí gritar de frustración cuando tiré del tapón del fondo de la bañera y dejé que el agua empezara a marcharse. Por Dios, ya eran bastantes los ahogados del último siglo en el TR. Y aun así, por un momento sentí un impulso increíblemente fuerte de volver a poner el tapón mientras todavía quedara agua suficiente para realizar el trabajo. En su lugar, lo arranqué de su cadenita y lo lancé hacia el pasillo. La puerta del armarito volvió a cerrarse de golpe y el resto del espejo se desprendió.

– ¿Cuántos han sido? –le pregunté–. ¿Cuántos, además de Carla Dean, Kerry Auster y nuestra Kia? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Cuántos necesitas para poder descansar?

"¡A todos!", fue la rápida respuesta. Y no era sólo la voz de Sara; también lo dijo la mía.

Se había introducido en mí furtivamente, como un ladrón que se cuela por el sótano... y yo ya estaba pensando que aunque la bañera estuviera vacía y la bomba de agua temporalmente inservible, siempre quedaba el lago.

"¡A todos! –volvió a gritar la voz–. ¡A todos, cariño!"

Por supuesto; sólo se conformaría con todos. Hasta entonces no habría descanso para Sara Risa.

–Te ayudaré a descansar –dije–. Te lo prometo.

El resto del agua se fue en un remolino... pero siempre quedaba el lago, siempre quedaba el lago por si cambiaba de opinión.

Salí del lavabo y me asomé de nuevo a la habitación de Ki. No se había movido, la sensación de que Sara estaba conmigo había desaparecido, la campanilla de Bunter guardaba silencio... y sin embargo me sentía inquieto, no quería dejarla sola. Pero tenía que hacerlo si quería acabar el trabajo, y sería mejor que no me entretuviera. La policía del condado y del estado llegarían tarde o temprano, con tormenta o sin ella, con árboles caídos o sin ellos.

Sí, pero...

Salí al pasillo y miré alrededor con inquietud. Retumbó un trueno, pero había perdido parte de su intensidad. Igual que el viento. Lo que no se desvanecía era la sensación de que alguien me observaba, alguien que no era Sara. Me quedé inmóvil unos instantes más, intentando decirme que era sólo el chirrido de mis nervios recocidos, y luego me dirigí hacia la entrada por el pasillo.

Abría la puerta que daba al porche... luego miré bruscamente hacia atrás, como si esperara ver a alguien o algo acechando desde el fondo de la estantería. Una Forma, quizá. Un ser que todavía buscaba algo para protegerse del polvo. Pero yo era la única Forma que quedaba, por lo menos en

esta parte del mundo, y el único movimiento que vi fueron las sombras onduladas que proyectaba la lluvia al resbalar por los cristales de las ventanas.

Seguía lloviendo con la fuerza suficiente para que volviera a empaparme mientras cruzaba el porche en dirección al sendero particular, pero yo no presté atención a ese detalle. Acababa de estar junto a una niña que se ahogaba, había estado condenadamente cerca de ahogarme yo mismo no hacía tanto tiempo, y la lluvia no iba a impedirme hacer lo que debía. Levanté la rama caída que había abollado el techo de mi coche, la arrojé a un lado y abrí la puerta trasera del Chevrolet.

Lo que había comprado en Slips'n Greens seguía en el asiento trasero, todavía metido en el saco de tela que Lila Proulx me había dado. El desplantador y la cuchilla de podar eran visibles, pero el tercer artículo estaba en una bolsa de plástico. "¿Quiere que ponga esto en una bolsa especial?", me había preguntado Lila. "Es mejor prevenir que curar."

Y más tarde, cuando me marchaba, me había hablado del perro de Kenny, Arándano, que perseguiría gaviotas hasta caerse muerto. Había terminado con una carcajada, pero sus ojos no reían. Tal vez ésa fuera la manera de distinguir a los marcianos de los terrícolas: los marcianos eran incapaces de reír con los ojos.

Vi el regalo de Rommie y George en el asiento delantero: la Stenomask que yo había confundido con la mascarilla de oxígeno de Devore. En ese momento, los muchachos del sótano alzaron la voz —como mínimo hasta un murmullo— y me incliné para coger la máscara por el elástico sin tener ni la menor idea de por qué lo hacía. La metí en el carrito de la compra, cerré la puerta del coche y luego empecé a bajar los escalones de traviesas hacia el lago. Por el camino me detuve para agacharme por debajo del muelle, donde guardaba algunas herramientas. No había ningún pico, pero cogí una pala que parecía apta para cavar tumbas. Después, creyendo que sería la última vez, seguí el curso de mi sueño hasta la Calle. No necesitaba que Jo me mostrase el lugar; la Dama Verde lo había estado señalando desde el principio. Pero aunque no lo hubiera hecho, y aunque Sara Tidwell no hubiera seguido clamando venganza, creo que lo habría sabido.

Creo que me habría conducido hasta allí mi propio corazón embrujado.

Un hombre se interponía entre mí y el lugar donde la frente gris de roca vigilaba el camino, y cuando me detuve en la última traviesa de ferrocarril, me saludó con una voz ronca que yo conocía demasiado bien.

—Dime, chulo, ¿dónde está tu puta?

Estaba en plena Calle bajo la lluvia torrencial, pero su indumentaria de leñador pantalones de franela verdes, camisa de lana a cuadros— y su gorra azul desteñido del ejército de la Unión es taba seca, porque la lluvia lo atravesaba en lugar de caer sobre él.

Parecía sólido, pero no era más real que la misma Sara. Me lo recordé mientras bajaba al camino para enfrentarme a él, pero mi corazón siguió acelerándose, latiendo en mi pecho como un martillo cubierto de tela.

Llevaba las ropas de Jared Devore, pero éste no era Jared Devore. Era su bisnieto Max, el que había iniciado su carrera con el robo de un trineo y había acabado suicidándose... pero no antes de organizar el asesinato de su nuera, que había tenido la osadía de negarle lo que él tanto quería.

Avancé hacia él y se situó en el centro del camino para impedirme el paso. Sentí que el frío se cocía en él. He dicho exactamente lo que quería decir, expresando lo que recuerdo con toda la claridad de que soy capaz: sentí que el frío se cocía en él. Y sí, era sin duda Max Devore, pero acicalado como un leñador en una fiesta de disfraces y con el aspecto que debía de tener en la época en que había nacido su hijo Lance. Viejo pero robusto. La clase de hombre que otros más jóvenes respetan. Y ahora, como si el pensamiento los hubiera invocado, vi que los demás cobraban vida detrás de él, poniéndose en fila para cerrarme el paso. Eran los mismos hombres que habían estado con Jared en la Feria de Fryeburg, y yo ya reconocía a algunos de ellos. Fred Dean, naturalmente, que sólo tenía diecinueve años en 1901, treinta años antes de que ahogara a su hija. Y el que me había recordado a mí mismo era Harry Auster, el primogénito de la hermana de mi bisabuelo. Tendría unos dieciséis años, apenas la edad suficiente para afeitarse, pero sí para trabajar en los bosques con Jared. La edad suficiente para cagar en el mismo agujero que Jared. Para confundir el veneno de Jared con la sabiduría. Uno de los otros torció la cabeza y bizqueó al mismo tiempo; yo había visto antes ese tic.

¿Dónde? Entonces lo recordé: en la tienda Lakeview. Ese joven era el difunto padre de Royce Merrill. A los demás no los conocía. Ni me importaba.

—No te dejaremos pasar—dijo Devore, y levantó las manos—. Ni se te ocurra intentarlo.

¿Tengo razón, chicos?

Los demás mascullaron palabras roncadas de asentimiento –supongo que semejantes a las que podrían pronunciar los miembros de cualquier banda actual de matones o gamberros–, pero sus voces eran distantes; en realidad, más tristes que amenazadoras.

En las ropas de Jared Devore había cierta corporeidad, tal vez porque en vida poseía una enorme vitalidad, o tal vez porque había muerto en una fecha reciente, pero los otros eran poco más que imágenes proyectadas.

– ¿Adónde crees que vas? –gritó.

–A dar un sano paseo –respondí–. No hay ninguna ley que lo prohíba. En la Calle los cachorros buenos y los perros malos pueden caminar lado a lado. Lo dijo usted mismo.

–No lo entiendes –dijo Max–Jared–. Nunca lo entenderás. No eres de ese mundo. Era nuestro mundo.

Me detuve y lo miré con curiosidad. Me quedaba poco tiempo, quería acabar de una vez... pero tenía que saberlo, y sospeché que Devore estaba dispuesto a decírmelo.

–Explíquemelo –dije –. Convéncame de que algún mundo era el suyo. –Lo miré y luego miré a las figuras traslúcidas y temblorosas que se erguían a sus espaldas, carne tenue como gasa amontonada sobre huesos relucientes–. Cuénteme lo que hicieron.

–Entonces todo era diferente –dijo Devore–. Ahora, cuando bajas hasta aquí, Noonan, puede que en los cuatro kilómetros que hay hasta Halo Bay veas a apenas media docena de personas en la Calle. Después del día del Trabajo, no verás a nadie en absoluto. En esta orilla del lago tendrás que sortear arbustos silvestres, árboles caídos (habrá aún más después de esta tormenta) e incluso una o dos trampas, porque hoy en día los lugareños no se organizan para mantener limpio el lugar. Pero en nuestra época... Los bosques eran mayores entonces, Noonan, las distancias eran más grandes y la vecindad significaba algo. La vida misma, muy a menudo. En aquellos tiempos, esto era realmente una calle.

¿No lo ves?

Lo veía. Si miraba a través de las figuras fantasmales de Fred Dean, Harry Auster y los demás, lo veía. No eran sólo fantasmas; eran como el reflejo de otra era en la luna de un escaparate. Vi una tarde de verano del año... ¿1988? ¿Tal vez 1902? No importa. Es un período en el que todas las épocas parecen la misma, como si el tiempo se hubiera detenido. Es un tiempo que los veteranos recuerdan como una especie de Edad de Oro.

Es el Reino del Ayer, la Tierra de la Infancia. El sol lo baña todo con la hermosa luz dorada de finales de un julio interminable; el lago es tan azul como un sueño, surcado por millones y millones de chispas de luz. ¡Y la Calle! Está cubierta de una hierba fina como el césped y es ancha como una avenida. Veo que es una avenida, un lugar donde la comunidad se convierte en tal. Es la principal vía de comunicación, el principal cable eléctrico de una amplia red. Yo había advertido la existencia de esos cables desde el principio, incluso cuando Jo estaba viva, los percibía bajo la superficie, y éste es su origen. Los vecinos pasean por la Calle, recorriendo de arriba abajo la orilla oriental del lago Dark Score, pasean en pequeños grupos, riendo y conversando bajo un cielo estival cubierto de nubes, y ahí es donde empiezan todos los cables. Miro y me percaté de lo equivocado que estaba al creer que eran marcianos, extraterrestres crueles y calculadores. Al este de su soleado paseo se cierne la oscuridad del bosque, claros umbrosos y oquedades donde podría acechar cualquier cosa siniestra, desde un pie cercenado en un accidente en el bosque hasta un parto malogrado y una joven madre muerta antes de que el médico consiga llegar desde Castle Rock en su coche de un caballo. Estas personas viven sin electricidad, ni teléfono, ni equipos de salvamento del condado, nadie en quien apoyarse, aparte de en los vecinos y un Dios del que varios de ellos han empezado a desconfiar. Viven en los bosques y en las sombras de los bosques, pero en las soleadas tardes de verano se acercan a la orilla del lago. Van a la Calle y se miran a la cara unos a otros, ríen juntos y entonces están verdaderamente en el TR, en lo que yo he acabado llamando mentalmente la zona. No son marcianos; son pequeñas vidas que moran al borde de la oscuridad, nada más.

Veo a los veraneantes que se alojan en Warrington's: hombres con traje de franela blanco y un par de mujeres con largos vestidos de tenis que aún llevan sus raquetas en la mano. Un tipo que monta en un triciclo con una rueda delantera inmensa pasa entre ellos y los saluda tambaleándose. El grupo de veraneantes se ha detenido a charlar con un grupo de jóvenes del pueblo; los forasteros quieren saber si pueden jugar en el partido de béisbol contra los locales, en Warrington's el martes

por la noche. Ben Merrill, el futuro padre de Royce, dice: "Vale, pero no os trataremos mejor sólo porque seáis de Nueva York." Los jóvenes ríen, igual que los tenistas.

Un poco más allá, dos chicos juegan con una pelota de béisbol casera. Detrás de ellos hay una reunión de jóvenes madres que hablan muy serias de sus hijos, todos a salvo en sus cochecillos y formando su propio grupo. Hombres con mono de trabajo hablan del tiempo y las cosechas, de política y las cosechas, de los impuestos y las cosechas. Un profesor del instituto local se ha sentado en la frente de piedra gris que conozco tan bien e instruye pacientemente a un malhumorado alumno que quiere estar en cualquier otra parte y hacer cualquier otra cosa. Creo que de mayor el chico será el padre de Buddy Jellison.

La bocina no funciona. Permanezcan atentos al dedo, pienso.

A lo largo de toda la Calle hay gente pescando, y no les va nada mal; el lago está repleto de percas, truchas y lucios. Un pintor –otro veraneante, a juzgar por su bata corta y su boina– ha instalado su caballete y está pintado las montañas mientras dos señoras observan respetuosamente. Pasan unas niñas riendo, murmurando sobre los chicos, la ropa y el colegio. Aquí hay belleza y paz. Devore tiene razón al decir que es un mundo que nunca he conocido. Es...

–Hermoso –dije, haciendo un esfuerzo para regresar–. Sí, ya lo veo. Pero ¿adónde quiere ir a parar?

– ¿Yo? –Devore pareció casi cómicamente sorprendido–. Ella se había creído que podía andar por aquí como todos, ¡ahí quiero ir a parar! ¡Se creía que podía pasearse como una blanca! Con sus grandes dientes, sus grandes tetas y su aspecto arrogante. Se creía algo especial, pero nosotros le enseñamos que no lo era. Intentó pasar por encima de mí, y como no pudo, me puso sus asquerosas manos encima y me tiró al suelo. Pero no pasó nada; le enseñamos buenos modales. ¿Verdad, chicos?

Todos gruñeron en señal de asentimiento, pero me pareció que algunos –el joven Harry Auster, sin ir más lejos– estaban asqueados.

–Le enseñamos cuál era su lugar–dijo Devore–. Le enseñamos que no era más que una... ..negra. Ésa es la palabra que él utiliza una y otra vez cuando están en los bosques ese verano, el verano de 1901, el verano en que Sara y los Red-Tops se convierten en el espectáculo musical que hay que ver en esta parte del mundo. Ella, su hermano y toda su familia de negros han sido invitados a Warrington's para que toquen ante los veraneantes; les han dado champán y ostras... o eso dice Jared Devore a su pequeña escuela de devotos seguidores mientras engullen su sencillo almuerzo de pan con carne y pepinos en salmuera que les han preparado sus respectivas madres (ninguno de los jóvenes está casado, aunque Oren Peebles está comprometido).

Sin embargo, no es su fama creciente lo que molesta a Jared Devore. No es que ella haya ido a Warrington's; no se le mueve un pelo al pensar que ella y ese hermano suyo se hayan sentado a comer con blancos, cogiendo el pan de la misma bandeja que ellos con sus dedos de negros. Al fin y al cabo, todos los que están en Warrington's son forasteros, y Devore cuenta a los atentos y silenciosos jóvenes que ha oído decir que en lugares como Nueva York y Chicago hay mujeres blancas que incluso joden con negros.

– ¡No! –exclama Harry Auster, mirando alrededor con nerviosismo, como si esperara que varias mujeres blancas pasaran por el bosque de un lugar tan apartado como Bowie Ridge–. ¡Ninguna blanca jodería con un negro! Pásame un pepinillo.

Devore se limita a mirarlo como si dijera: Cuando tengas mi edad... Además, no le importa lo que ocurra en Nueva York o Chicago; ya vio todo lo que quería ver durante la guerra de Secesión... y siempre dice que no luchó en esa guerra para liberar a los malditos esclavos. Por él, en la tierra del algodón podían tener esclavos hasta el fin de la eternidad. No, él había luchado para enseñarles a los muertos de hambre blancos hijos de perra que vivían al sur de la frontera que uno no se retira de la partida sólo porque no le gustan algunas de las reglas de juego. Había bajado a rascar roña del hocico del viejo Johnny Reb. ¡Mira que intentar salirse de los Estados Unidos de América! ¡Santo Dios!

No, no le importan los esclavos, ni la tierra del algodón, ni los negros que cantan canciones obscenas y encima los invitan a champán y ostras en pago por sus porquerías.

No le importa nada mientras se mantengan en su sitio y le dejen a él en el suyo.

Pero ella no. Aquella zorra advenediza no lo hace. Le han advertido que se mantenga alejada de la Calle, pero no quiere escuchar. Va a todas partes, caminando con su vestido blanco igual que si lo llevara una blanca, a veces con su hijo, que tiene un nombre negro africano y no tiene padre; su progenitor probablemente sólo pasó una noche con su madre en un pajar, en algún lugar de

Alabama, y ahora ella va por ahí insolentemente con el fruto de esa unión. Camina por la Calle como si tuviera derecho a estar allí, aunque nadie quiera hablar con ella...

—Pero eso no es verdad, ¿no? —le pregunté a Devore—. En realidad hablaban con ella.

Tenía algo especial; esa risa, quizá. Por eso los hombres hablaban con ella de las cosechas y las mujeres le enseñaban orgullosas a sus hijos. De hecho, le permitían tenerlos en brazos, y cuando ella reía para los pequeños, todos le devolvían la risa. Las chicas le pedían consejo sobre los chicos. Los chicos... se limitaban a mirar. Pero cómo miraban, ¿eh? Se les saltaban los ojos de las órbitas, y supongo que la mayoría pensaban en ella cuando salían al excusado para hacerse una paja.

Devore me miró colérico. Envejecía ante mis ojos, las arrugas de su cara eran cada vez más profundas; se estaba convirtiendo en el hombre que me había derribado en el lago porque no soportaba que le llevaran la contraria. Y a medida que envejecía, se iba desvaneciendo.

—Eso era lo que más molestaba a Jared, ¿verdad? Que no le volvieran la espalda, que no la despreciaran. Ella caminaba por la Calle y nadie la trataba como a una negra. La trataban como a una vecina.

Me encontraba más profundamente que nunca en la zona, al otro lado de los límites de la realidad, allí donde el inconsciente del pueblo fluía como un río subterráneo. Podía beber de esa agua mientras estuviera ahí, podía llenarme la boca, la garganta y la barriga con su frío sabor mineral.

Durante todo aquel verano, Devore les habló. Eran algo más que su cuadrilla de trabajo, eran sus muchachos: Fred, Harry, Ben, Oren, George Armbruster y Draper Finney, que se rompería el cuello y se ahogaría el verano siguiente intentando zambullirse en Eades Quarry estando borracho. Aunque fue la clase de accidente que parece deliberado.

Draper Finney bebía mucho entre julio de 1901 y agosto de 1902 porque era el único modo de dormir. La única manera de expulsar la mano de su mente, la mano que sobresalía del agua, abriendo y cerrando el puño hasta que daban ganas de gritar: "¿Es que nunca va a dejar de hacer eso?" Durante todo el verano, Jared Devore les llenó los oídos de "zorra negra" y "zorra advenediza". Durante todo el verano les habló de su responsabilidad como hombres, de su deber de mantener pura la comunidad y de que debían hacer lo que los demás eran incapaces de hacer.

Fue una tarde de domingo de agosto, a una hora en que la circulación por la Calle disminuía notablemente. Más tarde, hacia las cinco, la Calle volvería a animarse, y entre las seis y el ocaso el ancho camino que circundaba el lago estaría atestado. Pero a las tres de la tarde había marea baja. Los metodistas volvían a reunirse en Harlow para el servicio vespertino; en Warrington's, los veraneantes estaban sentados ante una copiosa merienda sabatina de pollo asado o jamón; en todo el vecindario, las familias preparaban su cena del domingo. Los que acababan de almorzar dormían la siesta para evitarse el calor del día, a ser posible en una hamaca. A Sara le gustaba esa hora tranquila. En realidad, la adoraba. Había pasado buena parte de su vida en ferias ambulantes y antros llenos de humo, cantando a voz en cuello para hacerse oír por encima de las voces de los revoltosos borrachos de cara rubicunda, y mientras una parte de ella amaba la emoción y la impredecibilidad de aquella vida, otra parte amaba también la serenidad de ésta. La paz de estas caminatas. Después de todo, nunca sería más joven que ahora; tenía un hijo que pronto dejaría atrás la infancia. Aquel domingo en particular debió pensar que la Calle estaba demasiado tranquila. Recorrió una milla al sur del prado sin ver ni un alma; incluso Kito se había ido para entonces, cansado de recoger moras. Era como si el pueblo entero estuviese desierto. Sabe que hay una cena en Kashwakamak, por supuesto, incluso ha contribuido con un pastel de setas, porque se ha hecho amiga de varias damas del Eastern Star. Todos estarán allí preparándose. Lo que no sabe es que hoy es también el día de la Dedicación para la Gran Iglesia Bautista, la primera iglesia de verdad construida en el TR. Un montón de lugareños han ido allí, tanto bautistas como paganos. Débilmente, desde la orilla opuesta del lago le llegan los cantos de los metodistas. El sonido es dulce, lejano y hermoso; la distancia y el eco han afinado todas las voces discordantes.

No advierte la presencia de los hombres —la mayoría muy jóvenes, de los que en circunstancias normales sólo se atreven a mirarla de reojo— hasta que el mayor de ellos habla:

— ¿Qué os parece? ¡Una puta negra con un vestido blanco y un cinturón rojo! Que me condene si no es demasiado colorido para la orilla del lago. ¿Qué te pasa, puta? ¿No entiendes las indirectas?

Ella se vuelve, asustada pero sin demostrarlo. Ha vivido treinta y seis años en esta tierra, sabe lo que tiene un hombre y dónde quiere meterlo desde los once años, y también sabe que cuando los hombres se reúnen y se ponen ciegos de whisky barato (lo huele), dejan de pensar individualmente y se convierten en una manada de perros salvajes. Si les demuestras miedo, caerán sobre ti como perros y te despedazarán como perros.

Además, la estaban esperando. No puede haber otra explicación para su repentina aparición.

– ¿De qué indirecta hablas, cariño? –pregunta plantándoles cara. ¿Dónde está todo el mundo?

¿Dónde pueden estar todos? ¡Maldita sea! En la otra orilla del lago, los metodistas han pasado a Ten fe y obedece, un tostón donde los haya.

–De que no eres nadie para pasearte por donde se pasean los blancos –dice Harry Auster.

Su voz adolescente se quiebra en la última palabra en una especie de chillido ratonil y ella se echa a reír. Sabe que no es nada prudente, pero no puede evitarlo: nunca ha podido contener la risa, igual que no puede impedir el modo en que hombres como éstos le miran el pecho y el trasero. La culpa es de Dios.

–Vaya, paseo por donde quiero –dice ella–. Me han dicho que es la vía pública, nadie tiene derecho a echarme de aquí. Nadie. ¿Has visto a alguien intentarlo?

–Nos ves ahora a nosotros –dice George Armbruster, intentando hacerse el duro.

Sara lo mira con una especie de amable desprecio que hace que George se estremezca. Sus mejillas se tiñen de rubor.

–Hijo dice ella–, sólo das la cara ahora porque la gente decente está en otra parte. ¿Por qué dejas que estos amigos te digan lo que tienes que hacer? Pórtate decentemente y deja pasar a una dama.

Lo veo todo. Mientras Devore se desvanece cada vez más, y al final sólo quedan ojos bajo una gorra azul en la lluviosa tarde (a través de él veo los restos destrozados de la plataforma flotante), lo veo todo. Veo cómo ella va al encuentro de Devore. Si se queda aquí discutiendo con ellos, ocurrirá algo malo. Lo nota, y nunca ha dudado de su intuición. Y si avanza hacia cualquiera de los otros, el amo blanco le cerrará el paso desde un lado, arrastrando a los demás. El amo blanco de la gorra azul es el cabecilla y tiene que imponerse sobre él. Además, puede hacerlo. Él es fuerte, lo bastante fuerte para convertir a estos chicos en un solo ser, su ser, al menos por el momento, pero no tiene la misma fuerza que ella, su determinación, su energía. En cierto sentido, ella agradece ese enfrentamiento. Reg le ha advertido que vaya con cuidado, que no intente ir demasiado rápido ni hacer amigos de verdad hasta que los palurdos se muestren tal como son, pero ella sigue su propio camino, confiando en su intuición. Y allí están, sólo son siete y el único que cuenta es el de la gorra azul.

Soy más fuerte que tú, amo blanco, piensa mientras avanza hacia él. Clava la mirada en los ojos del hombre y no la baja en ningún momento; es él quien lo hace, él a quien le tiembla la comisura de la boca por la duda, su lengua la que humedece los labios, rápida como un lagarto, y todo eso es bueno... pero es aún mejor cuando da un paso atrás. Cuando lo hace, los demás se agrupan en dos bandos de tres hombres, y ahí está, el camino despejado para ella. Débil y dulcemente, la música de los metodistas les llega a través de la superficie inmóvil del lago. Un tostón de himno, sí, pero dulce a la distancia.

Cuando caminamos con el Señor en la luz de su palabra, qué gloria inspira a nuestro camino...

"Soy más fuerte que tú, cariño –transmite mentalmente–, soy más mala que tú, tú serás el domador de toros, pero yo soy la abeja reina y si no quieres que te clave mi aguijón, será mejor que me dejes seguir mi camino."

– ¡Zorra! –exclama él, pero con voz débil; ya está pensado que hoy no es el día, hay algo en ella que no había visto hasta tenerla tan cerca, una magia de negros que no había notado hasta ahora, mejor esperar a otro día, mejor...

Entonces tropieza con una raíz o una piedra (quizá es la misma piedra detrás de la cual finalmente ella acabará descansando) y cae al suelo. La gorra sale despedida, dejando al descubierto la gran calva de su coronilla. Sus pantalones se desgarran en la costura. Y Sara comete un error crucial. Tal vez ha subestimado la considerable fuerza personal de Jared Devore, o quizá simplemente no puede contenerse: el sonido de sus calzones al rasgarse es como un fuerte pedo. En cualquier caso, ella se ríe con la risa estridente y quebrada que es su señal de identidad. Y su risa es su perdición.

Devore no piensa. Se limita a darle una patada desde donde está tendido, proyectando como pistones sus grandes pies calzados con botas claveteadas de leñador. La golpea donde es más fina y vulnerable: los tobillos. Ella suelta un alarido de dolor y sorpresa cuando el izquierdo se parte; se desploma rodando y el parasol de volantes se le escapa de la mano. Inspira profundamente para aullar de nuevo y Jared dice desde el suelo:

– ¡No la dejéis! ¡No dejéis que grite!

Ben Merrill se lanza de cabeza sobre ella, con sus noventa kilos de peso. El aliento que la mujer había reunido para gritar se escapa silbando, en un suspiro casi silencioso. Ben, que nunca ha bailado siquiera con una mujer, y mucho menos se ha tumbado encima de una como ésta, se excita instantáneamente al notarla forcejeando debajo de él. Se frota contra ella, riendo, y apenas nota cuando ella le clava las uñas y le araña la mejilla. Se siente todo polla, y de un metro de largo. Cuando Sara intenta rodar para salir así de debajo, él rueda también, la deja quedar encima, se lleva una sorpresa mayúscula cuando ella baja bruscamente la cabeza y le da un golpe en la frente. Ve las estrellas, pero tiene dieciocho años, nunca será más fuerte que ahora, y no se queda sin conocimiento ni sin erección.

Oren Peebles le desgarró la espalda del vestido, riendo.

— ¡Al montón! —articula en un susurro entrecortado, y se deja caer encima de ella. Ahora está a horcajadas sobre la mujer, meneando las caderas animadamente y Ben hace lo propio y con el mismo entusiasmo desde debajo; los dos se mueven como machos cabríos aunque les corra por ambos lados de la cara la sangre que brota de la brecha que Sara tiene en medio de la frente; y ella sabe que si no consigue lanzar el último alarido está perdida. Si logra gritar y Kito la oye, correrá a buscar ayuda, correrá a buscar a Reg...

—Pero antes de que pueda intentarlo otra vez, el amo blanco está en cuclillas a su lado y le muestra una navaja de larga hoja.

—Haz un solo ruido y te corto la nariz —dice y ahí es cuando ella se rinde. Al final la han vencido, en parte porque se rió en mal momento, pero sobre todo por pura mala suerte.

Ahora nada los detendrá, y lo mejor será que Kito se mantenga alejado. Por favor, Dios mío, ayúdale a quedarse donde estaba, había un montón de moras, que deberían mantenerlo ocupado más de una hora. Le encanta recoger moras, y estos hombres no tardarán una hora. Harry Auster la coge por el pelo y echa su cabeza hacia atrás, le desgarró el vestido por el hombro y empieza a chupetearle el cuello.

El amo blanco es el único que no está encima de ella. El amo blanco se ha quedado atrás, mirando en ambas direcciones de la Calle, con los párpados entornados y expresión preocupada; el amo blanco parece un lobo sarnoso que acaba de comerse a una generación entera de pollos del gallinero sin ser atrapado o cazado ni una sola vez.

—Eh, irlandés, déjala un minuto —le dice a Harry y luego abre bien los ojos para mirar a los demás—. Echadla al lago, malditos idiotas. Hundidla hasta el fondo.

No lo hacen. No pueden. Están demasiado ansiosos de poseerla. La arrastran hasta la frente de roca gris y satisfacen esa necesidad. Ella no reza con facilidad, pero ahora lo hace. Reza para que la dejen vivir. Reza para que Kito no se acerque, para que siga llenando su cubo despacio, comiéndose uno de cada tres puñados de moras. Reza para que si se le ocurre alcanzarla, vea lo que está ocurriendo y corra en dirección contraria con todas sus fuerzas, que corra en silencio y busque a Reg.

—Abre la boca —dice entre jadeos George Armbruster—. Y no me muerdas, zorra.

La poseen por arriba y por abajo, por delante y por detrás, dos y tres al mismo tiempo. La poseen donde cualquiera que pase no pueda evitar verlos, y el amo blanco se separa un poco, mira primero a los jóvenes jadeantes amontonados a su alrededor, se arrodilla con los calzones bajados y los muslos arañados por las zarzas entre las que se han metido, y luego otea el camino arriba y abajo con ojos enloquecidos y preocupados.

Increíblemente, uno de ellos —Fred Dean— dice:

—Perdone, señora —después de descargar hasta la última gota en ella. Como si le hubiera dado un puntapié en la espinilla sin querer mientras cruzaba las piernas.

Y no termina. Se corren en su garganta, en su culo, y el más joven le ha hecho sangre en el pecho izquierdo a mordiscos, y no termina. Son jóvenes, y para cuando el último ha acabado, el primero, ¡Dios mío!, el primero vuelve a estar en forma. En la otra orilla, los metodistas cantan ahora Bendita confirmación, Jesús es mío, y mientras ve acercarse al amo blanco, ella piensa: Casi ha terminado, mujer, éste es el último, aguanta, aguanta y pronto habrá acabado todo. El hombre mira al pelirrojo de la cara huesuda y al que no deja de bizquear mientras echa la cabeza hacia un lado, y les dice que vigilen el camino, que me toca a mí ahora que la habéis calentado.

Se desabrocha el cinturón, los pantalones, se baja los calzoncillos —negros en las rodillas y amarillos en la ingle— y cuando coloca una rodilla a cada lado de la mujer, ella ve que el pequeño amo del amo blanco está tan flácido como una serpiente con el cuello roto, y antes de poder

impedirlo, aquella risa estridente brota inesperadamente otra vez: incluso tumbada allí y cubierta por el caliente jugo viscoso derramado por sus violadores, no puede evitar verle el lado cómico.

– ¡Cállate! –ruge Devore y le asesta un puñetazo que le rompe la mandíbula y la nariz–.

¡Deja de gritar!

–Supongo que se te pondría tiesa si fuera uno de tus muchachos el que estuviera aquí tumbado con el culo en alto, ¿verdad, cariño? –pregunta ella y acto seguido, por última vez, se oye la risa de Sara.

Devore levanta la mano para volver a pegarle, con sus muslos desnudos contra los de la mujer, con el pene flácido entre ellos. Pero antes de que pueda descargar el golpe, una voz infantil grita: – ¡Mamá! ¿Qué te hacen, mamá? ¡Dejad a mi mamá, cerdos! Ella logra incorporarse a pesar de lo que pesa Devore; su risa se apaga, sus ojos desorbitados buscan a Kito y lo encuentran, un niño esbelto de ocho años en medio de la Calle, vestido con un mono, un sombrero de paja y unos zapatos nuevos de lienzo, que lleva un pequeño cubo en la mano. Tiene los labios manchados de zumo azul. Los ojos se le salen de las órbitas de miedo y confusión.

– ¡Corre, Kito! –grita ella–. ¡Corre a busc...!

Su cabeza estalla en una llamarada roja; se desploma de espaldas sobre los arbustos y oye al amo blanco desde una gran distancia: –Cogedlo. No lo dejéis escapar, venga.

Después se precipita por una larga pendiente oscura, se pierde en el Túnel del Miedo que sólo parece conducir al fondo de sus propios intestinos convulsos. Durante la caída a las profundidades, lo oye, oye a su amado, está...

... gritando. Le oí gritar cuando me arrodillé junto a la roca gris con el carrito de la compra a mi lado y sin la menor idea de cómo había llegado hasta allí; no recordaba en absoluto haber ido andando. Lloraba por la impresión, el horror y la pena. ¿Ella se volvió loca? Bueno, no era de extrañar joder, no había nada de lo que extrañarse. La lluvia era insistente pero ya no apocalíptica. Me miré las manos, de un color blanco mate en contraste con la piedra gris, y luego miré alrededor. Devore y los demás habían desaparecido.

Un olor hediondo y dulzón llenó mis fosas nasales; fue como una agresión física.

Rebusqué en el carrito, encontré la Stenomask que Rommie y George me habían dado bromeando y me la coloqué sobre la boca y la nariz con dedos ateridos y extrañamente ajenos. Procuré respirar con pequeñas y rápidas bocanadas. Mejor. No mucho, pero lo bastante para evitar que saliera huyendo, lo cual era indudablemente lo que ella quería.

– ¡No! –gritó desde detrás de mí, pero empuñé la pala y empecé a cavar. Abrí un gran hoyo en el suelo de la primera palada, y las siguientes lo ensancharon y profundizaron.

La tierra estaba suelta, cubierta con una red de intrincadas raicillas que se desprendían fácilmente ante la presión de la pala.

– ¡No! ¡No te atrevas!

No quise mirar atrás, no quise darle la oportunidad de desviarme. Aquí abajo era más fuerte, quizá porque había sucedido aquí. ¿Era posible? No lo sabía y no me importaba.

Lo único que me importaba era acabar con aquello. Donde las raíces eran más tupidas, me abrí paso con la cuchilla de podar.

– ¡Déjame!

Ahora sí que me volví en redondo y eché un rápido vistazo, porque la voz había venido acompañada de unos chasquidos poco naturales... que ahora parecían constituir su voz.

La Dama Verde había desaparecido. El abedul se había convertido de algún modo en Sara Tidwell: era el rostro de Sara lo que se iba formando con las ramas entrecruzadas y las hojas relucientes. Aquella cara desdibujada por la lluvia se distorsionó, se disolvió, se reconfiguró, se derritió y volvió a formarse. Por un momento se me reveló todo el misterio que había percibido allí abajo. Sus ojos relucientes y esquivos eran definitivamente humanos. Me miraban fijamente con odio y súplica.

– ¡No está acabado! –gritó con voz cascada–. Él era el peor, ¿no lo entiendes? Era el peor y su sangre corre por las venas de la niña, ¡y no descansaré hasta que la vea correr toda!

Se produjo un crujido espeluznante. Ella se había introducido en el abedul, lo había convertido en un ente físico de alguna clase y pretendía desprenderlo del suelo. Si podía, me atraparía, me

mataría encarnada en árbol. Me estrangularía con ramas como brazos. Me envolvería con sus hojas hasta que pareciese un adorno navideño.

—Por muy monstruoso que fuera, Sara, Kyra no tuvo nada que ver con lo que hizo él —dije—. Y no será tuya.

— ¡Claro que sí! —aulló la Dama Verde. El crujido desgarrador era ahora más fuerte. Le siguió un silbido entrecortado. No volví a mirar atrás. No me atrevía a volver a mirar.

En su lugar, cavé más deprisa—.

¡Sí, será mía! —gritó, y su voz sonó ahora más próxima.

Venía a por mí pero me negué a verlo; en cuanto a árboles y arbustos que andan, me quedo con Macbeth, gracias—.

¡Será mía! ¡Él se llevó a mi hijo y yo me llevaré a su hija!

—Vete —dijo una nueva voz.

La pala casi se me cae de las manos. Me volví y vi a Jo en pie a mi derecha. Miraba a Sara, que se había materializado como la alucinación de un lunático, una criatura monstruosa de color negro verdoso que resbalaba a cada paso que intentaba dar por la Calle. Había dejado atrás el abedul pero se había quedado de algún modo con su vitalidad: el verdadero árbol estaba acurrucado a sus espaldas, negro, marchito y muerto. El ser nacido de él parecía una novia de Frankenstein esculpida por Picasso. En ella, el rostro de Sara aparecía y desaparecía, una y otra vez.

La Forma, pensé fríamente. Ya era real... y si siempre era yo, también era siempre ella.

Jo iba vestida con la camisa blanca y los pantalones amarillos que llevaba el día que murió. No pude ver a través de ella como veía a través de Devore y de sus jóvenes amigos; ella se había materializado por completo. Sentí una curiosa sensación en la nuca, como si me vaciaran, y creí entender cómo lo había conseguido.

— ¡Fuera, zorra! —escupió la criatura en que se había convertido Sara.

Alzó los brazos en dirección a Jo como los había alzado ante mí en mis peores pesadillas.

—De eso nada. —La voz de Jo permanecía tranquila. Se volvió hacia mí—. Deprisa, Mike.

Tienes que darte prisa. Eso ya no es ella. Ha dejado entrar a uno de los Intrusos y son muy peligrosos.

Jo, te quiero.

—Yo también te quie...

Sara chilló y empezó a girar sobre sí misma. Las hojas y las ramas empezaron a desdibujarse y a perder cohesión; era como contemplar un alimento que se deshacía en una licuadora. La entidad que desde un principio sólo se parecía remotamente a una mujer dejó ahora completamente de lado la mascarada. Algo primitivo y grotescamente inhumano empezó a formarse del remolino. Saltó sobre mi mujer. El color y la solidez abandonaron a Jo en el preciso momento en que la criatura la abofeteó con su enorme mano. Se convirtió en un fantasma luchando con la criatura que bramaba, chillaba y le clavaba las garras.

— ¡Deprisa, Mike! —gritó Jo—. ¡Deprisa! Redoblé mis esfuerzos.

La pala chocó contra algo que no era tierra, ni piedra, ni madera. Aparté la tierra a su alrededor, dejando al descubierto un trozo de tela mugrienta y cubierta de moho. Ahora cavé como un poseso, intentando despejar la mayor cantidad del objeto que podía, intentando aumentar mis probabilidades de éxito todo lo posible. Detrás de mí, la Forma gritó con furia y mi esposa gritó de dolor. Sara había cedido parte de su ser incorpóreo para cumplir su venganza, había dejado entrar a algo que Jo había llamado Intruso. Yo no tenía ni idea de lo que podía ser y no quería saberlo. Sara era su conducto de entrada, al menos eso lo sabía. Y si podía ocuparme de ella a tiempo...

Metí la mano en el agujero encharcado, apartando tierra empapada del viejo lienzo.

Cuando lo hice aparecieron unas letras estampadas medio borradas: ASERRADERO J. M. MCCURDIE'S. McCurdie's ardió en los incendios del treinta y tres, yo lo sabía.

Había visto en alguna parte fotografías de él en llamas. Mientras tiraba del lienzo, las yemas de mis dedos lo perforaron y, dejando escapar una hedionda y tenue vaharada verde, oí gruñidos. Oí a Devore. Está tendido encima de ella y gruñe como un cerdo.

Sara está medio inconsciente, mascullando ininteligiblemente entre los labios magullados y relucientes de sangre. Devore mira por encima de su hombro a Draper Finney y Fred Dean Han salido corriendo detrás del niño y lo han traído de vuelta, no deja de gritar, grita tanto como para ensordecirme, tanto como para resucitar a los muertos, y si ellos pueden oír los cantos de los metodistas desde aquí, ellos también podrán oír al negrito aullando desde allí. Devore dice:

–Metedlo en el agua, hacedlo callar. –En el momento en que lo dice, como si las palabras fueran mágicas, su polla empieza a enderezarse.

– ¿Qué quieres decir? –pregunta Ben Merrill.

–Lo sabes muy bien –dice Jared. Articula las palabras entre jadeos, sacudiendo violentamente las caderas mientras habla. Su culo apretado reluce bajo la luz de la tarde–. ¡Nos ha visto! ¿Quieres cortarle la garganta y mancharte con su sangre? Por mí, vale. Toma. Aquí tienes mi navaja.

– ¡N... no, Jared! –grita Ben horrorizado, encogiéndose realmente al ver la navaja.

Finalmente está a punto. Sólo tarda un poco más, sólo eso, no es un chaval como los otros. ¡Pero ahora...! Da igual su lengua de víbora, da igual su insolente manera de reír, da igual todo el pueblo. Que vengan todos y miren, si quieren. Se la mete, lo que ella quería desde el principio, lo que quieren todas las de su calaña. Se la mete y la hunde hasta el fondo. Sigue dando órdenes incluso mientras la viola. Su culo sube y baja, arriba y abajo, como la cola de un gato.

– ¡Que alguien se encargue de él! ¿O queréis pasar cuarenta años pudriéndoos en Shawshank por culpa del chivatazo de un negrito de mierda?

Ben agarra a Kito Tidwell por un brazo, Oren Peebles por el otro, pero para cuando han conseguido arrastrarlo hasta el terraplén han perdido el ímpetu. Una cosa es violar a una negra advenediza que había tenido la osadía de reírse de Jared cuando éste se había caído al suelo y se había rasgado los pantalones. Ahogar a un niño asustado como si fuera un gatito recién nacido en un charco cenagoso... es otra muy distinta.

Aflojan su presa, se miran el uno al otro a los ojos, como si estuvieran hechizados, y Kito se suelta.

– ¡Corre, cielo! –grita Sara–. Corre y busca... Jared le atenaza el cuello con las dos manos y empieza a apretar.

El niño tropieza con su cubo de moras y cae al suelo. Harry y Draper lo vuelven a apresar con facilidad.

– ¿Qué vas a hacer? –pregunta Draper con un gemido desesperado, y Harry responde:

–Lo que debo.

Eso fue lo que respondió, y ahora yo iba a hacer lo que debía: a pesar del hedor, a pesar de Sara, a pesar de los alaridos de mi esposa muerta. Saqué a rastras del agujero el fardo de lona. Las cuerdas que lo mantenían cerrado por ambos extremos aguantaron, pero la lona se rajó por el centro con un horrendo eructo. – ¡Deprisa! –gritó Jo–. No aguantaré mucho más.

La criatura ladró, soltó un ladrido perruno. Se oyó un fuerte crujido de madera, como una puerta que se cerrara con la violencia suficiente para astillarse, y Jo gimió. Busqué la bolsa con el sello de Slips'n Greens impreso delante y la abrí de un manotazo mientras...

...Harry –los demás lo llaman irlandés por el color zanahoria de su cabello– sujeta al niño que lucha en una especie de torpe llave de lucha libre y se lanza con él al lago. El niño lucha con más ímpetu que nunca; se le cae el sombrero de paja y se aleja flotando por el agua.

– ¡Coge eso! –exclama Harry. Fred Dean se arrodilla y pesca el sombrero chorreante.

Fred tiene la vista nublada, tiene el aspecto de un boxeador a un asalto de besar la lona.

Detrás de ellos, Sara Tidwell ha empezado a respirar entrecortadamente con unos sonidos guturales que, al igual que la visión de la mano del niño crispada en un puño, atormentarán a Draper Finney hasta su última zambullida en Eades Quarry. Jared hunde los dedos más profundamente, meneando las caderas y estrangulando a la mujer al mismo tiempo, empapado de sudor. Por mucho que lave las ropas que lleva, el olor de ese sudor no desaparecerá, y cuando empiece a pensar que es "sudor asesino", quemará las prendas para olvidarse de él.

Harry Auster quiere olvidarse de todo, olvidarse y no volver a ver nunca más a estos hombres, sobre todo a Jared Devore, de quien ahora piensa que debe ser el propio Satanás. Harry no puede volver a casa y mirar a su padre a menos que esta pesadilla termine y sea enterrada. ¡Y su madre! ¿Cómo podrá nunca mirar a su adorada madre, Bridget Auster, con su redonda cara irlandesa, su cabello canoso y su reconfortante pecho en el que apoyarse? Bridget, que siempre tiene una

palabra amable o una mano tranquilizadora para él, Bridget Auster, que fue Salvada, Lavada en la Sangre del Cordero, Bridget Auster, que en este mismo momento sirve pasteles en la merienda que disfrutaban en la nueva iglesia, Bridget Auster, que es mamá. ¿Cómo podrá nunca volver a mirarla – o ella a él– si tiene que ser juzgado por violar y maltratar a una mujer, aunque sea negra?

Por eso aparta al niño de su cuerpo bruscamente –Kito le araña una vez, apenas una muesca en un lado del cuello, y esa noche Harry le dirá a su madre que fue una espina de zarza que le pilló por sorpresa y dejará que ella bese la herida– y luego hunde al pequeño en el lago. Kito lo mira desde el agua, su rostro parece ondular, y Harry ve un pez nadando muy cerca. Una perca, piensa. Por un instante se pregunta qué debe ver el niño, mirando hacia arriba a través del escudo plateado de la superficie la cara del tipo que lo mantiene hundido, el tipo que lo está ahogando, y enseguida Harry aleja este pensamiento. Sólo es un negro –se recuerda a sí mismo desesperadamente–. Eso es lo que es, un negro y nada más. No es de los tuyos.

El brazo de Kito sale del agua, su brazo moreno y chorreante. Harry se echa hacia atrás, no quiere que lo arañe, pero la mano no lo busca a él, sólo sobresale en vertical. Los dedos se cierran formando un puño. Se abren. Se cierran en un puño. Se abren. Se cierran en un puño. Las sacudidas del niño empiezan a debilitarse, el pataleo se hace más lento, los ojos que miran directamente a los de Harry adoptan una curiosa expresión adormilada, y el brazo moreno sigue extendido hacia arriba, la mano sigue abriéndose y cerrándose, abriéndose y cerrándose. Draper Finney está en la orilla llorando, seguro de que ahora vendrá alguien, ahora verá alguien la terrible acción que han cometido, la terrible acción que aún están cometiendo. "Pagarás por tus pecados – dice la Biblia–. No lo dudes." Abre la boca para decirle a Harry que lo deje, tal vez aún no sea demasiado tarde para echarse atrás, sacarlo del agua, dejarlo vivir, pero no sale ningún sonido. A sus espaldas, Sara agoniza. Frente a él, la mano del niño que se ahoga se abre y se cierra, se abre y se cierra, su reflejo ondula en el agua, y Draper piensa: ¿No dejará de hacer eso? ¿Nunca va a dejar de hacer eso? Y como si fuera una oración que ahora recibe una respuesta, el codo rígido del niño empieza a doblarse y su brazo empieza a hundirse; los dedos se cierran de nuevo formando un puño y se quedan quietos. Por un momento la mano se estremece y luego...

Me dio un golpe en la frente con la palma de la mano para alejar a los fantasmas. Detrás de mí oía un frenético crujir de ramas de arbusto mientras Jo y lo que quiera que estuviese conteniendo seguían luchando. Metí las manos por la raja de la lona como un médico que abre una herida. Di un tirón. Se oyó un sonido rasgado mientras el saco se rajaba de punta a punta.

En el interior estaban los restos de ambos: dos calaveras amarillentas, frente a frente, como si mantuvieran una conversación íntima; un cinturón de mujer de cuero rojo desteñido, un amasijo de ropa... y un montón de huesos. Dos cajas torácicas, una grande y otra pequeña. Dos pares de piernas, unas largas y otras cortas. Los restos de Sara y Kito Tidwell, enterrados a la orilla del lago durante casi cien años.

El mayor de los cráneos se volvió hacia mí y sus cuencas vacías me miraron fijamente.

Sus dientes castañetearon como si fuera a morderme y los huesos que había debajo iniciaron una tenebrosa y agitada vibración. Algunos se rompieron inmediatamente; todos estaban blandos y llenos de agujeritos. El cinturón rojo vibró incesantemente y la oxidada hebilla se irguió como la cabeza de una serpiente.

– ¡Mike! –exclamó Jo–. ¡Deprisa, deprisa!

Saqué la botella de plástico que llevaba en la bolsa: era la lejía que había comprado en Slips'n Greens. Se oyó un silbido como el que se produce al abrir una cerveza o un refresco embotellado. La hebilla del cinturón se fundió. Los huesos se blanquearon y desmigajaron como los productos de azúcar; tuve la pavorosa imagen de pesadilla de un grupo de niños mejicanos comiendo calaveras de caramelo clavadas en largos palitos el día de los Difuntos. Las cuencas oculares de la calavera de Sara se volvieron blancas cuando la lejía llenó el oscuro recipiente que una vez contuvo la mente de la mujer, su prodigioso talento y su alma risueña. Tenía una expresión que al principio parecía de sorpresa y luego de pena.

La mandíbula inferior se desprendió. Los dientes que quedaban se desprendieron con un silbido.

La parte superior del cráneo se hundió.

Las falanges de los dedos vibraron y luego se derritieron. –Ahhhh...

El susurro pasó entre los árboles empapados como un viento cada vez más fuerte... sólo que el viento se había detenido y el aire húmedo recuperaba el aliento antes de la próxima acometida.

Era un sonido de dolor inenarrable, de añoranza y de rendición. No capté odio en él; el odio de Sara se había esfumado, corroído por el producto químico que yo había comprado en la tienda de

Helen Auster. El ruido de la desintegración de Sara fue sustituido por el grito lastimero y casi humano de un pájaro, y me despertó del lugar donde había estado, me sacó finalmente y por completo de la zona. Me puse en pie tembloroso, me volví y miré la Calle.

Jo aún estaba allí, una tenue forma a través de la cual podía ver ahora el lago y las oscuras nubes del cercano chubasco que se aproximaba por encima de las montañas.

Algo titilaba detrás de ella—el pájaro que salía de su refugio seguro para echar una ojeada al entorno remodelado, quizá—, pero apenas lo advertí. Era a Jo a quien quería ver, a Jo, que había venido desde Dios sabía dónde y sufrido Dios sabía cuánto para ayudarme. Pero lo otro —el Intruso— había desaparecido. Jo, en el centro de un círculo de hojas de abedul tan secas que parecían carbonizadas, se volvió hacia mí y me sonrió.

— ¡Jo! Lo hemos conseguido.

Su boca se movió. Oí los sonidos, pero las palabras sonaban demasiado lejanas para entenderlas. Estaba allí mismo, pero podía haber estado gritando desde el otro lado de un ancho barranco. Aun así, la entendí. Leí sus labios, si preferís lo racional, o su mente, si preferís lo romántico. Yo prefiero lo segundo. El matrimonio también es una zona que está del otro lado de los límites de la realidad, ya se sabe.

—Entonces todo va bien, ¿no?

Bajé la vista hacia el saco de lona rasgado y no vi nada más que fragmentos y astillas que sobresalían de una pasta inquietante y malsana. Me llegó un vaho hediondo que a pesar de la Stenomask me hizo toser y retroceder. No era olor a podrido, sino a lejía.

Cuando me volví para mirar de nuevo a Jo, ya casi había desaparecido.

— ¡Jo! Espera.

—No puedo evitarlo. No puedo esperar.

Las palabras procedían de otro sistema estelar, apenas se distinguían en la boca translúcida. Ahora era poco más que ojos que flotaban en la oscura tarde, unos ojos que parecían hechos del agua del lago que tenían detrás.

—Deprisa...

Se esfumó. Me dirigí a trompicones hacia el lugar que había ocupado, haciendo crujir ramas secas de abedul bajo mis pies, y así la nada. Qué estúpido debía parecer, calado hasta los huesos, con una Stenomask torcida cubriendo la parte inferior de mi cara, tratando de abrazar el húmedo aire gris.

Capté un tenue aroma al perfume de Jo... y luego sólo tierra húmeda, agua del lago y el desagradable olor de la lejía impregnándolo todo. Al menos el olor a podrido había desaparecido; no había sido más real que...

¿Que qué? ¿Que qué? O todo era real o no lo era nada. Si nada de aquello era real, yo estaba loco y era candidato a huésped del sanatorio de Juniper Hill. Miré hacia la roca gris y vi el saco de huesos que había desenterrado del suelo húmedo como si fuera una muela cariada. Unos indolentes zarcillos de humo se elevaban aún del largo desgarrón.

Al menos eso era real. Igual que la Dama Verde, que ahora era una Dama Negra como el carbón, tan muerta como la rama seca que había detrás, la que parecía señalar como un brazo.

"No puedo evitarlo... No puedo quedarme... Deprisa."

¿No podía evitar qué? ¿Qué otra ayuda necesitaba yo? Ya había acabado, ¿no? Sara se había ido: el espíritu sigue a los huesos, buenas noches, queridas damas, Dios se encargará de que descanse en paz.

Y sin embargo, el aire parecía exudar una especie de horror apestoso, no muy distinto del hedor pútrido que antes brotaba del suelo; el nombre de Kyra empezó a resonar en mi cabeza ("Ki-Ki, Ki-Ki, Ki-Ki") como el canto de un ave tropical exótica. Alcé la vista hacia los escalones de traviesas de ferrocarril para mirar la casa, y aunque estaba agotado, cuando llegué a la mitad de las escaleras ya estaba corriendo.

Subí hasta la terraza y entré por allí. La casa parecía intacta —excepto por el árbol caído que se asomaba por la ventana de la cocina, Sara Risa había soportado muy bien la tormenta—, pero algo iba mal. Había algo que casi podía oler... y quizá lo olí, acre y tenue. La locura quizá tenga su propio olor salvaje. Aunque no tengo ningún interés en comprobarlo.

Me detuve en el recibidor, mirando la pila de libros de bolsillo, obras de Elmore Leonard y Ed McBain esparcidos por el suelo. Como si una mano los hubiera tirado de la estantería al pasar. Tal

vez un manotazo. También aquí reconocí mis pisadas, de ida y de vuelta. Ya habían empezado a secarse. Debían ser las únicas; yo llevaba a Ki en brazos cuando entramos. Debían ser las únicas, pero no lo eran. Las otras eran más pequeñas, pero no tanto como para confundirlas con las de una niña.

Corrí por el pasillo hasta el dormitorio norte gritando su nombre, y también podía haber gritado Mattie, Jo o Cara. Al salir de mi boca, el nombre de Kyra sonaba como el de un cadáver. El edredón estaba en el suelo. La cama estaba vacía, aunque el perro de peluche seguía allí, igual que en mi sueño. Y Ki había desaparecido.

CAPITULO 29

Busqué a Ki con la parte de mi mente que durante las últimas semanas había sabido cómo iba vestida, en qué habitación de la caravana estaba y qué hacía allí.

Naturalmente, no encontré nada: ese vínculo también se había disuelto.

Llamé a Jo –creo que lo hice–, pero también había desaparecido. Estaba solo. Que Dios me ayudara. Que Dios nos ayudara a ambos. Sentí el pánico tratar de imponerse y lo repelí. Tenía que mantener la mente despejada. Si no podía pensar, echaría por la borda cualquier posibilidad de recuperar a Ki. Regresé de nuevo rápidamente por el pasillo hasta el vestíbulo, intentando no prestar oídos a la voz enloquecida del fondo de mi mente, la que decía que Ki ya estaba perdida, ya estaba muerta. Eso no lo sabía, no podía saberlo ahora que se había interrumpido la conexión entre nosotros.

Miré la pila de libros y luego la puerta. Las nuevas pisadas entraron y salieron por aquí.

Un relámpago iluminó el cielo y estalló un trueno. El viento volvía a levantarse. Fui a la puerta, así el pomo y me detuve. Había algo encajado en la rendija de la puerta con el quicio, algo tan fino y móvil como una hebra de telaraña. Un único cabello blanco.

Lo miré sin pizca de sorpresa. Tenía que haberlo sabido, por supuesto, y de no ser por la tensión a la que había estado sometido y a las sucesivas conmociones de aquel terrible día, lo habría sabido. Todo estaba en la cinta que John me había puesto esa mañana... un tiempo que ya parecía formar parte de la vida de otro hombre.

Para empezar, estaba la comprobación de la hora que marcaba el momento en que John le había colgado a la mujer. "Nueve horas, cuarenta minutos", había dicho la voz de robot, lo que significaba que Rogette había llamado a las siete menos veinte de la mañana... es decir, si realmente llamaba desde Palm Springs. No es que no fuera posible; si hubiera prestado atención a ese detalle extraño mientras íbamos en coche desde el aeropuerto a la caravana de Mattie, me habría dicho a mí mismo que sin duda había insomnes por toda California que concluían sus asuntos en la costa Este antes de que el sol se hubiera elevado del todo por encima del horizonte.

Pero había algo más, algo que no tenía una explicación tan sencilla.

En cierto momento, John había sacado la cinta. Había dicho que lo hacía porque yo me había puesto pálido como un papel en lugar de reírme. Yo le había respondido que la dejara hasta el final, que sólo me había sorprendido volver a oír aquella voz. La calidad de esa voz. Había dicho que la reproducción era buena. Pero en realidad fueron los muchachos del sótano quienes reaccionaron a la cinta de John; mis cómplices del inconsciente. Y no había sido la voz lo que los había asustado. Había sido el zumbido del fondo. El característico zumbido que se oye en todas las llamadas del TR. Rogette Whitmore nunca había abandonado TR-90. Si el hecho de que yo no hubiera caído en la cuenta de ese detalle le costaba la vida a Ki Devore esa tarde, sería incapaz de perdonarme. Se lo dije a Dios una y otra vez mientras descendía precipitadamente una vez más los escalones de traviesas de ferrocarril, corriendo hacia el frente de una tormenta revitalizada.

Fue una suerte que no cayera cuesta abajo. La mitad de la plataforma flotante había encallado allí; de haber caído, me habría empalado vivo en sus tablas astilladas y habría muerto como un vampiro con una estaca en el pecho. Qué pensamiento tan agradable.

Correr no es bueno para alguien al borde del pánico; es como rascarse después de tocar ortigas. Cuando logré frenarme agarrándome a uno de los pinos que crecían al pie de los escalones, casi había perdido la razón. El nombre de Ki retumbaba de nuevo en mi cabeza, tan estruendoso que no quedaba sitio para mucho más. De pronto, un rayo rasgó el cielo a mi derecha y se estrelló contra la base del tronco de un enorme abeto que probablemente ya estaba allí cuando vivían Sara y Kito. Si hubiera estado mirando directamente hacia allí, me habría cegado; incluso con la cabeza girada tres cuartas partes en dirección opuesta, el rayo dejó flotando ante mis ojos una enorme mancha azul semejante a los efectos de un gigantesco flash de cámara fotográfica. Con un prolongado crujido, sesenta metros de abeto plateado se precipitaron sobre el lago, levantando una larga cortina de rocío que pareció quedar suspendida entre el cielo gris y el agua gris. El tocón del árbol ardía bajo la lluvia y humeaba como el sombrero de una bruja.

Me produjo el mismo efecto que una bofetada, me despejó la mente y me proporcionó una última oportunidad para utilizar el cerebro. Respiré hondo y me obligué a hacer precisamente eso. ¿Por qué había bajado hasta aquí, para empezar? ¿Por qué había pensado que Rogette había llevado a Kyra hacia el lago, donde yo acababa de estar, en lugar de alejarla de mí por el camino Cuarenta y dos?

No seas estúpido. Ella vino aquí porque la Calle es el camino de regreso a Warrington's, y es en Warrington's donde ha estado, sola, desde el momento en que mandó el cadáver de su jefe a California en el jet privado.

Se había colado furtivamente en la casa mientras yo estaba bajo el estudio de Jo, estudiando el papel con un esbozo de árbol genealógico. Se habría llevado a Ki entonces, si yo le hubiera dado la oportunidad, pero no se la di. Volví corriendo, temiendo que algo iba mal, temiendo que alguien intentase apoderarse de la niña...

¿La había despertado Rogette? ¿La había visto Ki y había tratado de avisarme antes de volver a desmayarse? ¿Era eso lo que me había hecho volver tan apresuradamente? Tal vez. Entonces todavía estábamos en contacto. Era obvio que Rogette había estado en la casa a mi regreso. Quizá estaba incluso en el armario del dormitorio norte y me observaba a través de la rendija. Una parte de mí lo sabía. Una parte de mí la detectó, percibió algo que no era Sara.

Después había vuelto a salir. Había cogido la bolsa de Slips'n Green y bajado hasta el lago. Había girado a la derecha, hacia el norte. Hacia el abedul, la roca, el saco de huesos. Había hecho lo que debía, y mientras lo hacía, Rogette había cogido a Kyra, bajado los escalones de traviesas a mis espaldas y torcido a la izquierda al llegar a la Calle. Había girado hacia el sur, hacia Warrington's.

Con una sensación de vacío en el estómago, comprendí que probablemente yo había oído a Ki... quizá incluso la había visto. El pájaro que piaba tímidamente durante mi ensoñación no había sido un pájaro.

Ki estaba entonces despierta, Ki me vio –quizá vio también a Jo– y trató de llamarme.

Sólo consiguió emitir aquel gritito antes de que Rogette le tapara la boca.

¿Cuánto tiempo habría pasado? Me parecía una eternidad, pero se me antojaba que no había sido mucho, quizá menos de cinco minutos. Pero no se tarda mucho en ahogar a una niña. La imagen del brazo desnudo de Kito sobresaliendo del agua intentó regresar la mano del final abriéndose y cerrándose, abriéndose y cerrándose, como si intentase respirar por los pulmones que no podían hacerlo– y la aparté de mi mente. También reprimí el impulso de echar a correr en dirección a Warrington's. Si lo hacía me invadiría el pánico, estaba seguro.

En todos los años transcurridos desde la muerte de Jo, nunca la había echado de menos con tanta intensidad como en ese momento. Pero ya no estaba; ni siquiera quedaba un susurro suyo. Sin nadie con quien contar excepto conmigo mismo, me dirigí hacia el sur por la Calle sembrada de restos de árboles, sorteando las ramas y los troncos caídos, arrastrándome por debajo cuando se cruzaban de lado a lado del camino y pasando por encima, partiendo ramas ruidosamente, sólo como último recurso. Mientras avanzaba pronuncié todas las oraciones que supuse de rigor en una situación semejante, pero ninguna de ellas consiguió borrar la imagen del rostro de Rogette Whitmore imponiéndose en mi mente. Su rostro desalmado gritando.

Recuerdo que pensé: Ésta es la versión exterior del Túnel del Miedo. El bosque me parecía ciertamente encantado mientras avanzaba trabajosamente: los árboles que sólo se habían aflojado con la tormenta ahora caían por docenas con este remate consecutivo de viento y lluvia. El ruido se asemejaba al de unas pisadas gigantescas, y no necesitaba preocuparme por el ruido que hacían mis propios pies. Cuando pasé ante Batchelder's, una construcción circular prefabricada erigida sobre un promontorio de roca como un sombrero sobre un taburete, vi que el tejado entero había sido aplastado por un abeto.

A un kilómetro al sur de Sara vi una de las cintas de pelo blancas de Ki en el suelo. La recogí, pensando cuánto se parecía a la sangre el ribete rojo. La guardé en el bolsillo y seguí adelante.

Cinco minutos después llegué junto a un viejo pino recubierto de musgo que había caído de través en medio del camino; aún estaba conectado a la raíz por un alargado y curvo entramado de astillas, y chirriaba como una hilera de bisagras oxidadas cuando las olas levantaban y dejaban caer los veinte o treinta metros superiores que ahora flotaban en el lago. Había sitio para pasar arrastrándome por debajo, y al agacharme vi otras huellas de rodillas que apenas empezaban a llenarse de agua. Vi algo más: la segunda cinta de pelo. La guardé en el mismo bolsillo que la primera.

Estaba pasando por debajo del pino cuando oí caer otro árbol, éste mucho más cerca. Al ruido le siguió un grito, no de dolor o miedo, sino de cólera y sorpresa. A continuación, por encima incluso del silbido de la lluvia y el viento, oí la voz de Rogette: – ¡Vuelve!

¡No te metas ahí! ¡Es peligroso!

Me arrastré hasta el otro lado del árbol, sin notar apenas la astilla de una rama que me abrió una brecha en la espalda, me puse en pie y empecé a correr por el camino. Si los árboles caídos con que me tropezaba eran pequeños, los saltaba sin reducir el paso.

Si eran grandes, me encaramaba a ellos sin pensar dónde podían arañarme o clavármese los puntiagudos restos de ramas. Resonó otro trueno. Descargó otro brillante relámpago, y bajo su resplandor vi una construcción de tablones grises entre los árboles. El día que había visto por primera vez a Rogette no había tenido ocasión de ver gran cosa del pabellón de Warrington's, pero ahora el bosque se había desgarrado como una prenda de ropa vieja; esta zona tardaría años en recuperarse. La mitad posterior de la casa se había desplomado bajo el peso de dos enormes árboles que parecían haber caído a la vez. Se habían cruzado como un cuchillo y un tenedor sobre un plato y yacían sobre las ruinas formando una burda "X".

La voz de Ki se elevó por encima de la tormenta sólo porque el terror la había vuelto estridente.

– ¡Vete! ¡No te quiero! ¡Vete! Era horrible oír el miedo en su voz, pero maravilloso oír al menos su voz.

A unos doce metros de donde el grito de Rogette me había dejado petrificado, otro árbol se cruzaba en el camino. Rogette en persona estaba al otro lado, tendiéndole una mano a Ki. La mano chorreaba sangre, pero casi ni me di cuenta. Me estaba fijando en Kyra.

El muelle que se extendía entre la Calle y el bar Sunset era muy largo, al menos veinte metros, quizá treinta. Lo bastante largo para pasear de la mano con la novia o la amante una hermosa tarde de verano y convertir la experiencia en un recuerdo memorable. La tormenta no lo había destrozado –todavía–, pero el viento lo había retorcido como una cinta. Recuerdo una secuencia de un noticiario cinematográfico que vi en alguna sesión matinal infantil del sábado, la filmación de un puente colgante bailando durante un huracán, y eso era lo que parecía el muelle que separaba Warrington's del bar Sunset.

Daba violentas sacudidas de arriba abajo en las aguas agitadas, con todas sus juntas entabladas gimiendo como un acordeón de madera. Antes había una barandilla –presumiblemente para guiar sanos y salvos hasta la orilla a los que paseaban por la noche–, pero ya no estaba. Kyra estaba a medio camino de esta tira de madera bamboleante medio hundida. Vi al menos tres rectángulos de oscuridad entre la orilla y el punto donde se encontraba ella, lugares donde las tablas habían sido arrancadas. Desde debajo del muelle llegaba el arrítmico martilleo de los bidones de metal vacíos que lo mantenían a flote. Varios de esos bidones se habían soltado de su anclaje y se alejaban flotando. Ki había abierto los brazos de par en par para mantener el equilibrio como un equilibrista en la cuerda floja. La camiseta aleteaba contra sus rodillas y sus hombros quemados por el sol.

– ¡Vuelve! –gritó Rogette.

Su cabello lacio revoloteaba alrededor de su cara; la gabardina negra y reluciente que llevaba se hinchaba con el viento. Ahora tenía los brazos extendidos al frente, uno cubierto de sangre y otro no. Se me ocurrió que Ki podía haberla mordido.

– ¡No! –Ki negó enérgicamente con la cabeza y sentí deseos de decirle que no lo hiciera, Ki, cielo, no sacudas así la cabeza, no es bueno. Se tambaleó, un brazo apuntó al cielo y el otro al suelo, de modo que por un momento pareció un avión realizando un viraje cerrado. Si el muelle hubiera elegido aquel momento para dar una fuerte sacudida bajo los pies de la niña, Ki habría salido despedida hacia un lado. Recuperó cierto equilibrio precario, aunque me pareció ver sus pies desnudos resbalar un poco en las lisas tablas–.

¡Vete! ¡Vete... ve a dormir una siesta, pareces cansada!

Ki no me vio; toda su atención estaba centrada en la "abuelita". Rogette tampoco me vio. Me dejé caer de bruces y me arrastré por debajo del árbol, clavando los dedos en la tierra y flexionando los brazos para avanzar. Un trueno rodó sobre el lago como una gigantesca bola de caoba, y el ruido retumbó en las montañas. Cuando volví a incorporarme de rodillas, vi que Rogette avanzaba lentamente por el muelle hacia la orilla. Por cada paso al frente que daba Kyra, retrocedía otro, tembloroso y arriesgado.

Rogette le tendía la mano sana, aunque por un momento pensé que también ésta había empezado a sangrar. Sin embargo, la sustancia que resbalaba entre sus dedos unidos era demasiado oscura para ser sangre, y cuando empezó a hablar, con una horrenda voz zalamera que me puso la carne de gallina, me di cuenta de que era chocolate deshecho.

–Vamos a jugar, Ki –dijo con voz arrulladora–. ¿Quieres empezar tú?

Dio un paso al frente. Ki lo compensó dando un paso atrás, trastabilló, recuperó el equilibrio. Mi corazón se detuvo, luego siguió latiendo desbocado. Reduje la distancia que me separaba de la mujer con la mayor rapidez que pude, pero sin correr; no quería que se enterase de nada hasta que despertara. Si despertaba. No me importaba si lo hacía o no. Diablos, si había podido fracturarle el cráneo a George Footman con un martillo, sin duda podría hacerle daño a esa bruja vieja. Mientras avanzaba, entrelacé los dedos de ambas manos formando un gran puño.

– ¿No? ¿No quieres empezar? ¿Te da vergüenza? –Rogette hablaba con una voz almibarada que me hacía rechinar los dientes—. De acuerdo, empezaré yo. ¡Fiesta! ¿Qué rima con fiesta, Ki? Resta... y siesta... Estabas durmiendo la siesta, ¿verdad?, cuando llegué y te desperté. Y cesta... ¿Quieres que abra la cesta de la merienda? Ven, nos daremos chocolate una a la otra, como hacíamos... Te contaré un nuevo chiste de: "Pom, pom, ¿quién es?"

Otro paso. Ya había llegado al borde del muelle. Si se le hubiera ocurrido, quizá se habría limitado a tirarle piedras a Kyra como había hecho conmigo; habría insistido hasta acertar con una y hacer caer a Ki al lago. Pero no creo que la idea se le hubiera cruzado por la cabeza. Cuando la locura llega a cierto punto, es como llegar a un peaje sin salidas laterales. Rogette tenía otros planes para Kyra.

–Vamos, Ki–Ki, juega con tu abuelita.

Volvió a tenderle el chocolate, un pringoso Hershey's Kisses que chorreaba entre el papel de plata arrugado. Los ojos de Kyra se desviaron de ella y por fin me vio. Negué con la cabeza, intentando indicarle que no dijera nada, pero fue inútil: una expresión de alivio y júbilo afloró a su rostro. Gritó mi nombre y vi que Rogette alzaba los hombros por la sorpresa.

Corrí los últimos cuatro metros, levantando las manos entrelazadas como una porra, pero resbalé un poco en el suelo húmedo en el momento crucial en que Rogette se encogía para esquivarme. En lugar de golpearle en la nuca como había planeado, mis manos unidas sólo le rozaron el hombro. Se tambaleó, clavó una rodilla en tierra y volvió a levantarse casi en el acto. Sus ojos eran como pequeños arcos voltaicos azules que escupían furia en lugar de electricidad.

– ¡Tú! –exclamó, siseando la palabra por encima de la lengua, como si fuera una maldición antigua: "Tuuuuuuuuu."

Detrás de nosotros, Kyra gritó mi nombre, tambaleante, danzando sobre la madera húmeda y agitando los brazos para no caer al lago. Una ola remontó el muelle y cubrió sus pequeños pies desnudos.

– ¡Aguenta, Ki! –le grité a mi vez.

Rogette vio que desviaba la vista y aprovechó la ocasión: giró sobre sí misma y corrió hacia el muelle. Corrí tras ella, la agarré por el pelo... y se me quedó en la mano. Todo.

Me quedé al borde del lago embravecido con la mata de pelo blanco bamboleándose en mi mano como una cabellera arrancada.

Rogette miró por encima de su hombro, mascullando entre dientes, un ancestral gnomo calvo bajo la lluvia, y pensé: Es él, es Devore, nunca murió, de algún modo intercambió su identidad con la mujer, ella fue quien se suicidó, fue su cadáver el que volvió a California en el jet...

Pero en cuanto se volvió de nuevo y empezó a correr hacia Ki, cambié de idea. Era Rogette, sí, pero había adquirido aquel espantoso parecido sin querer. Lo que iba mal en su cabeza había hecho algo más que provocarle la caída del cabello; también la había envejecido. Setenta años, pensé, pero serían al menos diez años más de su edad real.

"Mucha gente les pone nombres parecidos a sus hijos –me había dicho la señora Meserve—. Les parece gracioso." Max Devore debió de pensar lo mismo, y por eso había llamado Roger a su hijo y Rogette a su hija. Quizá ella hubiera adquirido el apellido Whitmore honradamente –podía haberse casado en su juventud–, pero sin la peluca, su ascendencia quedaba fuera de toda discusión. La mujer que avanzaba a trompicones por el muelle húmedo para rematar la faena era la tía de Kyra.

Ki empezó a retroceder rápidamente, sin esforzarse por ser precavida y vigilar dónde pisaba. Se iba a caer al agua; era imposible que se mantuviera en pie. Pero sin darle tiempo a caer, una ola azotó el muelle entre ambas, en un punto donde varios bidones se habían soltado y la pasarela de tablas se había hundido parcialmente. El agua turbulenta se alzó y empezó a retorcerse en uno de esos remolinos que yo ya había visto antes. Rogette se detuvo con el agua a la altura de los tobillos chapoteando sobre el muelle, y yo me detuve unos tres metros y medio más atrás.

La forma se volvió sólida, y antes incluso de que yo pudiera distinguir el rostro, reconocí los pantalones cortos holgados con el estampado chillón y la camiseta ceñida.

Era Mattie. Una Mattie gris sepulcral que miraba a Rogette con ojos de ultratumba.

Rogette alzó las manos, trastabilló, intentó recobrase. En ese momento, una ola pasó por debajo del muelle, levantándolo y luego dejándolo caer como una vagoneta de montaña rusa de parque de atracciones. Rogette se fue hacia un lado. Detrás de ella, más allá de la figura de agua que se erguía bajo la lluvia, vi a Ki tumbada de bruces sobre la terraza del bar Sunset. La última sacudida la había arrojado provisionalmente hasta un lugar seguro, como si fuera el proyectil humano de un juego de tragabolas.

Mattie me miraba, sus labios se movían y tenía los ojos clavados en los míos. Antes había logrado entender lo que decía Jo, pero esta vez no tenía ni idea. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no lo conseguí.

– ¡Mamá! ¡Mamá!

La figura se revolvió, más que simplemente volverse; no parecía estar realmente bajo los pantalones. Subió por el muelle hasta la barra, donde estaba ahora Ki, aún en pie, con los brazos extendidos.

Algo me agarró la pierna.

Miré hacia abajo y vi una aparición ahogándose en las tumultuosas aguas. Unos ojos oscuros me miraron desde debajo del cráneo calvo. Rogette tosía y escupía agua entre unos labios morados como ciruelas. Su mano libre se agitaba débilmente en mi dirección. Los dedos se abrían... y se cerraban. Se abrían... y se cerraban. Me arrodillé y le cogí una mano. Ella se aferró a la mía como una zarpa de acero y dio un fuerte tirón, intentando arrastrarme a mí también. Los labios morados se retiraron para dejar al descubierto unos dientes descarnados, como los de la calavera de Sara. Y sí, pensé que esta vez era Rogette quien reía.

Rodé sobre las caderas y tiré de ella hacia arriba, sin pensarlo, en un acto reflejo. Tres cuartas partes de su cuerpo salieron del agua como si fuera una gigantesca trucha rebelde. Gritó, proyectó la cabeza hacia adelante y enterró sus dientes en mi muñeca. El dolor fue inmediato y enorme. Alcé la mano precipitadamente y volví a bajarla, no pensando en hacerle daño, sólo deseando liberarme de aquella boca de comadreja. Otra ola sacudió el muelle medio sumergido mientras yo reaccionaba. Al subir, el borde astillado empaló el rostro de Rogette que descendía. Un ojo saltó de su órbita, una astilla amarilla y chorreante se enterró en su nariz como un puñal y la delgada piel de su frente se rajó, separándose del hueso como dos hojas de una ventana que se abriera de golpe. Después el lago se la llevó. Vi la topografía desgarrada de su rostro unos segundos más, vuelta hacia la lluvia torrencial, pálida y reluciente como la luz de un tubo fluorescente. Finalmente rodó sobre sí misma y su gabardina negra de plástico la envolvió como un sudario.

Lo que vi cuando me volví hacia el bar Sunset fue otro atisbo de lo que hay bajo la piel de este mundo, pero muy diferente del rostro de Sara, de la Dama Verde o de la horrorosa forma –apenas vislumbrada– del Intruso. Kyra estaba en la ancha terraza de madera que se extendía frente a la barra, en medio de un caos de muebles de mimbre volcados. Frente a ella se erguía un surtidor de agua en el que aún distinguí –muy débilmente la silueta vaporosa de una mujer. Estaba de rodillas, con los brazos extendidos.

Intentando abrazar a su hija. Los brazos de Ki atravesaron a Mattie y salieron por el otro lado empapados.

– ¡Mamá, no puedo tocarlo!

La mujer de agua estaba hablando, vi cómo se movían sus labios. Ki la miró, extasiada.

Durante un breve instante, Mattie se volvió hacia mí. Nuestras miradas se encontraron, y sus ojos eran parte del lago. Eran el Dark Score, que estaba allí mucho antes de que yo llegara y seguiría allí mucho después de que me fuera. Me llevé las manos a la boca, me besé las palmas y se las mostré. Unas manos relucientes se acercaron como si quisieran atrapar mis besos.

– ¡Mamá, no te vayas! –gritó Kyra, y trató de abrazar a la figura.

Se quedó empapada inmediatamente y retrocedió con los ojos anegados y tosiendo.

Ante ella ya no había una mujer; sólo había agua fluyendo entre las tablas y escurriéndose por las rendijas para reunirse con el lago, que brota de manantiales profundos, mucho más abajo, de las fisuras de la roca que sirve de base al TR y a toda esta parte de nuestro mundo.

Moviéndome cuidadosamente, realizando un número de equilibrismo, recorrí el muelle bamboleante hasta el bar Sunset. Cuando llegué allí rodeé a Kyra con mis brazos. Ella me abrazó con fuerza, temblando violentamente contra mí. Oí el débil castañeteo de sus dientes y olí el lago en su cabello.

–Mattie ha venido –dijo. –Lo sé, la he visto. –Mattie ha hecho que se vaya la abuelita.

–También lo he visto. Ahora quédate muy quieta, Ki. Vamos a volver a tierra firme, pero no puedes moverte mucho. Si te mueves, acabaremos en el agua.

Se portó como un ángel. Cuando volvimos a pisar la Calle y fui a dejarla en el suelo, se aferró a mi cuello con fiereza. Por mí no había ningún problema. Pensé en llevarla a Warrington's, pero no lo hice. Allí habría toallas, posiblemente también ropa seca, pero se me antojaba que quizá habría también una bañera llena de agua caliente esperando.

Además, la lluvia volvía a amainar y esta vez el cielo parecía más despejado por el oeste.

– ¿Qué te ha dicho Mattie, cariño? –pregunté mientras caminábamos hacia el norte por la Calle.

Ki me permitía depositarla en el suelo para que pudiéramos arrastrarnos por debajo de los árboles caídos que nos encontrábamos, pero levantaba los brazos para que volviera a cogerla en cuanto llegábamos al otro lado.

–Que sea buena y no esté triste. Pero yo estoy triste. Estoy muy triste.

Se echó a llorar y le acaricié el cabello mojado.

Cuando llegamos a los escalones de traviesas ya se le habían acabado las lágrimas... y por encima de las montañas, hacia el oeste, vi un pequeño pero luminoso jirón azul.

–Todo el bosque se ha caído –dijo Ki, mirando alrededor. Tenía los ojos muy abiertos.

–Bueno... no todo, pero una buena parte sí, supongo.

A mitad de las escaleras me detuve, jadeando y sin resuello. Pero no le pedí a Ki que se bajara. No quería soltarla. Sólo quería recuperar el aliento.

– ¿Mike?

– ¿Qué, preciosa?

–Mattie me dijo otra cosa.

– ¿Qué?

– ¿Puedo decírtelo al oído?

–Claro que sí, si tú quieres.

Ki se arrimó, apoyó sus labios en mi oreja y susurró.

La escuché. Cuando acabó, asentí, la besé en la mejilla, la trasladé a la otra cadera y la llevé así el resto del camino hasta la casa.

"No ha sido la tormenta del siglo, amigo, de eso nada. No, señor." Eso decían los viejos residentes sentados frente a la gran tienda de campaña del servicio sanitario del ejército, que sirvió de local a la tienda Lakeview a finales de aquel verano y otoño. Un enorme olmo había caído sobre la carretera 68 y aplastado la tienda. Para colmo, el árbol había arrastrado un puñado de cables eléctricos chisporroteantes en su caída. Éstos habían hecho estallar el propano de un depósito reventado y todo el edificio había saltado por los aires. Sin embargo, la tienda de campaña fue un sustituto aceptable durante el buen tiempo, y la gente del TR empezó a decir que bajaba a MASH por pan y cervezas... debido a la cruz roja desteñida pero aún visible a cada lado del techo de la tienda de campaña.

Los viejos residentes se sentaban en sillas plegables junto a una pared de lona y saludaban con la mano a otros viejos residentes que pasaban traqueteando en sus viejos coches oxidados (todos los viejos residentes acreditados tenían un Ford o un Chevrolet, así que en ese sentido yo voy por el buen camino), contemplando los inicios de la reconstrucción del pueblo a su alrededor. Y mientras observaban, hablaban de la tormenta de hielo del invierno anterior, la que había derribado faroles y arrancado un millón de árboles entre Kittery y Fort Kent; hablaban de los ciclones de agosto de 1985; hablaban del aguanieve de 1927. Ésas sí que fueron tormentas, decían.

Estoy seguro de que tienen parte de razón, y no discuto con ellos –casi nunca se gana una discusión con un auténtico yanqui, y nunca si es sobre el tiempo–, pero para mí la tormenta de

julio de 1998 siempre será la tormenta. Y conozco a una niña que opina lo mismo. Durante esa tormenta, su madre la visitó vestida de lago.

El primer vehículo que vino por mi camino particular no llegó hasta casi las seis.

Resultó ser, no un policía del condado de Castle, sino una grúa amarilla con luces amarillas parpadeantes en el techo de la cabina y un tipo con el mono de trabajo de la Compañía Eléctrica Central de Maine al volante. Pero el tipo del otro asiento sí era policía: de hecho era Norris Ridgewick, el mismísimo sheriff de condado. Y se acercó a mi puerta con el arma desenfundada.

El cambio de tiempo que el tipo de la tele había prometido ya se había producido, las tormentas y los núcleos tormentosos se dirigían hacia el este empujados por un gélido viento que casi alcanzaba la velocidad de una galerna. Siguieron cayendo árboles en el bosque encharcado durante por lo menos una hora después de que cesara la lluvia.

Hacia las cinco preparé unos bocadillos de queso fundido y sopa de tomate... comida de consuelo, la habría llamado Jo. Kyra comió de mala gana, pero comió, y bebió mucha leche. La había arropado con otra de mis camisetas y ella misma se había recogido el pelo. Le ofrecí las cintas blancas, pero negó con un gesto de determinación y optó por una goma elástica en su lugar.

—Esas cintas ya no me gustan —dijo. Decidí que a mí tampoco y las tiré a la basura. Ki me miró y no puso reparos. Después crucé la sala en dirección a la estufa de leña.

—¿Qué vas a hacer?

Se terminó el segundo vaso de leche, se escurrió de la silla y vino hacia mí.

—Encender un fuego. Puede que todos estos días cálidos me hayan diluido la sangre. Al menos eso es lo que habría dicho mi madre. Me observó en silencio mientras cogía un folio tras otro de la pila que había cogido de la mesa y amontonado encima de la estufa.

Hice una bola con cada folio y los introduje por la portezuela. Cuando me pareció que estaba lo bastante llena, empecé a colocar ramitas encima.

—¿Qué hay escrito en esos papeles? —preguntó Ki.

—Nada importante.

—¿Es un cuento?

—En realidad no. Era más bien... bueno, no lo sé. Un crucigrama. O una carta.

—Qué carta más larga —dijo y luego apoyó la cabeza sobre mi pierna como si estuviera cansada.

—Sí —respondí—. Las cartas de amor suelen ser largas, pero no es buena idea conservarlas.

—¿Por qué?

—Porque... —Vuelven para torturarte, fue lo que surgió en mi mente, pero no lo dije—.

Porque pueden avergonzarte más tarde en la vida.

—Ah.

—Además —proseguí—, estos papeles son como tus cintas, en cierto modo.

—Ya no te gustan.

—Exacto.

Entonces vio la caja, la cajita con BARATIJAS DE Jo escrito en la tapa. Estaba sobre la barra que separaba el salón de la cocina, no muy lejos de la pared donde antes había estado colgado el gato reloj. No recordaba haber subido la caja desde el estudio, pero supuse que quizá no había sido yo; era bastante raro. Además, creo que pudo llegar aquí... digamos que por sí sola. Ahora creo en esas cosas; tengo motivos.

Los ojos de Kyra se iluminaron como no lo hacían desde que había despertado de su breve siesta para enterarse de que su madre había muerto. Se puso de puntillas para coger la cajita y luego pasó sus dedos por las letras doradas. Pensé en lo importante que es para una niña tener una cajita metálica. Hay que guardar los propios secretos en algún sitio: el mejor juguete, el trozo de encaje más bonito, la primera joya. O una fotografía de la madre, tal a vez.

—Es muy... bonita —dijo con voz queda e impresionada. —

Puedes quedártela, si no te importa que ponga BARATIJAS DE Jo en lugar de BARATIJAS DE KI. Dentro hay unos papeles que quiero leer, pero puedo guardarlos en otro lado.

Me miró para asegurarse de que no iba en broma y vio que no. –Me encantaría–dijo con la misma voz queda e impresionada. Le quité la caja, saqué las libretas de muelles, las notas y los recortes de prensa, y luego se la devolví. Ki se ejercitó abriendo la tapa y volviéndola a colocar.

–Adivina qué guardaré aquí –dijo.

– ¿Tesoros secretos?

– ¡Sí! –exclamó, y por un momento sonrió con auténtica alegría–. ¿Quién era Jo, Mike?

¿La conozco? La conozco, ¿verdad? Era una de las personas del *figodífico*.

–Era...

Se me ocurrió una idea. Rebusqué entre los recortes de prensa amarillentos. Nada. Pensé que lo había perdido por el camino, y entonces vi una esquina de lo que buscaba asomando por el centro de una de las libretas de estenografía. Lo extraje y se lo tendí a Ki.

– ¿Qué es?

–Una foto al revés. Sostenla ante la luz.

Así lo hizo y la estuvo mirando mucho tiempo, embelesada. Tenue como un sueño, pude ver a mi esposa en su mano, mi esposa en bikini sobre la plataforma flotante.

–Ésa es Jo –dije.

–Es muy guapa. Me alegro de tener su caja para guardar mis cosas.

–Yo también me alegro, Ki –dije y le besé la cabeza. Cuando el sheriff Ridgewick aporreó la puerta, me pareció prudente abrir con los brazos en alto. Parecía histérico. Lo que suavizó la situación fue una pregunta simple y espontánea. – ¿Dónde está Alan Pangborn estos días, sheriff?

–Por New Hampshire –respondió Ridgewick, bajando un poco la pistola (un par de minutos después la enfundó sin que pareciera advertirlo) –. Les va muy bien, a él y a Polly. Excepto por la artritis de ella. Supongo que es desagradable, pero aún le queda mucha vida por delante. Una persona puede seguir tirando mucho tiempo si se divierte de vez en cuando, siempre lo digo. Señor Noonan, tengo muchas preguntas que hacerle.

Lo sabe, ¿verdad?

–Sí.

–La primera y más importante: ¿tiene a la niña, Kyra Devore?

–Sí.

– ¿Dónde está?

–Será un placer enseñárselo.

Recorrimos el pasillo del ala norte, llegamos a la puerta del dormitorio y nos asomamos.

Kyra había subido el edredón hasta la barbilla y estaba profundamente dormida. Tenía el perro de peluche hecho un ovillo en una mano; veíamos la cola embarrada sobresaliendo por un lado de su puño y el hocico por el otro. Permanecimos allí un buen rato, sin decir nada ninguno de los dos, mirándola dormir a la luz de una tarde de verano. En el bosque, los árboles habían dejado de desplomarse, pero el viento seguía soplando y al rozar los aleros de Sara Risa sonaba a música antigua.

EPÍLOGO

En Navidades nevó: quince centímetros de un amable polvillo que hizo que los cantores de villancicos que recorrían las calles de Sanford pareciesen escapados de *Qué bello es vivir*. Cuando regresé de comprobar por tercera vez que Kyra estaba bien, era la una y cuarto de la madrugada del 26, y había dejado de nevar. Una luna tardía, rotunda pero pálida, asomaba entre el deshilachado edredón de nubes.

Eran otras Navidades con Frank, y fuimos los dos últimos en irnos a acostar. Los niños, Ki incluida, estaban fuera de circulación, descansando de la orgía anual de comida y regalos. Frank iba por el tercer whisky –supongo que era lo mínimo que exigía el relato, por lo menos aquél–, pero yo apenas había probado un sorbo del mío. Creo que me habría aficionado a la botella con gran facilidad de no haber sido por Ki. Los días que paso con ella no suelo beber más de un vaso de cerveza. Y estar con ella tres días seguidos... pero, mierda, kemo sabe, si no puedes pasar las Navidades con tu hija, ¿para qué diablos están las Navidades?

– ¿Estás bien? –me preguntó Frank cuando volví a sentarme y bebí otro sorbito simbólico de mi vaso.

Le sonreí a modo de respuesta. No si ella está bien, sino si tú estás bien. Bueno, nadie ha dicho nunca que Frank fuera estúpido.

–Deberías haberme visto cuando el Departamento de Asistencia Social me dejó quedarme con ella durante un fin de semana entero en octubre. Creo que fui a comprobar si estaba bien una docena de veces antes de acostarme... y luego seguí comprobándolo. Levantándome para ir a verla, escuchando su respiración. No pegué ojo en toda la noche del viernes, y dormí como mucho tres horas la del sábado. Esto lo considero una gran mejoría. Pero si te vas de la lengua alguna vez sobre lo que te he contado, Frank (si alguien se entera de que llené la bañera antes de que la tormenta expulsara al espíritu), ya puedo despedirme de mis posibilidades de adoptarla.

Probablemente tendré que rellenar un formulario por triplicado antes de que me permitan siquiera asistir a su fiesta de graduación del instituto.

No pretendía contarle a Frank la parte de la bañera, pero en cuanto empecé a hablar, lo solté todo. Supuse que tenía que desahogarme con alguien, si quería seguir adelante con mi vida. Había dado por sentado que John Storrow sería quien estuviera al otro lado del confesionario cuando llegase el momento, pero John no quería hablar de ninguno de aquellos sucesos, excepto cuando tenían relación con nuestros asuntos legales, que en la actualidad se refieren exclusivamente a Kyra Elizabeth Devore.

–Mantendré la boca cerrada, no te preocupes. ¿Cómo va la batalla por la adopción?

–Lenta. He acabado asqueado del sistema judicial del estado de Maine, y también del Departamento de Asistencia Social. Individualmente, los funcionarios de esos organismos burocráticos son excelentes personas, pero cuando se reúnen...

–Malo, ¿eh?

–A veces me siento como un personaje de *Casa desolada*. Donde Dickens dice que ante un tribunal nadie gana excepto los abogados. John me dice que tenga paciencia y me dé por satisfecho de momento, que hacemos progresos asombrosos, teniendo en cuenta que soy el menos fiable de los seres humanos, un varón blanco soltero de mediana edad, pero Ki ha vivido en dos hogares de acogida desde que murió Mattie y...

– ¿La niña no tiene parientes en ninguno de los pueblos circundantes?

–La tía de Mattie. No quería saber nada de Ki cuando Mattie vivía y ahora tiene aún menos interés. Sobre todo desde que... –... desde que sabe que Ki no va a ser rica.

–Eso.

–Esa mujer, Rogette Whitmore, mintió acerca del testamento de Devore.

–Desde luego. Devore se lo dejó todo a una fundación supuestamente consagrada a fomentar la educación informática a nivel planetario. Con el debido respeto a los desmenuzadores de cifras de todo el mundo, no me imagino una forma de caridad más fría.

– ¿Cómo está John?

–Bastante mejor, pero nunca recuperará por completo el uso del brazo derecho. Casi se muere desangrado.

Frank había desviado el tema de los intrincados asuntos de la custodia de Ki bastante bien habida cuenta de que iba por el tercer whisky, y yo le seguí el juego de buena gana.

Apenas podía soportar la idea de que Ki pasaba largos días y noches aún más largas en aquellos hogares donde el Departamento de Asistencia Social amontona a los niños como si fueran baratijas que nadie quiere. Ki no vivía en esos sitios, sólo existía en ellos, pálida e indiferente, como un conejo bien alimentado en una jaula. Cada vez que veía mi coche tomando la curva o deteniéndose, cobraba vida, me saludaba agitando los brazos y bailando con Snoopy en su caseta de perro. El fin de semana que habíamos pasado juntos en octubre había sido maravilloso (a pesar de mi obsesiva necesidad de ir a verla cada media hora más o menos desde que se durmió), y las vacaciones navideñas fueron aún mejores. Su deseo de estar conmigo me estaba ayudando ante el tribunal más que otra cosa... pero aun así las cosas de palacio seguían yendo despacio.

Tal vez en primavera, Mike, había dicho John. Era un nuevo John, últimamente, pálido y serio. El gallito jactancioso y ligeramente arrogante que no quería otra cosa que vérselas con el señor Maxwell Pasta Gansa Devore había desaparecido. John había aprendido algo sobre la mortalidad el 21 de julio, y también algo sobre la insensata crueldad del mundo. El hombre que se había entrenado para estrechar la mano izquierda en lugar de la derecha ya no estaba interesado en beber hasta vomitar. Salía con una chica de Filadelfia, la hija de uno de los amigos de su madre. Yo no tenía ni idea de si iban en serio o no: el "tito John" de Ki no suelta prenda respecto a esa parte de su vida, pero cuando un joven sale por voluntad propia con la hija de uno de los amigos de su madre, suele ir en serio.

"Quizá en primavera" era su mantra a finales de aquel otoño y principios del invierno.

– ¿Qué estoy haciendo mal? –le pregunté una vez poco después del día de Acción de Gracias y de otro revés.

–Nada –respondió–. Las adopciones son muy lentas cuando las solicita una persona sola, y cuando el solicitante es un hombre, peor aún.

En ese punto de la conversación, John hizo un leve gesto poco educado, introduciendo el dedo índice de su mano derecha en el círculo que formó con el pulgar y el índice de la izquierda.

–Eso es discriminación flagrante, John.

–Sí, pero suele estar justificada. Échale la culpa a todos los gilipollas pervertidos que alguna vez decidieron que tenían derecho a bajarle los pantalones a un niño; échale la culpa a la burocracia, si quieres; diablos, échale la culpa a la bossa nova, el baile del amor. Es un proceso lento, pero tú acabarás ganando. No tienes antecedentes penales, tienes a Kyra que dice: "Quiero ir con Mike" a cada juez y asistente social que ve, tienes suficiente dinero para seguir dándoles la tabarra por mucho que te den largas y por muchos formularios que te pongan delante... y por encima de todo, colega, me tienes a mí.

Tenía algo más: lo que Ki me había susurrado al oído cuando me detuve para recuperar el aliento en los escalones. Nunca le hablé de eso a John, y era una de las pocas cosas que tampoco le conté a Frank.

–Mattie dice que ahora soy tu niña pequeña –había dicho–. Mattie dice que te ocuparás de mí.

Lo intentaba –todo lo que me permitían los parsimoniosos cabrones del Departamento de Asistencia Social–, pero la espera resultaba insoportable.

Frank cogió la botella de whisky y la inclinó en mi dirección. Hice un gesto de negación. Ki se había empeñado en hacer un muñeco de nieve, y yo quería ser capaz de afrontar el sol de primera hora de la mañana sin dolor de cabeza.

–Frank, ¿cuánto de todo esto te crees realmente?

Se sirvió un vaso de whisky y se arrellanó en su asiento durante un buen rato, pensativo, con la vista fija en la mesa. Cuando volvió a levantar la cabeza, estaba sonriendo. Me recordó tanto a Jo que se me partió el corazón. Y cuando habló, le sacó todo el jugo a su normalmente disimulado acento bostoniano.

–Creo que soy un irlandés medio borracho al que acaban de contarle el cuento de fantasmas más descabellado del mundo –dijo–. Me lo creo todo, tonto.

Me eché a reír y él hizo lo mismo. Nos reímos principalmente por la nariz, como corresponde a los hombres cuando se quedan levantados hasta tarde, quizá algo bebidos, y no quieren despertar a toda la casa.

–Vamos, ¿cuánto, de verdad?

–Todo –repetió–. Porque Jo lo creía. Y por ella. –Señaló con la cabeza las escaleras para que yo supiera a quién se refería–. No es como ninguna otra niña que haya conocido. Es cariñosa, sí, pero hay algo en sus ojos. Al principio pensé que era por haber perdido a su madre de aquel modo, pero no es eso. Hay más, ¿verdad?

–Sí –respondí.

–Tú también lo tienes. Os afectó a ambos.

Me acordé de la criatura ululante que Jo había conseguido dominar mientras yo vertía la lejía en aquel saco de lona putrefacto. Un Intruso, lo había llamado ella. No conseguí verlo con claridad, y probablemente fuera una suerte. Sí, seguramente lo era.

– ¿Mike? –

Frank parecía preocupado–. Estás temblando.

–Estoy bien –dije–. De verdad.

– ¿Qué tal se está ahora en la casa? –preguntó. Yo seguía viviendo en Sara Risa. Había esperado hasta noviembre, y luego había puesto en venta la casa de Derry.

–Tranquilo.

– ¿Totalmente tranquilo?

Asentí, pero eso no era del todo cierto. En un par de ocasiones me había despertado con la sensación que Mattie había descrito una vez: de que había alguien en la cama conmigo. Pero esta vez no era una presencia peligrosa. En un par de ocasiones he olido (o he creído oler) el perfume de Jo. Y a veces, incluso cuando todo está perfectamente silencioso, la campanilla de Bunter tiembla y desgrana unas cuantas notas. Es como si alguien solitario quisiera saludar.

Frank miró el reloj y luego otra vez a mí, casi como disculpándose.

–Quiero hacerte varias preguntas más, ¿vale?

–Si no eres capaz de mantenerte despierto hasta la hora del pipí la víspera de Navidad –repliqué–, nunca lo serás. Dispara.

– ¿Qué le contaste a la policía?

–No tuve que contarles gran cosa. Footman habló lo suficiente para dejarlos satisfechos; demasiado para satisfacer a Norris Ridgewick. Footman dijo que él y Osgood (era Osgood quien conducía el coche, el agente inmobiliario contratado por Devore) hicieron lo que hicieron porque Devore los había amenazado con lo que les ocurriría si no le obedecían. La policía del estado encontró además una copia de una transferencia bancaria entre los efectos de Devore en Warrington's. Dos millones de dólares a una cuenta de las islas Caimán. El nombre garabateado en la copia es Randolph Footman.

Randolph es el segundo nombre de George. El señor Footman reside ahora en la prisión estatal de Shawshank.

– ¿Y respecto a Rogette?

–Bueno, Whitmore era el apellido de soltera de su madre, pero no creo equivocarme si digo que Rogette había entregado su corazón a papaíto. Tenía leucemia, se la diagnosticaron en 1996. A su edad –sólo tenía cincuenta y siete años cuando murió, por cierto– es fatal en dos de cada tres casos, pero ella estaba sometándose a quimioterapia.

De ahí que llevara peluca.

– ¿Por qué intentó matar a Kyra? Eso no lo entiendo. Si cortaste el lazo de Sara Tidwell con este plano terrenal nuestro cuando echaste lejía sobre sus huesos, la maldición tenía que haber... ¿Por qué me miras así?

–Lo entenderías si hubieras conocido a Devore –dije. Es el hombre que incendió todo el TR a modo de despedida cuando se dirigió al Oeste, hacia la soleada California. Me acordé de él en cuanto me quedé con la peluca en la mano, pensé que de alguna manera habían intercambiado sus respectivas identidades. Después pensé: "No, es ella, sí, es Rogette, sólo que se ha quedado calva por alguna razón." –Y era verdad. La quimioterapia.

–También me equivoqué. Ahora sé más sobre fantasmas que entonces, Frank. Tal vez lo más importante es lo que ves primero, lo que piensas primero... eso suele ser verdad.

Ese día, ella era él. Devore. Al final regresó. Estoy seguro. Al final, lo que quería no era ajustar cuentas con Sara, no. Al final, ni siquiera quería a Kyra. Sólo quería salirse con la suya, como cuando robó el trineo de Scooter Larrabee.

El silencio reinó entre nosotros. Durante unos instantes fue tan profundo que realmente pude oír la casa respirando. Eso se puede oír. Escuchando de verdad. Es otra cosa que sé ahora.

–Dios mío –dijo por fin.

–No creo que Devore viniese desde California para matarla –dije–. No era el plan original.

–Entonces ¿cuál era? ¿Conocer a su nieta? ¿Reparar el mal causado?

–Dios mío, no. Todavía no comprendes qué era él.

–Pues dímelo tú.

–Un monstruo humano. Regresó para comprarla, pero Mattie no quiso venderla. Luego, cuando Sara se apoderó de él, empezó a planear la muerte de Ki. Sospecho que Sara no encontró un instrumento más dispuesto a realizar el trabajo.

– ¿A cuántos asesinó, en total? –preguntó Frank.

–No lo sé con seguridad. Me parece que no quiero saberlo. Basándome en las notas y los recortes de prensa de Jo, diría que quizá hubo otros cuatro... asesinatos directos, por así llamarlos..., entre 1901 y 1998. Todos menores, todos con un nombre que empezaba por "K", todos estrechamente emparentados con los hombres que los asesinaron.

–Santo Dios.

–No creo que Dios tenga mucho que ver con esto..., pero ella les hizo pagar lo que hicieron, eso está claro.

–Sientes lástima por ella, ¿verdad?

–Sí. La habría hecho pedazos antes de permitir que pusiera un dedo sobre Ki, pero por supuesto que sí. Fue violada y asesinada. Ahogaron a su hijo mientras ella agonizaba.

Santo Dios, ¿tú no sientes lástima por ella?

–Supongo que sí. Mike, ¿sabes quién era el otro chico? El que lloraba. ¿Era el que murió de septicemia?

–La mayoría de las notas de Jo se referían a esta parte; es ahí desde donde empezó.

Royce Merrill conocía perfectamente la historia. El chico que lloraba era Reg Tidwell hijo. Tienes que saber que hacia septiembre de 1901, cuando los Red-Tops tocaron por última vez en el condado de Castle, casi todos los habitantes del TR sabían que Sara y su hijo habían sido asesinados, y casi todo el mundo se imaginaba bastante bien quién había sido.

"Reg Tidwell paso buena parte de aquel agosto acosando al sheriff del condado, Nehemiah Bannerman. Al principio era para encontrarlos con vida (Tidwell quería que se organizara una búsqueda), luego para hallar los cadáveres y finalmente para atrapar a los asesinos... porque en cuanto aceptó que estaban muertos, nunca dudó de que habían sido asesinados.

"Al principio, Bannerman se mostró comprensivo. Todos se mostraron comprensivos al principio. La banda de los Red-Tops fue tratada maravillosamente durante su estancia en el TR (eso era lo que más cabreaba a Jared) y creo que podrás perdonar a Son Tidwell que cometiese un error crucial.

– ¿De qué error hablas?

Bueno, se le ocurrió que Marte era el paraíso, pensé. El TR debió parecerles el paraíso hasta que Sara y Kito fueron a dar un paseo, el niño con su cubo de moras, y nunca regresaron. Debió parecerles que finalmente habían encontrado un lugar donde podían ser negros sin que se les prohibiera respirar.

–Creer que los tratarían como a personas normales cuando las cosas se pusieron feas, sólo porque los habían tratado así cuando todo iba bien. Por el contrario, el TR hizo frente común contra ellos. Nadie que se imaginara lo que Jared y sus protegidos habían hecho lo disculparon, exactamente, pero cuando algo ya no tiene remedio...

–Proteges a los tuyos y lavas la ropa sucia con la puerta cerrada –murmuró Frank, y apuró su bebida.

—Sí. Cuando los Red-Tops tocaron en la feria del condado de Castle, su pequeña comunidad de la orilla del lago había empezado a descomponerse; todo esto según las notas de Jo, entiéndeme.

No se oye ni un susurro sobre esto en los chismorreos del pueblo. "El día del Trabajo, el acoso activo ya había empezado, o eso le dijo Royce a Jo. Cada día era un poco más desagradable, un poco más inquietante, pero Son Tidwell simplemente no quería marcharse, no hasta que averiguara lo que le había ocurrido a su hermana y su sobrino.

Al parecer, mantuvo a la familia cercana en el prado hasta mucho después de que los demás emigrasen a otras localidades.

"Entonces alguien tendió la trampa. Había un claro en el bosque, aproximadamente a un kilómetro y medio al este de lo que hoy se conoce como Tidwell's Meadow; en el centro había una gran cruz de madera de abedul. Jo tenía una foto en su estudio. Era allí donde la comunidad negra celebraba los servicios religiosos después de que las iglesias locales se cerraran para ellos. El chico, junior, subía hasta allí a menudo para rezar o simplemente para sentarse a reflexionar. Había mucha gente en la ciudad que conocía ese hábito. Alguien colocó una trampa de cepo en el caminito que utilizaba el muchacho para atravesar el bosque. La cubrió de hojas y agujas de pino.

—Dios mío —dijo Frank. Parecía mareado.

—Probablemente no fue Jared Devore o uno de sus leñadores quien la preparó; no querían tener nada más que ver con la gente de Sara y Son después de los asesinatos, se mantuvieron alejados de ellos. A aquellas alturas ya no tenían muchos amigos. Pero eso no cambió el hecho de que la gente de la orilla del lago se estaba saliendo de su sitio, hurgando en asuntos que era mejor dejar en paz, negándose a aceptar un no por respuesta. Por eso alguien colocó la trampa. No creo que su intención fuera realmente matar al chico, pero ¿dejarlo tullido? ¿Tal vez verlo con un pie menos, condenado para siempre a usar muletas? Creo que es posible que llegaran tan lejos en sus fantasías.

"En cualquier caso, funcionó. El chico pisó la trampa... y durante un tiempo no lo encontraron. El dolor debió ser insoportable. Luego la septicemia. Murió. Son se rindió.

Tenía otros hijos de los que ocuparse, por no hablar de las personas que habían permanecido a su lado. Empaquetaron su ropa y sus guitarras y se marcharon. Jo siguió el rastro de varios de ellos hasta Carolina del Norte, donde viven aún muchos de sus descendientes. Y durante los incendios de 1933, los que provocó el joven Max Devore, las cabañas ardieron hasta los cimientos.

—No entiendo por qué nunca se encontraron los cadáveres de Sara y su hijo —dijo Frank—.

Entiendo que lo que tú oliste, la podredumbre, no era real, en un sentido físico. Pero seguro que en ese momento... si el sendero que tú llamas la Calle era tan popular... —

Devore y los demás no los enterraron donde yo los encontré, no al principio.

Empezarían por arrastrarlos más hacia el interior del bosque, quizá hasta donde ahora se yergue el ala norte de Sara Risa. Los cubrieron de maleza y volvieron aquella noche.

Tuvo que ser la misma noche; dejarlos allí más tiempo habría atraído a todos los carnívoros de los bosques. Los llevaron a algún otro lugar y los enterraron en ese saco de lona. Jo no sabía dónde, pero yo supongo que fue en Bowie Ridge, donde pasaron la mayor parte del verano talando árboles. Diablos, Bowie Ridge está muy aislado.

Dejaron los cadáveres en algún lugar; bien pudo ser allí.

—Entonces ¿cómo...?, ¿por qué...?

—Draper Finney no era el único que sentía remordimientos por lo que habían hecho, Frank. Les ocurría a todos. Literalmente, estaban poseídos. Con la posible excepción de Jared Devore, supongo. Vivió otros diez años y aparentemente no se perdió ni una comida. Pero los muchachos tenían pesadillas, bebían demasiado, se peleaban demasiado, discutían... se encrespaban si alguien mencionaba siquiera a los Red-Tops...

—Ya, podían haber lucido carteles de DAME UNA PATADA, SOY CULPABLE —comentó Frank.

—Sí. Probablemente no fue una ayuda que la mayoría del TR les hiciera el vacío.

Después murió Finney en Eades Quarry —creo que se suicidó, de hecho— y a los leñadores de Jared se les ocurrió una idea. Los fue invadiendo como un resfriado. Sólo que se parecía más a una compulsión. Su idea era que si desenterraban los cadáveres y volvían a enterrarlos donde todo había ocurrido, las cosas volverían a la normalidad para ellos.

— ¿Jared estuvo de acuerdo con esa idea?

—Según las notas de Jo, en esa época nunca se acercaban a él. Volvieron a enterrar el saco de huesos —sin la ayuda de Jared Devore—donde finalmente los encontré yo. Creo que a finales del otoño o principios del invierno de 1902.

—Ella quería volver, ¿verdad? Sara. Volver adonde pudiera hacerlos sufrir de verdad.

—Y a todo el pueblo. Sí. Jo también lo creía. Hasta el punto de que no quiso volver a Sara Risa desde que encontró parte de este material. Especialmente cuando se enteró de que estaba embarazada. Cuando empezamos a buscar un hijo y sugerí el nombre de Kia, ¡cómo debió asustarse! Y no me di cuenta.

—Sara pensó que podía usarte para matar a Kyra si Devore quedaba eliminado antes de acabar el trabajo; después de todo, era viejo y tenía mala salud. Jo apostó a que, por el contrario, tú la salvarías. Eso es lo que crees, ¿verdad?

—Sí.

—Y acertó.

—No podía haberlo conseguido solo. Desde la noche que soñé con Sara cantando, Jo estuvo a mi lado a cada paso del camino. Sara no logró obligarla a ceder.

—No, no era de las que se rinden —coincidió Frank, y se secó un ojo—. ¿Qué sabes de tu bisabuela? La que se casó con Auster. —Bridget Noonan Auster —dije—. Bridey, para sus amigos. Le he preguntado a mi madre y me jura por todos los santos que no sabe nada, que Jo nunca le preguntó por Bridey, pero creo que quizá mienta. La joven era sin lugar a dudas la oveja negra de la familia; puedo asegurarlo por cómo suena la voz de mamá cuando se menciona su nombre. No tengo ni idea de cómo conoció a Benton Auster.

Digamos que fue a la otra punta del mundo a visitar a unos amigos y empezó a coquetear con ella en una merienda popular. Eso es tan probable como cualquier otra cosa. Estaban en 1884. Ella tenía dieciocho años, él veintitrés. Se casaron, una de esas ceremonias apresuradas. Harry, el que ahogó personalmente a Kito Tidwell, le siguió seis meses después.

—Entonces acababa de cumplir los diecisiete años cuando ocurrió —me interrumpió Frank—. ¡Dios mío!

—Y en aquella época, su madre había conocido la religión. Su terror por lo que ella podría pensar si se enteraba fue una de las razones que la impulsaron a hacer lo que hizo. ¿Alguna pregunta más, Frank? Porque de verdad estoy empezando a desmayarme.

Durante unos segundos no dijo nada; empezaba a pensar que se había quedado dormido cuando respondió:

—Otras dos, ¿te molesta?

—Supongo que ya es demasiado tarde para echarme atrás. ¿Cuáles son?

—La Forma de la que hablabas. El intruso. Eso me preocupa.

No respondí. A mí también me preocupaba.

—¿Crees que existe alguna posibilidad de que vuelva?

—Siempre vuelve —dije—. Aun a riesgo de parecer pedante, el intruso siempre vuelve a por todos nosotros, ¿o no? Porque todos somos sacos de huesos. Y el Intruso... Frank, el Intruso quiere lo que hay en el saco.

Reflexionó sobre esto y luego apuró el resto del whisky de un solo trago.

—¿Tenías otra pregunta?

—Sí —respondió—. ¿Has empezado a escribir otra vez?

Subí a los dormitorios unos minutos más tarde, miré cómo estaba Ki, me cepillé los dientes, volví a mirar cómo estaba Ki y me metí en la cama. Desde donde me encontraba podía ver por la ventana la pálida luna que brillaba sobre la nieve.

¿Has empezado a escribir otra vez?

No. Aparte de una descripción bastante extensa sobre cómo pasé las vacaciones de verano que quizá enseñe a Kyra dentro de unos años, no he escrito nada. Sé que Harold está nervioso, y tarde o temprano supongo que tendré que llamarlo y decirle lo que ya adivina: la máquina que funcionó tan bien durante tanto tiempo se ha parado. Está estropeada; estas memorias salieron sin ansiedad, sin que el corazón perdiera un solo latido, pero la máquina se ha parado igualmente. Hay

combustible en el depósito, las bujías echan chispas y la batería genera electricidad, pero la máquina de palabras permanece silenciosa en el centro de mi mente. Le he puesto un tapón. Se ha portado bien conmigo, veréis, y no quiero pensar que se cubriría de polvo.

En parte tiene que ver con la muerte de Mattie. En algún momento de este otoño se me ocurrió que he escrito sobre muertes similares en al menos dos de mis novelas, y la ficción popular está llena de otros ejemplos de lo mismo. ¿Has planteado un dilema moral que no sabes cómo resolver? ¿El protagonista se siente atraído sexualmente por una mujer demasiado joven para él, por así decirlo? ¿Necesita una dosis rápida? Lo más fácil del mundo. "Cuando la historia empieza a volverse amarga, llama al hombre de la pistola." Eso lo dijo Raymond Chandler, o algo parecido; lo bastante cerca, para el trabajo del gobierno, kemo sabe.

El asesinato es la peor clase de pornografía, el asesinato es déjame hacer lo que quiero llevado al último extremo. Creo que incluso los asesinatos ficticios deberían tomarse muy en serio; quizá es otra idea que se me ocurrió el verano pasado. Quizá se me ocurrió mientras Mattie forcejeaba entre mis brazos, con la sangre manando de su cabeza aplastada y agonizando sin remedio, sin dejar de llorar por su hija mientras abandonaba este mundo. Pensar que yo podía describir una muerte tan infernalmente oportuna en un libro me produce náuseas.

O quizá sólo deseo que hubiera habido un poco más de tiempo. Recuerdo que le dije a Ki que es mejor no dejar las cartas de amor por ahí; lo que pensé pero no le dije es que pueden volver para torturarte. De todos modos sufro mi martirio... pero no me torturaré yo mismo voluntariamente, y cuando cerré mi libro de sueños lo hice por voluntad propia. Creo que podía haber echado lejía también sobre esos sueños, pero en eso me contuve.

He visto cosas que jamás esperé ver y sentido cosas que jamás esperé sentir; la menor de ellas no es lo que sentí y aún siento por la niña que duerme a un pasillo de distancia de mí. Ahora es mi niña pequeña, yo soy su grandullón, y eso es lo importante. Nada más parece tener ni la mitad de importancia.

Thomas Hardy, quien supuestamente dijo que el personaje plasmado de la manera más brillante en una novela no es más que un saco de huesos, dejó de escribir novelas antes de terminar *Jude el oscuro* y mientras se encontraba en la cúspide de su talento narrativo. Siguió escribiendo poesía otros veinte años, y cuando alguien le preguntó por qué había abandonado la ficción, dijo que no comprendía por qué la había arrastrado consigo durante tanto tiempo, para empezar. En retrospectiva, le parecía tonto, dijo. Sin sentido. Sé exactamente a qué se refería. En el tiempo que transcurra entre ahora y el momento en que el Intruso se acuerde de mí y decida regresar, tiene que haber otras cosas que hacer, cosas que signifiquen más que esas sombras. Creo que podría volver a agitar cadenas detrás de la pared del Túnel del Miedo, pero no tengo interés en hacerlo.

He perdido el gusto por los sustos. Me gusta imaginar que Mattie se acordaría de Bartleby, del relato de Melville.

He abandonado mi pluma de escribiente. Por el momento me va bien así.

Center Lowell, Maine: 25 de marzo de 1991– 6 de febrero de 1998

Título de la edición original: Bag of Bones

Traducción del inglés: M^a Eugenia Cioahini, cedida por Plaza & Janés Editores, S. A.

Ilustración de la sobrecubierta: Erich Hobbing

Foto de solapa: Cordon Press Círculo de Lectores, S.A. (Sociedad Unipersonal)

Travessera de Gracia, 47–49, 08021 Barcelona www.circulolectores.com 357999048642

Licencia editorial para Círculo de Lectores por cortesía de Plaza & Janés Editores, S. A.

Está prohibida la venta de este libro a personas que no pertenezcan a Círculo de Lectores.

© Stephen King, 1998 © de la traducción M^a Eugenia Cioahini © Plaza & Janés Editores, S. A., 1998

Depósito legal: B. 6481–1999 Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica, s.a.

N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Viceng del Horts Barcelona, 1999. Impreso en España

ISBN 84–226–7609–5 N° 39321

Revisión y Corrección: edcare

ecapmart@supercabletv.net.co